

J. B. LOBRY  
CURSO  
DE  
INSTRUCCIONES  
POPULARES

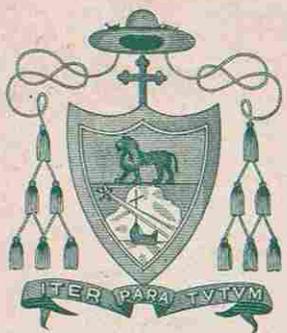
5

BX1751

L6

v. 5

009582



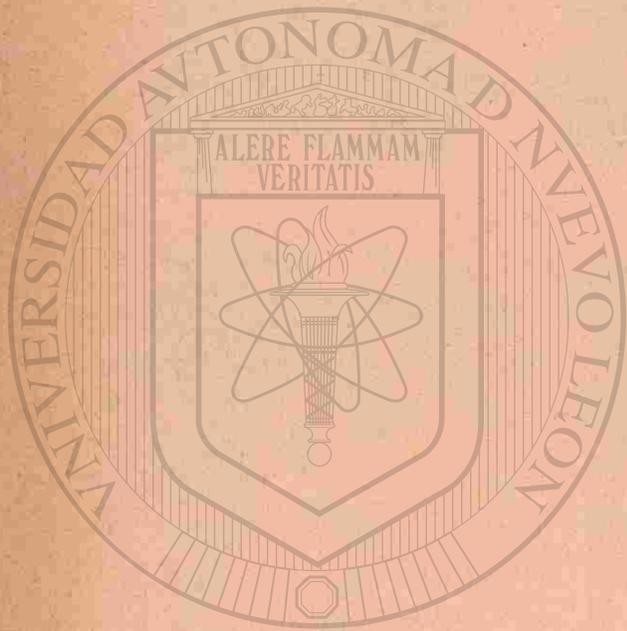
1080015944

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

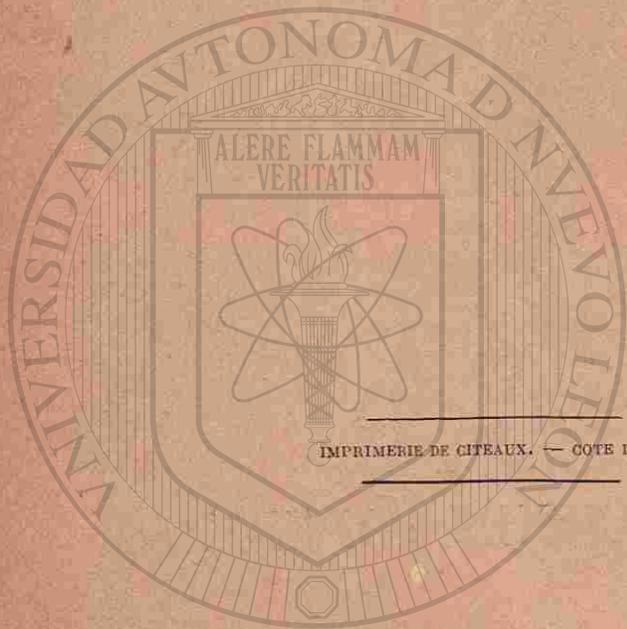


CURSO  
DE  
INSTRUCCIONES POPULARES

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CURSO  
DE  
**INSTRUCCIONES POPULARES**

POR  
EL ABATE J. B. LOBRY

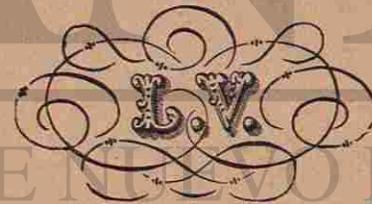
PARROCO DE VAUGHASSIS, ANTIGUO PROFESOR DE TEOLOGIA  
EN EL SEMINARIO DE TROYES

TRADUCIDO AL CASTELLANO DE LA QUINTA EDICION FRANCESA

Por D. F. LUIS OBIOLS

TOMO QUINTO

INSTRUCCIONES SOBRE LA ORACION, EL PADRE NUESTRO,  
EL AVE MARIA Y EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

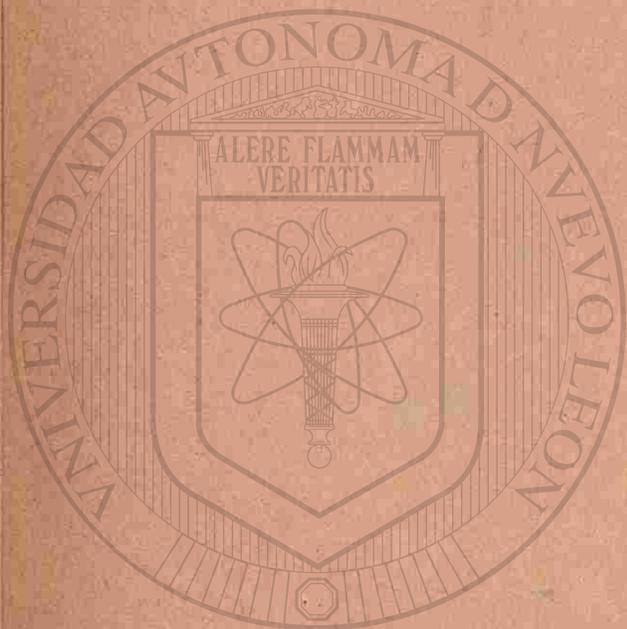
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PARIS  
LUIS VIVÉS, LIBRERO-EDITOR  
13, CALLE DELAMBRE, 13  
—  
1893



46061

DX 1756  
L6  
V-5



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

## INSTRUCCIONES POPULARES

SOBRE

LA ORACION.

### INSTRUCCION PRIMERA.

EXCELENCIA DE LA ORACIÓN; SU NECESIDAD.

TEXTO. — *Omnia quaecumque orantes petitis, credite quia accipietis...* Tened por seguro que alcanzaréis todo lo que pidais en vuestras oraciones.

(SAN MARCOS, CAP. XI, VERS. 24.)

EXORDIO. — Hermanos míos muy amados, más de una vez os he hablado ya de la oración... Os he mostrado el honor que la majestad divina nos dispensaba permitiéndonos conversar con ella... He añadido que el solo nombre y los méritos de nuestro divino Salvador daban eficacia á nuestras oraciones... En otra ocasión, os he manifestado que la oración era la llave de oro que nos abría la puerta del cielo, que era como la mano de nuestra alma, encargada de atraer hácia nosotros todas las gracias de que tenemos necesidad (1)... Sí, he añadido, nosotros tenemos una obligación estricta y rigurosa de dirigir á Dios nuestras oraciones... ; Desgraciado del cristiano que desprecia el cumplimiento de este importante deber!... Pero, por decirlo así, no he hecho más que apun-

(1) Véanse las *Homilias sobre los Evangelios*, domingo Vº después de Pascuas, domingos Xº y XVIIIº después de Pentecostés, y la Instrucción III preliminar sobre los *Sacramentos*.

tar este tan interesante asunto... Pues bien, en esta instrucción y en las siguientes me propongo desarrollarlo más extensamente... Debeis haceros cargo, carísimos hermanos, de que la oración es una cosa esencial, decisiva en la vida de un Cristiano... Si se pierde la fé, si se cae en la indiferencia respecto á la salvación, y en el olvido de Dios nuestro Criador, es porque se ha abandonado la oración...

Por eso un gran santo, un celoso misionero, un doctor de la Iglesia, un verdadero apóstol, san Alfonso María de Ligorio, de quien habeis oído hablar más de una vez, queriendo publicar una obra sobre el asunto que nos ocupa, la tituló: *El gran medio de la oración*. ¿Qué quería decir con esto aquel teólogo tan exacto, aquel confesor tan lleno de experiencia? Quería, hermanos míos, enseñarnos, hasta con el título de su libro, que la oración es el gran medio, el medio por excelencia para alabar á Dios, para expresarle nuestro reconocimiento, para alcanzarnos las gracias de la conversión y el don de la perseverancia...

PROPOSICIÓN. — En las instrucciones siguientes hablaremos de la manera como se debe orar y para quién debemos orar. Hoy hablaré de la excelencia de la oración y diré cuánta necesidad tenemos de ella...

DIVISIÓN. — En primer lugar, excelencia de la oración; en segundo lugar, su necesidad.

Primera parte. — Excelencia de la oración... Con esta palabra, hermanos míos, quiero decir que la oración da á nuestras almas una gran dignidad, que las proporciona un honor sublime y realmente poco apreciado; que es, en fin, la más noble ocupación á que puede un cristiano dedicarse sobre la tierra...

¿Tengo necesidad de repetir aquí lo que cien veces se nos ha dicho, lo que todos nosotros hemos aprendido en el catecismo, esto es que la oración es una elevación de nuestro espíritu hácia Dios, una plática, una conversación de nuestra alma con él?... Si hasta vuestros mismos hijos saben esta verdad, y cuando dicen: *Padre nuestro que estás en los cielos*, no ignoran que es al Dios tres veces santo á quien dirijen sus palabras... Leemos en la Sagrada Escritura, que una noche el patriarca Jacob, que huía para sustraerse á la cólera de su hermano Esaú, tuvo una visión misteriosa..... Apareciósele una escalera; uno de sus

extremos se apoyaba en la tierra, mientras por su extremo opuesto tocaba al cielo; y por esta escalera subían y bajaban los Angeles de Dios... ¡Qué imágen tan exacta de la oración!... Escalera misteriosa, nos pone en comunicación directa con el cielo; vosotros, Angeles de Dios, subís y descendéis por ella... Vosotros transmitís nuestras preces al Altísimo, y nos traéis del cielo las gracias que hemos pedido.... O más bien todo se reúne, todo parece confundirse; los bienaventurados, los ángeles, la santísima Virgen y las tres Personas divinas; aquellas para presentar, estas para acoger y atender nuestras oraciones cuando son hechas con fervor... Porque Jesucristo mismo es quien lo asegura cuando dice: todo lo que con fé pedireis en vuestras oraciones, lo alcanzareis (1)...

¡Qué favor para nosotros, hermanos míos muy amados!... Esta palabra no expresa todavía bien mi pensamiento... No es solamente un favor, sino que yo creo que es un honor para nuestras almas el poder hablar así con Dios casi cara á cara y á cada momento... Imagináos á un soberano que confía á uno de sus favoritos, supongamos, la llave de sus tesoros... Más aún, no siendo esto bastante por el cariño que le profesa, le da hasta la llave de su habitación, concediéndole permiso al propio tiempo para ir cuando quiera á hablar con él...; Qué prueba de confianza, qué testimonio de amistad! Pues bien, como decía el santo párroco de Ars, la oración es *la llave del gabinete de Dios*, y nos permite ir á encontrarle á toda hora... ¡Oh Dios de amor y de misericordia!... Nó, no comprendemos el honor que nos dispensais; nó, no acudimos con bastante frecuencia á visitaros en esa régia mansión cuyas llaves nos habeis confiado...

Todas estas comparaciones, carísimos hermanos, tienen por objeto haceros comprender la inefable misericordia con que Dios nos trata, el honor que nos dispensa cuando nos permite orarle, cuando nos permite conversar con él. Cuando hablamos de llaves y de régia morada es para que nos comprendais mejor; pues sabemos muy bien que Dios es un espíritu puro y está en todas partes, que nos ve á todas horas, que todos los instantes nos oye y nos escucha y está dispuesto á atendernos.. Si comprendiésemos bien la excelencia de la oración, seríamos más constantes en recurrir á este santo ejercicio..

(1) *S. Mateo*, cap. XXI, vers 22.

¡ Cuánto sabían apreciarla los santos! He leído en alguna parte que san Francisco de Borja(1), á quien sus superiores habían permitido prolongadas oraciones, encontraba siempre el tiempo demasiado corto, y cuando se le iba á avisar de que había terminado el tiempo de orar, exclamaba con ademán suplicante : « ¡ Un cuartito de hora más! ; sí, concededme todavía un cuartito de hora, os lo ruego! » Y nosotros, carísimos hermanos, ¡ cuán largo encontramos el tiempo destinado á la oración! Nos pesa, lo quisiéramos acortar... Citemos otro ejemplo todavía. Un poderoso emperador, llamado Carlomagno, había hecho venir á su lado al obispo san Ludgero para consultarle sobre importantes asuntos.... Vino el prelado y fué alojado en el palacio... A la mañana siguiente, el monarca le envió á decir por su chambelán que se le fuese á reunir : en aquel momento el obispo estaba rezando el santo oficio, y contestó que iría á encontrar al emperador en cuanto hubiese terminado. Enviósele un segundo y un tercer recado; pero sabiendo, que el servicio de Dios era primero que todos los otros, el santo no fué á encontrar al emperador hasta que hubo rezado todas sus oraciones.... Habiéndole manifestado este último su sorpresa, dijo el pontífice : — « Señor, en el momento en que me habeis mandado llamar hablabayo con un monarca de quien vos y yo no somos más que humildísimos vasallos; me habría parecido poco digno interrumpir la conversación que con él ten'a; estaba encomendándole el asunto que os preocupa; ahora estoy á vuestras órdenes (1). » El emperador felicitó al santo por su piedad y por su fervor... Por este ejemplo y por muchos otros que os podría citar podréis ver, carísimos hermanos, el caso que los santos hacían de la oración, la idea que de su excelencia se formaban, y como la consideraban cual la más noble ocupación á que podríamos entregarnos en la tierra... ¿ No habría razón en decir y repetir que nosotros no hacemos bastante caso de este piadoso y santo ejercicio?... Si no lo desdenamos del todo, convengamos á lo menos con toda humildad en que á veces falta bien poco para que nos distraigamos de él...

(1) Vida de este santo, Marchant, Lohner y *apud alios bene multos*.

(1) Vida de san Ludgero. Este rasgo se halla referido de distinta manera en la *Gran Vida de los santos* (26 de marzo). Calumniado el santo, es llamado por Carlomagno para que se justifique; pero en ambos relatos se confirma el fervor del santo obispo en la oración.

*Segunda parte.* — Necesidad de la oración. Se han encontrado herejes que han negado que la oración fuese necesaria al hombre... También se encuentran cristianos ignorantes, que pretenden que es inútil... « Ya sabe Dios lo que necesito, dicen, no tengo necesidad de pedírselo; además, mi suerte está fijada y todas las oraciones del mundo no la podrían cambiar... » Ya en tiempo de santo Tomás empleaban este singular lenguaje no solamente los herejes sino también algunos cristianos... Oíd lo que el doctor les contestaba : « Para que se comprenda, decía, cuán inasosato es un lenguaje semejante, basta aplicarlo á la vida común. Dios sabe si vuestros campos darán ó no abundante cosecha, si vuestras viñas proporcionarán fértiles vendimias... ¿ Qué pensaríais de aquel que, invocando este pretexto, no se cuidase ni de cultivar ni de sembrar sus tierras, ó no quisiese cuidar su viña?... ¿ No le diríais : Insensato, Dios no va á hacer por tí un milagro, no alterará por tí las leyes de la naturaleza; cultiva y siembra si quieres recojer... ? » Realmente, hermanos míos muy amados, Dios no alterará por nosotros las leyes que tiene establecidas para nuestra santificación... Él ha dicho : « *Pedid y recibireis* » ; si no pedimos, no recibiremos. La oración es la semilla que debe proporcionar á nuestras almas una abundante cosecha de gracias; sin la oración, viene á parecerse á un terreno inculto y abandonado...

¡ La oración! léjos de ser inútil, como pretenden los que combaten su necesidad, es tan poderosa que á veces cambia, si se me permite expresarme así, los decretos divinos. Más de una vez la justicia se ha convertido, gracias á ella, en misericordia... Trasladaos en espíritu, conmigo, á aquella gran ciudad llamada Nínive... Ved á ese hombre inspirado por Dios que recorre sus largas calles; es el profeta Jonás... En medio de aquella ciudad ébria de placeres, grita de parte del Señor : « Cuarenta días más y Nínive será destruída. » Aterrados por este solemne aviso, vuelven en sí los habitantes, hacen penitencia, ayunan, oran, y el Señor, conmovido por sus oraciones y por su arrepentimiento, cambia su rigoroso decreto y perdona á Nínive... No volváis pues á decir : mi suerte está fijada, es inútil que ore, Dios ya sabe lo que necesito.. « Sí, efectivamente, lo sabe, dice santo Tomás, pero quiere que se lo pidais... »

¡ La oración ! Es la inspiración del alma ; es tan necesaria para conservarnos la vida de la gracia, como indispensable es el aire que nos rodea para la vida de nuestro cuerpo... Por esto Nuestro Señor Jesucristo nos ha impuesto por precepto la oración... *Se ha de rezar siempre*, decía á sus Apóstoles y á los primeros fieles que le rodeaban. Comprended bien esto ; *se ha de rezar*, es decir, *es necesario rezar*... Vos mismo, adorable Jesús, añadís el ejemplo al precepto. Durante cuarenta días orais en el desierto antes de dar principio á vuestra misión pública. El Evangelio nos hace saber que con frecuencia, retirado y á solas en la montaña, pasabais las noches en oración, y cuando llegó para vos la hora suprema del sacrificio, antes de entregaros en manos de vuestros verdugos, os contemplo en el jardín de los Olivos, donde, apesar de las angustias de una penosa agonía, prolongais vuestra oración, para enseñarnos la necesidad de este santo ejercicio en medio de las pruebas y luchas de la vida...

Y en efecto, carísimos hermanos, si queremos meditar sobre nuestra propia debilidad, sobre las tentaciones de odio, avaricia, orgullo ó impureza á que estamos expuestos, comprenderemos cuán necesaria nos es la oración... Oíd todavía lo que sobre este punto dice uno de los doctores más piadosos y más sábios, el ilustre santo Tomás. Le pregunto : ¿ Es verdad que la oración es necesaria é indispensable á todo cristiano ?.. Comprended y pesad bien su respuesta. — « Sí, la oración es necesaria. Para salvarse, hay que combatir y vencer ; sin el auxilio de Dios no es posible resistir á las tentaciones. Ahora bien, este auxilio únicamente se concede á la oración ; por lo tanto sin la oración no hay salvación. » Ya lo habeis oído : ¡ sin la oración no hay salvación !... Y es verdad. Vamos pues, todos vosotros comprendéis esta verdad ; sin la oración nuestras almas son como los peces que, una vez fuera del agua, sufren, desfallecen y mueren : sin la oración, nuestras almas se debilitan, y se marchitan, como esas plantas que veis agostarse y morir por falta de humedad...

Dirigid los ojos á vuestro alrededor, ved á esos hombres que hablan como impíos, que no viven más que para la tierra, que no creen en que tengan un alma inmortal, que os dicen con estúpida mofa : « Cuando uno muere, todo muere. » Ved como se levantan por la mañana y co-

mo se acuestan por la noche... ¿ Qué habeis visto ? ¿ Han hecho la señal de la cruz, han dirigido sus miradas hácia el cielo, han murmurado una palabra de oración ?... ¡ NÓ !.. La alondra en los campos cantará en alabanza del Criador su himno matinal, la naturaleza al despertar podrá abrir á sus ojos los esplendores de que la ha revestido el Criador... Ellos, los miserables, no comprenderán nada de todas esas magnificencias. Por la noche, volverán rendidos de fatiga, tomarán su cena ; un perro tal vez, para mostrarles su agradecimiento por el alimento que le han dado, les lamerá la mano antes de ir á tenderse en un rincón ; y á ellos, los ingratos, menos agradecidos que este animal, les vereis dormirse como unos brutos, sin haber elevado ni un instante su corazón hácia Dios... Ved ahí, hermanos míos muy amados, á donde lleva el olvido de la oración, y ésta es una prueba más de su necesidad, de la precisión que de ella tenemos para conservar la fé y no convertirnos ó no hacernos semejantes á los irracionales.

PERORACIÓN. — Carísimos hermanos, si la oración nos es necesaria para alcanzar lo de que tenemos precisión, si nos es absolutamente indispensable para conseguir nuestra salvación, un pensamiento debe á lo menos anirmarnos é inducirnos á entregarnos con confianza á este piadoso ejercicio... Tiene una eficacia maravillosa ; sí, nuestras oraciones, hechas en condiciones oportunas, son atendidas siempre... Nuestro adorable Salvador, recomendando la necesidad de la oración á sus discípulos y á aquella muchedumbre que le rodeaba, les decía : *Pedid y recibireis: petite et accipietis*.. Y en otra ocasión añadía : « En verdad, en verdad os digo que todo lo que en mi nombre le pedireis á mi Padre, os lo concederá... » Mil ejemplos, sacados de la vida de los Santos, nos demostrarían la verdad de estas palabras... Aquí tendríamos á santa Mónica, pidiendo y alcanzando la conversión de su Agustín, que tan descarriado andaba por los senderos del mal ; allí, á santa Isabel obteniendo para ella y para el rey su marido inesperadas gracias... Y ese pobre sacerdote, llegado á ser ilustre bajo el nombre de san Vicente de Paul, ¿ cómo pudo fundar aquellos establecimientos de religiosos y religiosas y realizar tantas obras de caridad ?... Nos dirá él mismo que su gran medio era la oración.

Volveremos á ocuparnos, carísimos hermanos, en estos pensamientos ;

pero desde hoy procuremos hacer más caso de la oración; tengamos cuidado sobre todo, siguiendo la recomendación de nuestro divino Salvador, en pedir ante todo el reino de los cielos, es decir la salvación de nuestra alma, y lo demás se nos dará por añadidura... Así

## INSTRUCCION SEGUNDA.

DOS ESPECIES DE ORACIÓN : VOCAL Y MENTAL; TIEMPOS Y LUGARES DE LA ORACIÓN.

TEXTO. — *Oportet semper orare, et non deficere...* Conviene orar siempre y no abandonar jamás este santo ejercicio.

(SAN LUCAS, CAP. XVIII, VER. 1.)

EXORDIO. — En pocos momentos os explicaré, hermanos míos muy amados, el sentido que debe darse á estas palabras de nuestro divino Salvador, y la manera como las debemos comprender. Dos reflexiones... antes del asunto que nos debe ocupar. Ved ahí la primera : Olvidase con frecuencia que Dios es un sér infinitamente perfecto; que está en todas partes, que en todas partes nos ve, que en todas partes nos oye... De ahí esas necias reflexiones que hacen á veces ciertos cristianos, que sin embargo no son impíos... « ¡Oh ! Dios tendría demasiado que hacer ; ¿cómo quereis que oiga á todo el mundo?... » ; Pobres ignorantes ! Ya no saben ni lo que se les enseñó en el catecismo;... no saben que Dios, por su majestad, está presente en todo lugar en este universo que él creó; ignoran que nos rodea, que nos envuelve, y nos penetra más íntimamente que el aire que respiramos... Ninguno de nuestros pensamientos se le escapa; ningún suspiro, ningún gemido de nuestra alma le es desconocido. — Rey supremo en su perfección infinita, con una autoridad adorable y majestuosa, preside al gobierno de nuestras almas. Dice al rayo : « Retumba é hiere... » ; á la en-

ina majestuosa, lo mismo que á la ténue brizna, les dice : « creced. » Su atento oído no pierle ni una sola sílaba de la oración del pobre...

Admirables esplendores de la naturaleza de Dios, ¿cuándo nos será dado contemplaros cara á cara?... Pero mientras llega este momento, guardémosnos bien, carísimos hermanos, de asociarnos á las blasfemias de los impíos y de los ignorantes... Sí, Dios ve, Dios oye, Dios escucha todas nuestras oraciones; os lo repito, nos envuelve, nos penetra, como penetra y rodea al agua el pez; ésta es casi la expresión de que se sirve san Pablo cuando dice : *In ipso movemur et sumus* : en él nos movemos y existimos en él... Que no se vuelva pues á oír entre nosotros, hermanos míos muy amados, esta reflexión necia é impía, de que Dios tendría demasiado que hacer si quisiera escuchar á todo el mundo... Esto es demasiado tonto, para no decir bestial... No os preocupeis por lo que á Dios atañe, amigos míos, que ya se arreglará él...

PROPOSICIÓN. — Con que, ya estamos entendidos... Dios está en todas partes; en todo tiempo y lugar nos acompaña su Providencia divina : éste es el pensamiento sobre que voy á insistir en la instrucción presente hablándoos de la oración.

DIVISIÓN. — Diremos, *en primer lugar*, algunas palabras sobre la oración *vocal* y sobre la oración *mental*; *en segundo lugar*, hablaremos del tiempo de la oración, y *en tercer lugar*, de los sitios donde se ha de orar... Tales son los pensamientos en que nos vamos á detener.

*Primera parte.* — Empezaremos por decir, hermanos míos, que hay dos clases de oraciones : la oración mental y la oración vocal. La oración mental es la que se produce en el espíritu, en el corazón, sin ir acompañada de palabras. Son sentimientos piadosos que brotan del alma, una especie de conversación interior con Dios; á veces se la da el nombre de meditación contemplativa. Pero dejemos á un lado todas estas palabras altisonantes. Cuando, en medio de vuestros trabajos del campo, enteramente resignados con la posición que Dios os ha dado, decís interiormente : « Dios mío, bendecid mi trabajo »; estas palabras son una oración del espíritu... Cuando, al despertaros durante la noche, enviáis

pero desde hoy procuremos hacer más caso de la oración; tengamos cuidado sobre todo, siguiendo la recomendación de nuestro divino Salvador, en pedir ante todo el reino de los cielos, es decir la salvación de nuestra alma, y lo demás se nos dará por añadidura... Así

## INSTRUCCION SEGUNDA.

DOS ESPECIES DE ORACIÓN : VOCAL Y MENTAL; TIEMPOS Y LUGARES DE LA ORACIÓN.

TEXTO. — *Oportet semper orare, et non deficere...* Conviene orar siempre y no abandonar jamás este santo ejercicio.

(SAN LUCAS, CAP. XVIII, VER. 1.)

EXORDIO. — En pocos momentos os explicaré, hermanos míos muy amados, el sentido que debe darse á estas palabras de nuestro divino Salvador, y la manera como las debemos comprender. Dos reflexiones... antes del asunto que nos debe ocupar. Ved ahí la primera : Olvidase con frecuencia que Dios es un sér infinitamente perfecto; que está en todas partes, que en todas partes nos ve, que en todas partes nos oye... De ahí esas necias reflexiones que hacen á veces ciertos cristianos, que sin embargo no son impíos... « ¡Oh ! Dios tendría demasiado que hacer ; ¿cómo quereis que oiga á todo el mundo?... » ; Pobres ignorantes ! Ya no saben ni lo que se les enseñó en el catecismo;... no saben que Dios, por su majestad, está presente en todo lugar en este universo que él creó; ignoran que nos rodea, que nos envuelve, y nos penetra más íntimamente que el aire que respiramos... Ninguno de nuestros pensamientos se le escapa; ningún suspiro, ningún gemido de nuestra alma le es desconocido. — Rey supremo en su perfección infinita, con una autoridad adorable y majestuosa, preside al gobierno de nuestras almas. Dice al rayo : « Retumba é hiere... » ; á la en-

ina majestuosa, lo mismo que á la ténue brizna, les dice : « creced. » Su atento oído no pierle ni una sola sílaba de la oración del pobre...

Admirables esplendores de la naturaleza de Dios, ¿cuándo nos será dado contemplaros cara á cara?... Pero mientras llega este momento, guardémosnos bien, carísimos hermanos, de asociarnos á las blasfemias de los impíos y de los ignorantes... Sí, Dios ve, Dios oye, Dios escucha todas nuestras oraciones; os lo repito, nos envuelve, nos penetra, como penetra y rodea al agua el pez; ésta es casi la expresión de que se sirve san Pablo cuando dice : *In ipso movemur et sumus* : en él nos movemos y existimos en él... Que no se vuelva pues á oír entre nosotros, hermanos míos muy amados, esta reflexión necia é impía, de que Dios tendría demasiado que hacer si quisiera escuchar á todo el mundo... Esto es demasiado tonto, para no decir bestial... No os preocupeis por lo que á Dios atañe, amigos míos, que ya se arreglará él...

PROPOSICIÓN. — Con que, ya estamos entendidos... Dios está en todas partes; en todo tiempo y lugar nos acompaña su Providencia divina : éste es el pensamiento sobre que voy á insistir en la instrucción presente hablándoos de la oración.

DIVISIÓN. — Diremos, *en primer lugar*, algunas palabras sobre la oración *vocal* y sobre la oración *mental*; *en segundo lugar*, hablaremos del tiempo de la oración, y *en tercer lugar*, de los sitios donde se ha de orar... Tales son los pensamientos en que nos vamos á detener.

*Primera parte.* — Empezaremos por decir, hermanos míos, que hay dos clases de oraciones : la oración mental y la oración vocal. La oración mental es la que se produce en el espíritu, en el corazón, sin ir acompañada de palabras. Son sentimientos piadosos que brotan del alma, una especie de conversación interior con Dios; á veces se la da el nombre de meditación contemplativa. Pero dejemos á un lado todas estas palabras altisonantes. Cuando, en medio de vuestros trabajos del campo, enteramente resignados con la posición que Dios os ha dado, decís interiormente : « Dios mio, bendecid mi trabajo »; estas palabras son una oración del espíritu... Cuando, al despertaros durante la noche, enviáis

á vuestra alma á saludar á Jesucristo en su santo tabernáculo, diciendo interiormente : «Bendito y alabado sea Jesucristo en el santísimo Sacramento del altar», también ahí hay una oración mental, es decir una oración del corazón, en la cual la voz no expresa exteriormente palabra alguna... Por estas circunstancias y muchas otras que os podría citar veis, carísimos hermanos míos, que esta oración mental ó esta plegaria interior á todos nos sería posible hacerla...

Pero de lo que especialmente quiero hablaros es de la oración vocal... Llámase así la que expresa por medio de palabras los sentimientos que residen en nuestro corazón... Seguidme al templo de Jerusalén, mirad á aquel pobre publicano de rodillas sobre el pavimento del templo : « ; Señor, dice, apiadáos de mí, que soy un pobre pecador ! » Ved ahí una oración vocal ; pero tened bien presente que, para que sea realmente meritoria, no basta que esta oración conste simplemente de palabras ; nó, es menester que venga del corazón. Sin esta condición, no tendría mérito alguno ; se parecería al sonido del cimbalo ó al ruido del tambor... Oíd lo que á este propósito decía un santo... El beato Tomás de Cori había reunido á varios religiosos bajo su dirección ; sus lecciones y ejemplos habían hecho nacer en su monasterio el fervor de los primeros anacoretas ; su té obraba milagros : pues bien, lo que él recomendaba ante todo á sus religiosos era la atención del espíritu en las oraciones vocales : « Orad despacio, les decía, y con atención ; es inútil que la lengua pronuncie palabras si no está unido á ella el corazón. *Si cor non orat, in vanum lingua laborat* (1). »

Y aquí se presenta otra observación... Madres, á vosotras principalmente es á quienes la dirijo ; os ruego que la escuchéis y que aprovechéis de ella... Cuando enseñamos la doctrina, encontramos con bastante frecuencia niños que recitan mal, sin comprender su sentido y á veces desnaturalizando las palabras, las oraciones más elementales, como el *Padre Nuestro*... *Dios te salve, María*.. Y cuando les hacéis alguna observación, os contestan ingénuamente : « Mi madre me las ha enseñado así estas oraciones.. » ; Oh ! no trato de reñiros... Al contrario, os felicito á vosotras, madres cristianas, que tan pronto enseñáis á orar

(1). *Grande Vie des Saints*, por Colin de Plancy, 11 enero.

á vuestros hijos... Pero tal vez, con un poco de reflexión, os sería posible enseñar más correctamente á vuestros hijos estas primeras oraciones...

*Segunda parte.* — ¿Cuál es el tiempo de la oración ?.. Por de pronto, carísimos hermanos, hemos de orar cada mañana... El día del cristiano tiene que empezar temprano, y los primeros instantes de este día han de ser santificados por la oración. « ; Oh ! decía un piadoso obispo (1), ¿ cuán fácilmente será cristiano el día empezado de esta suerte !... Así como una aurora sin nubes anuncia un tiempo sereno, de igual manera un despertar matinal y piadoso permite presagiar un hermoso y santo día... Dios, á quien nos hemos recomendado, toma, por decirlo así, de la mano nuestra alma, la protege, la conduce desde que despierta hasta la noche por los senderos de la justicia y de la rectitud... »

¿ Cómo, hermanos míos muy amados ! durante la noche que acaba de pasar han fallecido centenares, no digo bastante, millares de hombres tal vez, ¿ y nosotros, ingratos, á quienes Dios ha conservado la vida, no tendremos nada que decirle, no sabremos expresarle nuestro reconocimiento, ni pedirle las gracias que necesitamos !... ¿ Cómo ! se nos verá, sin habernos puesto de rodillas, correr bruscamente á esos trabajos, á esas malditas ocupaciones, que no han sido ofrecidas ni preparadas por medio de la oración... ; Oh ! ; que no vuelva á ser así !... Seamos constantes en ponernos cada día de rodillas ante Dios para consagrarle por medio de una oración nuestro trabajo y nuestro día.

Leemos en la *Vida de los Santos*, que una mañana san Antonio, estando en oración, oyó una voz que le decía : « Tú no eres todavía tan perfecto como un pobre obrero que vive en la ciudad de Alejandría... » Antonio, deseoso de alcanzar la perfección, fué á visitar á aquel obrero : « Hermano, le dijo, referidme las obras que os hacen tan agradable á los ojos de Dios ; he abandonado el desierto para saberlas é instruirme... » El obrero refiere al santo anacoreta que él no hacía nada

(1). Mons. Cortat, obispo de Troyes. Instrucción pastoral sobre la *Vida cristiana*, cuaresma de 1879.

extraordinario, y que únicamente se esforzaba en decir fiel y fervorosamente las oraciones de la mañana y de la noche. — « Tened buen valor, amigo mio, le dijo san Antonio, estais en un camino que os ha de llevar al cielo (1). »

Habreis observado, hermanos míos muy amados, que aquel piadoso artesano, admirado por san Antonio, era también constante en rezar la oración de la noche... ¡ La noche !... Si queremos reflexionar bien, ésta es la hora más seria, más solemne del día. ¡ Cuántas razones nos inducen á pensar en Dios, á encomendarnos á su divina providencia ! Dios os ha conservado la salud, os ha preservado de todo accidente... ¡ De rodillas, carísimos hermanos, sí, de rodillas ! y demos gracias á este Padre que tenemos en el cielo. Supliquémosle que nos perdone las faltas que hemos cometido, y nosotros mismos perdonemos de todo corazón á los que nos hayan ofendido... Mirad bien esa cama donde os vais á acostar y ella os inspire serias reflexiones... allí es tal vez donde un día se ha cojido á vuestro padre y á vuestra madre para tenderles en un ataúd, donde sus huesos reposan todavía... en ella es donde se os cojerá á vosotros mismos, y tal vez muy pronto, para ir á vuestra vez á engordar los gusanos del cementerio.. Seamos formales, hermanos míos, ante estos pensamientos, y jamás olvidemos nuestra oración de la noche; es una práctica bienhechora y saludable...

¿ Hablaré del sonido de la campana que, tres veces al día, nos invita á rezar el *Angelus* y á ponernos de esta suerte bajo la protección de la dulcísima Virgen Maria? ¿ No hay entre vosotros, hermanos míos, algunos que hayan olvidado ya esta hermosa plegaria?.. ¡ Ah ! les compadezco ; no saben ellos cuán amable es la Madre de Jesús, los honores que nosotros la debemos, y la generosidad con que ella recompensa á los que la rezan...

Una costumbre piadosa, costumbre que un buen cristiano nunca debe olvidar, es también la oración con que se principia la comida y la con que ha de terminar. ¿ A qué se debe el que con tanta frecuencia se descuide este piadoso ejercicio? En nuestra clase de catecismo encontramos

(1). *Le Jardin des pasteurs*, t. III, pág. 34. — *Vie des Pères du désert*, t. I, pág. 45 ; edición Vivès.

ámenudo niños que ignoran estas primeras oraciones, que una madre cristiana les tendría que hacer recitar cada día y que se las debería haber enseñado desde mucho tiempo. El caballo relincha de alegría y parece dar gracias de antemano al criado que le proporciona su avena y le da el forraje; el perro lame la mano que le presenta un hueso ó le arroja un pedazo de pan... ¡ Y nosotros, ingratos !... No insisto. Ya comprendéis cuánto hay de humillante para nosotros en estas comparaciones...

*Tercera parte.* — Después de haber hablado del tiempo de la oración, veamos ahora los lugares donde se puede orar... Al concluir diremos el lugar más apropiado para este santo ejercicio... Así como se puede orar en todo tiempo, por la mañana, por la tarde, de día, de noche, lo mismo en las horas de descanso que en las de trabajo; asimismo se puede orar en todos los lugares, porque Dios está en todas partes... El profeta Daniel, arrojado en una cueva en medio de leones, oraba y su oración era atendida. San Pedro, encadenado por Herodes, hundido en un oscuro calabozo y debiendo ser asesinado al siguiente día, unía indulgencia su oración á las súplicas de los primeros fieles que reclamaban su libertad... Un ángel venía á romper sus cadenas y á devolverle su libertad, demostrando de este modo que era atendida su oración... Santa Inés, santa Teófila y muchas otras vírgenes cristianas transformaban en oratorios los lugares de infamia, donde la corrupción de los jueces paganos se había figurado marchitar su virtud... Es inútil citar otros ejemplos... Dios nos oye desde cualquier lugar que sea, si le rogamos con fé y con confianza... Sin embargo, carísimos hermanos, nuestro espíritu, naturalmente distraído, necesita silencio y recojimiento para elevarse, para hablar con esta suprema majestad... Porque vos, oh Dios tres veces santo, para atender mejor nuestras oraciones, deseais que busquemos la soledad y los parajes favorables para el recojimiento... Vos mismo habeis dicho por medio de uno de vuestros profetas : « Conduciré esta alma á un lugar solitario y hablaré á su corazón. »

Demasiado largo sería, hermanos míos muy amados, mostraros á santa Magdalena en una gruta, á san Antonio en el desierto, á san Bernardo en medio de una selva, para demostraros que los parajes solitarios son

siempre a propósito para la oración. Limitándome á lo que á nosotros nos concierne y deseoso de llegar á una consecuencia práctica, os diré que cuando os arrodilleis para rezar vuestras oraciones de la mañana ó de la noche, es menester que haya silencio á vuestro alrededor y que los que os rodeen respeten la conversación que teneis con Dios... Hasta en las familias cristianas se hace poco caso con frecuencia de esta circunstancia tan favorable para la oración. Los hijos se han puesto de rodillas para decir sus oraciones, y oigo á los padres sosteniendo una conversación profana... ¿Cómo quereis que aquellos angelitos puedan estar con recojimiento?... El paraje donde habitualmente haceis vuestras oraciones de la mañana y de la noche es la casa donde vivís; pero haced de manera, os lo suplico, que por algunos instantes esta casa se convierta en una especie de santuario donde se guarde riguroso silencio...

Pero los lugares más especialmente destinados á la oración son nuestras iglesias, á que con justicia se da el nombre de casas de Dios, los templos del Señor, consagrados por bendiciones especiales á la majestad divina, santificados por la presencia de nuestro adorable Salvador, que reside día y noche en nuestros tabernáculos... Aquí, en estos lugares, carísimos hermanos, aquí donde tantas imágenes y tantos signos nos recuerdan la misericordia de Dios y los misterios más augustos; si aquí es principalmente donde la oración es más fácil y tiene mayor eficacia; por eso entre los respetables títulos con que se designan nuestras iglesias, tales como los de templos, basílicas, *palacios del Rey de los cielos*, *venerados santuarios* y muchos otros todavía, hay uno que se lo da la Sagrada Escritura, y que el mismo Jesucristo se lo ha dado, y es el de casas de oración. *Domus orationis*...

PERORACIÓN.—Y aquí, hermanos míos muy amados, hablando de nuestras iglesias, me es fácil decir, para concluir, cuáles son el tiempo y el lugar por excelencia de la oración... ¿El tiempo?... El tiempo por excelencia de la oración, nos está señalado por los mandamientos de Dios y por los de la Iglesia santa... *Santificarás las fiestas* sirviendo devotamente á Dios... *Oírás Misa cumplida los domingos y fiestas de guardar*. Este es el pensamiento sobre que insisto al erminar esta instrucción. Sí, á más de los tiempos ú ocasiones de que

hemos hablado, el domingo es el día especialmente consagrado á la oración... Dios se lo ha reservado; este día le está consagrado, él lo reclama...; Ah! ya sabeis que son muchos los que no se lo quieren dar...; Desgraciados! Dios os abre sus brazos, os invita, hay más, os obliga bajo pena de pecado mortal, á que vengais á invocarle todos los domingos en este sagrado recinto, porque ya hemos dicho que nuestras iglesias son casas de oración. Cada domingo Jesucristo descende sobre el altar en el santo Sacrificio de la Misa. Y nosotros, mientras esta adorable víctima viene á interceder por nuestros pecados, estamos en el campo, entregados á nuestras faenas... y hasta muchas veces estamos sin hacer nada, ya en un rincón de nuestros hogares, ya en medio de las plazas públicas, protestando en cierto modo contra la intercesión de nuestro divino Salvador... Aquí, sobre este altar, él dice: *Padre mio, perdónales*... Y nosotros con nuestra conducta, cuando nó con nuestras palabras, parece que decimos: *Nó, no nos perdoneis*... ¡Ah! Dios de bondad, atended, os lo suplico, atended la voz de vuestro divino Hijo: dignáos tener misericordia de mí, de todos estos fieles que me escuchan y de todos esos infelices pecadores que no acuden á invocaros!... Así sea.

### INSTRUCCION TERCERA.

CONDICIONES DE LA ORACION: CONFIANZA, DEVOCION, PERSEVERANCIA.

TEXTO.— *Petite et accipietis, etc.*... Pedid y recibireis; llamad y se os abrirá.

(SAN LUCAS, CAP. IX, VERS. 9.)

EXORDIO.— Carísimos hermanos: en la última instrucción que sobre la oración os daba, después de haberos habido de los lugares donde especialmente debíamos orar y del tiempo más propio para este santo ejercicio, os decía: El verdadero lugar de la oración, es la iglesia; el día especialmente consagrado á la oración, es el santo día del domingo... Sin embargo, si me habeis comprendido bien, he dicho igual-

siempre a propósito para la oración. Limitándome á lo que á nosotros nos concierne y deseoso de llegar á una consecuencia práctica, os diré que cuando os arrodilleis para rezar vuestras oraciones de la mañana ó de la noche, es menester que haya silencio á vuestro alrededor y que los que os rodeen respeten la conversación que teneis con Dios... Hasta en las familias cristianas se hace poco caso con frecuencia de esta circunstancia tan favorable para la oración. Los hijos se han puesto de rodillas para decir sus oraciones, y oigo á los padres sosteniendo una conversación profana... ¿Cómo quereis que aquellos angelitos puedan estar con recojimiento?... El paraje donde habitualmente haceis vuestras oraciones de la mañana y de la noche es la casa donde vivís; pero haced de manera, os lo suplico, que por algunos instantes esta casa se convierta en una especie de santuario donde se guarde riguroso silencio...

Pero los lugares más especialmente destinados á la oración son nuestras iglesias, á que con justicia se da el nombre de casas de Dios, los templos del Señor, consagrados por bendiciones especiales á la majestad divina, santificados por la presencia de nuestro adorable Salvador, que reside día y noche en nuestros tabernáculos... Aquí, en estos lugares, carísimos hermanos, aquí donde tantas imágenes y tantos signos nos recuerdan la misericordia de Dios y los misterios más augustos; si aquí es principalmente donde la oración es más fácil y tiene mayor eficacia; por eso entre los respetables títulos con que se designan nuestras iglesias, tales como los de templos, basílicas, *palacios del Rey de los cielos*, *venerados santuarios* y muchos otros todavía, hay uno que se lo da la Sagrada Escritura, y que el mismo Jesucristo se lo ha dado, y es el de casas de oración. *Domus orationis...*

PERORACIÓN.—Y aquí, hermanos míos muy amados, hablando de nuestras iglesias, me es fácil decir, para concluir, cuáles son el tiempo y el lugar por excelencia de la oración... ¿El tiempo?... El tiempo por excelencia de la oración, nos está señalado por los mandamientos de Dios y por los de la Iglesia santa... *Santificad las fiestas* sirviendo devotamente á Dios... *Oírás Misa cumplida los domingos y fiestas de guardar*. Este es el pensamiento sobre que insisto al erminar esta instrucción. Sí, á más de los tiempos ú ocasiones de que

hemos hablado, el domingo es el día especialmente consagrado á la oración... Dios se lo ha reservado; este día le está consagrado, él lo reclama...; Ah! ya sabeis que son muchos los que no se lo quieren dar...; Desgraciados! Dios os abre sus brazos, os invita, hay más, os obliga bajo pena de pecado mortal, á que vengais á invocarle todos los domingos en este sagrado recinto, porque ya hemos dicho que nuestras iglesias son casas de oración. Cada domingo Jesucristo descende sobre el altar en el santo Sacrificio de la Misa. Y nosotros, mientras esta adorable víctima viene á interceder por nuestros pecados, estamos en el campo, entregados á nuestras faenas... y hasta muchas veces estamos sin hacer nada, ya en un rincón de nuestros hogares, ya en medio de las plazas públicas, protestando en cierto modo contra la intercesión de nuestro divino Salvador... Aquí, sobre este altar, él dice: *Padre mio, perdónales...* Y nosotros con nuestra conducta, cuando nó con nuestras palabras, parece que decimos: *Nó, no nos perdoneis...* ¡Ah! Dios de bondad, atended, os lo suplico, atended la voz de vuestro divino Hijo: dignáos tener misericordia de mí, de todos estos fieles que me escuchan y de todos esos infelices pecadores que no acuden á invocaros!... Así sea.

### INSTRUCCION TERCERA.

CONDICIONES DE LA ORACION: CONFIANZA, DEVOCION, PERSEVERANCIA.

TEXTO.— *Petite et accipietis, etc...* Pedid y recibireis; llamad y se os abrirá.

(SAN LUCAS, CAP. IX, VERS. 9.)

EXORDIO.— Carísimos hermanos: en la última instrucción que sobre la oración os daba, después de haberos habido de los lugares donde especialmente debíamos orar y del tiempo más propio para este santo ejercicio, os decía: El verdadero lugar de la oración, es la iglesia; el día especialmente consagrado á la oración, es el santo día del domingo... Sin embargo, si me habeis comprendido bien, he dicho igual-

mente que todos los lugares eran apropiados para orar, y que en todo tiempo, y especialmente por la mañana, por la noche y antes y después de comer, debíamos entregarnos á este piadoso ejercicio.

A propósito de las oraciones que nos parecen menos importantes y que con sobrada frecuencia descuidamos, — ¡ay! todos los días tengo las pruebas por vuestros hijos que acuden al catecismo, — ¡cuán pocas son las familias donde se ha conservado la piadosa costumbre de recitar la *Bendición* y las *Gracias!*.. Pues, con motivo de estas sencillas oraciones, contaba yo á vuestros hijos una historia que les interesó: voy á repetírosla... ¡ojalá saqueis provecho de ella!

Una familia cristiana tenía y tiene aún dos hijos... La hija, que es la más jóven, era educada por las religiosas de la Visitación; el hijo, algo mayor, completaba sus estudios en un gran liceo de París. Una y otro fueron á pasar las vacaciones en casa de sus padres. Fuese á consecuencia de la influencia de las lecciones que había recibido ó de las malas compañías que había frecuentado, Mauricio, que así se llamaba el hijo, viendo á sus padres y hermana decir la *Bendición* antes de comer, no hacía ni siquiera la señal de la cruz. Lo notó su hermana y, con el consentimiento de sus padres, resolvió dar á su hermano una lección que, nó porque fuese muda, era ménos enérgica... Permitidme entrar aquí en un detalle muy sencillo, — demasiado sencillo tal vez; — pero quiero que me entendais todos, hasta los niños... Angela, la jóven hermana de Mauricio, cojió un poco de heno, lo arregló como uno de esos manojos que se echan al ganado y lo colocó en el plato de su hermano... Grande fué la sorpresa de este último al ver este primer plato que se le ofrecía; su hermana no le dió tiempo de reflexionar, y le dijo: « — ¿Te sorprende, mi buen Mauricio?.. En casa de nuestros buenos padres, este alimento es el que se da al caballo, á las vacas y á los carneros que no saben decir la *Bendición*... A los que son cristianos se les da otro alimento: ¿cómo has podido olvidar tan pronto lo que éstos tienen que decir antes de comer?.. » Me he extendido algo sobre este punto... Por dichoso me tendría, amados hermanos míos, si pudiese hacer que volviéis á adoptar vosotros mismos é induciros á inculcar á vuestros hijos una práctica cristiana sobradamente olvidada en nuestros días...

PROPOSICIÓN. — Pero he hablado ya bastante de la necesidad de la oración; hoy me propongo contestar á esta sencilla pregunta: ¿Cómo se ha de orar?

DIVISIÓN. — Contesto con el catecismo: se ha de orar, *en primer lugar*, con confianza; *en segundo lugar*, con devoción; *en tercer lugar*, con perseverancia.

*Primera parte.* — Hemos de orar con confianza... ¿Qué significan estas palabras?.. Quieren decir que, cuando nos dirigimos á Dios, debemos considerarle como nuestro mejor amigo, como al más tierno de los padres... Supongamos que teneis que pedir un servicio, un favor, ya á un hermano, porque generalmente en las familias cristianas se realiza esta frase del poeta:

Un hermano es un amigo que nos dió naturaleza...

ya á una persona que sabeis que os aprecia. No vacilais. Sabeis que este amigo, unido á vosotros por los lazos de la sangre ó por los del cariño, atenderá vuestra petición...; Con cuánta mayor confianza, hermanos míos muy amados, debemos todavía dirigirnos á Dios!.. ¿Será verdad adorable Salvador, que vos sois para nosotros un amigo?.. Escuchad, su respuesta: — Sí, no quiero trataros como esclavos ni como criados, sinó como amigos... — Entonces, dulce Jesús, ¿podemos dirigirnos á vos con confianza? — Sí, os lo juro bajo mi palabra; os lo digo en verdad, todo lo que le pedireis á mi Padre en nombre mio, él os lo dará..

Y es verdad, hermanos míos muy amados; palabras del Evangelio son las que os cito, y ya sabeis que el Evangelio es la verdad misma.

A vosotros os gusta oír estas frases divinas pronunciadas por nuestro adorable Salvador. ¡Ah! carísimos hermanos, más de una os citaría relacionada con este admirable asunto de la oración. Nuestro mismo Señor Jesucristo es quien nos dice que nos dirijamos á Dios con igual confianza que la con que nos dirigiéramos al padre más cariñoso y bueno. Él es, en efecto, quien nos enseñó esta bellísima oración: *Padre nuestro, que estás en los cielos*... Pero, aún en otra circunstancia, para hacernos comprender mejor la confianza con que

debíamos recurrir á Dios, decía: « Pedid, y recibireis; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá... ¿Qué padre habrá entre vosotros que le dé un guijarro á su hijo cuando éste le pida pan? que le ofrezca una serpiente en lugar de un pescado ó un escorpión en vez de un huevo?... » Y añadía el Señor... « Si pues vosotros, á quienes falta mucho para ser perfectos, atendeis las súplicas de vuestros hijos y les otorgais las cosas que les convienen; con mayor razón el Padre que tenéis en el cielo, que es la misma bondad, os concederá las gracias que necesitáis si se las pedís como es debido (1)... » He dicho: las gracias que necesitamos; porque, hermanos míos, si vuestro hijo os pidiese una cosa inútil, peligrosa ó que pudiese comprometer su salud, tendríais la inteligencia suficiente para negársela. Así Dios, este Padre que tenemos en el cielo, no nos concede á veces ciertos dones que nos serían más funestos que útiles. Pidamos ante todo la gracia de obtener nuestra salvación, de ir un día al Paraíso y lo demás, — Jesucristo es quien nos lo afirma, — lo demás se nos dará por añadidura... Dirijámonos pues á Dios con confianza porque, lo repito, él es para nosotros el mejor de los amigos, el más tierno de los padres...

*Segunda parte.* — Otra de las condiciones de la oración es que se haga con devoción, es decir con atención, con respeto, con el respeto profundo de la majestad soberana del Dios á quien nos dirigimos y al propio tiempo con la íntima convicción de nuestra miseria. Y si bajo este punto de vista, hermanos míos, quisiésemos examinar la manera como habitualmente rezamos, estoy seguro de que todos nosotros tendríamos más de un reproche que dirigirnos...

Un santo ilustre, de quien más de una vez os he hablado, san Luis de Gonzaga, sufría un interrogatorio de sus superiores; había de contestar con humildad, — pero la humildad no es la mentira, es la verdad dicha con modestia. — « Hermano, le decía su confesor, ¿estais distraído á veces en vuestras oraciones? — Nó, padre, contestaba el angélico jóven; cuando hablo con Dios, creo que él atrae mi corazón hácia sí. — ¿Y esto os sucede siempre? proseguía el interrogador. — ¿Siempre? oh nó, contestaba el humilde penitente, porque á veces he

(1) San Lucas, cap. XI y siguientes.

tenido en mi vida algunas distracciones; pero creo que reunidas apenas podrian representar el tiempo que dura el rezo de un *Ave Maria*... » Ved ahí, carísimos hermanos míos, como oraban los santos... ¡Qué devoción! ¡Qué atención!... Ni dos minutos de distracción... ¡en quince años!

Un pensamiento me acude, hermanos míos muy amados, y es el de invertir en cierto modo, aplicándola á nosotros, la pregunta hecha á san Luis de Gonzaga. En quince años, ¿hemos orado nosotros con devoción tan sólo el espacio de tiempo que podría durar el rezo de un *Ave Maria*?... Tiemblo por mí... tiemblo por vosotros... y vacilo en responder... Ved pues, carísimos hermanos, con cuánta frecuencia oramos mal... Vosotros, los que habeis conservado las costumbres cristianas, os arrodillais por la mañana y por la noche para recitar esas fórmulas de oración que unas madres piadosas os enseñaron: ¿estais bien seguros de haber estado con verdadera atención tan sólo durante el espacio de tiempo de un *Ave Maria*?... Vamos á ver, hermanos míos, una aplicación fácil. En este momento nos hallamos en la iglesia; ¿qué hemos pedido durante la aspersion del agua bendita?... Se han recitado la Epistola y el Evangelio y nosotros hemos debido leer en nuestros libros algunas oraciones preparatorias para el santo Sacrificio. — Digo preparatorias, porque el augusto Sacrificio de la Misa no empieza hasta que llegamos al Ofertorio. — Pero en fin, decidme si hasta ese momento, al recitar las fórmulas contenidas en vuestros libros, habeis meditado, reflexionado y pedido á Dios tal ó cual gracia que necesitais... A todos os miro, carísimos hermanos... Hasta os permitiría, si la dignidad de este santo lugar lo consintiera, que me contestaseis en alta voz... Pues bien, la verdad, puesto que nada hemos pedido, puesto que nuestro pensamiento no se ha fijado en ninguna de nuestras necesidades, es que no hemos orado con devoción...

Y sin embargo, mis buenos amigos, ¡cuántas gracias tenemos por pedir!... ¡Cuán grandes, inmensas y dilatadas son las necesidades de nuestras pobres almas!... ¡Oh Jesús, dulce Redentor nuestro, cuando dentro de algunos minutos estareis sobre este altar, suplid con vuestro fervor esta devoción que les falta á nuestras oraciones!... ¡Augusto Mediador, sed nuestro intercesor cerca de vuestro Padre!..

Hermanos míos, no sabemos bastante qué es eso de orar con devoción; y sin embargo es una condición importante: más de una vez volveremos á tratar de ella en las instrucciones siguientes... Paso á la tercera condición que deben tener nuestras oraciones.

*Tercera parte.* — ¿Cuál es pues esta condición?... La perseverancia... Aquí, hermanos míos muy amados, inclináos respetuosamente: voy á citaros de nuevo el Evangelio, y son también las adorables palabras de nuestro adorable Salvador las que os voy á transmitir... » Amigos, decíales á sus Apóstoles para recomendarles la perseverancia en la oración, si alguno de vosotros, teniendo un amigo, fuese á encontrarle durante la noche y le dijese: Amigo mío, préstame tres panes; acaba de llegarme un viajero á quien quiero mucho, y no tengo nada para darle. Suponed que el hombre á quien en estos términos se suplica os contesta, medio dormido, desde el interior de su casa: No me importunes, tengo cerrada la puerta; mis hijos están acostados ya y no les quiero despertar; por consiguiente no me levantaré para darte lo que me pides... » Aquí, hermanos míos muy amados, fijad bien vuestra atención; Jesucristo es quien sigue hablando y quien nos quiere enseñar que nuestras oraciones han de ser perseverantes, es decir hechas con insistencia... En efecto, añade: « Si el amigo insiste en llamar á la puerta, en verdad os digo que aquel hombre se levantará y dará lo que se le pide para evitar nuevas importunidades; el resultado de sus ruegos se deberá menos á la amistad que á la perseverancia (1). »

¡Cuán admirable lección, hermanos míos muy amados, y cuán consoladora es!... Teneis precisión de una gracia necesaria para vuestra salvación ó para la de aquellos que os son queridos; orad, volved á orar y no os desanimeis jamás; tenedlo por seguro, la palabra de Aquel que ha dicho: « Pedid, y recibireis, » es una palabra infalible. El cielo y la tierra pasarán, pero esas palabras: » Pedid, y recibireis; llamad y se os abrirá »; ¡oh Jesús de nuestras almas!.. no, estas no pasarán... Todos los santos han experimentado la eficacia de la oración hecha con perseverancia... Un mártir temblaba con mucha anticipación; temía ser demasiado débil ante los verdugos; pedía á Dios el valor y la energía necesarios, y, llegado el momento, Dios daba á san A-

(1) San Lucas, cap. XI vers 5 y siguientes

drian y á muchos otros mártires la fuerza que le era necesaria... San Adrian se sentía con valor suficiente para sufrir los tormentos más atroces; y la misma santa Natalia, su mujer, sostenía los miembros de su amado esposo mientras los verdugos se los machacaban sobre un yunque de hierro... ¡ Ved ahí las gracias que obtiene la oración hecha con perseverancia... ¿Qué diré pues de tí, modelo de esposas y de madres, admirable santa Mónica, citada con tanta frecuencia en nuestros católicos púlpitos?... Merced á tus perseverantes oraciones, tu esposo Patricio muere como un predestinado; pero lejos de tí, un pobre hijo pródigo, llamado Agustín, anda extraviado por los senderos del mal. Tú rezas y lloras... Un santo obispo te dice: « Madre, ora, ora sin cesar; es imposible que Dios abandone á un hijo objeto de tantas oraciones y de tantas lágrimas... » La pobre viuda, abandonando el Africa, iba á reunirse á su querido hijo en Italia; siguiendo el consejo del Obispo, oraba con perseverancia, y al cabo de algunos meses tenía el consuelo de ver á su Agustín bautizado por san Ambrosio, y llegando á ser, no solamente el mejor de los hijos, sino además el más fervoroso cristiano... ¡ Ah! yo hubiera querido que aquella amable madre, leyendo en el porvenir, hubiese podido contemplar á su Agustín ocupando la sede de Hipona, transformado en modelo de obispos, en oráculo de la cristiandad, en el más ilustre doctor de la Iglesia... Habría visto que Dios la había atendido más aún de lo que ella deseaba... Ved ahí, cristianos, la oración, la oración hecha con confianza, hecha con devoción, hecha con perseverancia...

*PERORACION.* — Carísimos hermanos, os he repetido ya más de una vez que Dios nos honra cuando nos permitía que le orásemos... No he expresado enteramente bien mi pensamiento. Dios es tan bueno, tan misericordioso, tan deseoso está de la salvación de nuestras almas que, leyendo el Evangelio, casi se diría que tiene miedo de que no le oremos, tanta es la frecuencia con que nos recomienda la oración, y esto en los términos más afectuosos y más enérgicos... Escuchad aún á nuestro divino Salvador: « Hasta ahora, amigos míos, dice á sus discípulos, nada habeis pedido; pedid pues y recibireis... » Amados hermanos míos, ¿ no se nos podría dirigir á cada uno de nosotros un reproche igual?... Tal vez algunos de nosotros han conservado la buena costumbre de la oración

pero, lo repito, hasta ahora, ¿ qué hemos pedido y cómo lo hemos pedido?.. Me detengo un momento... Examinemos nuestra conciencia..... ¿ Hemos orado con confianza, es decir con una fé viva, bien persuadidos de que Dios nos escuchaba?... ¿ Hemos orado con devoción, estando respetuosamente recojidos ante el soberano Señor á quien nos dirigíamos?... ¿ Hemos orado con perseverancia, estando bien penetrados de la necesidad de las gracias que pedíamos?..... Creo, hermanos míos muy amados, que nos veríamos en un apuro para contestar que sí á estas tres preguntas... Humillémosnos pues ante Dios y formemos la resolución de dar de hoy en adelante á nuestras oraciones las tres condiciones necesarias : la confianza, la devoción y la perseverancia... Así sea.

#### INSTRUCCION CUARTA.

MOTIVO POR QUE DIOS NO SIEMPRE ATIENDE NUESTRAS ORACIONES : CON FRECUENCIA NUESTRAS ORACIONES TAMPOCÓ TIENEN OBJETO ALGUNO.

TEXTO. — *Petite et accipietis, etc....* Pedid y recibireis, llamad y se os abrirá.

(SAN LUCAS, CAP. XI, VERS. 9.)

EXORDIO. — C irsimos hermanos, en mi última instrucción os hablabá de las condiciones principales que nuestras oraciones han de tener ; os dije ya que han de ser hechas con confianza, con devoción y con perseverancia... No tuve tiempo de referiros una conmovedora historia del Evangelio que nos muestra la eficacia de la oración hecha en estas condiciones... Hoy empiezo reparando este olvido.

Nuestro adorable Salvador se encontraba en los alrededores de la ciudad de Tiro, situada bastante léjos de Jerusalén. Parece que hasta los paganos conocían este poder divino con que curaba á los enfermos y mandaba á los demonios. En efecto, una mujer cananea le fué á encontrar

Pobre madre, estaba vivamente afligida, y, vertiendo lágrimas, decíale á Jesús : « Señor, hijo de David, apiádate de mí ; mi hija está cruelmente atormentada por el demonio. » Y nuestro Redentor parecía volver la cara á otro lado y no oirla. Sorprendidos estaban los Apóstoles, sabiendo cuán bueno y compasivo era : — « Maestro, le decían, concédele lo que pide, porque nos persigue con sus gritos. » Queriendo instruir á sus Apóstoles y mostrarnos á todos la necesidad de la perseverancia en la oración, el divino médico contestó : « Unicamente he sido enviado para curar á las ovejas extraviadas de la casa de Israel. » Pero ¿ qué no puede la insistencia de una madre que ruega por su hijo?... Acércate, pobre cananea, arrodíllate junto al Salvador : en sus miradas veo que va á atender tu petición... Y aquella mujer, adorando á Jesús, le decía : « ; Señor, asísteme ! — Hija mia, le contesta Jesús, ¿ es permitido quitar el pan á los hijos para dárselo á los perros ? — Maestro, contesta aquella afligida mujer, esto no es permitido ; pero no obstante los perritos recojen las migajas que caen de la mesa de su amo. ; Permítaseme pues á mí, pobre pagana, recoger algunas partículas de esas gracias que con tanta abundancia derramas sobre los judíos ! » Admirando la devoción, la confianza y la perseverancia de aquella pobre madre : « Mujer, la dijo, ; cuán grande es tu fé ! Recibe pues la gracia que pides. » Y su hija quedó inmediatamente curada.

PROPOSICIÓN. — Sin embargo, hermanos míos muy amados, Dios, por razones misteriosas, no siempre atiende nuestras oraciones. Me propongo daros algunas aclaraciones sobre este punto, esto es que por no ser hechas con atención, nuestras oraciones son con frecuencia inútiles.

DIVISIÓN. — *En primer lugar*, porqué no siempre nos concede Dios lo que le pedimos ; *en segundo lugar*, que nuestras oraciones carecen con frecuencia de objeto.

*Primera parte.* — Dios, hermanos míos muy amados, cuya bondad sin embargo es infinita, á causa de esta misma bondad y de los designios que tiene sobre nuestra salvación, no siempre nos concede lo que le pedimos, ya porque pedimos lo que nos sería inútil, ya porque quiere concedernos gracias más preciosas.

¡ Aun cuando Dios no nos atienda, no duedemos jamás de su ternu-

pero, lo repito, hasta ahora, ¿ qué hemos pedido y cómo lo hemos pedido?.. Me detengo un momento... Examinemos nuestra conciencia..... ¿ Hemos orado con confianza, es decir con una fé viva, bien persuadidos de que Dios nos escuchaba?... ¿ Hemos orado con devoción, estando respetuosamente recojidos ante el soberano Señor á quien nos dirigíamos?... ¿ Hemos orado con perseverancia, estando bien penetrados de la necesidad de las gracias que pedíamos?..... Creo, hermanos míos muy amados, que nos veríamos en un apuro para contestar que sí á estas tres preguntas... Humillémosnos pues ante Dios y formemos la resolución de dar de hoy en adelante á nuestras oraciones las tres condiciones necesarias : la confianza, la devoción y la perseverancia... Así sea.

#### INSTRUCCION CUARTA.

MOTIVO POR QUE DIOS NO SIEMPRE ATIENDE NUESTRAS ORACIONES : CON FRECUENCIA NUESTRAS ORACIONES TAMPOCÓ TIENEN OBJETO ALGUNO.

TEXTO. — *Petite et accipietis, etc....* Pedid y recibireis, llamad y se os abrirá.

(SAN LUCAS, CAP. XI, VERS. 9.)

EXORDIO. — C irsimos hermanos, en mi última instrucción os hablabá de las condiciones principales que nuestras oraciones han de tener ; os dije ya que han de ser hechas con confianza, con devoción y con perseverancia... No tuve tiempo de referiros una conmovedora historia del Evangelio que nos muestra la eficacia de la oración hecha en estas condiciones... Hoy empiezo reparando este olvido.

Nuestro adorable Salvador se encontraba en los alrededores de la ciudad de Tiro, situada bastante léjos de Jerusalén. Parece que hasta los paganos conocían este poder divino con que curaba á los enfermos y mandaba á los demonios. En efecto, una mujer cananea le fué á encontrar

Pobre madre, estaba vivamente afligida, y, vertiendo lágrimas, decíale á Jesús : « Señor, hijo de David, apiádate de mí ; mi hija está cruelmente atormentada por el demonio. » Y nuestro Redentor parecía volver la cara á otro lado y no oirla. Sorprendidos estaban los Apóstoles, sabiendo cuán bueno y compasivo era : — « Maestro, le decían, concédele lo que pide, porque nos persigue con sus gritos. » Queriendo instruir á sus Apóstoles y mostrarnos á todos la necesidad de la perseverancia en la oración, el divino médico contestó : « Unicamente he sido enviado para curar á las ovejas extraviadas de la casa de Israel. » Pero ¿ qué no puede la insistencia de una madre que ruega por su hijo?... Acércate, pobre cananea, arrodíllate junto al Salvador : en sus miradas veo que va á atender tu petición... Y aquella mujer, adorando á Jesús, le decía : « ; Señor, asísteme ! — Hija mia, le contesta Jesús, ¿ es permitido quitar el pan á los hijos para dárselo á los perros ? — Maestro, contesta aquella afligida mujer, esto no es permitido ; pero no obstante los perritos recojen las migajas que caen de la mesa de su amo. ; Permítaseme pues á mí, pobre pagana, recojer algunas partículas de esas gracias que con tanta abundancia derramas sobre los judíos ! » Admirando la devoción, la confianza y la perseverancia de aquella pobre madre : « Mujer, la dijo, ; cuán grande es tu fé ! Recibe pues la gracia que pides. » Y su hija quedó inmediatamente curada.

PROPOSICIÓN. — Sin embargo, hermanos míos muy amados, Dios, por razones misteriosas, no siempre atiende nuestras oraciones. Me propongo daros algunas aclaraciones sobre este punto, esto es que por no ser hechas con atención, nuestras oraciones son con frecuencia inútiles.

DIVISIÓN. — *En primer lugar*, porqué no siempre nos concede Dios lo que le pedimos ; *en segundo lugar*, que nuestras oraciones carecen con frecuencia de objeto.

*Primera parte.* — Dios, hermanos míos muy amados, cuya bondad sin embargo es infinita, á causa de esta misma bondad y de los designios que tiene sobre nuestra salvación, no siempre nos concede lo que le pedimos, ya porque pedimos lo que nos sería inútil, ya porque quiere concedernos gracias más preciosas.

¡ Aun cuando Dios no nos atienda, no duedemos jamás de su ternu-

ra hácia nosotros, del amor que nos profesa!... Voy á poner os una comparación : vosotros es indudable que amais á vuestros hijos, únicamente para ellos es para quienes trabajais, y más de una madre hay y, añadiré que más de un padre hay entre vosotros, que sacrificaría su vida por la de su hijo... Pues bien, figuráos que este pequeñuelo, de años escasos, os pide con insistencia el cuchillo ó la navaja de que os acabais de servir ; á pesar de sus lágrimas os negaréis á poner entre sus infantiles manos un instrumento cuyo peligro no conoce su inexperiencia... Supongámosle más adelantado en edad : está enfermo ; el médico os dice : « Velad atentamente sobre él ; tal alimento sería un veneno para él y le causaría indefectiblemente la muerte ». ¿ Seríais padres razonables si, apesar de las prescripciones del médico, cediendo á las instancias del jóven enfermo, le dieseis lo que el médico ha prohibido, lo que le sería funesto y perjudicial?... Os conozco, hermanos míos, y sé que ninguno de vosotros cometería semejante imprudencia.. Ahora bien, ¿ qué somos nosotros ante este Padre que tenemos en el cielo?... Unos niños... ¡ ay ! y con harta frecuencia bien poco razonables y á veces bien enfermos... Parece que el objeto de nuestras peticiones es bueno ; pero Dios, que ve más léjos que nosotros, lo juzga de distinta manera ; tal favor espiritual que pedimos, contribuiría tal vez á ensobrecernos y á perdernos ;... la salud que con tantas instancias reclamamos nos quitaría desde luego el mérito de la resignación y desertaría en nosotros pasiones cuyos asaltos amortigua el sufrimiento...

Cuántos están en el infierno por haber sido demasiado dichosos y demasiado atendidos en este mundo!... Y si se abriesen los cielos... ; cuántas numerosas serían las almas santas que deben los honores de que gozan allá arriba sólo á las pruebas y á la persecución!

El Evangelio nos refiere que un dia el Señor, habitualmente tan bueno, dió una respuesta severa á una mujer que sin embargo le había sido muy adicta y que le había cedido sus dos hijos para que fueran Apóstoles suyos : era la madre de Santiago y de san Juan, la mujer de Zebedeo. — « Maestro, decíale ella, te pido un favor ; y es que un dia mis hijos estén sentados en tu reino, uno á tu derecha y otro á tu izquierda. » Y el Señor la contestó friamente : « No sabes lo que pides. » Como si la hubiese querido decir : yo sé mejor que tú lo que á tus dos

hijos les conviene... ; Cuántas veces, cristianos, cuando nuestras oraciones se pierden en vanos deseos que con harta frecuencia sólo tienen por objeto favores terrenales más bien que gracias sobrenaturales, cuántas veces podría decirnos Jesucristo lo que contestaba á la mujer de Zebedeo : « No sabéis lo que pedís!... »

Pero hay más, hermanos míos. Recorriendo el Evangelio observo que ni Jesucristo mismo no fué siempre atendido en sus oraciones... Vos, adorable Redentor, habeis querido darnos una importante lección y enseñarnos que no nos debemos desanimar cuando no alcanzamos las gracias que pedimos, sinó por el contrario abandonarnos humildemente en manos de la Providencia... ; Veámosle, hermanos míos, en el huerto de los Olivos... ; Qué fervor, qué humildad, qué perseverancia en su oración!... Allí está postrado con la faz contra la tierra, abismado en cierto modo en la contemplación de la soberana majestad. — « Padre, le dice, conociendo de antemano cuán amarga será la copa de dolor que ha de vaciar en su Pasión; Padre, dice, aléjese de mí este cáliz... » Pues nó, augusto Redentor mío, no sereis atendido ; ese cáliz lo beberéis hasta las heces... Pero ; cuán ampliamente recompensada será, oh rey de nuestras almas, vuestra santa humanidad!... Sereis, si así me es permitido expresarme, glorificado más allá de todas vuestras amarguras. Para vos la cruz será triunfante ; vuestra Pasión será el pedestal sobre que se establecerá el trono de vuestro imperio ; las lágrimas, los besos de mil y mil generaciones cubrirán vuestra imagen colocada pendiente de la cruz ; ; valor ! vuestra triunfante Resurrección y vuestra Ascensión gloriosa están, por decirlo así, en el fondo de ese cáliz que vais á apurar...

Y es verdad, hermanos míos muy amados ; Jesucristo quiso mostrarnos con su ejemplo que, si nuestras oraciones no siempre son atendidas según nuestros deseos, la misericordia de Dios, siempre generosa para con nosotros, reserva amplias recompensas á la resignación humilde, á la fé sumisa... No nos desanimemos pues en nuestras oraciones ante tal ejemplo.

*Segunda parte.* — Pero si á veces nuestra oración se equivoca de objeto, si, como la madre de los hijos de Zebedeo, nos acontece reclamar de la Bondad divina cosas poco convenientes, defecto más común

todavía en nuestras oraciones, es que las más de las veces, hechas por una especie de costumbre, carecen de fin, carecen de objeto... Carísimos hermanos, el pensamiento que voy á desarrollar es muy importante, merece fijar toda vuestra atención... La oración tiene un fin triple: adorar á Dios, pedirle sus gracias y agradecerle sus beneficios... Con sobrada frecuencia, por no habernos recojido antes de orar, pronunciamos como cotorras y sin dar á ellas importancia alguna, las fórmulas que se nos han enseñado... Lo he dicho ya y lo repetiré á vuestros hijos: para orar con atención, conviene tener ante nuestra vista un crucifijo ó, á falta de este objeto, que debería ser el primero de todo ajuar cristiano, la cruz de nuestro rosario... Se saluda, se besa, á lo menos espiritualmente, esta imagen de nuestro Salvador: es un testimonio de respeto; más aún, bien meditado es un acto de adoración... El Viernes Santo acudís á adorar piadosamente la cruz... Os felicito por esto; pero podeis adoraria cada día... Por medio de estos actos, hermanos míos muy amados, es como más se eleva la oración, es como nos aproxima á la majestad suprema y se convierte en un verdadero acto de adoración... Así pues, antes de la oración elevemos nuestros corazones... *Sursum corda*, nos diría nuestro Angel custodio si le pudiésemos oír: dichosos si pudiéramos contestarle: *Habemus ad Dominum*, nuestros corazones estan vueltos hácia el Señor... Éste, lo repito, es el primer objeto, el fin más noble de esta conversación que Dios nos permite sostener con él... Antes de pedir á un magistrado, á un gobernador ó á cualquier otra persona elevada en dignidad, un favor que deseamos alcanzar, nos inclinamos respetuosamente, le presentamos humildemente nuestros homenajes... Sí, lo repito, el fin más esencial de la oración es el de adorar á Dios..... Y nosotros no pensamos en esto....

Otro objeto que debería vivamente interesarnos sería el de solicitar de la divina misericordia las gracias que necesitamos... Un día en el templo de Jerusalén, pero nó, ese templo no estaba construído todavía; en un santuario donde estaba depositada el Arca de la alianza, símbolo imperfecto de nuestros tabernáculos, fué á prosternarse una mujer... Deseaba vivamente una gracia; su corazón dejaba desbordarse sus suspiros, sus lábios se movían, pero no se oía palabra alguna. De ro-

dillas, perseveró durante largo tiempo en su oración. Helí, el gran sacerdote, poco acostumbrado á tanto fervor, creyó que aquella atribulada mujer estaba ébria ó loca; y la reprendió. — « Nó, señor, le contesta la mujer, tu sierva no está ébria; ha venido á solicitar, junto al Arca del Altísimo, un favor que vivamente desea.. » Aquella piadosa mujer se llamaba Ana: estéril y humillada hasta entonces, iba á pedir la gracia de ser madre... Y Dios concedía á sus oraciones el nacimiento de un hijo que llegó á ser el profeta Samuel.

Lo que hacía tan fervorosa su oración, carísimos hermanos, era que tenía un objeto, era que deseaba vivamente alcanzar la gracia que pedía... Pero nosotros, antes de orar, nosotros, pobres pecadores, que tantas cosas necesitamos, ¿ pensamos en dar un objeto á nuestras oraciones?... Nó, lo repito, porque es una verdad sobre la cual jamás insistiremos lo bastante, no pedimos nada, ni pensamos en nada... Santa Mónica, durante diez años, en todas sus comuniones, en todos sus ejercicios de piedad, pedía la conversión de su esposo Patricio y la de su hijo Agustín. Y obtuvo este doble favor... Esposas y madres, medital este ejemplo... San Agustín, durante los treinta años que sobrevivió á su piadosa madre, jamás se olvidó de orar por ella... Y nosotros, ¿ pensamos tan siquiera una vez por semana en nuestros padres, en nuestros esposos, en todas aquellas almas de parientes nuestros que languidecen tal vez en las prisiones del Purgatorio?...

Vamos á ver, carísimos hermanos, y quisiera haceros sentir bien esta verdad, (porque yo, como san Pablo, no temo el repetirme, cuando se trata de enseñanzas útiles é importantes). En este momento algunos de nosotros estamos reunidos en este sagrado recinto. — ¡ay! yo quisiera ver reunida aquí cada domingo la parroquia entera. — Pero en fin estais aquí los mejores, la parte más consoladora del rebaño confiado á mis cuidados: ¿hay, de entre vosotros, muchos que, al asistir hoy á la santa Misa, se hayan propuesto pedir á Dios alguna gracia especial? Nosotros todos, pobres pecadores, tenemos necesidad de contrición; vosotras, madres, teneis algo que solicitar para vosotras y para vuestros hijos; vosotras, jóvenes doncellas, conoceis ya ocasiones peligrosas, hoy mismo tal vez se os presentará alguna, y necesitais del auxilio de Dios para triunfar de ellas... Y luego, ¿vamos á olvidar á aquel padre, á esa

madre que desde las prisiones del Purgatorio nos tienden sus brazos y nos invocan con lamentable voz?... ¡Ingratos!... Pero nó, hermanos míos, quiero únicamente deciros que con frecuencia, por falta de atención no le pedimos nada á Dios en nuestras oraciones. Y sin embargo, el catecismo lo dice, la oración es una elevación del alma hácia Dios para pedirle las gracias de que tenemos necesidad.

Otro objeto de la oración es el dar gracias á Dios por todos los beneficios de que nos ha colmado. El agradecimiento, carísimos hermanos, es realmente una necesidad para las almas rectas, justas y sensibles. Dais las gracias al médico que, con sus cuidados, os ha salvado de una enfermedad mortal; demostrais vuestro agradecimiento á los que os han prestado algun servicio importante. Es muy natural: la ingratitud es el vicio de los corazones bajos y averiados... Y ahora decidme: ¿quién es nuestro mayor bienhechor? ¿Quién nos ha dado la vida? ¿quién nos la conserva? ¿Conoceis bien á quien ha redimido vuestras almas, dando hasta la última gota de su sangre, sufriendo por nosotros la muerte más ignominiosa?... ¡Oh, sí! le conoceis; todo en esta iglesia os trae á la memoria su recuerdo, y este tabernáculo donde reside, y esta sagrada mesa donde le habeis recibido, y este tribunal de la penitencia donde habeis sido librados de la mancha original.... ¡Cuántos beneficios!... ¡Cuánta gratitud debe inspirarnos la sola vista de una iglesia!... Y nosotros entramos en ella las más de las veces, hermanos míos muy amados, y en ella permanecemos sin pensar en dar gracias á Dios por los beneficios de que ha sido testigo este lugar augusto... ¡Sí, ingratos!... Y en nuestras casas, la imagen del crucificado, — porque, lo repito con insistencia, toda casa cristiana debe poseer esta sagrada imagen; es un mueble que jamás habría que tomar prestado, — ¡pues bien! la sola vista de este venerado signo, no debería inspirarnos gratitud?... Confesémoslo, carísimos hermanos míos, y confesémoslo humildemente; si hay un número por desgracia sobradamente crecido de cristianos que han olvidado la oración, nosotros que aún tenemos la dicha de orar, no siempre sabemos dar á nuestras oraciones su verdadero fin, que es adorar á Dios pedirle sus gracias y agradecer sus beneficios. Pensemos en esto, ama-

dos hermanos míos, y si sois fieles á esta recomendación, podeis estar seguros de que vuestras oraciones serán más atentas y fervorosas.

PERORACIÓN. — Al terminar, hermanos míos, acude á mi mente esta bella historia de la cananea que os refería poco ha... Hay en ella una frase que nos muestra la humildad en la oración, que ha de movernos á que nos persuadamos de que delante de Dios somos como unos pobres mendigos delante de un soberano... Jesucristo, afectando rechazar la súplica de aquella humilde mujer, la dice: «No se da á los perros el pan que á los hijos se destina.» Y ella acepta humildemente este título poco halagador: «Sí, contesta, pero los perritos recojen las migajas que caen de la mesa.» Esta humildad, hermanos míos muy amados, es una virtud que los santos han, no solamente admirado, sino también imitado, y que daba un inmenso valor á sus oraciones... Penetrad conmigo en el palacio de un patriarca, de un santo arzobispo que va á morir... Su vida entera fué un prodigio de santidad; sólo Dios conoce el número de sus limosnas y el de las buenas obras que practicó: es san Lorenzo Justiniano, patriarca de Venecia. Acaba de recibir los últimos sacramentos con la piedad de un ángel; oíd su oración suprema: «No me atrevo, dice, á ambicionar ese sitio de los bienaventurados espíritus que contemplan cara á cara la augusta Trinidad; pero, Dios mío, esta pobre criatura os pide algunas de esas migajitas que caen de vuestra deliciosa mesa... ¡Ah! sería demasiado para mí, sí, sería demasiado si os dignaseis conceder á vuestro débil servidor un poquito de sitio á los piés del último de vuestros escojidos...» Así oraban los santos, carísimos hermanos, y según la frase del Apóstol san Pablo, Dios, que resiste á los soberbios, les atendía porque eran humildes... Oremos pues también nosotros, no sólo con atención, sino con una profunda humildad, y la misericordia de Dios se dignará bendecirnos y atendernos. ¡Oh! Así sea.

## INSTRUCCION QUINTA.

¿ A QUIÉN HEMOS DE ORAR ? PRIMERAMENTE A DIOS ; LUEGO A LA VIRGEN SANTÍSIMA A LOS ANGELES Y A LOS SANTOS.

TEXTO. — *Petite et accipietis ; pulsate et aperietur vobis, etc....*  
Pedid y recibireis ; llama y se os abrirá.

(SAN MATEO, CAP. VII, VERS. 7.)

EXORDIO. — Amados hermanos míos, la oración es un asunto inmenso, inmenso como nuestras necesidades, más aún, inmenso como la miseria de Dios... Observo que las explicaciones que os doy son casi siempre incompletas... Así, el domingo pasado, al deciros que nuestras oraciones carecían frecuentemente de objeto, lo cual hacía que fuesen menos atentas y menos fervorosas, no os expliqué detalladamente lo que debíamos pedir de una manera absoluta, como por ejemplo, el perdón de nuestros pecados ó nuestra salvación eterna.. Hay también otras, como la salud, y hasta los bienes temporales, que nos es permitido pedir á nuestro soberano Señor, pero con la condición de que no perjudiquen el gran negocio de nuestra salvación... Más tarde, al explicar la oración dominical, volveré á tratar más extensamente este punto....

Asimismo en una de las instrucciones anteriores, al hablaros de los lugares de la oración, no he insistido lo bastante sobre la oración pública y sus numerosas ventajas... El mismo Jesucristo nos afirma la superioridad de esta oración hecha en común, al decir : *Cuando dos ó tres estén reunidos para orar en mi nombre, yo estaré en medio de ellos.* La oración hecha en común por una familia reunida, y sobre todo por una parroquia congregada en una iglesia, tiene pues algo de más agradable á Dios y es más poderosa sobre su corazón.. Una comparación muy sencilla os hará comprender esta verdad... Suponed que el señor Obispo, el representante de Jesucristo en esta diócesis, se digna, como lo ha hecho ya, visitar nuestra humilde parroquia ; preséntase un cristiano á pedir su bendición, luego otro, después otro... Indudablemente esta demostración aislada de cada uno de estos fieles le honra

y regocija su corazón.. Pero figuráos á todos los cristianos reunidos con sus vestidos de fiesta, las campanas dejando oír sus más alegres sonos, la iglesia adornada como para las mayores solemnidades ; ¿ creéis que en aquel espectáculo de toda una población reunida no habría algo que honraría más al primer pastor de la diócesis y regocijaría más su corazón ?... Ahí teneis la imágen de la oración privada y de la pública... Realmente no conviene olvidarse de la primera ; ésta es agradable á nuestro soberano Dueño ; pero conviene dar mucha importancia á la segunda, porque con ella se honra todavía más á este Dios que ha creado el universo y á quien está sometido todo. Un conmovedor ejemplo mostrará claramente esta verdad... Decidme ; ¿ había en la tierra una oración y unos homenajes más fervientes que los que tributaban san José, la santísima Virgen y el niño Jesús á la augusta Trinidad ? ¿ Existía sobre la tierra un templo, un santuario más venerable que la humilde morada donde vivían ?.. — ¿ Porqué pues, oh augusta familia, cada año en las solemnes festividades empredeis una larga caminata para trasladaros al templo de Jerusalén ?.. — Para reuniros á los fieles que oran en aquel sagrado recinto.. — Pero allí no serán más fervorosas vuestras oraciones... — Serán más agradables á Dios, porque él mismo ha mandado que vayais á su templo á santificar las fiestas que le estan congradas.. Y es verdad, hermanos míos muy amados por ardientes que sean nuestras oraciones, son aún más agradables á Dios cuando, cada domingo, nos reunimos para orar junto á este augusto tabernáculo...

PROPOSICIÓN. — Este pensamiento, hermanos míos muy amados, á recordarme el deber que tenemos todos de asistir, cada domingo, al santo Sacrificio de la Misa, me lleva á daros ciertas explicaciones que tal vez no serán inútiles... Quisiera contestar á esta sencilla pregunta ; ¿ A quién hemos de dirigir nuestras oraciones ?...

DIVISIÓN. — Y contesto : *en primer lugar*, y ante todo, hemos de orar á Dios, nuestro Dueño soberano ; *en segundo lugar*, nos está permitido dirigir nuestras oraciones á la santísima Virgen, á los ángeles y á los santos...

Primera parte. — Hemos de orar ante todo á Dios. — El catecismo, como el símbolo, es, carísimos hermanos, una especie de compendio.

Como tienen que aprenderlo de memoria los niños á quienes preparamos para la primera comunión, se han puesto en él respuestas muy cortas que con frecuencia hemos de completar con explicaciones. Cuando se dice que la oración es una elevación de nuestra alma hácia Dios para adorarle, pedirle gracias y expresarle nuestro reconocimiento por los beneficios recibidos, se habla con exactitud... Pero se podría añadir que la oración es también una elevación de nuestra alma hácia la santísima Virgen, los santos y los ángeles para honrarles y pedir su intercesión cerca de Dios. Sin embargo, me apresuro á añadir que la manera como oramos á Dios difiere mucho de la como nos encomendamos á la protección de aquellas bendecidas criaturas que, con ser poderosas, gloriosas y veneradas, no son empero más que simples criaturas... Nosotros tenemos una obligación estricta y rigurosa de orar y honrar á este Dios que nos ha creado. Se nos podría comparar con unos hijos ingratos y desnaturalizados, si descuidásemos este importante deber.. Por eso habeis de notar bien que la oración más importante, la más usual en la iglesia, se eleva directamente á la soberana Magestad... Las tres primeras frases de oración que hemos aprendido á balbucear en el regazo de nuestras madres, si hemos tenido la dicha de tener madres cristianas, han sido éstas: *Padre nuestro, que estás en los cielos*.. Y la primera oración que cada mañana recitamos ¿no es también este mismo *Padre Nuestro* ?..

Y luego la oración por excelencia, la que más ha de elevar nuestros corazones, ¿no es el augusto Sacrificio de la Misa, á que en este momento asistimos?... Unicamente á Dios, sí, ya lo sabeis, únicamente á Dios es á quien es permitido ofrecerlo... Y en la vida de los santos leemos que, más de una vez, tuvieron ocasión de ver en misteriosas visiones, á la santísima Virgen, á los ángeles y á los santos uniéndose á los fieles y al sacerdote para ofrecer á la adorable Trinidad la víctima que sobre nuestros altares se inmola... ¡Ah! aquí es donde nuestras almas, realmente apoyadas en los méritos de Jesucristo, se elevan hácia Dios para adorarle, pedirle sus gracias y expresarle su reconocimiento por los beneficios recibidos... Ya veis pues, hermanos míos muy amados, que no solamente es á Dios á quien se dirige nuestra primera oración, sino que también á él y sólo á él es á quien ofrece-

mos el homenaje más excelente, más respetable y más eficaz, el augusto sacrificio que sobre el altar se verifica.

Y aún en esas oraciones que hacemos solos, sobre todo en las que hemos de repetir con más frecuencia; cuántas veces las fórmulas que endos niños aprendimos y que jamás debemos olvidar nos elevan directamente hácia Dios, iba casi á decir,—y habría dicho bien,— que son una conversación de nuestra alma con él! Repasad vuestros actos de fé, de esperanza y de caridad: ¿no empiezan con estas palabras: *Dios mio, creo... Dios mio, espero... Dios mio, os amo...?* Y si se trata de pedir el perdón de nuestras faltas ó de renovar las promesas de nuestro bautismo, también es á Dios á quien nos dirigimos: *Señor Dios mio*, decimos, *tengo un vivo pesar de haberos ofendido... Dios mio, renuncio de todo corazón á Satanás*... Sí, hermanos míos muy amados, es inútil insistir más sobre este punto,

Dios es á quien primeramente deben dirigirse nuestras oraciones; la misma Iglesia santa nos lo enseña y nos da el ejemplo... Recorred todas las oraciones que el sacerdote recita en el altar, hasta cuando celebramos las fiestas de los más grandes santos, vereis que todas empiezan por una invocación al Sér Supremo... ¿Y cómo podría ser de otro modo? ¿No es el poderoso Señor cuya providencia gobierna este universo?... ¿No es él quien hace la felicidad de la santísima Virgen, de los ángeles y de los santos, la fuente de donde manan sus goces, el foco de donde parte esta aureola de gloria con que les ha querido embellecer? Sí, pronto lo vamos á cantar: *Vere dignum et justum est, æquum et salutare*; es digno, justo, conveniente y saludable, oh Dios tres veces santo, que sean para vos nuestros primeros homenajes, que vayan á unirse á las alabanzas, á los respetos, á los *hosanna* de los santos, y á formar con ellos ese bendito concierto que ha de durar por toda la eternidad (1)...

*Segunda parte.*—Sin embargo, hermanos míos muy amados, podemos también dirigir nuestras oraciones á la santísima Virgen, á los santos y á los ángeles; no para adorarles, porque ya sabeis que solamente Dios tiene derecho á estos homenajes supremos... Yo definiría

(1) Prefacio de la santa Misa.

con gusto la oración que dirigimos á estos estimados amigos del Altísimo una elevación de nuestra alma hácia ellos, una conversación por medio de la cual les honramos y reclamamos su intercesión cerca de Dios... Una comparación tomada de la historia, espero que os dará á comprender todo mi pensamiento... San Luís, rey de Francia, el modelo de los príncipes, tenía una madre á quien amaba mucho... y amigos á quienes profesaba singular cariño... Con todo y ser el rey, acogía gustoso, cuando eran justas, las peticiones que le hacían, ya para ellos, ya para otros, algunos consejeros que gozaban de su favor... Ciertas personas se dirigían á este buen rey, y él les acogía bondadosamente. Otras y sobre todo las que le habían ofendido, recurrían á la reina Blanca, ó á alguno de los amigos de este monarca, para alcanzar, ya su perdón, ya los favores que pedían... Es la historia de la oración que nosotros dirigimos á la Virgen santísima, á los ángeles y á los santos. Os he dicho, explicándoos los mandamientos de la ley de Dios, lo que es el culto que tributamos á los santos, y de qué modo nos es permitido honrarles é invocarles. Hoy me detengo en este último pensamiento: podemos dirigir nuestras oraciones á los santos, podemos suplicarles que intercedan por nosotros.

Empecemos por hablar de la Reina del cielo, de Aquella á quien con frecuencia hemos de ofrecer aquella salutación del Ángel: *Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo*; de esta Madre bendecida, á quien honramos cual santa Isabel la honraba diciéndola: *Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre...* Y la santa Iglesia católica nos pone á su vez en nuestros labios estas palabras: *Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pobres pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte...* ¡Y cuántas otras preciosas oraciones, compuestas por santos y admitidas por la Iglesia nos demuestran que podemos... ¡que podemos!... Qué he dicho, oh Reina del cielo, oh Perla del paraíso, objeto de las divinas complacencias?... ¡He dicho que podemos!... Nó, amadísima Madre de los cristianos, no es bastante... digo que debemos dirigirnos nuestras oraciones, encomendarnos á vuestra protección omnipotente... ¡Atrás los herejes que niegan vuestro poder!... ¡Malditos sean los impíos que blasfeman de vuestras augustas

prerogativas! ... Después de Dios, oh Virgen bendecida, á vos, sí, á vos elevarse deben nuestros cantos y nuestras más fervientes oraciones... ¡Salve, tres veces salve, os diré con la Iglesia santa, Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra, salve, salve! ... ¡Pobres descendientes de Eva, desterrados del cielo, que es nuestra patria, clamamos á vos!... Viajeros en este valle de lágrimas, nuestro llanto, nuestros gemidos y suspiros se elevan con confianza hácia vuestro trono... Vos sois nuestra abogada; seguros contamos con vuestra poderosa protección, volved hácia nosotros vuestras miradas tan dulces, tan misericordiosas; alcanzadnos la gracia de que, después del destierro de nuestra vida, podamos contemplar á ese adorable Jesús que se dignó encarnarse en vos y á quien habeis mecido en vuestros brazos... ¡Esta es la gracia que os pedimos, oh clemente, dulce y buena Virgen María!... Tal es, hermanos míos muy amados, una de las oraciones que la Iglesia santa pone en nuestros labios, y que cante en sus oficios en honor de la augusta Reina del cielo... ¡Ah! si san Luís nada rehusaba á las súplicas de su buena madre, yo, apoyado en la experiencia y en las afirmaciones de todos los santos, os aseguro que la santísima Trinidad nada rehusa á la Virgen tres veces santa que fué y es aún la hija privilegiada del Padre, la Madre tiernamente amada del Hijo y la esposa querida del Espíritu Santo... Por consiguiente, podemos... más aún, debemos orar á la Virgen santísima.

Pero, debajo de la Reina del cielo, junto al trono de Dios hay, si así me es permitido expresarme, los ángeles y los arcángeles, espíritus bienhechores que Dios creó para su gloria y para su servicio... También á ellos podemos dirigir nuestras oraciones y suplicarles que sean nuestros intercesores cerca del Altísimo... Hay más, queridos hermanos míos, la misericordia del Señor ha destacado á uno de esos espíritus celestiales para que nos acompañe, nos inspire y nos proteja; es nuestro ángel custodio... ¡Ah! á éste, cuando menos, la gratitud, la necesidad que tenemos de su auxilio, todo nos impone el deber de orarle, de recurrir á su poderosa intercesión. Mil ejemplos sacados de la vida de los santos nos podrían mostrar el interés que estos espíritus bienaventurados sienten por las almas que les están confiadas y la eficacia de su intercesión.. Ahí teneis á la humilde sirvienta santa Zi-

ta, al labrador san Isidro, ayudados en sus humildes funciones por sus ángeles custodios... Ahí teneis á santa Francisca Romana y á tantas otras, protegidas de un modo visible, y reconociendo que debían sus triunfos sobre las tentaciones y la gracia de conservarse fieles á Dios, á la protección de sus ángeles custodios... Nos es pues permitido, hermanos míos muy amados, dirigir nuestras oraciones á los ángeles; es, lo repito, hasta un deber para nosotros el encomendarnos á nuestro ángel custodio, repitiendo cada día la oración que aprendisteis en el regazo de vuestra madre.

He añadido asimismo que podíamos dirigir nuestras oraciones á los santos. Estos son los amigos de Dios, forman parte allá en el cielo de ese cortejo de honor que, por toda una eternidad, bendecirá al Dios tres veces santo... Son los amigos del gran Rey, podemos solicitar su protección, y apoyarnos en ellos como se apoyaría un débil en otro más fuerte que él... Así santa Teresa, cuando vivía en este suelo, dirigía cada día fervorosas oraciones, no solamente á Dios y á la santísima Virgen, sinó también á los santos, y especialmente á san José.. Ella misma escribía que jamás había solicitado una gracia por la intercesión de aquel gran santo que no la hubiese obtenido.. El venerable párroco de Ars, el abate Vianney, tenía gran devoción á santa Filomena, y por el poder de esta santa obtuvo muchas conversiones inesperadas y gracias milagrosas (1)... Una palabra todavía sobre este asunto, carísimos hermanos; me parece que entre todos los santos hay uno á quien debemos especialmente honrar y á quien podemos dirigirnos con especial confianza: es aquel bajo cuya protección fuimos puestos en el día de nuestro bautismo... Una piadosa costumbre, que casi se remonta á los primeros siglos de la Iglesia, quiere que el niño reciba un nombre en las fuentes bautismales. No exige que reniegue de su familia según la carne; pero esta familia espiritual de que ha entrado á formar parte, y que se llama la Iglesia, le ha dado un nuevo nombre: desea que este nombre no sea solamente una palabra vana, compuesta de algunas sílabas sonoras, sinó que recuerde la memoria de aquellos bienaventurados, de aquellos héroes cristianos cuyas virtudes ha

(1) Véase la vida de este piadoso sacerdote, por Alfredo Monnin.

coronado Dios en el cielo... El santo cuyo nombre llevamos, si somos constantes en invocarle, nos cubre con una protección especial... Así se ve á santa Catalina de Sena y á santa Catalina de Bolonia, recibir gracias especiales por mediación de su patrona santa Catalina de Alejandría. San Juan Bautista, san Pablo evangelista y otros mil que sería largo enumerar se nos aparecen cubriendo con una tutela especial á piadosos personajes que llevaban su nombre y que recurrían á su valimiento cerca del Altísimo (1).

PERORACIÓN. — También, carísimos hermanos míos, podemos dirigir nuestras oraciones á las almas del purgatorio... Una piadosa confianza y hechos positivos nos demuestran que, si estas santas almas nada pueden para su propio alivio, en cambio no carecen de poder sobre el corazón del Dios que los purifica, cuando interceden por nosotros... Una santa cuyo nombre citaré, santa Catalina de Bolonia, que fué favorecida por visiones misteriosas y por insignes gracias, (una noche de Navidad, mientras estaba meditando sobre el nacimiento del Salvador, la Virgen santísima con sus propias manos puso al divino Niño en sus brazos); pues bien, esta santa refiere en sus revelaciones, y en un libro piadoso que ella escribió, dictado en cierto modo por el Espíritu Santo, que la gustaba orar á las almas del purgatorio y que por su intercesión alcanzaba todas las gracias que necesitaba. (2).

Carísimos hermanos, reasumamos en dos palabras toda esta instrucción... Ante todo debemos dirigir nuestras oraciones á Dios, nuestro Criador, nuestro soberano Dueño, á Dios que nos ha dado un Salvador y un Redentor. Pero debemos también orar á la inmaculada y soberana Virgen María, nuestra Madre, y á los santos ángeles, y especialmente á nuestro Ángel custodio, lo propio que á todas las almas bienaventuradas, á fin de que, con su poderosa intercesión, nos ayuden á alcanzar de la misericordia de Dios la gracia de vivir cristianamente en este mundo y de ir un día á participar de la felicidad de que ellos gozan en el cielo... Así sea.

(1) Testamento del cardenal Bona.

(2) Véase el libro de las *Siete armas espirituales*, compuesto por esta santa, y el sermón de san Leonardo de Port-Maurice sobre el purgatorio.

## INSTRUCCION SEXTA.

DEBEMOS ORAR POR NUESTROS PARIENTES; POR TODOS LOS HOMBRES, HASTA POR NUESTROS ENEMIGOS: DEBEMOS ORAR ESPECIALMENTE POR LA IGLESIA.

TEXTO. — *Petite et accipietis, pulsate et aperietur vobis, etc...*  
Pedid y recibireis, llamad y se os abrirá.

(SAN MATEO, CAP. VII, VERS. 7.)

EXORDIO. — Hermanos míos, uno de esos celosos sacerdotes que abandonan sus bienes, sus familias y su patria para extender á lo lejos el reinado del Evangelio, esto es, para dar á conocer á los pueblos infieles las verdades de nuestra santa religión, ejercía su ministerio de caridad en una de esas provincias de América donde existe todavía la esclavitud... En una de sus cartas refería una historia muy conmovedora... Mas para hacérsela comprender, necesito daros una corta explicación... Los esclavos que se emplean para los trabajos en aquellos abrasadores países son generalmente hombres, mujeres y niños arrancados del centro del Africa para transportarlos á las tierras cálidas y fecundas del Nuevo Mundo... Dos aldeas se hacen la guerra; la que sale victoriosa se apodera, no solamente de los bienes, sino de todos los habitantes de la aldea vencida (1). Estas criaturas humanas son vendidas como vil ganado: encuéntranse ricos y poderosos que coadyuvan á este infame tráfico. Estos pobres prisioneros de guerra son transportados á los buques donde muy amenudo sufren los peores tratamientos, y se les conduce á quinientas y á seiscientas leguas de su país.. Allí un propietario avaro los compra y les hace cultivar sus plantaciones de tabaco, de café ó de caña de azúcar... Este infame comercio se llama la *Trata de los negros* ó la venta de los esclavos... Estos infelices han sido criados todos en la ignorancia más profunda y en medio de las tinieblas de la idolatría. Estúpidos y la mayor parte del tiempo cubiertos de parásitos y de úlceras, se necesita toda la caridad del misionero católico para hacer deslizar algunos rayos de verdad en aquellas almas degradadas...

(1) Véase el semanario *Les Missions catholiques*, año 1878.

Ahora vais á comprender mejor la relación de lo que os hablaba. « Un día, dice este misionero, pasaba yo junto al local de una escuela, y oí á un jóven esclavo negro que en voz alta pronunciaba la siguiente oración: « Señor mio Jesucristo, decía, os doy gracias por haber enviado á mi patria un gran buque y hombres malos encargados de llevármese y de conducirme aquí; á esto debo el haber oído hablar de vos y aprendido á conoceros... Y ahora, Dios mio, otra gran gracia tengo que pedir. Enviad otro gran buque y otros hombres malos, á fin de que traigan aquí á mi padre y á mi madre para que también ellos oigan á los misioneros y aprendan á conoceros y á amarnos... » Los días siguientes, prosigue el misionero, ví al muchacho en la orilla del mar, dirigiendo á lo lejos sus miradas y siguiendo con la vista todos los buques que llegaban. — « ¿Qué miras, Tomás? le pregunté al jóven negro. — Padre, me respondió, miro si Jesús ha atendido á mi oración... » Y por espacio de dos años, siempre que tenía un momento libre, iba á ponerse en observación á la orilla del mar... Un día le ví volver triunfante y lanzando gritos de alegría. — « ¡Y bien, Tomás, ¿que es lo que te pone tan alegre? — ¡Ah! contestó el negro, Jesús ha atendido mi oración; han llegado mis padres en este buque; ahora también van á aprender á conocer á Dios y á salvar sus almas. Padre, te los encomiendo (1)... »

PROPOSICIÓN. — Esta conmovedora plegaria de un niño me lleva, hermanos míos muy amados, al asunto que he de tratar en esta instrucción, pues me propongo contestar á esta pregunta: ¿Por quién se tiene que orar?

DIVISIÓN. — *En primer lugar*, debemos orar por nosotros y por nuestros padres; *en segundo lugar*, debemos orar por todos los hombres y hasta por nuestros enemigos; *en tercer lugar*, debemos orar especialmente por la santa Iglesia nuestra madre. Y al terminar añadiré, que también debemos orar por las almas del purgatorio.

*Primera parte.* — Un proverbio de que con sobrada frecuencia abusamos para justificar el amor exagerado de nosotros mismos y para dispensarnos de cumplir ciertos deberes para con nuestro prójimo, dice que

(1) *Anales de la Propagación de la Fé*, y P. d'Hauterive, *Grand Catéchisme* (t. XII).

la *Caridad bien ordenada principia por uno mismo*. Esto, amados hermanos míos, es verdad si se trata de nuestra salvación; éste es nuestro primer negocio; y mil pasajes de la sagrada Escritura proclaman esta verdad... El santo rey David, después de su doble crimen, conjura ante todo al Señor á que tenga piedad de él : *Miserere mei, Deus...* ¡Con cuánta frecuencia añade : « Señor, dignaos concederme mi salvación! »... Y más de cincuenta veces se encontraría esta petición en los salmos que ha compuesto, tan persuadido estaba de esta verdad de que ante todo hemos de orar por nosotros mismos y reclamar de la divina misericordia nuestra salvación. En otra parte hay el santo profeta Isaías : conoce el suplicio que le aguarda : un príncipe cruel, sin tener consideración á su ancianidad, le hará morir con un suplicio inaudito : pero lo que él pide no es que se le libre de los tormentos que le esperan : « Señor, dice, concededme la salvación y cantaré vuestras alabanzas (1) » ... Y tú, profeta Jeremías, inspirado cantor de las desventuras de tu patria, deseas vivamente que se alejen las calamidades que la amenazan; sin embargo la nota dominante de tus tan lúgubres cantos, es ésta : « ¡ Señor, sálvame! (2)... Por el ejemplo de estos santos personajes podeis ver, hermanos míos, la necesidad de que oremos primeramente por nosotros, conjurando á la misericordia divina á que nos perdone nuestros pecados y salve nuestras almas.

Debemos orar también por nuestros parientes; ellos están unidos á nosotros por muy íntimos lazos. Si tenemos corazón, si les amamos de veras, debemos desear su felicidad y sobre todo su felicidad eterna. ¡ Oh, es un deber que muy amenudo descuidamos!. Vosotras, niñas ó mujeres piadosas que habeis conservado la fé, ¿ os acordais de pedir por ese padre ó por ese esposo, que deben seros tan caros, la gracia de que recobren la fé que al parecer han perdido?... ¡ Ah! si estuviesen enfermos, todo sería poco, perderíais las noches, os impondríais los mayores sacrificios, llamaríais á los médicos más hábiles para devolverles la salud del cuerpo... Pero se trata de su alma bien enferma y abocada, por decirlo así,

(1) Isaías, XXXVIII, 20.

(2) Jeremías, XVII, 14.

sobre el infierno... y ni os acordais de ello... He visto algo más sorprendente todavía; sí, he visto en el ejercicio de mi ministerio, á madres de exterior piadoso... ¿ lo eran verdaderamente?... ¡ sólo vos, Dios mio, lo sabeis!... las he visto temer que su hija fuese demasiado modesta, que su hijo no se hiciese notar si perseveraba en cumplir sus deberes de cristiano (1)... ¿ Oraban ellas, como santa Mónica, para pedir que veliesen á Dios?... Nó, os aseguro que nó... ¡ Dios mio! que no caiga vuestra maldición sobre estas ignorantes madres ni sobre su familia; antes al contrario, hacedlas comprender bien, en vuestra misericordia, la obligación que tiene todo cristiano de orar por sus parientes, por todos los que á él están unidos por los vínculos de la sangre...

*Segunda parte.* — Carísimos hermanos míos, sería muy extenso si entrase en detalles y os dijese que debemos orar por nuestros superiores. Entiendo por estos, si se trata de nuestra alma, al confesor encargado de nuestra conciencia, al rector que dirige la parroquia, al obispo que gobierna la diócesis. Nuestros superiores en el orden temporal tampoco los debemos olvidar; sus deberes son numerosos, tienen necesidad de que Dios les dé sus luces, á fin de que los puedan cumplir útilmente para ellos y para la sociedad entera. Es menester pues orar especialmente para ellos. ¡ Ah! si Dios se dignase iluminar á nuestros diputados, á nuestros gobernantes; si éstos empezasen, como en los tempos antiguos sus deliberaciones haciendo una invocación al Espíritu Santo, estad seguros de que irían mejor las cosas... Si ellos no piensan, hermanos míos, nosotros á lo menos que tenemos fé, pidamos á Dios que les ilumine y dirija en la difícil tarea que tienen que llenar.

Pero he dicho : hemos de orar por todos los hombres. Todos nosotros somos hermanos; de esto hablaremos más tarde al explicar la oración dominical. Debemos pues amarnos los unos á los otros... Precisamente hay una oracioncita que recitamos durante la cuaresma, en la función de la noche, que reproduce perfectamente mi pensamiento. ¿ Qué digo? ¿ mi pensamiento?... El de la santa Iglesia católica (2)..

(1) Pocos sacerdotes hay que, habiendo ejercido durante algunos años, no puedan dar fé de lo que digo.

(2) Véanse las oraciones del Viernes Santo.

Oídla con atención : « Derramad, Señor, vuestras bendiciones sobre mis parientes, bienhechores, amigos y enemigos: protegéd á todos aquellos á quienes vuestra providencia me ha sometido; socorred á los pobres, á los presos, á los afligidos, á los enfermos, á los caminantes y á los agonizantes; convertid á los herejes, iluminad á los infieles... » Esta breve fórmula nos indica casi de una manera completa aquellos por quienes debemos orar... Pero hay una palabra en que debeis haberos fijado: por nuestros enemigos... Sí, afirma santo Tomás, no debemos excluirlos de nuestras oraciones generales, porque el divino Maestro nos dió este precepto: Orad por aquellos que os persiguen y os calumnian... Sin embargo, añade, rogar por ellos de un modo especial, es un acto de perfección (1), el deber riguroso no lo manda sinó en casos especiales...

No obstante, hermanos míos muy amados, ¡cuánto le agrada á Dios esta oración! Cómo se complace en atenderla! ¡Cuántos mártires han alcanzado así la conversión, ya de los soldaos á cuya custodia estaban encomendados, ya de los verdugos que les atormentaban!... Ved á santo Tomás aplastado bajo una granizada de piedras; su cuerpo está lacerado por los guijarros, su alma entrevé ya la gloria que le espera allá en el cielo; mas antes de expirar brota de su alma una frase: « Señor, no les imputeis este pecado!... » Y sin contar con otras conversiones que ignoramos, aquella oración transformaba á Saulo el perseguidor en san Pablo, el apóstol de las naciones... Mas ¿porqué hablar de los santos? Jesucristo, su Salvador y modelo, ¿no oró, desde lo alto de la cruz, por sus verdugos? Pálido, decaído, está extendido sobre aquel instrumento de suplicio; le insultan, le ultrajan, le blasfeman hasta al último minuto de su agonía... Y él, levantando los ojos hácia su Padre, decía « ¡Perdónales, porque no saben lo que hacen!... » Esta plegaria alcanzaba la conversión del centurión, de san Longinos, que iba á herir su adorable corazón, y sin duda la de otros que ignoramos... Después de tales ejemplos, carísimos hermanos, ¿quién podría decir que hemos de excluir á nuestros enemigos de nuestras oraciones?... Nó, nó... Jesucristo mismo decía á santa Isabel de Hungría: « Hija mia, de

todas las súplicas que me haces, ningunas me son tan agradables como las que me diriges en favor de aquellos que te odian y te persiguen (1)... » Tenedlo pues bien presente, hermanos míos; de nuestras oraciones á nadie se ha de excluir: han de ser extensas como el amor de Jesucristo que nos reúne á todos, justos y pecadores, amigos ó enemigos, en su para siempre adorable Corazón.

*Tercera parte.* — He añadido que para nosotros era un deber el orar por la Iglesia santa, nuestra madre... Aquí, hermanos míos, necesitaré toda vuestra atención para ser bien comprendido... ¿Habeis observado que, ya en tiempo de jubileo, ya con motivo de ciertas indulgencias solemnes, se dice que, para ganarlas, hay que orar por el Soberano Pontífice y por la exaltación, es decir por el triunfo y la extensión de la santa Iglesia católica?... Éste es un deber, tal vez demasiado olvidado, pero cuya justicia é importancia quisiera hacer comprender. Decidme; ¿que es el Soberano Pontífice con respecto á nosotros los cristianos? Es el padre espiritual de todos los fieles, el sucesor de san Pedro, el representante de Jesucristo, el jefe visible de esta venerable Iglesia católica de que nos hizo miembros por medio del Bautismo... Si somos instruidos, si tenemos el sentido cristiano, para nosotros es más que nuestros padres de la tierra... Estos son los padres de nuestros cuerpos; él, el vicario de Jesucristo, es el padre de nuestras almas... Inmensos son los deberes que tiene que llenar; muy grandes son también las gracias que necesita para gobernar la Iglesia en estos difíciles tiempos... Calumniado por los impíos, perseguido por los príncipes de este mundo, ha de hacer frente á los más terribles huracanes... Es el piloto, único encargado de gobernar un buque á través de los más peligrosos escollos, en medio de horrosas tempestades: Dios indudablemente le asiste, y sus virtudes son para nosotros una garantía segura de que no faltará á su santa misión; pero así como los fieles oraban por san Pedro encarcelado por Herodes, asimismo nosotros debemos, aun cuando no sea más que por gratitud y por cariño, rogar por aquel á quien ha escogido la Providencia para sucesor del primero de los apóstoles... ¡Oh, sí, cristianos! Digamos todos juntos, desde el fondo del corazón: ¡Que Dios conserve por largo tiempo á su Iglesia el au

(1) V. su *Vida*, por M. de Montalembert.

gusto Pontífice que le ha dado; que lo sostenga y anime, que atienda sus deseos en este mundo y que convierta á todos sus enemigos, que no son otros que los enemigos de la Iglesia santa. (1).

Orar por el Soberano Pontífice, hermanos míos muy amados, es orar por la Iglesia; quisiera sin embargo añadir algunas palabras más... En la época en que vivimos, la Iglesia y la religión, que son dos cosas inseparables, son perseguidas en los cuatro ámbitos del mundo; Dios permite de vez en cuando estas pruebas para escitar el celo y despertar la fé de algunas almas fieles... La Iglesia es imperecedera, Jesucristo es quien lo ha dicho... La persecución la purifica, e martirio la rejuvenece... Pero de todos modos es nuestra madre, y debemos orar por ella, á fin de que se disminuyan los días de prueba. Cierta día una emperatriz, piadosa é ilustre á la vez, llamada María Teresa, atacada por poderosos enemigos, abandonada de sus aliados, se veía reducida al último apuro... Toma entonces una resolución heroica; trasládase á una provincia que se le había conservado fiel, llevando en brazos á su hijo muy niño todavía... y dirigiéndose á los soldados reunidos, les dice estas palabras: « Abandonada de mis amigos, perseguida por mis enemigos, atacada por aquellos que me deberían proteger, no tengo más apoyo que vuestra fidelidad; ahí teneis á mi hijo, en vuestros brazos lo pongo... » Entusiasmados ante este espectáculo, exclamaron: « ¡María Teresa, moriremos por nuestro rey (2)!... » Iglesia santa, soberana de las almas, en estos tiempos de abatimiento, revueltas y persecución, paréceme oírte dirigir á cada alma fiel las mismas súplicas. Teniendo en cierto modo á Jesús, divino fundador, en tus brazos, parece que nos dices: Ved las persecuciones que padezco, las injusticias de que soy víctima; considerad las innumerables blasfemias vomitadas contra mí de quien vosotros sois hijos y contra Aquel que os redimió; no me quedais más que vosotras, almas fieles, para consolarme en mis dolores... ¡Ah, cristianos! tomemos también la resolución de orar por el triunfo de la Iglesia, por su exaltación... Sepamos también que la limosna es una oración, y, cuando se nos hable, sea del *Dinero desan*

(1) Oración por el Soberano Pontífice: *Dominus conservet eum, etc.*

(2) *Biografía universal*, de Michaud.

*Pedro*, sea de la *Obra de la Propagación de la Fé*, acordémosnos de que, dar nuestro óbolo á estas obras tan santas y tan católicas, es demostrar nuestro amor hácia la Iglesia y hácia su jefe; es, me atrevere casi á decirlo, orar por ellos del modo más eficaz.

PERORACIÓN. — Una palabra más y concluyo. Debemos además, y éste es un deber del corazón, — os lo he dicho en más de una circunstancia, — debemos también orar por las almas del Purgatorio... Es inútil decirnos que el orar por la libertad de esas queridas almas es una costumbre santa y saludable; allá, en el Purgatorio, tenemos parientes y amigos que reclaman el sufragio de nuestras oraciones. Quiero simplemente citaros una piadosa inspiración de algunas almas cristianas... Existe en París, en Lyón, y tal vez en otras ciudades de Francia una asociación de sirvientas cristianas que cada día hacen abundantes limosnas y numerosos ejercicios de piedad. Pues bien, éstas, por medio de un voto solemne, han renunciado voluntariamente á los méritos que pueden proporcionarles, á las gracias á que pueden hacerlas acreedoras tanto sus frecuentes comuniones como sus demás obras buenas, para aplicar únicamente su fruto al alivio de las almas del Purgatorio. ¡Heroico acto de caridad!.. Dicen de san Vicente de Paul que cojió las cadenas de un condenado á galeras y se puso en su sitio para que aquel pobre hombre recobrase su libertad. Algo hay casi de semejante en la abnegación de esas almas cristianas por las almas del Purgatorio. Si nosotros, hermanos míos, no somos capaces de una abnegación semejante, á lo menos no olvidemos en nuestras oraciones á estas queridas almas de nuestros parientes, de nuestros amigos y de tantos otros que sufren en aquellas prisiones y que reclaman nuestros auxilios...

En resúmen, hermanos míos muy amados. Es necesario orar por nosotros, por nuestros parientes, por todos los hombres y hasta por nuestros enemigos; tenemos el deber de amar á la Iglesia santa, y de orar por su exaltación y por el Soberano Pontífice. Ejerzamos esta misma caridad para con las almas del purgatorio, y, si hemos sido misericordiosos, también un día Dios nos juzgará con misericordia. Así sea.

## INSTRUCCION SEPTIMA.

SOBRE LA ORACION DOMINICAL.

## INSTRUCCION PRELIMINAR.

ALERE FLAMMAM  
 LOS APÓSTOLES PIDEN A JESUCRISTO QUE LES ENSENE A ORAR; BONDAD  
 CON QUE EL SEÑOR ACOJE SU PETICIÓN.

TEXTO. — *Domine, doce nos orare...* Señor, enséñanos á orar.

(SAN LUCAS, CAP. IX, VERS. 1.)

EXORDIO. — Carísimos hermanos míos, prosigamos nuestras conferencias sobre la oración... Si, las palabras de Jesucristo: *Todo lo que pedireis á mi Padre en mi nombre, os lo concederá*, son ciertas, son verdad... Con verdad habeis llamado vosotros, santos doctores de la Iglesia, á la oración llave que nos abre todos los tesoros celestiales... Muchos sin embargo podrían decir: « Yo he orado y no he sido atendido »... Tal vez sea verdad, mas esta ineficacia se puede explicar de dos maneras. Primeramente, como lo dije ya, porque Dios nos quiere conceder favores más grandes, más útiles para nuestra santificación y para su gloria, que las que le hemos pedido... Vosotros le conjurais á que os devuelva la salud; él quiere concederos la gracia de una resignación perfecta con vuestros sufrimientos; estad seguros de que os ha hecho un favor más deseable que el que vosotros solicitabais... Veo al grande san Francisco de Asís suspirando por el martirio. Ama tanto á Jesús crucificado, que desearia derramar su sangre y dar su vida en cambio de la sangre que Jesucristo derramó por él... Adelántase por los países intieles; predica el Evangelio delante del sultán de Babilonia con un celo que debe hacerle merecer la muerte. Nó, gran santo, este favor que solicitas no lo alcanzarás; regresa de aquel lejano viaje que emprendiste para obtener la palma del martirio: la Providencia divina te reserva para más grandes cosas... ¿ Qué he dicho? ¿ Para cosas más

grandes que el martirio? ; De modo que hay algo más meritorio que entregar su vida, su cabeza al hacha de los verdugos para afirmar su fé!... Sí, hermanos míos muy amados; resignarse humilde y piadosamente á los designios de la providencia de Dios sobre nosotros, es más meritorio todavía. Y san Francisco, edificando á sus religiosos y propagando la orden que había fundado, debía contribuir más á la gloria de Dios que si hubiese padecido el martirio (1).

Pero muchas veces nuestras oraciones no son atendidas por tener un defecto que es muy común. En nuestros libros sagrados se ha dicho: *Antes de orar*, preparad vuestra alma (2), es decir, hacella agradable á Dios, halláos en estado de gracia... Ésta es una verdad evidente; Dios, que lo sabe todo, ve el fondo de nuestros corazones: si nos hallamos en estado de pecado mortal, somos enemigos suyos; ¿ cómo quereis que, conociéndonos como á tales enemigos, acoja nuestras peticiones y atienda nuestras súplicas?... No cabe duda de que su misericordia es grande, y que con frecuencia acoje la plegaria de los pobres pecadores y les concede una gracia de conversión (3); pero no olvidemos, amados hermanos míos, que una de las condiciones más importantes para que nuestras oraciones sean atendidas, es la de que se hagan en estado de gracia...

PROPOSICIÓN. — Mi intención, sin embargo, no es tanto la de insistir sobre este punto que sobre el origen de esta preciosa oración llamada la *Oración dominical*, oración que os explicaré en las instrucciones siguientes.

DIVISION. — *En primer lugar*, diré algunas palabras sobre la petición que los Apóstoles hacen á su Maestro, diciéndole: « Señor, enséñanos á orar » ; *en segundo lugar*, bondad con que Jesucristo contesta á sus Apóstoles.

PRIMERA PARTE. — Hemos dicho ya, carísimos hermanos, que Jesucristo queria ser para nosotros un modelo en todas las circunstancias

(1) V. la vida de este gran santo.

(2) Cap. XVIII, vers. 23.

(3) En el Evangelio se leen estas palabras: *Deus peccatores non audit*; pero esta frase, que pronuncia el ciego de nacimiento, no es del Evangelio.

de la vida, y más especialmente aún en esas relaciones de adoración, respeto, sumisión y amor que hemos de tener con el Dios que nos ha creado y que nos conserva la vida. Vos, adorable Redentor, habeis orado en el desierto; habeis orado noches enteras en las montañas; habeis orado hasta en la cruz por vuestros verdugos y por nosotros todos, infelices pecadores; ¡gracias para siempre os sean dadas, Jesús, Salvador bendito de nuestras almas!...

Ahora bien, cierto día en que los Apóstoles, viéndole orar, habían admirado su fervor y su recojimiento, se aproximaron á él; y cuando hubo cesado de conversar con su Padre, uno de ellos, tal vez san Pedro, tal vez san Juan, no sé cual, le dirigió en nombre de todos esta petición: « Señor, enséñanos á orar, como el mismo Juan lo enseñaba á sus discípulos. » Es probable...; qué digo! es seguro que san Juan Bautista había enseñado á los discípulos que le seguían ciertas oraciones que tenían por principal objeto prepararles para la venida del Mesías. Los discípulos de nuestro divino Salvador, conociendo la superioridad de su Maestro, de quien san Juan Bautista no era más que el precursor, le dirigían pues esta petición: « Enseñanos á orar... » No os figureis, carísimos hermanos, que los Apóstoles, los discípulos de nuestro divino Salvador, no hubiesen hasta entonces recurrido á este gran medio de la oración; sus palabras querían únicamente decir: « Señor, enséñanos cómo se debe orar. »

Desde el origen del mundo, Adán, Abel y el mismo Caín habían orado; más tarde Abrahán, Moisés, David y todos los profetas y los santos personajes que el Antiguo Testamento presenta á nuestra veneración, habían dirigido á Dios súplicas y homenajes... El mismo impío Manasés, el asesino del profeta Isaías, había invocado al Señor desde el fondo de su prisión y había obtenido una gracia de conversión... Hay más, Antíoco, después de haber hecho perecer á los hermanos Macabeos en medio de atroces suplicios, también había orado; pero la Sagrada Escritura añade con energía que la oración de aquel malvado no debía ser atendida..

La oración, pues, es antigua como el mundo, antigua como las miserias del género humano, antigua como la necesidad que hemos tenido siempre, desde la caída de nuestro primer padre, de encomendarnos á

la divina misericordia... ¿Qué hay que pensar pues de esta petición dirigida por los Apóstoles á su divino Maestro: « Señor, enséñanos á orar »?... Busco, hermanos míos muy amados, como daros una explicación que nos sea útil y provechosa á todos... Si medito la respuesta que nuestro divino Salvador dió á la petición de sus Apóstoles, paréceme que su demanda significaba: « Maestro, enséñanos lo que debemos pedir en nuestras oraciones, como y en qué orden hemos de solicitar de su divina omnipotencia las gracias que necesitamos... » Y aquí, cristianos, reclamo toda vuestra atención; trátase de una cuestión muy importante, no sólo para el buen resultado de nuestras oraciones, sino también para la salvación de nuestras almas... Nosotros no conocemos el valor de las cosas, y en nuestras oraciones somos con frecuencia verdaderos niños... Presentad á vuestro hijito de tres años una moneda de oro y una golosina: ¿qué escojerá?... Ya me habeis contestado de antemano... Me vuelvo hácia vosotros y me pregunto si lo que antes que todo nos preocupa, á nosotros que somos cristianos, es realmente nuestra salvación; si lo que con más atención é insistencia pedimos en nuestras oraciones, no es ante todo la salud, los bienes de este mundo ó ciertos favores temporales... Más de una vez he visto á mujeres piadosas y hasta á jóvenes acudir á la sagrada comunión para conseguir salir bien en un exámen, la curación de una enfermedad del cuerpo ó el éxito de determinados negocios; pero cuando se trataba de alcanzar para un padre ó un abuelo la gracia de morir cristianamente, más de una vez he encontrado á estas mismas personas frías é indiferentes... ¡Ah! si me hubiese sido permitido expresarles todo mi pensamiento, les habría dicho: « Os elogio porque haceis lo bueno; pero os censuro porque descuidáis lo mejor... » Esta salvación de un alma, la muerte cristiana de aquellos á quienes queremos, esto, esto es principalmente, hermanos míos muy amados, lo que debía preocuparnos antes que todo: *Domine, doce nos orare*; Señor, podemos decir con los Apóstoles, enseñadnos á orar.

Un rey de Francia, sobradamente calumniado por la historia, y que se llamaba Luís XI, había solicitado que se orase para alcanzar su curación. En aquellas oraciones, que eran públicas, se pedía para el monarca la salud del cuerpo y la salvación del alma... Se pretende que

él hizo esta observación : «No pidais tantas cosas á la vez : contentaos con pedir la salud del cuerpo, después ya vendrá lo demás... » Este mismo soberano, habiendo mandado llamar á san Francisco de Paula, misionero poderoso en obras y en palabras, y cuyas oraciones obtenían de Dios milagros, se echó á sus piés implorando su curación. — « Señor, le contestó el santo, Dios no está á mis órdenes; yo mismo no soy más que un pobre pecador : todo lo que puedo deciros es que os prepareis cristianamente... » ; Cuántos de nosotros, hermanos míos muy amados, se parecen á este príncipe!.. Lo repito, pedimos con más fervor ciertas gracias temporales para nosotros y para los nuestros, que los favores espirituales que han de contribuir á la salvación de nuestras almas. Sí, en nuestras oraciones, olvidamos sobradamente esta importante recomendación de nuestro divino Salvador: *Pedid ante todo el reino de Dios...* Adorable Señor, completamente humillados os repetimos con vuestros Apóstoles : Señor, enseñándonos á orar : *Domine, doce nos orare....*

*Segunda parte.*— Veamos ahora con qué bondad contestó á sus Apóstoles nuestro divino Salvador. Esta preciosa plegaria que llamamos la *Oración dominical*, se encuentra con ligeras diferencias en el Evangelio de san Lucas y en el de san Mateo. Me parece que el Señor debió hacer como nuestras madres y repetir más de una vez á sus Apóstoles esta oración antes de que llegasen á retenerla. ¿Os acordais, hermanos míos, de la paciencia, aún más, de la inefable ternura con que os enseñaron vuestras primeras oraciones?... Nos colocaban encima de sus rodillas, nos hacían repetir cada una de las palabras, y después, si habíamos sido bien buenos, si habíamos estado bien atentos, al ponernos por la noche en nuestra cama, depositaban en nuestra frente infantil un beso que era para nosotros una recompensa y una bendición á la vez; ¡Oh Jesús! Para vuestros apóstoles y para nosotros mismos vos fuisteis y sois mejor que la mejor de las madres... Yo me pòstro á vuestros piés cuando, en la montaña, dais aquellas sublimes enseñanzas que son, en cierto modo, el resumen de vuestro Evangelio... Vos habeis hablado del amor á los enemigos, de la limosna diciendo que debía hacerse en secreto y con mucha humildad... Me interrumpo aquí... una reflexión me acude; y por temor de que se me olvide, os la voy á decir ensegui-

da, y es, hermanos míos muy amados, que, léjos de enorgullecernos por lo que damos á los pobres, deberíamos por el contrario manifestarles nuestro agradecimiento y considerarles como bienhechores nuestros... Ayer disteis un pedazo de pan, ofrecisteis un albergue á un infeliz obrero que pasaba: quizás era un perezoso, un borracho; pero ¿qué importa?

Visteis en él un hermano de Jesucristo, y fuera lo que fuese, le acogiésteis y le aliviasteis. Pues os lo digo de verdad, ese pobre es un bienhechor nuestro: él nos proporcionó la ocasión de aliviar nuestra alma y tal vez nos ha ahorrado largas horas de ese terrible encierro que allá abajo se sufre y que se llama, como sabeis, el Purgatorio. Haced pues limosna, decía nuestro divino Salvador; hacedla sin orgullo y sin ostentación, y el Padre que teneis en los cielos os devolverá centuplicado lo que habeis dado...

Después de hecha esta importante recomendación á sus discípulos fué, hermanos míos muy amados, cuando nuestro divino Salvador les enseñó esta hermosa oración: *Padre nuestro que estás en los cielos..* «Cuando oreis, les decía, hacedlo con humildad, en la simplicidad de vuestro corazón; no seais como los paganos que recitan largas fórmulas y se figuran que cuantas más palabras tiene una oración, más valor tiene para ser atendida; nó, amigos míos, nó, el Dios que os ha creado conoce de antemano vuestras necesidades, quiere atenderos porque os ama. Mirad al padre que desea conceder un favor á su hijo; aguarda á que su hijo le exprese su deseo y supetición, dispuesto de antemano á concederle el objeto de sus anhelos... Así, cuando vosotros esteis para invocar á vuestro Padre celestial, no os enredeis en muchas palabras, y no digais sino: «Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo, danos hoy el pan nuestro de cada día, perdónanos nuestras deudas como perdonamos nosotros á nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos de mal»... Y como en esta oración se encuentra una petición que en cierto modo es más difícil que las otras, la del perdón que hemos de otorgar á los que nos han ofendido, á nuestros deudores, Jesucristo Nuestro Señor insistía especialmente sobre este punto: «Si perdonais, decía, á los demás las faltas que contra vosotros han cometido, vuestro Padre celestial os perdonará las ofensas de que seais culpables

para con él; pero no habrá perdón para vosotros si os negais á perdonar...» Más tarde los Apóstoles, que sin duda no habían comprendido ni retenido enseguida aquella admirable oración, dirigían á su augusto Maestro la demanda de que hemos hablado, y en vez de contestarles: «Pero si ya os enseñé á orar,» les repetía, como lo repetís vosotros á vuestros hijos, lo que les había dicho ya: «Pedro, Juan, Jaime y vosotros todos, amigos míos, para hacer una oración que sea agradable á Dios, soberano Señor nuestro, direis así: *Padre nuestro, que estás en los cielos, etc...*»

Oración realmente admirable, cada una de cuyas palabras tiene un sentido profundo y que encierra la expresión de los sentimientos de que debemos estar poseídos cuando á Dios nos dirigimos. Tal debe ser cuando to los los santos han hecho el elogio de esta oración. «Es, decía san Cipriano desde los primeros siglos de la Iglesia, la más capaz de atraer sobre nosotros las gracias del Espíritu Santo, de hacer subir hácia el trono de Dios la oración que su Hijo nos enseñó; es hablarle como un amigo habla á su amigo, como habla un hijo á su padre...» «¡ Ah! exclama otro santo, ¡cuán dulce y ventajoso es para nosotros poseer esta oración que nos enseñó el Maestro celestial, el verdadero doctor de la vida!...» No acabaría nunca si os quisiera citar los elogios que de esta oración han hecho los doctores más ilustres (1). Y observad, hermanos míos muy amados, que hasta la Iglesia ha querido que ella formase parte de las oraciones del santo Sacrificio y que se recitase en uno de los momentos más solemnes de la Misa... Jesucristo está allí sobre el altar, inmoliándose á su Padre para la salvación de los hombres cual se inmoló en el Calvario. Las trémulas manos del sacerdote acaban de depositarlo por segunda vez sobre el altar: oíd lo que va á decir: «Animados por los divinos principios, apoyados en la autoridad de tu divino Hijo, oh Dios omnipotente, osamos decir: *Padre nuestro, que estás en los cielos*. Fijaos en esta palabra, hermanos míos: osamos decir... Sí, ha sido necesario todo el amor, toda la misericordia, toda la bondad de nuestro Salvador Jesús para que tuviésemos la osadía de dirigirnos á Dios con tanta confianza y en semejantes tér-

(1) Bona, *De divina psalmodia*, c. xvi, § 1

minos: ¡ *Padre nuestro!*... Esta sola palabra me confunde y desconcierta; ¿ á quién llamamos Padre nuestro? ¿ Es á un gobernador? ¿ Es á un jefe del Estado? Nó, no es ni un rey, ni un potentado, ni un emperador; por muy poderoso que cualquiera de estos sea sobre la tierra, aquel á quien llamamos *Padre nuestro* les puede aplastar como viles insectos. Vendrá un día en que la muerte les abatirá, y en que serán pasto de los gusanos de las catacumbas... ¡ Ah, cristianos! más arriba, más lejos se dirigen nuestros homenajes cuando, siguiendo el encargo de Nuestro Señor Jesucristo, osamos decir: *Padre nuestro, que estás en los cielos...*

PERORACIÓN. — Más adelante, carísimos hermanos, en las instrucciones siguientes, volve remos á ocuparnos en este pensamiento. Voy á concluir citando un rasgo tomado de la vida de los santos, que os demostrará el aprecio que de esta oración hemos de hacer... Un ilustre obispo llamado Hugo, patrono de la iglesia de Grenoble, profesaba, según dice el historiador (2) que nos ha referido su vida, una tierna devoción á la Oración dominical; cada día la recitaba varias veces y siempre con nuevo fervor. Cuando estuvo próximo á morir, una noche en que se hallaba gravemente enfermo, el criado que le cuidaba le oyó repetir toda la noche esta preciosa oración; saboreaba lentamente cada una de sus palabras, cual saborea nuestra boca sedienta el refrigerante jugo de una deliciosa fruta. — « Padre, le dijo aquel adicto servidor, descansad un poco; esta repetición os ha de cansar. — Nó, contestó el santo obispo, el rezo de esta hermosa oración refresca mi alma, fortalece mi esperanza y me hace mucho bien...»

Aquel ilustre pontífice tenía razón, hermanos míos, y si nosotros quisiéramos discurrir un poco sobre el sentido de las palabras de que esta magnífica oración se compone, de seguro que la rezaríamos con más atención y con más fervor. Deseo que la resolución de tener más cariño á la Oración dominical y de repetirla en lo sucesivo más despacio y con menos distracciones sea la conclusión práctica que saquemos todos de esta breve conferencia... Así sea.

(2) *Apud Surium.*

## INSTRUCCION OCTAVA.

## SOBRE LA ORACION DOMINICAL.

## INSTRUCCION PRIMERA.

SENTIMIENTOS QUE HAN DE INSPIRARNOS RESPECTO A DIOS Y RESPECTO A NUESTRO PRÓJIMO ESTAS DOS PALABRAS : PADRE NUESTRO.

TEXTO. — *Sic ergo vos orabitis : Pater noster, etc..* Vosotros pues oraréis así : Padre nuestro, etc..

(SAN MATEO, CAP. VI, VERS. 9.)

EXORDIO. — Probablemente habéis leído, hermanos míos, en algún libro de piedad una breve explicación del *Padre nuestro*, hecha por una piadosa mujer, explicación que se llama : *el Padre nuestro de la jardinera* (1). Voy á explicaros su origen. Monseñor de Flammenville, obispo de Perpiñan, paseándose cierto día por los alrededores de su ciudad episcopal, encontró á una pobre mujer ocupada en escardar sus legumbres y en cultivar su jardín... Acercándose bondadosamente á ella, la habló de Dios, y la preguntó de qué manera le servía. — « Monseñor, contestó ella con humildad, yo soy una pobre ignorante, apenas sé las oraciones necesarias; pero me esfuerzo en decirlas con atención y con todo mi corazón... » Recitó entonces el *Padre nuestro*, acompañándolo con reflexiones sencillas y piadosas que sorprendieron al santo prelado. Ved ahí algunas frases de esas explicaciones recojidas por Mons. de Flammenville : « *Padre nuestro, que estás en los cielos.* ; Cuán dichosa soy, Dios mio, de teneros por padre! ; Cuánta alegría me da el pensar que el cielo ha de ser un día mi morada! Concededme, Dios mio, la gracia de que no degeneré de la cualidad de hija vuestra; no permitais que haga cosa alguna que me prive de tan gran felicidad.... *Santificado sea tu nombre.* Dios mio, yo no soy más que una pobre mujer y de consiguiente yo, por mí misma, no me halló en estado de poder santificar vuestro santo nombre; pero deseo de todo corazón

(1) Véase la *Journé du Chrétien* y muchas otras colecciones de oraciones.

que sea santificado por toda la tierra.. *Venga á nos el tu reino.* Deseo Dios mio, que reineis desde ahora en mi corazón con vuestra gracia, á fin de que yo pueda reinar eternamente con vos en la gloria... *Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.* Dios mio, vos me habeis condenado á ganarme la vida con el trabajo de mis manos; acepto, Señor, esta dichosa condición, y no quisiera cambiarla por otra contra vuestra adorable voluntad.... *El pan nuestro de cada día dánosle hoy.* Dios mio, tres clases de pan os pido : el de vuestra divina palabra para enseñarme lo que debo hacer; el de la sagrada Eucaristía, que fortalece mi alma, y el que necesito para alimentar y sostener mi cuerpo ; y os prometo, Dios mio, después de haber tomado lo que yo necesité, asistir con lo restante á aquellos que lo pueden necesitar.... *Perdónanos nuestras deudas, como nosotros perdonamos á nuestros deudores....* Señor, sé que he ofendido á muchas personas; les pido perdón de todo mi corazón; y á los que me han ofendido, les perdono.. Os ruego, Dios mio, que les hagais todo el bien que para mí deseo... *No nos dejes caer en la tentación.* Vos veis, Señor, de cuántos enemigos estoy rodeada y que, sin vuestra gracia, me es difícil dejar de sucumbir á sus sugerencias; os lo pido con todo mi corazón... *Mas libranos de mal.* Os pido, Dios mio, la gracia de que me libreis de todos los males, esto es del pecado, que es el único que puede hacerme perder vuestra gracia.. *Así sea.* Con esta palabra os pido, Dios mio, el cumplimiento de todas las peticiones que acabo de hacer. »

PROPOSICIÓN. — Esta mañana me propongo daros yo mismo algunas explicaciones sobre estas dos primeras palabras : *Pater noster*, Padre nuestro.

DIVISIÓN. — Diré pues, en primer lugar, los sentimientos que en nosotros debe excitar este título de Padre, que le damos á Dios al empujar esta admirable oración; en segundo lugar, probaré también de hacerlos comprender los sentimientos que debemos tener con respecto á nuestro prójimo, puesto que Jesucristo ha querido que digamos : *Padre nuestro* y nó *Padre mio*.

Primera parte. — ; Qué dicha para nosotros, hermanos míos muy amados, y al mismo tiempo qué dignidad, qué nobleza en poder llama

de verdad Padre nuestro á Dios!.. Este título de cariño y de respeto, Nuestro Señor Jesucristo nos lo recomendó en más de una circunstancia del Evangelio: quiero citaros únicamente una ó dos de estas circunstancias. «No os preocupeis, decía á sus Apóstoles, no os preocupeis por los alimentos ni por el vestir; vuestro Padre que está en el cielo sabe que necesitais todas estas cosas...» Y añadía: «Alégrate, pequeño rebaño, porque vuestro Padre ha tenido á bien daros el reino de los cielos. (1)...» Un día afirmaba también con más energía esta verdad, y queriendo demostrar que toda paternidad viene de Dios, que los autores de nuestros días no son más que instrumentos de que se ha servido para darnos la existencia, decía: «A nadie llameis padre vuestro sobre la tierra, porque no teneis más que un solo padre verdadero que está en los cielos (2)...» Y en el momento mismo en que, por su gloriosa ascensión, iba á subir al cielo, afirmaba nuevamente esta verdad: «Vuelvo, decía, hácia mi Padre, que es también el vuestro (3)...» Es inútil, hermanos míos, insistir más sobre este punto.

Sí, el Dios omnipotente que gobierna los cielos y la tierra nos permite que le llamemos padre nuestro; y Jesucristo, nuestro adorable Redentor, nos recomienda que le demos este título.

Me parece, cristianos, que este augusto privilegio de ser los hijos del Altísimo debe inspirarnos sentimientos de amor y de confianza; y añadir sentimientos de respeto hácia nosotros mismos, que nos hacen dignos de nuestro origen celestial.

Digo sentimientos de amor. Todos sabeis, hermanos míos muy amados, lo que es un padre, y sobre todo un buen padre... Cuando somos pequeñuelos, incapaces de bastarnos á nosotros mismos, es cuando podemos apreciar su bondad de un modo más especial... Le veis levantándose temprano, trabajando con ardor todo el día y no interrumpiendo acaso su trabajo hasta muy tarde de la noche. ¿Porqué ese labrador, ese trabajador del campo ha soportado el peso del calor y del día, ó las intemperies de las estaciones? ¿Para quién han fatigado sus brazos

(1) S. Mateo, cap. VI: S. Lucas, cap. XII.

(2) S. Mateo, cap. XXIII, vers. 9.

(3) S. Juan, cap. XX, vers. 17.

esos obreros dedicados á un trabajo cualquiera?.. ¿Para quién?.. Pues para nosotros, para sus hijos... La idea de sernos útiles era la que les sostenía en sus pesadas tareas. ¡Ah!; Cuán ingrato sería y cuán mal corazón tendría el hijo que no amase á su padre!...; Oh! hermanos míos muy amados, por grandes, por ricos, por poderosos que seamos, somos y seremos siempre pequeños ante nuestro Padre celestial; necesitamos siempre que conserve nuestra existencia, que nos dé el alimento y el vestido, y que no interrumpa sus beneficios...; Y bien sabeis vosotros, hermanos míos, cuán pródigo se muestra para con nosotros; pródigo de los beneficios del cuerpo, más pródigo todavía de los beneficios del alma, ofreciéndonos cada día, ya en la oración, ya en los sacramentos, tantas gracias, que deberían convertirnos en santos... Fácilmente debeis comprender el cariño mezclado de respeto y de reconocimiento que debemos profesar á ese padre que tenemos en el cielo...

El mismo Jesucristo es quien nos enseña también que este título de padre que á Dios le damos ha de escitar nuestra confianza. «¿Qué padre, dice, se negaría á atender una petición, una súplica justa de su hijo?.. Si le pide pan, ¿le presentará una piedra? ¿Le dará una serpiente, cuando le pida pescado? (1)...» Si pues los hijos pueden dirigirse confiadamente á sus padres de este suelo, á quienes sin embargo les falta mucho para ser perfectos, ¿con cuánta mayor confianza os debeis dirigir á ese Padre tan bueno que en el cielo teneis!... Además, carísimos hermanos míos, nuestro mismo divino Salvador ha querido darnos una imagen de esta confianza que debemos tener, refiriéndonos la tan sabida historia del hijo pródigo. El padre que recibe con una ternura tan grande á su hijo extraviado, es la imagen del Padre que tenemos en el cielo. Pobres pecadores, pobres hijos pródigos, — porque todos más ó menos lo somos. — recurramos con confianza á su bondad, á su soberana misericordia...

He dicho asimismo que este título de hijos de Dios tenía que inspirarnos sentimientos de respeto hácia nosotros mismos, es decir, amados hermanos míos, que es menester que en nuestras palabras, en nues-

(1) San Lucas, cap. XI, vers. 12 y siguientes.

tras acciones y en toda nuestra conducta nos mostremos dignos de este hermoso título. Imagináos al hijo de un príncipe, de un gran señor ó bien de alguna persona de una posición más ó menos elevada á quien podais conocer; ¿qué pensaríais de él, si le vieseis andar por nuestras calles, acompañándose con algunos criados y cantando con ellos repugnantes estribillos? ¿y si le vieseis frecuentar los garitos, las casas de mal vivir y encenagarse en el desórden, como ciertos mercenarios crapulosos?.. Diríais que se deshonra, que se degrada... y tendríais razón... Cristianos, hijos del Padre celestial, apliquémosnos esta comparación. Guardémosnos de degradarnos abandonándonos al vicio y de hacernos indignos, con nuestra conducta, de Aquel que nos ha permitido que le llamemos Padre nuestro, que estás en los cielos...

*Segunda parte.* — Cuando á vuestros hijos les preguntamos ¿Porqué llamamos á Dios Padre *nuestro* y no Padre *mío*? nos responden : Porque, como cristianos, todos somos hermanos... Esta fraternidad se extiende aún más lejos; comprende á todos los hombres, los buenos y los malos, porque el Padre que tenemos en el cielo hace brillar su sol sobre todos los hombres, *lo mismo sobre los justos que sobre los pecadores.* ¡Cuán bellas y consoladoras son, cuánto ensanchan el corazón estas enseñanzas de nuestra santa religión!..

¡Bellas!.. Sí, si fuesen bien comprendidas, nadie habría solo ni extranjero en la tierra; esos pobres, esos enfermos, esos ignorantes, los pecadores mismos no serían ni despreciados, ni abandonados : Dios es el Padre de todos; y ¿qué padre, si ama verdaderamente á sus hijos, permitiría que los mayores odiasen y despreciasen á los más débiles y pequeños?.. Nó, pobre mendigo; tú recibirás el pedazo de pan que pides. — Es un hermano; y en nuestros países cristianos encontrará siempre un hogar donde calentar sus miembros y una yáciga donde pasar la noche... En otro punto habrá nuestros misioneros, desterrados voluntarios, que irán á compartir el pan de la verdad con desdichados salvajes y á distribuirles las enseñanzas que ignoran... Ved también á esas vírgenes cristianas, ya curando las úlceras de sus hermanos enfermos en los hospitales, ya recojiendo á los ancianos enfermos, ya arrancando al vicio á ciertas criaturas degradadas y llamándolas con el dulce nombre de hermanas... ¡Ah! carísimos hermanos míos, ciertos

hombres de nuestros días y de otros tiempos también han hablado y hablan, en sus libros y en sus periódicos, de fraternidad.. ¡Atrás, embusteros!.. Esta dulce fraternidad, nó, vosotros no la conoceis; ni siquiera os amais los unos á los otros; el odio brota, como un humor malsano, de todo lo que vosotros escribís... Sí, ya veo que habeis hecho vuestras pruebas; la fraternidad es para vosotros una palabra vana, y vosotros sois unos hipócritas y unos embusteros... Pues bien, hermanos míos muy amados, ¿sería imposible encontrar, hasta en el seno de nuestras campiñas, hasta en nuestras humildes aldeas, algunos de esos infelices extraviados que viven solamente para la venganza y que persiguen á sus hermanos con la más odiosa envidia? Estos tales son bien dignos de lástima... Pero nosotros debemos amarles y rogar por ellos, porque la verdadera fraternidad nos enseña que son hijos del Padre celestial.

¡Cuán consoladoras son las divinas lecciones que nos enseñan que todos somos hermanos!.. Nada hay tan triste como el aislamiento en esta pobre tierra.. Estar solo, no amar á nadie ni ser amado de nadie; oh! esto ha de hacer sufrir más que todo á cualquiera que tenga inteligencia y corazón... Habreis encontrado quizás ciertos seres medio salvajes, que viven solos en algunas chozas aisladas ó en algun oscuro rincón de nuestros lugares; les habreis compadecido y habreis dicho interiormente: ¡Qué existencia tan triste!.. Teníais razón... ¡Ay! esos no reconocen ya ó cuando menos ya no comprenden estas hermosas palabras : *Padre nuestro, que estás en los cielos.* Pero nó, hermanos míos, nosotros sabemos que somos hermanos... ¿Qué significa, en los días de nuestras grandes solemnidades, cuando la parroquia casi entera está reunida en este sagrado recinto, qué significan esa alegría, ese contento, ese gozo que se observa en todos los semblantes?.. Es que entonces aquí, al pié de este altar, nos sentimos más unidos; comprendemos mejor que somos todos hermanos... Figuráos á los fieles de toda una diócesis; mejor aún á los hijos de la Iglesia católica, reunidos de todos los puntos del mundo... ¡Qué preciosa asamblea!.. ¡Y con qué fervor, animados todos de un sentimiento cristiano, diríamos, como verdaderos hermanos: *Padre nuestro, que estás en los cielos!*.. ¡Ah! cuando en nuestras grandes peregrinaciones, diez mil fieles y más aún, venidos de las cuatro

partes del mundo, se encuentran en un santuario venerado, se acogen, aun cuando pertenecen á países diferentes, se acogen, digo, y se estrechan la mano, como á hermanos, como si se conociesen de larga fecha... Y esta fraternidad cristiana, fijaos bien en que no es el menor de los encantos de aquellas piadosas reuniones...

¡ Consoladora !... Sí, lo es aún bajo otro punto de vista esta fraternidad que afirmamos al principiar el *Padre nuestro*... Nuestras familias se pueden extinguir; nuestros abuelos, nuestros hijos, nuestros padres pueden desaparecer; pero la gran familia cristiana subsiste siempre. Ven, pobre huérfano: ven, viuda atribulada; venid á esta Iglesia, á repetir con fe estas palabras: *Padre nuestro, que estás en los cielos*, y observaréis que ya no estais solos, que os quedan hermanos y hermanas, que os queda otra familia en el lugar de aquella que perdisteis.

Dícese que un jóven, huérfano ya de madre, había visto morir á un excelente padre á quien amaba con ternura. Agobiado por la tristeza y por una especie de desesperación, no podía separarse de la tumba que acababa de cubrir los restos de aquel padre querido... — « ¡ Todo se acabó, decía, ya estoy solo, completamente solo en el mundo !... » Un venerable sacerdote, que le había dado algunas lecciones, mostrándole grabadas sobre una tumba, cerca de la fosa de su padre, estas sencillas palabras: *Padre nuestro, que estás en los cielos*, : « Calma tu dolor, hijo mio, le dijo; nó, no estás solo en el mundo: tienes un padre que está en el cielo, y estos fieles que te rodean... ¡ qué digo !... todos los cristianos son tus hermanos... » Esta reflexión impresionó al jóven, quien, alejándose del cementerio, iba repitiendo sin cesar estas palabras: *Padre nuestro, que estás en los cielos*...

He añadido que la idea de esta fraternidad ensanchaba el corazón... Amados hermanos míos, si Dios nos ha dado una inteligencia para comprender, nos ha concedido asimismo un corazón para amar. ¡ Léjos, muy léjos de este púlpito cristiano, el sentido egoísta y mísero que se ha dado á veces á uno de los más bellos, de los más dulces nombres que pueda pronunciar el lenguaje humano, el amor !... El amor, hijo de la caridad cristiana, nos aproxima á Dios, á quien el apóstol san Juan designa con estas palabras: *Dios es caridad... Dios es amor*... El

ódio, el amor exclusivo de nosotros mismos, que difiere poco del ódio á los demás, son hijos del orgullo y nos hacen esclavos de Satanás que es el ódio, el orgullo por excelencia... Ved pues á toda una parroquia, á toda una ciudad, á toda una nación comprendiendo bien estas palabras: *Padre nuestro*; á todo un pueblo comprendiendo esta santa fraternidad... ¡ qué espectáculo tan hermoso !... El fuerte ayuda al débil, el rico alivia con cariño á su hermano pobre, no formando más que una familia, amándose y respetándose mutuamente... No más envidias, no más esas ásperas codicias que traen en pos de sí tantas revoluciones, calamidades y crímenes; nó, tendríamos la paz, la unión de los corazones; tendríamos casi el paraíso sobre este suelo... Esto, hermanos míos muy amados, esto es lo que nos predicó Jesucristo con estas sencillas palabras: *Padre nuestro, que estás en los cielos*.

PERORACIÓN. — San Francisco de Asís había de tal modo comprendido este amor del prójimo, esta dilatación del corazón, que su cariño se extendía, no sólo á todos los hombres, justos ó pecadores, cristianos ó infieles, sino que comprendía, abrazaba, por decirlo así, á todas las criaturas de Dios. — « Corderos, hermanos míos, decía con ingenuidad, golondrinas, mis hermanas, bendecid á vuestro modo al Dios que os ha creado, á ese padre que tenemos todos en el cielo... » Y dóciles á su voz, aquellos inocentes animales manifestaban en cierto modo que le habían comprendido... En otras circunstancias había dado á entender la confianza y el abandono en manos de la Providencia que le inspiraban estas palabras: *Padre nuestro, que estás en los cielos*. Su padre, rico mercader de Asís, irritado de ver á su hijo abrazar la vida religiosa, le amenaza con desheredarle. Acude á la morada del obispo de la ciudad y exige de Francisco una renuncia absoluta de todos los bienes que le puedan corresponder.. Este último no vacila; y revistiéndolo con un sayal, entrega á su padre hasta los vestidos que había traído de casa de su padre. — « Ahora sí, esclama lleno de gozo, ahora sí que podré decir con más verdad: *Padre nuestro, que estás en los cielos*... » Para combatir el egoísmo, la sensualidad y el amor á las riquezas, fundó una orden que subsiste todavía y que tenía por base la pobreza. — « Pero, ¿ cómo vivireis ? le preguntó el Soberano Pontífice antes de aprobar su orden. — ¡ Oh ! Padre Santo, no paseis cuidado, contestó

Francisco: si la santa pobreza que escogemos por madre no posee nada, nuestro Padre que está en los cielos es rico; él sabrá proveer á las necesidades de sus hijos. Siguiendo el ejemplo de este gran santo, carísimos hermanos, estemos animados de una gran confianza en Dios y de una tierna caridad hácia el prójimo cada vez que repitamos estas palabras: *Padre nuestro, que estás en los cielos...* Así sea.

ALERE FLAMMAN  
VERITATIS

INSTRUCCION NOVENA.

SOBRE LA ORACION DOMINICAL.

INSTRUCCION SEGUNDA.

ES JUSTO QUE SE SANTIFIQUE EL NOMBRE DE DIOS: COMO PODEMOS CONTRIBUIR NOSOTROS A ESTA SANTIFICACION.

TEXTO. — *Pater noster, qui es in cælis, sanctificetur nomen tuum. Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre.*

(S. MATEO, CAP. VI, VERS. 9.)

EXORDIO. — Hermanos míos, cuando explicamos á vuestros hijos la oración dominical, les hacemos esta pregunta. ¿Porqué decimos *Padre nuestro, que estás en los cielos*, cuando Dios está en todo lugar? Y ellos nos responden: Porque en el cielo es principalmente donde Dios muestra más su gloria y su poder... Es verdad, hermanos míos muy amados: con sólo que consideremos lo que nosotros llamamos vulgarmente el cielo, es decir ese espacio inmenso y de una profundidad desconocida por donde cada día se pasean el sol y la luna; vasto océano donde nadan las estrellas, sin que jamás se haya podido conocer á qué distancia está situado el sòlio mismo de las que están más inmediatas á nosotros; ; oh, sí! ésta es, sin duda alguna, de todas las maravillas que nos rodean una de las más sorprendentes, una de las

más admirables y que afirma de un modo incontestable la omnipotencia de Dios.

Un profeta lo ha dicho: los cielos refieren la gloria de Dios, de aquel que los creó y el firmamento anuncia cuán excelentes son las obras de sus manos (1). Según el profeta, ningún espíritu humano puede desconocer este lenguaje... Y lleno de entusiasmo, añade todavía: «Él ha establecido su morada en el sol, y desde allí, glorioso como un jóven esposo, fuerte como un gigante, habla desde lo más alto de los cielos; nadie puede ocultarse á sus miradas (2)... » Así es como el profeta David, sirviéndose de ese cielo que nos rodea, como de una comparación, nos presenta á Dios dirigiendo los astros que lo pueblan...

Más bello, más rutilante, hermanos míos muy amados, que el azul donde se bañan los astros, es ese cielo, ese paraíso donde nos aguarda Dios... El otro no es más que una imágen débil é imperfecta de él... El sol del paraíso es Jesús con su bondad, su dulzura, su amor y su inmensa misericordia... ; Oh María! vuestro divino hijo refleja sus rayos sobre vos; hermosa como la luna, brillais en aquella agradable mansión en medio de los ángeles, de los arcángeles, de los apóstoles, de los mártires, de los confesores y de las vírgenes. *Pulchra ut luna...* Sí, sois superior á todas las criaturas, á todas las aventajais, como aventaja la luna en resplandor á los demás astros... Después de haber dicho á Dios: *Padre nuestro, que estás en los cielos*, podemos también deciros con verdad, dirigiéndonos á vos: *Madre nuestra, que estás en los cielos...* En el paraíso pues, hermanos míos muy amados, es donde Dios se revela más á sus santos, donde les colma de alegrías y delicias, y es una de las razones por las que le saludamos con este título de *Padre nuestro, que estás en los cielos...* ¿Necesito añadir que estas sencillas palabras nos enseñan que el cielo es nuestra verdadera patria, que en este suelo hemos de estar como viajeros, ó mejor aún, como esos soldados, que, después de haber servido á la patria durante un cierto número de años, ansian volver á ver el hogar donde sus padres les aguardan?... El cielo es nuestra patria; Jesu-

(1) Salmo XVIII, vers. 1.

(2) Salmo XVIII, vers. 6.

Francisco: si la santa pobreza que escogemos por madre no posee nada, nuestro Padre que está en los cielos es rico; él sabrá proveer á las necesidades de sus hijos. Siguiendo el ejemplo de este gran santo, carísimos hermanos, estemos animados de una gran confianza en Dios y de una tierna caridad hácia el prójimo cada vez que repitamos estas palabras: *Padre nuestro, que estás en los cielos...* Así sea.

ALERE FLAMMAN  
VERITATIS

INSTRUCCION NOVENA.

SOBRE LA ORACION DOMINICAL.

INSTRUCCION SEGUNDA.

ES JUSTO QUE SE SANTIFIQUE EL NOMBRE DE DIOS: COMO PODEMOS CONTRIBUIR NOSOTROS A ESTA SANTIFICACION.

TEXTO. — *Pater noster, qui es in cælis, sanctificetur nomen tuum.* Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre.

(S. MATEO, CAP. VI, VERS. 9.)

EXORDIO. — Hermanos míos, cuando explicamos á vuestros hijos la oración dominical, les hacemos esta pregunta. ¿Porqué decimos *Padre nuestro, que estás en los cielos*, cuando Dios está en todo lugar? Y ellos nos responden: Porque en el cielo es principalmente donde Dios muestra más su gloria y su poder... Es verdad, hermanos míos muy amados: con sólo que consideremos lo que nosotros llamamos vulgarmente el cielo, es decir ese espacio inmenso y de una profundidad desconocida por donde cada día se pasean el sol y la luna; vasto océano donde nadan las estrellas, sin que jamás se haya podido conocer á qué distancia está situado el sòlio mismo de las que están más inmediatas á nosotros; ; oh, sí! ésta es, sin duda alguna, de todas las maravillas que nos rodean una de las más sorprendentes, una de las

más admirables y que afirma de un modo incontestable la omnipotencia de Dios.

Un profeta lo ha dicho: los cielos refieren la gloria de Dios, de aquel que los creó y el firmamento anuncia cuán excelentes son las obras de sus manos (1). Según el profeta, ningún espíritu humano puede desconocer este lenguaje... Y lleno de entusiasmo, añade todavía: «Él ha establecido su morada en el sol, y desde allí, glorioso como un jóven esposo, fuerte como un gigante, habla desde lo más alto de los cielos; nadie puede ocultarse á sus miradas (2)... » Así es como el profeta David, sirviéndose de ese cielo que nos rodea, como de una comparación, nos presenta á Dios dirigiendo los astros que lo pueblan...

Más bello, más rutilante, hermanos míos muy amados, que el azul donde se bañan los astros, es ese cielo, ese paraíso donde nos aguarda Dios... El otro no es más que una imágen débil é imperfecta de él... El sol del paraíso es Jesús con su bondad, su dulzura, su amor y su inmensa misericordia... ; Oh María! vuestro divino hijo refleja sus rayos sobre vos; hermosa como la luna, brillais en aquella agradable mansión en medio de los ángeles, de los arcángeles, de los apóstoles, de los mártires, de los confesores y de las vírgenes. *Pulchra ut luna...* Sí, sois superior á todas las criaturas, á todas las aventajais, como aventaja la luna en resplandor á los demás astros... Después de haber dicho á Dios: *Padre nuestro, que estás en los cielos*, podemos también deciros con verdad, dirigiéndonos á vos: *Madre nuestra, que estás en los cielos...* En el paraíso pues, hermanos míos muy amados, es donde Dios se revela más á sus santos, donde les colma de alegrías y delicias, y es una de las razones por las que le saludamos con este título de *Padre nuestro, que estás en los cielos...* ¿Necesito añadir que estas sencillas palabras nos enseñan que el cielo es nuestra verdadera patria, que en este suelo hemos de estar como viajeros, ó mejor aún, como esos soldados, que, después de haber servido á la patria durante un cierto número de años, ansian volver á ver el hogar donde sus padres les aguardan?... El cielo es nuestra patria; Jesu-

(1) Salmo XVIII, vers. 1.

(2) Salmo XVIII, vers. 6.

cristo, nuestro padre, y la santísima Virgen, nuestra madre, nos aguardan en el término de esta ausencia más ó menos prolongada que se llama la vida... *Padre nuestro*, que estás en los cielos; estas palabras quieren decir; si nos fijamos bien en ellas: Cristianos, elevad vuestros corazones hasta allá arriba, hasta el cielo: *Sursum corda*...

**Proposición.** — Esta mañana me propongo explicaros la primera petición del *Padre nuestro*, que consiste en estas breves palabras: *Santificado sea tu nombre*...

**División.** — Contando con el auxilio de Dios, trataré de demostraros, *en primer lugar*, cuán justo es que el nombre de Dios se santifique; *en segundo lugar*, cuanto podemos contribuir nosotros mismos, miserables criaturas, á esta santificación.

**Primera parte.** — Ante todo es necesario, hermanos míos, comprender bien el sentido de estas palabras; *Santificado sea tu nombre*. El nombre de Dios es santo por sí mismo. Por impíos que sean los blasfemos, pueden ultrajar este divino nombre, pero no lo pueden manchar. ¿Habeis visto á veces á niños que, jugando, cojen polvo de la calle y lo arrojan hácia el lado del sol? ¿Perjudican á aquel foco de luz y de calor al cual Dios ha ordenado que fecundice la tierra?... No: tranquilo y guiado por la mano de la Providencia, prosigue su carrera á través del espacio... Menos son todavía, carísimos hermanos míos, en presencia de Dios omnipotente, los incrédulos, por elevada que sea la posición que ocupen... Catedráticos, diputados, ministros, pueden dar á sus blasfemias una forma más ingeniosa, mas no por eso valen más delante de Dios que el borracho crapuloso que cae jurando en el arroyo...; Son niños que arrojan polvo al sol!; Arrojan á Dios inútiles insultos...! Desde lo alto de su soberana majestad, el *Padre que tenemos en los cielos*, les conserva su existencia; hay más, su misericordia les ofrece un perdón en que no piensan estos miserables (1)..

(1) Le Nil a vu, sur ses rivages,  
Les noirs habitants des déserts,  
Insulter, par des cris sauvages,  
L'astre éclatant de l'univers.  
Cris impuissants! Fureurs bizarres!  
Tandis que ces monstres barbares,  
Poussaient d'insolentes clameurs,

No nos hagamos pues ilusiones; Dios no tiene necesidad de nosotros, pero quiere que, cual hijos reconocidos y bien educados, procuremos su gloria antes que todo... Y éste es el sentido de estas palabras: *Santificado sea tu nombre*, es decir, sea conocido, amado y glorificado por todos los hombres... A este propósito nosotros, carísimos hermanos, podemos repetir las palabras con que empieza el prefacio: *Verdaderamente es digno y justo que así sea*... Miráos bien. — ¿Quién os ha creado?—Dios. — ¿Para qué? — Dejemos á un lado las diversas misiones que tenemos que llenar sobre la tierra; vamos más allá... En la última hora de nuestra vida, si tenemos la dicha de ver venir la muerte y de prepararnos para recibirla; si tenemos la dicha, harto rara por desgracia en nuestros días, de estar rodeados de parientes y amigos cristianos, en aquella hora suprema, se nos dirá: *Parte, alma cristiana*... ¿A dónde irán pues nuestras almas?... ¿A dónde quiere Dios que vayan?... ¿Para qué nos las ha dado?... Para que vayan á santificar y glorificar su nombre eternamente en el cielo...

Y aún en la tierra éste debe ser el objeto de nuestra existencia. Refiérese que un jóven y esforzado romano, conocido en la historia con el nombre de Coriolano, tenía una madre que, habiendo quedado viuda jóven, se había negado á contraer nuevo matrimonio, á fin de poderse dedicar enteramente á la educación de su hijo... Toda la ternura, todo el cariño que encierra el corazón de una buena madre los consagró á aquel hijo; ningún sacrificio omitió para educarle... Por eso, lleno de gratitud por los beneficios de que le había colmado aquella estimada madre, se complacía en atribuirle y ofrecerle no sólo los premios que en la escuela había alcanzado, sinó también las coronas que más tarde ganaba en los campos de batalla. No estaba contento, dice la historia, sinó cuando veía á su madre dichosa, honrada y glorificada... No os traeré á la memoria, hermanos míos muy amados, los beneficios de

Le Dieu, poursuivant sa carrière,  
Versait des torrents de lumière  
Sur ses obscurs blasphémateurs  
(Lefranc de Pompignan.)

*Ode sur la mort de J. J. Rousseau.*

que Dios nos ha colmado; ellos sobrepujan á los de que la mejor de las madres puede colmar á su hijo. Cada gota de nuestra sangre, cada latido de nuestro corazón, cada pensamiento de nuestra inteligencia, todo, en una palabra, nos recuerda los beneficios del Señor... Aun cuando sólo fuese á título de agradecimiento, debemos pues desear ante todo que su nombre sea conocido, bendito y glorificado...

Pero no es bastante todavía. Sería menester comprender bien, como los santos, que, habiéndolo hecho Dios todo para su gloria, toda criatura debe proclamar su nombre... Poco importa nuestra gloria personal. La del soberano Señor de este universo, la del Dios que lo rige: ésta, hermanos míos muy amados, ésta es la importante, ésta es la esencial... ¿Podría yo haceros comprender bien este pensamiento?... Un ejemplo sacado de la vida de los santos podrá tal vez esclarecer esta verdad... Santa Juana de Chantal, guiada por san Francisco de Sales, siendo aún muy joven había abandonado el mundo. Se había arrancado al cariño de su anciano padre y á las caricias de sus hijos... Qué sacrificio para aquella hija tan solícita y para aquella madre tan tierna!... Pero Dios había hablado, y ella, fiel á la voz de la gracia, había dicho: « Sí, seré de Dios... » Fundó una orden piadosa, titulada la Visitación. Muchas fueron las fatigas y hasta persecuciones que padeció para que el nombre de Dios fuese servido, honrado y glorificado... ¿Creéis que después de haber ejecutado tantos trabajos, después de haber practicado tantas virtudes, piensa en ella? Nó, la gloria de Dios únicamente, la gloria de Dios es lo que la ocupa. Oíd más bien lo que á sus hijos les decía poco tiempo antes de morir. « En lo más rëcio de mis trabajos, he dicho con frecuencia al Señor, que si era de su agrado llevarme al infierno, con tal que fuese sin haberle ofendido, y que mi tormento debiese redundar en gloria suya, estaría contenta, y Él sería siempre mi Dios... Que sea santificado su nombre, añadía; lo demás me importa poco (1)... » — ¿Habeis comprendido bien, carísimos hermanos míos?... Santa Juana de Chantal y otros mil y mil santos, que os podría citar, habrían consentido en sufrir las penas y suplicios del infierno si sus tormentos hubiesen debido contribuir á la mayor gloria de Dios... ; Tal

(1) Historia de esta santa, por el abate Bougaud. t. II, pág. 534.

es el sentido verdadero de esta primera petición: *Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre!*...

*Segunda parte.* — Veamos ahora, hermanos míos muy amados, la manera como nosotros, miserables criaturas, podemos contribuir á la santificación, á la glorificación del santo nombre de Dios... Varios medios se nos ofrecen: indicaré solamente los principales.

Ante todo, hemos de evitar la blasfemia, vicio maldito, vicio particular y especial del demonio. Todos sabéis en qué consiste... ; Desgraciados! ¿qué os ha hecho este Padre que tenemos en los cielos, para maldecir su nombre y ultrajar su gloria?... Jesucristo decía cierto día á los judíos: « He dado la vista á vuestros ciegos, y el oído á vuestros sordos; he curado á vuestros enfermos y resucitado á vuestros muertos; ¿por cuál de estas buenas obras me quereis apedrear?... » ; Oh Dios tres veces santo! si os dignaseis manifestaros á este hombre, y tal vez á esta ó aquella mujer, que han contraído la triste costumbre de blasfemar vuestro nombre, ¿no les podríais decir: « Os he dado la vida, os conservo la salud; ingratos, ¿por cuáles de mis favores he merecido vuestros ultrajes?... » San Luís había dictado una ley contra los blasfemos del santo nombre de Dios; se les condenaba á agujerearles la lengua con un hierro candente... Las primeras veces que esta severa ley se aplicó, se murmuró contra el santo rey, y se le incitaba á que castigase á los que á él mismo le habían ultrajado. « Nó, dijo, nó, mi gloria no es nada; que ante todo sea santificado el nombre santo de Dios, lo demás importa poco. » Se ha visto á los santos en su juventud llorar cuando oían blasfemar. Y en algunos países cristianos, las almas piadosas tienen la costumbre de reparar inmediatamente, y en cuanto les es posible, las blasfemias que oyen... Esta reparación es fácil, y os invito, á vosotros que me escuchais, si realmente teneis empeño en que sea santificado el nombre de Dios, á adoptar esta piadosa costumbre. Decid de boca, ó cuando menos interiormente, estas sencillas palabras: *Atabado, bendito, honrado y glorificado sea el santo nombre de Dios.* De este modo repararéis la blasfemia que habreis oído y habreis dado á vuestro Padre de los cielos un testimonio de buena voluntad...

Podemos santificar el nombre del Señor con una vida santa y sobre todo evitando el pecado. Ser constantes en la oración, cumplir exacta-

mente nuestros deberes de cristiano, guardar fielmente los domingos, ser dulces y caritativos con el prójimo, desempeñar bien los deberes de nuestro estado: ved ahí, hermanos míos muy amados, una excelente manera de glorificar el santo nombre de Dios... Nada desagrada tanto á su soberana Majestad, nada le ultraja tanto como el pecado... Se comprende fácilmente... He dicho ya que nosotros únicamente vivimos de los beneficios del Señor, y cuando tenemos la desgracia de ofenderle, nos parecemos á aquella serpiente de que habla la fábula que pretendía manchar y morder el seno que la había reanimado... « Supuesto, decía santa Teresa (1), que Dios en su inmensidad, es como un palacio vasto y sublime que encierra y comprende el universo entero: decidme, ¿ un pecador cometerá una falta fuera de este palacio?... ¿ Imposible?... » En el seno de Dios mismo es pues donde cometemos nuestras faltas; á Él es á quien manchamos, su gloria es la que profanamos hasta donde nos es posible hacerlo... Razón tenía pues yo en decirlo que un excelente medio de santificar el nombre del Señor consiste en evitar el pecado.

Añadiré, como tercer medio, que si tenemos empeño en glorificar á Dios, si de veras deseamos que su santo nombre sea honrado y glorificado, debemos esforzarnos en hacerlo conocer á los demás... Esto era, hermanos míos muy amados, lo que más preocupaba á los santos; su deseo más ardiente, una palabra lo va á reasumir... San Pedro Celestino está próximo á la muerte. Representáos á ese piadoso anciano, que dejó voluntariamente el sumo pontificado, espirando sobre la paja en su humilde celda de religioso... Se le da á besar el crucifijo, y los que le rodean le dicen: « Padre, ¿ cuál es vuestro último deseo? ¿ cuál es la recomendación suprema que hacéis á vuestros hijos?... » Sus miradas se elevan hácia el cielo: ¿ qué va á contestar?... « *Omnis spiritus laudet Dominum...* ¡Todo espíritu alabe y glorifique al Señor! (2)... » Ante todo la gloria de Dios; la gloria de Dios le preocupaba hasta en

(1) Véase en las obras de santa Teresa de Jesús el *Castillo del alma*, morada sexta, cap. X. En las obras de esta santa, lo propio que en sus cartas, se encuentran varios pasajes que se refieren al asunto que tratamos. En este capítulo y en otros todavía apoyaba el piadoso Fenelón la doctrina de su famoso libro: *Maximes des Saints*.

(2) Véase la *Vida* de este santo.

su último suspiro... Éste es precisamente el anhelo de los santos... Efectivamente, hermanos míos, si recorriésemos la vida de todos los santos misioneros, veríamos que el fin que se proponían era el de hacer glorificar el nombre de Dios; ya volveremos á exponer este pensamiento en las instrucciones siguientes, expresando á costa de qué esfuerzos han extendido el reino de Dios sobre la tierra. Una palabra no más sobre este gran patrón de los misioneros, que se llama san Pablo... ¿ Para qué tantos viajes, para qué tantas fatigas, que han de terminar con el martirio?... Para que el nombre de Dios sea conocido, santificado y glorificado. Él mismo lo dice, entregará todo lo que tiene; entregará hasta su persona: *libentissime impendar et superimpendar* (1), para que las almas conozcan y glorifiquen el santo nombre de Dios...

¿ Nos sería pues imposible, hermanos míos muy amados, contribuir por nuestra parte á la gloria de Dios?... Me parece que todos tenemos dos medios muy fáciles de asociarnos á los misioneros, de participar de sus méritos y de trabajar como ellos para que el santo nombre de Dios sea santificado... ¿ No tenéis, entre vuestros parientes ó conocidos, algunas personas alejadas de Dios desde largos años?... ¿ No podríais, con vuestros consejos y exhortaciones, conducirles á la práctica de ciertos deberes importantes?... A veces se desconfía de un sacerdote y se escuchan con más gusto las palabras de un antiguo conocido. Yo por mi parte he visto, en más de una circunstancia, que los consejos de un amigo ó las exhortaciones de una parienta han obtenido conversiones para cuyo logro había sido impotente todo el celo de un párroco... Luego la *Obra de la Propagación de la fé*, esos simples cinco céntimos semanales dados para sostener nuestros misioneros y proporcionarles los medios necesarios para ir á hacer bendecir y glorificar el nombre del Señor hasta en las más lejanas regiones. Este pequeño sacrificio, siuviésemos verdadero empeño en que fuese santificado el nombre de Dios, ¿ no hay muchos de entre nosotros que se lo podrían imponer?... No se piensa en esto, hermanos míos, se descuida: y podríase decir con verdad que la mayor parte de nosotros no comprende el sentido de estas palabras: *Santificado sea tu nombre*.

(1) II á los Corintios, cap. XII, vers. 13.

PERORACIÓN.— Y sin embargo, lo he dicho ya, la gloria de Dios es el objeto, el fin para que se ha creado todo... Vosotros conoceis, hermanos míos muy amados, la historia de los tres niños arrojados en un horno encendido, por orden del rey Nabucodonosor, y sabeis la manera milagrosa como les preservó Dios de las llamas. Cuando hubieron salido sanos y salvos de aquel horno abrasador, no pudiendo celebrar dignamente la gloria de Dios, entonaron un cántico en el cual invitaban á todas las criaturas á que bendijesen su santo nombre... «Obras del Señor, exclamaban, alabadle y bendecidle por los siglos de los siglos... Angeles de Dios, espíritus celestiales, Virtudes del Señor, celebrad su santo nombre... Luna, sol, astros que pobláis el firmamento, cantad, cantad su gloria...» Y en su entusiasmo invitaban á todas las criaturas, la nieve, la escarcha, el fuego, el frio, el rayo y todos los fenómenos que le acompañan, á bendecir el nombre del Señor, y ni siquiera se olvidaban las fuentes, los mares y los rios, y los animales mismos en aquel concierto de alabanzas (1)... Al terminar, carísimos hermanos, voy á servirme de algunas de sus palabras. Vosotros los que estais bautizados, glorificad el nombre del Señor; bendigamos todos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; alabemos y glorifiquemos á la augusta Trinidad, más aún con nuestros actos que con nuestras palabras... Sí, bendito y glorificado sea el nombre de nuestro Padre que está en los cielos, hoy, mañana y por los siglos de los siglos. Así sea

(1) Daniel. cap. xi, vers. 58 y siguientes.

## INSTRUCCION DECIMA.

## SOBRE LA ORACION DOMINICAL.

## INSTRUCCION TERCERA.

VENGA A NOS EL TU REINO. — 1. QUÉ PEDIMOS A DIOS CON ESTAS PALABRAS  
— 2. COMO PODEMOS CONTRIBUIR A EXTENDER ESTE REINO DE DIOS Y A  
PREPARAR SU VENIDA.

TEXTO. — *Pater noster, qui es in caelis, adveniat regnum tuum...*  
Padre nuestro, que estás en los cielos, venga á nos el tu reino.

(SAN MATEO, CAP. VI, VERS. 9, 10 Y SIGUIENTES.)

EXORDIO. — Esta petición, amados hermanos míos, está muy relacionada con la anterior, en la que le decimos á Dios: *santificado sea tu nombre*. En efecto, la gloria de nuestro Dios está en que su nombre sea bendecido, en que reine sobre todas las almas virtuosas, en que triunfe, en que domine en el universo entero... Cierta dia un joven oficial, ávido de honores, poseído de una ardiente pasión por la gloria humana, caía herido por una bala de cañón durante el sitio de una ciudad que los franceses trataban de conquistar... Llenos de admiración por el valor de aquel guerrero, que era español, los soldados franceses le hicieron conducir al castillo de Loyola, que era patrimonio de su familia. Sus heridas le condenaron á una larga inacción que aquella ardiente naturaleza no podía soportar (1)... La lectura de la Vida de los Santos, unida á la gracia de Dios, que cayó como un abundante rocío sobre aquella alma recta, convirtió á aquel joven oficial que se llamaba Ignacio...; Adios desde aquel momento mezquina gloria humana! Ignacio te pisoteará... En el santuario de Manresa, la augusta Virgen Maria toma al joven guerrero bajo su protección; y renunciando desde aquel momento á la divisa de su noble familia, ved ahí la que adopta: *Ad*

(1) Vease su Vida.

PERORACIÓN.— Y sin embargo, lo he dicho ya, la gloria de Dios es el objeto, el fin para que se ha creado todo... Vosotros conoceis, hermanos míos muy amados, la historia de los tres niños arrojados en un horno encendido, por orden del rey Nabucodonosor, y sabeis la manera milagrosa como les preservó Dios de las llamas. Cuando hubieron salido sanos y salvos de aquel horno abrasador, no pudiendo celebrar dignamente la gloria de Dios, entonaron un cántico en el cual invitaban á todas las criaturas á que bendijesen su santo nombre... «Obras del Señor, exclamaban, alabadle y bendecidle por los siglos de los siglos... Angeles de Dios, espíritus celestiales, Virtudes del Señor, celebrad su santo nombre... Luna, sol, astros que pobláis el firmamento, cantad, cantad su gloria...» Y en su entusiasmo invitaban á todas las criaturas, la nieve, la escarcha, el fuego, el frio, el rayo y todos los fenómenos que le acompañan, á bendecir el nombre del Señor, y ni siquiera se olvidaban las fuentes, los mares y los rios, y los animales mismos en aquel concierto de alabanzas (1)... Al terminar, carísimos hermanos, voy á servirme de algunas de sus palabras. Vosotros los que estais bautizados, glorificad el nombre del Señor; bendigamos todos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; alabemos y glorifiquemos á la augusta Trinidad, más aún con nuestros actos que con nuestras palabras... Sí, bendito y glorificado sea el nombre de nuestro Padre que está en los cielos, hoy, mañana y por los siglos de los siglos. Así sea

(1) Daniel. cap. xi, vers. 58 y siguientes.

## INSTRUCCION DECIMA.

## SOBRE LA ORACION DOMINICAL.

## INSTRUCCION TERCERA.

VENGA A NOS EL TU REINO. — 1. QUÉ PEDIMOS A DIOS CON ESTAS PALABRAS  
— 2. COMO PODEMOS CONTRIBUIR A EXTENDER ESTE REINO DE DIOS Y A  
PREPARAR SU VENIDA.

TEXTO. — *Pater noster, qui es in caelis, adveniat regnum tuum...*  
Padre nuestro, que estás en los cielos, venga á nos el tu reino.

(SAN MATEO, CAP. VI, VERS. 9, 10 Y SIGUIENTES.)

EXORDIO. — Esta petición, amados hermanos míos, está muy relacionada con la anterior, en la que le decimos á Dios: *santificado sea tu nombre*. En efecto, la gloria de nuestro Dios está en que su nombre sea bendecido, en que reine sobre todas las almas virtuosas, en que triunfe, en que domine en el universo entero... Cierta dia un jóven oficial, ávido de honores, poseído de una ardiente pasión por la gloria humana, caía herido por una bala de cañón durante el sitio de una ciudad que los franceses trataban de conquistar... Llenos de admiración por el valor de aquel guerrero, que era español, los soldados franceses le hicieron conducir al castillo de Loyola, que era patrimonio de su familia. Sus heridas le condenaron á una larga inacción que aquella ardiente naturaleza no podía soportar (1)... La lectura de la Vida de los Santos, unida á la gracia de Dios, que cayó como un abundante rocío sobre aquella alma recta, convirtió á aquel jóven oficial que se llamaba Ignacio...; Adios desde aquel momento mezquina gloria humana! Ignacio te pisoteará... En el santuario de Manresa, la augusta Virgen Maria toma al jóven guerrero bajo su protección; y renunciando desde aquel momento á la divisa de su noble familia, ved ahí la que adopta: *Ad*

(1) Vease su Vida.

*majorem Dei gloriam* : todo para la mayor gloria de Dios... Adquirió la dulzura del cristiano y la abnegación del mártir, conservando empero, bajo su nuevo traje, el ardor y el valeroso corazón del soldado. En París, á donde se traslada, su celo hace importantes reclutamientos para la gloria de Dios... En el sitio mismo donde hoy se levanta la iglesia del Sagrado Corazón, funda una órden religiosa, compuesta de soldados escogidos y que ha de llamarse la Compañía de Jesús.

Le estoy viendo á este santo Ignacio de Loyola, — cuyos hijos, bajo el nombre de Jesuitas, fueron siempre perseguidos y calumniados, — le estoy viendo aparecer como una Providencia en aquellos días de pruebas. Inclinado en cierto modo como un gigante sobre el mundo, con una mano detiene en la vieja Europa los triunfantes errores de Lutero; con la otra, siembra por medio de sus misioneros la santa doctrina de Jesucristo entre los pueblos más ignorados y entre los países más recientemente descubiertos... « Id, les dice á sus hijos, id, Francisco Javier y vosotros misioneros, predicad el Evangelio para la mayor gloria de Dios... » Después, volviéndose hácia otro grupo de discípulos suyos: « Y vosotros, les dice, con vuestras enseñanzas y con vuestras sabias obras, detened también para la mayor gloria de Dios, los progresos de la heregía... » Ved ahí la manera como san Ignacio de Loyola y sus discípulos los Jesuitas han comprendido siempre esta petición del *Padre Nuestro*: *santificado sea el tu nombre*; todo para la mayor gloria de Dios... Y lanzando este último grito fué como cinco de ellos espiraban como rehenes, durante la *Commune*, fusilados por algunos criminales.

PROPOSICIÓN. — Me propongo esta mañana explicaros la segunda petición que dirigimos á Dios en el *Padre Nuestro*... Se parece mucho á la primera y viene á ser como un desarrollo de ella: *Venga á nos el tu reino*...

DIVISIÓN. — En primer lugar, ¿qué le pedimos á Dios, cuando le decimos: *Padre nuestro que estás en los cielos... venga á nos el tu Reino*? En segundo lugar, ¿cómo debemos contribuir á este reinado de Dios y preparar su venida?

Primera parte. — Cuando preguntamos á vuestros hijos sobre esta petición: *Venga á nos el tu reino*, nos contestan con estas palabras:

« Pedimos á Dios que reine [en nuestros corazones por medio de su gracia, y que nos haga reinar un día con él en su gloria. » La primera cosa que debemos procurar, hermanos míos, es establecer este reino de Dios en nosotros mismos por medio de la supresión del pecado, la fidelidad á la gracia y nuestra docilidad en seguir sus inspiraciones... No recuerdo qué día, los fariseos, para burlarse de nuestro divino Salvador, le dirigían esta pregunta: « Este reino de Dios de que tan amenudo nos hablas ¿cuándo llegará? » Y Jesús con una inefable dulzura les contestó: « El reino de Dios es cosa tranquila, apacible; si lo desais, puede estar en medio de vosotros y vivir en vuestros corazones (1)... » ¡Ay! hermanos míos muy amados, esos judíos impíos y orgullosos, como muchos cristianos de nuestros días, no quisieron que dominase aquel reino de Dios sobre sus almas... En el día de la Pasión los volvemos á encontrar, más endurecidos que nunca, rugiendo ante Pilatos que los oye sorprendido: « Nó, no queremos que posea nuestros corazones, no queremos que se extienda sobre nosotros su reino: *nolumus hunc regnare super nos* (2)... » Y Dios, en su justicia, escuchaba sus impíos deseos... El reino de Dios se alejaba cada vez más de sus corazones, y ellos iban sumergiéndose cada vez más en los senderos del mal... ¿Sería posible, hermanos míos, encontrar entre nosotros ciertas almas esclavas de sus pasiones que repitieran, sinó de palabra, á lo menos con los hechos aquellos impíos deseos de los judíos: No queremos que sea nuestro rey?... Esta mañana tal vez habeis dicho: *Venga á nos el tu reino*; el reino de Dios en un alma es la pureza, la humildad, la caridad, la alegría de una buena conciencia... ¿Las poseéis?... Yo nada digo: á vosotros os toca contestar...

Pero estas palabras: *Venga á nos el tu reino*, para todo aquel que cree, han de tener una interpretación más lata. Hemos de desear que el reino de Dios se extienda, no solamente sobre nosotros, sinó también sobre nuestras familias, sobre nuestra patria, sobre la generalidad de los hombres... ¿Hay que volverlo á decir?... Nó, no es de cristianos

(1) S. Lucas, cap. XVII, vers. 1 y siguientes.

(2) S. Lucas, cap. XIX, vers 14.

verdaderos y completos eso de no pensar más que en sí mismo... Si amamos verdaderamente á Dios, desearemos que su reino se extienda todo lo posible, que impere en el seno de la familia, inspirando á los hijos la sumisión, la obediencia, el respeto á sus padres; que reine sobre estos últimos comunicándoles los sentimientos de fé, la firmeza dulce y cristiana que han de dirigirles en la educación de esos hijos que tan queridos les son... Si tenemos fé, pero una fé clara y viva, al decir estas palabras : *Venga tu reino*, debemos desear que la ley de Dios llegue á ser la ley de todos, y que se observen sus mandamientos.

Y aquí, hermanos míos muy amados, si dirigimos una mirada á nuestro alrededor, ¡qué tristeza! ¡Cuántos corazones sobre los cuales no reina Dios!... Y si extendemos nuestras miradas más allá de este horizonte que nos rodea, recorreremos nuestras grandes ciudades, consideramos las tendencias de los que están encargados del gobierno de los pueblos, de presidir en cuanto Dios lo permite á los destinos de la patria... ¡Ah! comprendemos cuán olvidado está Dios y cuán necesario es pedir con instancia, *que venga su reino*, que se reconozca su poder.

Un rey de Inglaterra, llamado Ricardo Corazón de León, fué un día traidoramente hecho prisionero; se le encerró en un calabozo; un solo criado se le había mantenido fiel y, tocando en el arpa aires nacionales, consolaba á su señor y conservaba la esperanza en su corazón... Gracias á este adicto servidor, Ricardo salió de su encierro y restableció su autoridad sobre aquellos súbditos rebeldes y sobre las provincias que había perdido... Carísimos hermanos, nuestro Padre que está en los cielos, á quien tantos impíos desconocen, está (os lo he dicho ya) fuera del alcance de esos miserables... Ellos quisieran arrojarle de nuestras sociedades, excluirle en cierto modo de este universo que él creó y que su providencia conserva... ¡Deteneos, miserables, un día él os juzgará! No le librarán de vuestras cadenas las súplicas de algún servidor fiel, porque vosotros no le podeis encadenar; pero estas súplicas le llevarán á tomar nuevamente posesión de su reino, á volver á reinar sobre nuestras pobres sociedades que le necesitan... Oh ! *Padre nuestro, que estás en los cielos, vengá nos el tu reino...*

Finalmente, con estas palabras : *Venga á nos el tu reino*, suplicamos á Dios que nos haga reinar un día con él en su gloria... Inútil es insistir sobre este punto : más de una vez os hemos hablado del paraíso, de la gloria, de la felicidad de que allá arriba gozan los escogidos... Al pedir á Dios que venga su reino, le suplicamos que nos conceda la gracia de que alcancemos esta dicha para la cual nos ha criado... ¿ Hay necesidad de decirnos que los santos suspiraban por este reino de Dios ? Ved á David lamentándose al ver que se prolonga su destierro en este suelo... Ved á santa Teresa expresando en un precioso cántico los sentimientos que le animan, y muriéndose, dice, por no poderse morir (1)... Ved, sin ir tan lejos, á la vidente de Lourdes, á esa jóven Bernadette, á quien la santísima Vírgen se dignó aparecerse: retirada en un convento, espiraba gozosa en la flor de su edad, y á las hermanas que la decían que implorase su curación, les contestaba: *Padre nuestro, que estás en los cielos, vengá á nos el tu reino...* Vírgen privilegiada, iba á contemplar aquella gloria de la immaculada María de que, en la tierra, había entrevisto sólo pálidos reflejos (2).

*Segunda parte.* — He dicho, hermanos míos muy amados, que estas palabras : *Venga á nos el tu reino*, encerraban un triple deseo: 1º, ver á Jesucristo reinar en nuestras almas por medio de su gracia; 2º, desear que reine sobre nuestras familias, sobre nuestra patria y sobre todo el universo; 3º, suspirar por esta felicidad que nos aguarda bajo el reinado de Dios en los cielos... ¿ Cómo podemos contribuir á extender y glorificar este triple reinado de Dios sobre nosotros, sobre todos los hombres y en el cielo?...

No os he hablado del reinado de Dios sobre la naturaleza material, sobre todo lo que nos rodea: nada le resiste... Él dice á la brizna de yerba: *crece*; Él dice al rayo: *hiere*; y ante esta palabra omnipotente, crece la brizna de yerba y el rayo cae en el sitio mismo que Él le ha señalado... \* ¿ Quién es pues ese, decían los judíos hablando de nuestro divino Salvador, para que el mar y los vientos se le sometieran? (3). »

(1) Glosa ó cántico de santa Teresa después de la Comunión.

(2) Véase en el *Pélerin* de 1879 la muerte de esta santa niña.

(3) S. Mateo, cap. VIII, vers. 27.

Nó, la rebelión contra la autoridad de Dios no procede de todas esas criaturas: sólo el hombre, merced á su libertad, puede desconocer con harta frecuencia la autoridad de este rey supremo.

Este reino de Dios que pedimos en la Oración dominical, es la presencia de su gracia en nuestras almas; lo extenderemos realmente en nosotros mismos si observamos con fidelidad sus divinos mandamientos... Observad aquí, hermanos míos muy amados, que cada deber que cumplimos es el reconocimiento, la afirmación formal del reinado del poder de Dios sobre nosotros... Vosotros rezais cada mañana y cada noche vuestras oraciones: ¿porqué?... Porque este Rey supremo ha dicho: *Adorarás á un solo Dios...* Vosotros evitais los juramentos y las blasfemias; ¿porqué?... Porque Él ha dicho: *No jurarás en vano el nombre de Dios...* Vosotros os halláis en este momento reunidos en esta iglesia; habeis dejado vuestro trabajo para venir á orar al pie de este altar; ¿porqué?... Para afirmar el reinado de Dios sobre vuestras almas: *Guardarás el día de fiesta: oirás misa los domingos...* Ved ahí el mandamiento que, como soberano que es de nuestras almas, nos ha dado... Si evitamos el robo, el perjurio y las malas pasiones á que los libertinos se entregan, ¿no es porque el código divino promulgado por el Padre que tenemos en los cielos, nos prohíbe todos estos vicios y todas estas malas inclinaciones?... ¡Ah! Observemos fielmente, hermanos míos, todas estas santas leyes, y el reino de Dios subsistirá sobre nuestros corazones....

Hacer llegar, ó si lo preferis, desarrollar este reino de Dios en las familias sería cosa fácil para los padres, si estuviesen bien penetrados de sus deberes... Velar sobre sus hijos, reprimir sus primeras pasiones, enseñarles pronto que esto es malo y deben evitarlo, que aquello es bueno y que, para contentar á su *Padre de los cielos*, conviene que lo practiquen... «Hijo, decía la piadosa madre de san Luís, y lo han repetido antes y después que ella muchas santas mujeres que han educado á santos, sé fiel en rezar tus oraciones, huye de las malas compañías, preserva tu corazón de todo pecado mortal, y ese Padre que todos tenemos en el cielo reinará sobre tu alma...» Y aquellos hijos, educados de una manera tan piadosa, llegaban á ser un Luís de Gonzaga, un Vicente de Paul y muchos otros piadosos cristianos que

hasta de nuestros días, son la gloria y la esperanza de la Iglesia santa... Benditas seais, mujeres piadosas; Dios, cuyo reinado extendisteis en vuestras familias, indudablemente os ha hecho reinar con él allá en la gloria.

Al tratar este asunto, hermanos míos muy amados, persígueme el recuerdo de una lectura que hice en cierta ocasión. He visto, no recuerdo donde, que el soberano Pontífice que había canonizado á santa Teresa decía hablando de ella: Esta santa con sus oraciones y con sus comuniones propagó el reinado de Dios tanto como el misionero más celoso (1).» ¿Qué elogio! Veo á san Francisco Javier convirtiendo á Dios provincias enteras, extendiendo el reinado de Jesucristo por las Indias, por el Japón, sobre millares y millares de almas... Teresa está encerrada en el fondo de un claustro, no va á lejanas regiones y sin embargo el Vicario de Jesucristo lo ha dicho: ¿Extendió el reinado de Dios tanto como los más grandes santos!... Es que es más poderoso, hermanos míos muy amados, el apostolado de la oración. Aquella santa oraba; y todos nosotros podemos, cual ella, pedir á Dios que venga su reino... ¿Necesito repetiros que, si tuviésemos un poco de celo y una fé clara, añadiríamos la limosna á la oración; la limosna para la *Propagación de la Fé*, la limosna para la *Obra de la Santa Infancia*, obra que, como decía uno de esos días en el catecismo, tiene por objeto arrebatarse á la muerte y asociar á nuestra fé á pobrecitas criaturas infieles arrojadas al nacer en el cauce de los arroyos ó entregadas como pasto á inmundos animales?...

Y si consideramos, hermanos míos muy amados, los tiempos en que vivimos, ¿cómo rezaremos para que venga el reino de Dios sobre nuestra patria!... *Padre nuestro, que estás en los cielos... venga tu reino sobre nuestra amada España...* ¡Pobre patria! Parece que no os conoce ya; á vuestras enseñanzas es á lo que vuestros enemigos hacen la más encarnizada guerra... ¿Quiéren acaso, esos incrédulos, nuevamente demoler vuestros altares y asesinar á vuestros sacerdotes?... Lo ignoro... Pero á esta pobre patria la vemos navegar á la ventura como un buque sin piloto y sin timón y adelantarse á

(1) Gregorio XV, bula de canonización.

grandes pasos hácia el abismo... Los que, por ahora, presiden á sus destinos han dicho también como los judíos : *Nolumus hunc regnare super nos*, no queremos que Jesucristo reine sobre nosotros... Han rechazado una mano que vuestra Providencia les ofrecía... y en vuestra justa cólera habéis repetido lo que en otro tiempo le decíais al profeta Samuel : *No es á vosotros, es á mí á quien no quieren ver reinar sobre ellos; esta injuria me toca á mí* (1)... y les habéis entregado á no sé qué vertiginoso espíritu... Oremos, hermanos míos, oremos mucho para que el reino de Dios se extienda, no sólo sobre nuestra pobre España, si que también sobre el universo entero.

¿Podemos también, hermanos míos, contribuir á que se extienda el reino de Dios en el cielo?... Lo podemos también con nuestras oraciones... Y desde luego ocurre una reflexión muy sencilla... Si con nuestras enseñanzas, con nuestros buenos ejemplos, con nuestras limosnas ú oraciones, alcanzamos que Dios reine con su gracia ya en el alma de nuestros hijos, ya en las de algunas personas que no conoceremos hasta la eternidad, claro está que por este mismo hecho habremos procurado la difusión del reino de Dios en el cielo... Representáos á san Pablo, á san Francisco Javier, á san Francisco de Sales y á muchos otros ilustres misioneros que sería demasiado largo enumerar; miradles rodeados de esos millares de bienaventurados que les deben la salvación y que bendecirán á Dios por toda una eternidad... Y decidme si, después de haber extendido el reinado de Dios sobre la tierra, no han contribuído á extenderlo en el cielo... Podemos igualmente extender este reinado uniéndonos de corazón y de espíritu á esta muchedumbre que habla todas las lenguas y pertenece á todas las naciones, que el apóstol san Juan nos muestra en el Apocalipsis rodeando el trono del Cordero, proclamando la gloria del Altísimo y bendiciendo al Señor, su Dios, porque reina y reinará por toda la eternidad (2).

PERORACIÓN. —Hermandos míos muy amados, voy á terminar esta instrucción con una comparación, una apología que tomo de la Sagrada Escritura... Después de la muerte de Gedeón, los habitantes de Siche-

(1) I Reyes, cap. VIII.

(2) Apocalipsis, cap. VI, vers. 2.

habían elegido por rey á un hombre cruel y bárbaro que se llamaba Abimelech. Un nieto de Gedeón, el único que se había librado de la matanza, refirió la fábula ó apólogo siguiente, para hacer comprender á los desgraciados habitantes las calamidades que les esperaban: «Los árboles, dijo, se reunieron cierto día para elegirse un rey. Dirigiéndose al olivo, le dijeron : Sé nuestro jefe... Contestóles el olivo : ¿Puedo abandonar yo la suavidad de mi aceite para constituirme en jefe de los árboles?... La higuera, invitada á su vez alega la suavidad de sus frutos; la vid objeta la utilidad de su vino... Dirigiéronse entonces los árboles al zarzal, que aceptó enseguida, amenazando con quemarlos á todos si no acudían á cobijarse bajo su sombra...» Y Jonathan añadía : «Elegiendo á Abimelech por rey, habéis dado el poder á un hombre cruel, que destruirá vuestra ciudad...»

La aplicación de este apólogo, queridos hermanos míos, sería demasiado larga; voy pues á fijarme en un solo punto. Los hombres no han querido someterse á Dios. ¿Existen muchos hombres y sobre todo muchas naciones, donde reine verdaderamente *nuestro Padre, que está en los cielos*?... ¡Ay! especialmente en nuestros días, dominadas por una especie de delirio revolucionario, parece que se han vuelto hácia Satanás y le han dicho, como decían los árboles al zarzal; *Ven í, et impera super nos* : ven, y reina sobre nosotros... Y que Satanás les ha contestado : Venid, acojéos á mi sombra... En realidad los tiempos impíos en que vivimos son el reinado de Satanás. La blasfemia, la impiedad, la discordia, el espíritu de rebelión extendiéndose y propagándose hasta el seno mismo de nuestros campos; ¿no es éste el espectáculo que cada día se ofrece á nuestros ojos?... ¡Oh! carísimos hermanos míos, redoblemos nuestras oraciones; repitamos amenudo y con fervor estas palabras : *Padre nuestro, que estás en los cielos... venga á nos el tu reino*. ¡Ojalá que su misericordia se digne atendernos!... Así sea.

## INSTRUCCION UNDECIMA.

## SOBRE LA ORACION DOMINICAL.

## INSTRUCCION CUARTA.

CUMPLIR LA VOLUNTAD DE DIOS SOBRE LA TIERRA. CUMPLIRLA COMO LOS ANGELES Y LOS BIENAVENTURADOS EN EL CIELO.

TEXTO.—*Pater noster qui es in caelis... fiat voluntas tua sicut in caelo et in terra...* Padre nuestro que estás en los cielos... hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.

(SAN MATEO, CAP. VI, VERS.10.)

Exordio.—En mi última instrucción, carísimos hermanos, os explicaba estas palabras de la Oración dominical: *venga á nos el tu reino*. No pude citaros una historia muy commovedora que muestra de qué manera bendice y anima la misericordia de Dios los más insignificantes esfuerzos hechos para extender su reino: es el origen de esta bella obra que se llama la *Propagación de la Fé...*

A consecuencia de los trastornos causados por la primera revolución francesa, habíanse aclarado las filas de los misioneros, cuyo celo evangelizaba los pueblos infieles; muchos habían muerto en aquellos campos regados con su sudor, y, por falta de recursos, nadie podía continuar su obra y sostener aquellas nacientes cristiandades... Era en 1822: vivía entonces en Lyon, en un mísero desván, una obrera muy cristiana que ganaba su sustento con el trabajo de su aguja. Ocurrióle la idea de separar cada semana un sueldo (unos cinco céntimos) del producto de su trabajo y dedicar esta pequeña limosna á la obra de las misiones. Esta resolución la comunicó á otras piadosas compañeras suyas, y desde luego se reunieron diez de estas pobres obreras, luego veinte, luego un centenar, y cada semana traían su limosna, que tenían el cuidado de santificar con la oración, á un

fondo común.. No había transcurrido aún un año cuando la humilde obrera contaba ya por millares sus asociados.. Una suma relativamente considerable había permitido ya enviar algunos sacerdotes á las misiones más desiertas... Pero, gracias á la bendición de Dios y á la que dieron á esta obra oscura todavía los soberanos Pontífices, la semilla iba á convertirse, según la expresión del Evangelio, en un gran árbol... Veinte años después, esta asociación estaba extendida por casi todo el universo católico. Restaurábanse las misiones antiguas, y por doquier se formaban nuevas cristiandades. La obra, apesar de los desgraciados tiempos por qué hemos atravesado, ha ido creciendo de dia en dia, y hoy por hoy, el óbolo de un *sueldo* semanalmente impuesto por piadosos cristianos, alcanza á una suma que excede de ; cinco millones de francos!

Tales fueron los orígenes de la *Obra de la Propagación de la Fé...* Gracias á ella, cada mes rápidos buques de vapor desembarcan en las islas más remotas y en las más ignoradas playas gran número de misioneros y hasta hermanas de la caridad y solícitas religiosas; cada año se aumenta el ejército de estos apóstoles cristianos con numerosas levás y el reino de nuestro Padre que está en los cielos *viene* y se extiende por pueblos que no le conocían aún... Si deseais verdaderamente que venga el reino de Dios, no dejéis de dar vuestros nombres y vuestras limosnas á esta santa asociación..

Proposición.— Voy á explicaros hoy la tercera petición del *Padre nuestro*: *Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo..*

División.— Diré pues, *en primer lugar*, que debemos cumplir la voluntad de Dios sobre la tierra; y *en segundo lugar*, que debemos cumplir esta augusta voluntad con los mismos sentimientos con que los ángeles y los bienaventurados la cumplen en el cielo...

*Primera parte.*— Digamos ante todo el sentido que ha de atribuirse á estas palabras: *Hágase tu voluntad*. Carísimos hermanos, Dios es el Altísimo, el Omnipotente; su voluntad se hará siempre y siempre se ha hecho. Un poeta cristiano, y con él muchos otros lo han dicho. Nada, nada resiste á su voluntad, «ni los reyes coaligados de la tierra, cuya coalición sólo con su presencia desvanece, que reduce á polvo con sola una palabra; al sonido de su voz huye el mar y el cielo se estremece; el

universo entero aparece á su vista cual la nada, y los débiles mortales, juguete de la muerte, parecen cual si no existieran á sus ojos (1). »

Y es verdad... Todas las criaturas materiales : el sol, los astros, la luna, las estrellas ejecutan su voluntad... Escarchas, él es quien os envía; golondrinas, su voluntad es la que en la primavera os hace volver... Es inútil insistir sobre este punto : hermanos míos muy amados, no os cabe duda de que toda la naturaleza obedece á las leyes que él la ha trazado, á las órdenes que él la ha impuesto... Únicamente las criaturas inteligentes, cual lo son los ángeles y los hombres, han podido resistir á su voluntad; porque, queriendo asociarlas á su gloria, les dió la inteligencia y la libertad... Libre tú, Lucifer, libres vosotros, ángeles malos, cuando erais ángeles, de someteros á la voluntad de Dios y de venerar los misterios que se os revelaban... no lo quisisteis; os revelasteis, y fuisteis desde aquel momento maldecidos; el cielo no os conoce ya, ni os conocerá jamás... En cuanto á tí, pobre Adán, padre del género humano, respeta la voluntad de Dios, no comas de la fruta prohibida... Eres libre; pero ten cuidado... El desgraciado desobedece; deja de cumplirse la voluntad de Dios; pero rápido como el rayo llega el castigo de esta desobediencia... Ciérrase para nuestros primeros padres el paraíso terrenal. Y les veo errantes por esta pobre tierra y descendiendo, de miseria en miseria, hasta llegar á ese abismo que se llama la muerte... Resistieron á la voluntad de Dios comiendo de la fruta vedada, y sin embargo, la voluntad de Dios se cumplió hasta en su castigo.

Así pues, hermanos míos muy amados, el hombre, criatura racional, es quien ha de cumplir la voluntad de Dios en este suelo; éste es el deseo que expresamos, la promesa que hacemos cuando le decimos á nuestro Padre de los cielos : *Hágase tu voluntad...*; Oh Dios mio! Obe-

(1) Que peuvent contre lui tous les rois de la terre?  
En vain ils s'uniraient pour lui faire la guerre;  
Pour dissiper leur ligue il n'a qu'à se montrer;  
Il parle, et dans la poudre il les fait tous rentrer.  
Au seul son de sa voix, la mer fuit, le ciel tremble;  
Il voit comme un néant, tout l'univers ensemble;  
Et les faibles mortels, vains jouets du trépas,  
Sont tous devant ses yeux comme s'ils n'étaient pas.

RACINE, Esther.

dézanos todos los fieles que en la tierra viven, obedézanos todos los hombres como os obedecían los santos... En la alegría como en la tristeza, en la suerte como en medio de las pruebas más crueles, hágase vuestra santa voluntad; bendita, amada y adorada sea por todos los hombres... Iba á citaros algunos rasgos tomados de la Vida de los Santos... Una madre, por ejemplo, que tuvo muchos hijos y los vió morir unos en pos de otros, y que, habiendo quedado sola en este mundo después de la pérdida de una familia numerosa, decía como el santo varón Job : » Dios me había dado estos bienes, él me los ha quitado; bendito sea su santo nombre (1)... » Pero hay un modelo más alto que el de todos los santos sobre el cual llamo vuestra atención... Mirad á Jesucristo bajando á este suelo para redimirnos y reparar la falta de nuestros primeros padres... Adán no quiso someterse á la voluntad de Dios; todos sus descendientes se han rebelado contra esta adorable voluntad. El Hijo de Dios se postra en cierto modo ante su Padre, y le dice estas palabras : « Ahí me tienes, heme ahí : yo me haré hombre para cumplir tu voluntad (2)... »

Observad que esta voluntad de Dios la cumple en todas las circunstancias. ¿ Hay que nacer pobre en la oscuridad de un establo? « Si tal es tu voluntad, divino Padre, consentí en ello... » ¿ Hay que huir ante la persecución de un tirano, á quien podía aplastar vuestra omnipotencia? « Me someto también... » Después nació en Belén y huía á Egipto por miedo de Herodes, él, el Rey de los cielos... Hasta en el seno de la pobreza, hay que gozar de las dulzuras de la familia : « ¿ Queréis, Padre mio, que esté yo privado de ellas? Hágase vuestra voluntad... » Y Jesús vivía dichoso entre María y José, y cuando este último espiraba, Jesús á su dulce madre le señalaba el cielo con el dedo... Lloraban juntos, porque Dios no nos prohíbe las lágrimas, lloraban juntos por la muerte de aquel patriarca; pero se resignaban : era la voluntad de Dios...

¿ Cuán poco conocido es, hermanos míos muy amados, nuestro buen Jesús!... Y sin embargo, ¿ qué modelo fué tan admirable!... Le veo,

(1) Vida de la B. Juana de Lestonac, fundadora de la Compañía de Nuestra Señora : *Grande vie des Saints*, t. III, pág. 118.

(2) A los Hebreos, cap. X, vers. 9.

cual el conscrito á quien se le arranca de su hogar, le veo, para obedecer á la voluntad de su Padre, alejándose de la Virgen María, quien también sabe, por su parte, resignarse : ¿qué va á hacer?.. Va á cumplir la voluntad de este Padre que tenemos todos en el cielo... Aceptará la gloria ó la deshonra con la misma igualdad de ánimo, porque tal es la voluntad de su Padre... En el bautismo que recibirá de manos de Juan, en su glorificación sobre el Tabor, se oirá una voz celestial proclamar su divinidad y decir : « Éste es mi hijo muy amado, en quien he puesto todas mis complacencias ; » y él aceptará esta glorificación porque Dios la quiere... Vendrán en pos las persecuciones y las calumnias de los malos ; luego los suplicios de la Pasión y la cruz... Y en todas las circunstancias, las palabras que pronunciará Jesús serán siempre las que dice durante su dolorosa agonía : *Padre, hágase tu voluntad...* Carísimos hermanos, cuando Jesús decía á sus apóstoles : *Orad así : Padre nuestro, que estás en los cielos... Hágase tu voluntad...* ¿ no añadía el ejemplo á la lección mostrándonos que el cumplimiento de esta adorable voluntad era lo que más debíamos desear sobre la tierra, y como podíamos nosotros mismos contribuir á ella aceptando con resignación de manos de Dios las penas y pruebas que á la divina Providencia le place enviarnos?...

*Segunda parte.* — He añadido, como segundo pensamiento, que esta voluntad divina se ha de cumplir en la tierra como en el cielo, es decir que nosotros, los cristianos, debemos someternos á la voluntad de Dios y cumplirla con los mismos sentimientos con que los santos y los bienaventurados se someten á ella y la ejecutan en el cielo... Citemos simplemente á los ángeles. Ya sabéis que éstos son unos espíritus puros que Dios creó para su gloria y para su servicio... ¡la voluntad de su señor supremo!... Estos espíritus bienaventurados la cumplen plenamente, prontamente, amorosamente y perseverantemente.

Arcángel, dijo Dios un día á uno de aquellos gloriosos espíritus que rodean su trono, vé á la ciudad de Nínive, toma la figura de un viajero, y servirás de guía á un jóven que se llama Tobías... El arcángel Rafael se inclina ; rápido como el pensamiento, descendió á la plaza pública de Nínive, se pone á las órdenes del jóven Tobías, lo acompaña durante un largo viaje, le preserva de numerosos peligros,

le hace contraer una santa unión, y lo devuelve sano y salvo á los brazos de sus ancianos padres... Y nosotros, hermanos míos muy amados, cuando se trata de hacer la voluntad de Dios, ¿ la hacemos toda entera ? ¿ No procuramos hacer menores las obligaciones que ella nos impone ? Los domingos llegamos tarde á misa ; ciertas obligaciones importantes ya sabéis que sólo las cumplimos vacilando ; discutimos con nuestra conciencia para buscar motivos de dispensa y que sé yo cuántas excusas. ¿ Yo, perdonar á fulano ó á fulana ? ¿ ser el primero en hablarle ? ; Jamás!... Y sin embargo, Dios nos dice : « Perdonad, si quereis que yo os perdone ; si quereis serme agradables, humilláos, hasta delante de aquellos que son inferiores á vosotros ; aprended con mi ejemplo á ser humildes de corazón... ; Ah! si el arcángel Rafael hubiese tenido nuestros sentimientos de orgullo, habría dicho al Altísimo : « Señor ¿ por quién me tomáis ? ; Yo, todo un arcángel, convertirme en lacayo de un simple mortal!... » Pero nó ; en el cielo, os lo he dicho ya, la voluntad de Dios se hace de una manera completa y sin discutir...

Se hace con prontitud. Con frecuencia, hermanos míos muy amados, os quejais de vuestros hijos. « Mi hijo, mi hija, decís, no obedecen como yo quisiera ; hay que repetirles cuatro ó cinco veces lo mismo, y siempre se hacen el remiso, y ejecutan lo más tarde posible lo que se les manda. » Esto, cristianos, es precisamente lo que con harta frecuencia hacemos nosotros ; y para no citar más que un ejemplo, vosotros, los que aguardais á la hora de la muerte para confesaros y recobrar la gracia de Dios, ¿ no sois todavía más censurables que vuestros hijos ?... Diez veces, veinte, ciento se os ha recordado estos mandamientos : *Confesarás tus pecados, á lo menos una vez al año. Recibirás humildemente á tu Criador á lo menos por Pascuas...* Y esta voluntad de Dios no la habeis ejecutado... ¡Angeles del Paraíso ! ; con qué prontitud y celo cumplís la voluntad de vuestro Padre celestial ! Lucifer se rebela contra su Criador : rápido como el rayo, pronto como la centella, el arcángel san Miguel le coje, y le derriba diciéndole : « ¡ Miserable, te atreves á igualarte á Dios ! » Desde entonces Lucifer, rebelde, inmortal é incorregible, arrojado del cielo, lleva consigo todas las torturas del infierno.

He añadido que la voluntad de Dios, para ser cumplida en la tierra como en el cielo, tiene que cumplirse con alegría, con amor... Ahí está, hermanos míos, el mérito de la obediencia.. Nosotros somos hijos de Dios, él es nuestro Padre; si le amamos de verdad, ha de ser para nosotros una dicha el cumplir su santa y adorable voluntad... ¡ Oh dulce, santa y gozosa obediencia! ; oh voluntad de Dios, y hasta oh voluntad de todos aquellos que él nos ha dado por superiores, cuán suave eres para quien te comprende! Tú haces su alma fuerte y victoriosa (1). La paz, la alegría del corazón son tus inseparables compañeras.

Pero consideremos la alegría con que los ángeles cumplen en el cielo esta adorable voluntad de Dios... ¿ Veis allá arriba, junto al trono de Dios, á uno de esos serafines ardiendo cual inflamada lámpara, ardiendo de amor por el Dios que le ha creado? Es el arcángel Gabriel... Fiel servidor del Todo Poderoso, deja un momento aquel estado de éxtasis y arrobamiento, se hace el embajador del Altísimo cerca de una pobre joven llamada María que vive ahí en la tierra en una humilde casa, en el fondo de un villorrio casi desconocido, que se llama Nazareth... El arcángel se inclina: « Trinidad santa, estoy á tus órdenes. — Vé, salutarás de nuestra parte á esta virgen llamada María; humíllate bien delante de ella, un dia será tu reina; saludala de nuestra parte diciéndola: *Te saludo, llena de gracia, eres bendecida entre todas las mujeres.* Después añadirás que la hemos escogido para ser madre del Mesías, del Redentor que en otro tiempo le fué prometido á Adán, á Abraham y á los descendientes de los patriarcas. » Y gozoso con esta misión, el arcángel Gabriel descendía desde las alturas del cielo. Venía, oh divina María, á visitaros de parte de las tres Personas divinas y á dirigiros aquella salutación que tanto nos gusta á todos repetir desde entonces: « *Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres...* » Sí, carísimos hermanos míos, en el cielo la voluntad de Dios se ejecuta con alegría.

¿ Necesito demostraros que los ángeles y los bienaventurados cumplen

esta voluntad con perseverancia? ; Ah! ellos no estan sujetos, como nosotros, á esos desfallecimientos que á veces nos afligen: ayer quisimos el bien; hoy no lo queremos ya... En el dia de nuestra primera comunión era grata para nosotros la voluntad de Dios; tal vez era preciosa también para nosotros en la quincena de Pascua, en la semana de Navidad.. Durante estos dias nos había causado repugnancia cometer un pecado, que es rebelarse contra la voluntad de Dios. Pero, hermanos míos muy amados, ¿ pensais siempre así?.. Cuando á nuestro Padre de los cielos le decimos: *Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo*, le decimos, ó queremos decirle: *Hágase tu voluntad hoy, mañana y siempre*, por nosotros que vivimos sobre la tierra, como se hará constantemente por los santos, por los ángeles que pueblan el cielo..

Aquí me detengo: os contemplo á todos los que me escuchais y me miro á mí mismo... Veo en espíritu, al lado de cada uno de nosotros á ese ángel custodio que la Providencia nos ha dado... Al nacer nosotros, Dios ha enviado este espíritu bienaventurado, y le ha dicho: « Vela sobre el alma de fulano, ó de fulana... » Y este ángel, desprendiéndose de la milicia celestial, ha venido á nuestro lado; en él se pone, en él queda y en él permanecerá hasta que nuestra alma sea llamada al tribunal de Dios. Apesar de la pena que le causa nuestra indiferencia, aún cuando muy amenudo ofendemos con nuestras palabras sus oídos, y nuestros actos le obligan más de una vez á volver la cabeza, tiene una misión y la cumplirá, ejercerá con perseverancia la voluntad de Dios.

¿ Comprendeis ahora, hermanos míos muy amados, lo que pedimos á nuestro Padre de los cielos, cuando decimos: *Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo?* Deseamos que todas las criaturas le obedezcan con fidelidad, con alegría y con constancia.

PERORACIÓN. — Quiero, al terminar, citaros una historia referida en varios libros de devoción y acontecida á un santo religioso que vivió en el siglo XIV. Este piadoso personaje pedía á Dios que le diese á conocer la mejor manera de serle agradable y de servirle. Al salir de la iglesia, encuentra á un pobre y le da una limosna, añadiendo estas palabras: « Os deseo un buen dia, es decir os deseo que seais dichoso y

que tengais lo que vuestro corazón ansía. » Y aquel mendigo, cubierto de algunos viejos harapos, desfigurado y roído por una úlcera, contestó : « Gracias por vuestra caridad, mi querido señor; yo jamás he tenido días desgraciados; siempre tengo lo que deseo. » Taulero, que así se llamaba nuestro sábio, creyó que aquel hombre estaba loco. Sin embargo, en el acento de aquel pobre había tanta dulzura, tanta resignación, que se sintió conmovido. — « ¡Cómo, amigo mio! le dijo. Con estas llagas que os cubren, y esta miseria que os obliga á alargar la mano, ¿ habeis sido dichoso siempre? ¡ Vaya, no puede ser! » Y el pobre le contestó : — « No os sorprenda : me he acostumbrado á no querer otra cosa que lo que quiere Dios : si me envía el mal, lo recibo de buen grado ; si me da salud, la acepto con alegría ; si no tengo de qué comer, ayuno para expiar mis pecados y los ajenos ; si no tengo con qué vestirme, miro á mi Salvador Jesús en el pesebre y en la cruz : yo soy más rico de lo que era él. No deseo más que una cosa : que se cumpla en todo y para siempre la voluntad de Dios (1). » El sábio Taulero lloraba oyendo semejante lenguaje, y más tarde, decía á sus discípulos estas palabras con que voy á concluir : « Nuestra alegría y nuestra felicidad sobre la tierra dependen de nosotros mismos y de las disposiciones de nuestro corazón ; amemos á Dios y cumplamos fielmente en este mundo su santa voluntad : es el medio más seguro para ir á cumplirla un día eternamente en el cielo. » Así sea.

(1) Véase la Vida de Taulero ó más bien sus *Instituciones*. La citada anécdota debió ser sin duda la que inspiró al autor del *Christ aux pieds nus*, esta frase : « Yo tengo zapatos, Cristo iba con los pies descalzos. »

## INSTRUCCION DUODECIMA.

## SOBRE LA ORACION DOMINICAL.

## INSTRUCCION QUINTA.

NOS ESTA PERMITIDO PEDIR BIENES TEMPORALES ; COMO Y BAJO QUÉ CONDICIONES.

TEXTO. — *Pater noster... panem nostrum quotidianum da nobis hodie...* Padre nuestro, que estás en los cielos... el pan nuestro de cada día dánosle hoy.

(SAN LUCAS, CAP. XI, VERS. 13.)

EXORDIO. — Repasemos juntos, hermanos míos, las primeras peticiones de esta hermosa oración : *Padre nuestro, que estás en los cielos...* Hemos pedido á Dios que sea santificado su nombre, que venga á nosotros su reino, y que se haga su voluntad en la tierra y en el cielo... ¿ Hemos comprendido bien estas tres peticiones?... *Santificado sea tu nombre*, es decir : Dios mio, que no oigamos blasfemar ni ultrajar más vuestro santo nombre ; hacednos á nosotros mismos la gracia de que lo pronuncemos siempre con respeto, tal como se pronuncia el nombre de un amigo, de un bienhechor y de un padre... *Venga á nos el tu reino...* ; Dios mio, sed conocido, amado, honrado y venerado por todos los hombres!... Los pueblos cristianos, fieles á las promesas de su bautismo, veneren vuestra santa Majestad... No basta : deseamos que los pueblos infieles que, según el lenguaje de los profetas, viven en la oscuridad y están sentados en las tinieblas de la muerte (1), que esos pueblos, iluminados por nuestros piadosos misioneros, os saluden por su Dios y reconozcan vuestro imperio... Hemos pedido que la voluntad de aquel Padre, que está en los cielos, se cumpla con prontitud y fidelidad por nosotros que en esta tierra vivimos, cual se cumple

(1) S. Lucas, cap. 1, vers. 79.

que tengais lo que vuestro corazón ansía. » Y aquel mendigo, cubierto de algunos viejos harapos, desfigurado y roído por una úlcera, contestó : « Gracias por vuestra caridad, mi querido señor; yo jamás he tenido días desgraciados; siempre tengo lo que deseo. » Taulero, que así se llamaba nuestro sábio, creyó que aquel hombre estaba loco. Sin embargo, en el acento de aquel pobre había tanta dulzura, tanta resignación, que se sintió conmovido. — « ¡Cómo, amigo mio! le dijo. Con estas llagas que os cubren, y esta miseria que os obliga á alargar la mano, ¿ habeis sido dichoso siempre? ¡ Vaya, no puede ser! » Y el pobre le contestó : — « No os sorprenda : me he acostumbrado á no querer otra cosa que lo que quiere Dios : si me envía el mal, lo recibo de buen grado ; si me da salud, la acepto con alegría ; si no tengo de qué comer, ayuno para expiar mis pecados y los ajenos ; si no tengo con qué vestirme, miro á mi Salvador Jesús en el pesebre y en la cruz : yo soy más rico de lo que era él. No deseo más que una cosa : que se cumpla en todo y para siempre la voluntad de Dios (1). » El sábio Taulero lloraba oyendo semejante lenguaje, y más tarde, decía á sus discípulos estas palabras con que voy á concluir : « Nuestra alegría y nuestra felicidad sobre la tierra dependen de nosotros mismos y de las disposiciones de nuestro corazón ; amemos á Dios y cumplamos fielmente en este mundo su santa voluntad : es el medio más seguro para ir á cumplirla un día eternamente en el cielo. » Así sea.

(1) Véase la Vida de Taulero ó más bien sus *Instituciones*. La citada anécdota debió ser sin duda la que inspiró al autor del *Christ aux pieds nus*, esta frase : « Yo tengo zapatos, Cristo iba con los pies descalzos. »

## INSTRUCCION DUODECIMA.

## SOBRE LA ORACION DOMINICAL.

## INSTRUCCION QUINTA.

NOS ESTA PERMITIDO PEDIR BIENES TEMPORALES ; COMO Y BAJO QUÉ CONDICIONES.

TEXTO. — *Pater noster... panem nostrum quotidianum da nobis hodie...* Padre nuestro, que estás en los cielos... el pan nuestro de cada día dánosle hoy.

(SAN LUCAS, CAP. XI, VERS. 13.)

EXORDIO. — Repasemos juntos, hermanos míos, las primeras peticiones de esta hermosa oración : *Padre nuestro, que estás en los cielos...* Hemos pedido á Dios que sea santificado su nombre, que venga á nosotros su reino, y que se haga su voluntad en la tierra y en el cielo... ¿ Hemos comprendido bien estas tres peticiones?... *Santificado sea tu nombre*, es decir : Dios mio, que no oigamos blasfemar ni ultrajar más vuestro santo nombre ; hacednos á nosotros mismos la gracia de que lo pronuncemos siempre con respeto, tal como se pronuncia el nombre de un amigo, de un bienhechor y de un padre... *Venga á nos el tu reino...* ; Dios mio, sed conocido, amado, honrado y venerado por todos los hombres!... Los pueblos cristianos, fieles á las promesas de su bautismo, veneren vuestra santa Majestad... No basta : deseamos que los pueblos infieles que, según el lenguaje de los profetas, viven en la oscuridad y están sentados en las tinieblas de la muerte (1), que esos pueblos, iluminados por nuestros piadosos misioneros, os saluden por su Dios y reconozcan vuestro imperio... Hemos pedido que la voluntad de aquel Padre, que está en los cielos, se cumpla con prontitud y fidelidad por nosotros que en esta tierra vivimos, cual se cumple

(1) S. Lucas, cap. 1, vers. 79.

por los ángeles que estan en el cielo. Estas tres peticiones atienden á la gloria de Dios que, como os tengo dicho, debemos desear antes que todo...

Las peticiones que van á seguir, se refieren directamente á nuestras propias necesidades; las unas piden lo necesario para nuestros cuerpos, las otras lo que atañe especialmente á las necesidades de nuestras almas...

Es muy justo, hermanos míos muy amados, que nos ocupemos ante todo de los intereses de Dios... Se han visto hijos que se han sacrificado por los intereses de sus padres; se han visto hasta servidores sacrificándose por la gloria de su señor. En algun lugar he mencionado la historia de un tal Zopiro, que se mutiló á sí propio á fin de conquistar para su señor una ciudad. Si aún entre los fieles acontecía esto, me parece que unos cristianos que conocen á Dios su Criador, que aman á este Padre que tienen en los cielos, comprenderán fácilmente que lo primero que debemos desear es su gloria, su reino, su voluntad.

PROPOSICIÓN. — Hoy vamos á meditar esta cuarta petición: *El pan nuestro de cada día dánosle hoy...*

DIVISIÓN. — A este propósito os diré en primer lugar, que nos está permitido pedir bienes temporales; y en segundo lugar, cómo y en qué condiciones nos está permitido pedirlos.

Primera parte. — ¡Esos bienes temporales!... Sí, hermanos míos, sí, desde el momento en que pueden contribuir á nuestra salvación, nos es lícito pedirlos... Recorred el Antiguo Testamento y lo vereis... El santo patriarca Abraham estaba enteramente dispuesto á inmolar á su hijo Isaac en lo alto de la montaña que Dios le había señalado. No ignorais que Dios, contentándose con su buena voluntad, no permitió que se realizase el sacrificio. « Estoy satisfecho de tí, le dijo un ángel de parte de Dios, no sacrificues á Isaac (1). » Aquel niño se hizo hombre; y veis á Eliezer, el servidor de Abraham, suplicando al Señor que conceda al hijo de su amo una mujer digna de él (2). Una familia cristiana, una unión contraída según el corazón de Dios,

(1) Gén., cap. XII, vers 16.

(2) Gén., cap. XXI.

¿no es, carísimos hermanos, un bien temporal, y uno de los más deseables?

Millares de veces podría mostraros á los patriarcas y á los profetas pidiendo á Dios el *rocío del cielo*, y la *sustancia de la tierra*, es decir cosechas fecundas, ó mejor su pan de cada día... Algunos santos, carísimos hermanos míos, y principalmente una gran santa, santa Teresa de Jesús, interpretando á su manera las palabras de que hablamos, ha podido decir, con una apariencia de verdad (1): « El pan que con estas palabras pedimos, es la gracia de Dios, es sobre todo la sagrada Eucaristía, alimento cotidiano de nuestras almas. » ¡Tienes razón, insigne santa!... Vueltos los ojos hácia este divino tabernáculo, me paro y digo: Sí, si todos nosotros fuésemos fervientes cristianos, éste sería en realidad el alimento cotidiano de nuestras almas, el pan divino que debería alimentarlas cada día... — Mas nó Dios no llama á todas las almas á esta comunión diaria, y, cuando pedimos á Dios nuestro pan cotidiano, lo que pedimos es realmente, según los intérpretes más autorizados, nuestro sustento de cada día (2).

¿Pedir á Dios nuestro sustento de cada día?... Esto, carísimos hermanos, no es más que justicia: nosotros trabajamos, sembramos y cultivamos nuestros campos; pero es menester que se extienda sobre ellos la bendición de Dios para que se hagan fecundos. Un profeta ha dicho: « Si Dios no edifica la casa, en vano es que se trabaje en su construcción. » Y repito yo, después de él: Si Dios no bendice los trabajos que ejecutais en vuestras viñas y en vuestros campos, inútil es que trabajéis... Sí, sí, hermanos míos, cuando pedimos á Dios nuestro pan de cada día, queremos decir: Dios mío, bendecid mi trabajo: si soy agricultor, dad la fecundidad á mis campos; si soy vinatoro, preservad mis viñas de esos siniestros azotes que devoran el germen de su cosecha. Si ejercéis otro oficio cualquiera, acordáos de que teneis necesidad de pan; rogad al Señor que libre del granizo y de otras mil calamidades á esa planta tan frágil y tan útil que se llama

(1) Meditaciones sobre el *Padre nuestro*.

(2) Véase Cornelio a Lapide. No es aún quien más claramente lo expresa.

una espiga de trigo. Obreros, pueblos y reyes, acordáos de que la necesitáis; no olvidéis que sólo Dios hace crecer esta planta tan indispensable, y decid con humildad, dirigiéndoos á la augusta Providencia: *El pan nuestro de cada día dánosle hoy.*

Os está permitido, hermanos míos muy amados, pedir al Señor, no solamente bienes necesarios para sostener vuestra existencia, sino también otros bienes temporales, que deban contribuir á la gloria de Dios... Bethulia está sitiada por las tropas de Holofernes; la piadosa Judith ayuna y ora para pedir su libertad. Dios la atiende. Inspirada por el Espíritu Santo, trasládase al campamento de Holofernes, mata al general y salva su patria.

Y si recorremos el Evangelio, vereis á esa multitud de enfermos que rodean á nuestro adorable Salvador; lo que principalmente piden son bienes temporales... Ved á un centurión: « Maestro, dicen los Apóstoles, hay que acoger su petición. » ¿Qué pedía? La curación de su servidor; y la obtuvo. ¿Y esa pobre madre que se llama la Cananea? ¡Oh!; cuánto me gustan las madres que ruegan por sus hijos! Me parece que el mismo Jesucristo sentía por ellas un cariño especial... La buena mujer pide con instancia la curación de su hija y la obtiene. ¿Veis á ese pobre ciego gritando: « ¡Jesús, hijo de David, ten piedad de mí! » Jesús se vuelve hacia él. — « ¿Qué quieres? le pregunta. — Señor, la vista!... » Y el ciego veía... Sería preciso, hermanos míos muy amados, citar casi todos los milagros de nuestro divino Jesús, y añadir á ellos los que, por su divino poder, han realizado los santos, para mostraros que nos está permitido pedir bienes temporales á nuestro Padre que está en los cielos. Los dos milagros de la multiplicación de los panes, circunstancias solemnes en las cuales nuestro divino Salvador alimentó milagrosamente á millares de personas, demuestran evidentemente que podemos principalmente pedir á Dios en nuestras oraciones lo que necesitamos para sostener la vida de nuestro cuerpo. Contemplando estoy á Jesús apiadándose de aquella multitud que le rodea... « Se morirán de necesidad por el camino, esclama, hay que alimentarles. » Y volviéndose á sus Apóstoles, les pregunta: « ¿Teneis pan para alimentar á esa multitud? » Ya sabeis cómo se multiplicaron en sus manos aquellos pocos panes y aquellos cuantos peces.

*Segunda parte.* — Es evidente, pues, hermanos míos muy amados, que el Padre que tenemos en el cielo, nos permite que le pidamos bienes temporales. No cabe duda, como más de una vez os lo he dicho, que lo que debemos desear antes que todo es la salvación de nuestra alma; pero implorar de la Providencia lo que necesitamos para la conservación de nuestra vida es, lo repito, un objeto legítimo de nuestras oraciones. La Iglesia misma, en los días de Rogativas y aún en otras circunstancias, al autorizar solemnes procesiones, nos invita á suplicar al Señor que aparte las calamidades que pudieran comprometer los bienes de la tierra. Cántanse en efecto estas palabras: *Ut fructus terræ dare et conservare digneris, te rogamus audi nos...* Dignáos, Señor, concedernos y conservarnos las cosechas, que crecen en nuestros campos, las vendimias prometidas por nuestras viñas...

Pero observad al mismo tiempo con qué sobriedad y bajo qué condición se nos permite pedir los bienes temporales. *Panem nostrum quotidianum*, el pan nuestro de cada día. Cada una de estas palabras reclama una explicación. No pedimos oro, ni plata, ni dignidades, ni honores: nó, pedimos este alimento tan sencillo, tan precioso, tan indispensable que se llama pan... Rico ó pobre, nadie puede prescindir de este alimento. Y aquí se presenta á mi mente una reflexión... ¡Cuán noble es la profesión del labrador! Él únicamente á Dios le pide su pan, mientras que los demás tienen que dirigirse á él, y hacerle la misma petición que hacen á Dios: *Labrador, dános nuestro pan de cada día.*

Mas, ¿porqué no le decimos á Dios: Señor, dadme *mi* pan de cada día? Carísimos hermanos, el mismo motivo de fraternidad que ha hecho decir: *Padre nuestro, que estás en los cielos*, nos hace decir: *nuestro pan*; es una nueva afirmación de esta unión, de esta caridad que debería reinar entre los hombres... Dios mío, este pan, estos bienes terrenales que concedéis á unos y que, por razones misteriosas, negáis á otros, quereis, si he de atreverme á decirlo, que la caridad los haga comunes... Pobres, llamad con confianza á la puerta de esta familia cristiana; no se os negará un pedazo de pan, se os hará limosna con alegría... Se os dirá: Hemos pedido á Dios *nuestro* pan y nos lo ha dado; hermano, partámosnoslo, es mío y es tuyo, puesto que es *nues-*

tro pan... Atrás, hermanos míos muy amados, léjos, muy léjos, esos avaros de corazón duro, y que no tienen piedad de los pobres, sus hermanos. ; Estos olvidan que deben compartir con el necesitado ese pan que Dios les da !...

Ved también con qué discreción, con qué reserva debemos pedir los bienes temporales : *Dánosle hoy* nuestro pan de cada día. Al emplear estas expresiones, nuestro divino Salvador quiere darnos á entender que era preciso confiarnos á la Providencia, y preocuparnos poco para el día de mañana... Mañana ; dónde estaré yo ? ; dónde estareis mañana todos los que me escuchais ? Lo ignorais ; esta mañana hemos pedido nuestro pan de hoy ; mañana, si Dios nos ha conservado la vida, volveremos á hacer la misma petición... y así, día por día, mientras vivamos sobre la tierra... Esto es positivamente un acto de confianza y de abandono en la divina Providencia... ; Quiere decir esto, hermanos míos muy amados, que debemos ser desprevenidos, que los padres no deben pensar en el porvenir de sus hijos ?... ; Estaría prohibida esa economía que sabe proporcionarse algunos recursos para la vejez ?... No, estas palabras que os decía yo, tienden simplemente á preservarnos de un vicio demasiado común, de esta funesta avaricia que, haciendo caso omiso de la Providencia, no cuenta más que consigo misma. Más de una vez ha insistido nuestro divino Salvador sobre este punto en su Evangelio ; él decía á sus Apóstoles y á los oyentes que le rodeaban : Confiad en la Providencia, mirad las aves ; ellas no siembran, y sin embargo Dios las alimenta. Considerad el lirio y la flor de los campos ; ellas no hilan, y sin embargo Salomón en toda su gloria no ha tenido jamás adornos tan brillantes como los de esas flores (1)... ; Qué quiere decir esto ?... ; Estaría prohibido el trabajo ?... ; No ! El trabajo es el medio más seguro de proporcionarnos nuestro pan de cada día... San José trabajaba en Nazareth, y vos mismo, adorable Salvador, le ayudabais en su trabajo ; fatigando vuestros brazos era como os proporcionabais á vos mismo y á vuestra Madre la dulce Virgen María, aquel pan de cada día, con cuyo auxilio quisisteis sostener aquella vida mortal que habíais tomado para redimirnos...

(1) San Mateo, cap. VI, vers. 28.

Cierto día, hermanos míos muy amados, un religioso, cuyo nombre ignoro, va á encontrar á san Silvano, superior de una comunidad establecida en el desierto... Al ver á los discípulos de san Silvano ocuparse con ardor en un trabajo manual, aquel religioso parecía sorprenderse. — « ¿A qué trabajar tanto, les dijo, para ganar un miserable sustento? Creedme, entregáos á la meditación y, como María, habreis escogido lo mejor... » San Silvano hizo colocar en una celda á aquel forastero, y se le dió un libro para que se ocupase en la meditación. Llegada la hora de comer, se puso cuidado en no distraerle ; hizose como que se le había olvidado... Habiendo transcurrido algunas horas, aquel forastero, acosado por el hambre, deja su celda y va á encontrar al santo abad : — « Padre, le dijo, ¿ no comen hoy vuestros religiosos? — Dispensad, le contestó el santo, han comido ya. — Y ¿cómo es, añadió el forastero, que no me habeis hecho avisar? — Es, replicó el santo, porque vos sois un hombre totalmente espiritual ; vos habeis escogido lo mejor y es indudable que no teneis necesidad de ese sustento perecedero. En cuanto á nosotros, que somos carnales, tenemos necesidad de comer, lo cual nos obliga á trabajar. » Comprendió la lección el forastero y se excusó con el santo abad, quien le dijo : — « Confesad, amigo mio, que el trabajo es necesario para que podamos proporcionarnos este pan de cada día que le pedimos al Padre que tenemos en el cielo (1). »

PERORACIÓN. — Sin embargo, hermanos míos muy amados, según la doctrina de los santos, con estas palabras : *El pan nuestro de cada día dánosle hoy*, no pedimos únicamente el pan con que hemos de sostener nuestros cuerpos. Lo que principalmente pedimos es el pan del alma. Jesucristo mismo nos enseña que el hombre no vive solamente de pan, sino que la verdad es sobre todo el alimento necesario de nuestras almas. Al pronunciar pues estas palabras : *Dadnos nuestro pan de cada día*, debemos pedir á Dios que ilumine nuestras almas, al propio tiempo que conserve la salud á nuestros cuerpos... Y aquí, hermanos míos muy amados, imitando á san Juan Crisóstomo, á san Ber-

(1) Vida de los Padres del Desierto, edición L. Vivés, tomo IV, pág. 187.

nardo y á la piadosa santa Teresa (1), volvámosnos hácia el tabernáculo; allí hay un alimento verdaderamente divino, allí está el pan vivo descendido del cielo para fortalecernos y sostenernos en medio de las pruebas de la vida... ¡Oh Jesús! hacéndonos comprender bien esta verdad, hacéndonos que nuestras almas suspiren por el pan material... ¡Ojalá podamos todos, hermanos míos muy amados, apreciar este alimento divino, deseárselo vivamente y hacernos dignos de recibirlo con la mayor frecuencia posible!... Así sea.

### INSTRUCCION DECIMOTERCIA.

#### SOBRE LA ORACION DOMINICAL.

#### INSTRUCCION SEXTA.

TODOS TENEMOS NECESIDAD DE QUE DIOS NOS PERDONE; TODOS DEBEMOS PERDONAR; CUALIDADES QUE DEBE TENER ESTE PERDÓN.

TEXTO.- *Dimitte nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostris...* Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.

EXORDIO. — Hermanos míos, el día en que nuestro divino Salvador anunciaba á los judíos una de las invenciones más admirables de su amor, esto es el misterio de la sagrada Eucaristía (2)... cuando, con una dulzura y una majestad divinas, afirmaba que él era el verdadero pan descendido del cielo, y que, en la sagrada comunión, daría á sus fieles discípulos su carne á comer y á beber su sangre, el Evan-

(1) V. Santa Teresa, *Camino de Perfección*, cap. XXXIII, y *Meditaciones sobre el Padre nuestro*. No puedo, sin embargo, participar completamente de las ideas de esta santa, quien pretende que lo que nosotros pedimos á Dios con estas palabras es una cosa puramente espiritual. Véase la *Meditación IV sobre el Padre nuestro*...

(2) San Juan, cap. VI *passim*.

gelio nos refiere que esta enseñanza divina produjo singular impresión en los oyentes.. Los fariseos, los escribas y la mayor parte de los que le rodeaban se miraron con sorpresa y de sus bocas salió esta impía exclamación: « Duro es este lenguaje; ¿quién lo puede comprender?... » ¡Insensatos! ignoraban la omnipotencia de aquel que hablaba...

Hemos visto, hermanos míos muy amados, producirse estos mismos sentimientos; hemos oído palabras casi semejantes de boca de ciertos cristianos ignorantes y vengativos... Ellos recitan estas palabras del Padre nuestro: *Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores*; ellos las repiten sin comprenderlas, porque conservan el odio y el rencor en sus corazones... Y cuando, ya desde lo alto de este púlpito, ya cuando se nos llama para que les preparemos á morir bien, les decimos: « Hermanos, es menester perdonar si quereis que Dios os perdone; es menester, antes de comparecer á su temible tribunal, reconciliarnos con ese pariente, con aquel vecino, contra quien abrigáis odio ó sentimientos de venganza; es indispensable que les perdoneis, pues sin esto no hay perdón para vosotros... »; ellos nos escuchan con aire distraído, nos miran con azorados ojos. Y sin embargo, queridos amigos míos, no soy yo quien os impone esta obligación, es el mismo Jesucristo. ¡Ah! el orgullo está allí haciéndoles casi sordos á esta enseñanza divina y á veces les hace contestar, como á los incrédulos judíos: « Duro es este lenguaje, es imposible que yo olvide los daños que se me han causado, que perdone las calumnias ó las injusticias de que he sido víctima... »; Desgraciado hermano mío! olvidas que la gracia de Dios, cuando se pide con fervor y humildad, transforma nuestra pobre naturaleza humana... Un pagano podía maldecir á sus enemigos; pero desde que Jesucristo sobre la cruz nos dió el ejemplo del perdón con el auxilio de su gracia nos es posible, á ejemplo suyo, olvidar las más crueles injurias...

PROPOSICIÓN. — Estas reflexiones, hermanos míos muy amados, acuden naturalmente á propósito de esta quinta petición de la Oración dominical: *Perdónanos nuestras deudas, como nosotros perdo-*

nardo y á la piadosa santa Teresa (1), volvámosnos hácia el tabernáculo; allí hay un alimento verdaderamente divino, allí está el pan vivo descendido del cielo para fortalecernos y sostenernos en medio de las pruebas de la vida... ¡Oh Jesús! hacémos comprender bien esta verdad, hacémos que nuestras almas suspiren por el pan material... ¡Ojalá podamos todos, hermanos míos muy amados, apreciar este alimento divino, deseárselo vivamente y hacernos dignos de recibirlo con la mayor frecuencia posible!... Así sea.

### INSTRUCCION DECIMOTERCIA.

#### SOBRE LA ORACION DOMINICAL.

#### INSTRUCCION SEXTA.

TODOS TENEMOS NECESIDAD DE QUE DIOS NOS PERDONE; TODOS DEBEMOS PERDONAR; CUALIDADES QUE DEBE TENER ESTE PERDÓN.

TEXTO.- *Dimitte nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostris...* Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.

EXORDIO. — Hermanos míos, el día en que nuestro divino Salvador anunciaba á los judíos una de las invenciones más admirables de su amor, esto es el misterio de la sagrada Eucaristía (2)... cuando, con una dulzura y una majestad divinas, afirmaba que él era el verdadero pan descendido del cielo, y que, en la sagrada comunión, daría á sus fieles discípulos su carne á comer y á beber su sangre, el Evan-

(1) V. Santa Teresa, *Camino de Perfección*, cap. XXXIII, y *Meditaciones sobre el Padre nuestro*. No puedo, sin embargo, participar completamente de las ideas de esta santa, quien pretende que lo que nosotros pedimos á Dios con estas palabras es una cosa puramente espiritual. Véase la *Meditación IV sobre el Padre nuestro*...

(2) San Juan, cap. VI *passim*.

gelio nos refiere que esta enseñanza divina produjo singular impresión en los oyentes.. Los fariseos, los escribas y la mayor parte de los que le rodeaban se miraron con sorpresa y de sus bocas salió esta impía exclamación: « Duro es este lenguaje; ¿quién lo puede comprender?... » ¡Insensatos! ignoraban la omnipotencia de aquel que hablaba...

Hemos visto, hermanos míos muy amados, producirse estos mismos sentimientos; hemos oído palabras casi semejantes de boca de ciertos cristianos ignorantes y vengativos... Ellos recitan estas palabras del Padre nuestro: *Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores*; ellos las repiten sin comprenderlas, porque conservan el odio y el rencor en sus corazones... Y cuando, ya desde lo alto de este púlpito, ya cuando se nos llama para que les preparemos á morir bien, les decimos: « Hermanos, es menester perdonar si quereis que Dios os perdone; es menester, antes de comparecer á su temible tribunal, reconciliarnos con ese pariente, con aquel vecino, contra quien abrigáis odio ó sentimientos de venganza; es indispensable que les perdoneis, pues sin esto no hay perdón para vosotros... »; ellos nos escuchan con aire distraído, nos miran con azorados ojos. Y sin embargo, queridos amigos míos, no soy yo quien os impone esta obligación, es el mismo Jesucristo. ¡Ah! el orgullo está allí haciéndoles casi sordos á esta enseñanza divina y á veces les hace contestar, como á los incrédulos judíos: « Duro es este lenguaje, es imposible que yo olvide los daños que se me han causado, que perdone las calumnias ó las injusticias de que he sido víctima... »; Desgraciado hermano mio! olvidas que la gracia de Dios, cuando se pide con fervor y humildad, transforma nuestra pobre naturaleza humana... Un pagano podía maldecir á sus enemigos; pero desde que Jesucristo sobre la cruz nos dió el ejemplo del perdón con el auxilio de su gracia nos es posible, á ejemplo suyo, olvidar las más crueles injurias...

PROPOSICIÓN. — Estas reflexiones, hermanos míos muy amados, acuden naturalmente á propósito de esta quinta petición de la Oración dominical: *Perdónanos nuestras deudas, como nosotros perdo-*

namos á nuestros *deudores*, petición que va á ser el asunto de la presente instrucción.

División. — Voy á fijarme en estos tres pensamientos: *primero*, que todos nosotros tenemos necesidad de que Dios nos perdone; *segundo*, que todos nosotros debemos perdonar las faltas que se han cometido contra nosotros; *tercero*, qué cualidades ha de tener el perdón que nosotros concedemos á los que nos han ofendido...

*Primera parte.* — Sí, hermanos míos, todos nosotros somos pecadores y todos tenemos necesidad del perdón de la divina misericordia. He dicho todos... No, hay una excepción... Admirable Virgen María, obra maestra de las divinas manos, sol siempre brillante, luna sin mancha, vos jamás habeis tenido necesidad de perdón; las miradas de la augusta Trinidad se han posado siempre sobre vos con una complacencia inefable, privilegio bendecido que nadie ha compartido con vos en este suelo... ¡Cuán grato le es á la santa Iglesia, cuya Reina sois, reconocerlo y felicitaros por ello! Pero, á excepción de la Virgen María, lo repito, todos nosotros hemos sido enemigos de Dios; tal vez haya algunos entre nosotros que actualmente no están aún en gracia de Dios, que necesitan perdón... El Apóstol san Pablo nos afirma que quien pretendiera estar sin pecado y no tener necesidad de la clemencia divina sería un orgulloso y un embustero, y la verdad no estaría en él (1)... ¿Necesito repetiros, hermanos míos, que el pecado, y más especialmente el pecado mortal, es por sí solo y en virtud de la majestad de Dios á quien ataca, una injuria, un ultraje, un crimen más grande que todos los insultos que pudieran dirigirnos los hombres reunidos contra nosotros?... Suponed que en vez de Satanás, hubiese sido un enemigo quien hubiese causado á Job, de la manera más injusta, la pérdida de sus rebaños, la muerte de sus hijos, la ruina de su salud y le hubiese reducido á aquella atroz miseria que le obligaba á acostarse encima de un estercolero y á raspar con un cacharro el pus que salía de sus llagas; ¡qué daño, qué crimen tan enorme habría cometido aquel hombre!... Esto sin embargo, nada es al lado de un pecado mortal... ¿Qué era el patriarca Job, apesar de su santidad, al lado de la santidad de Dios

(1) *Veritas in vobis non est.* San Juan, Epistola 1, cap. I, vers. 8, y cap. II, vers. 4.

á quien el pecado mortal ultraja? ¿Necesito repetiros siempre que el pecado es un mal infinito y que su malicia le hace mucho peor que todas las faltas ó injusticias cometidas simplemente contra los hombres?... ¡Cuánta necesidad tenemos, nosotros pobres pecadores, de que la misericordia de Dios sea grande, inmensa con nosotros!..

También los santos... ¡pero los más grandes santos!.. lo habían comprendido así... Ahí teneis á piadosos solitarios que, con todo y haber pasado largos años en la penitencia y las austeridades, estan acostados encima de una estera de junco y á veces en la desnuda tierra (1). « Hermanos, dicen á los religiosos que les rodean, rogad por nosotros, porque tenemos gran necesidad de que Dios nos perdone... » San Jerónimo tiembla antes de morir; próximo á espirar, repite vertiendo lágrimas este hermoso salmo de David: *Compedeeos, Señor, de mí, según vuestra gran misericordia, Miserere mei, Deus, etc.* Allí teneis á san Arsenio llorando sus faltas de tal manera y pidiendo con tantas instancias su perdón, que se llegó á temer que perdiese la vista... ¿Qué más os diré? Hasta las almas más predestinadas, han creído que necesitaban perdón... Y san Martín, y san Luis de Gonzaga quisieron espirar encima de cenizas... ¡Quién pues, hermanos míos muy amados, después de tales ejemplos, será suficientemente orgulloso para decir que no ha cometido faltas, que nada tiene que reprocharse, que no tiene necesidad de que le perdone Dios?... Y sin embargo algunas veces oimos este lenguaje, y al oirlo gemimos, porque está dictado por el orgullo y con mucha frecuencia es la señal de una maldición eterna... Convengamos pues todos, hermanos míos, en que verdaderamente somos unos pobres pecadores que tenemos necesidad, como decía no ha mucho, de que la misericordia de Dios se manifieste ámplia y grande con nosotros.

*Segunda parte.* — Ahora bien, *el Padre que tenemos en el cielo* quiere perdonarnos, pero con la condición de que nosotros por nuestra parte perdonemos á aquellos que nos han ofendido... Ha de ser así, esta disposición es indispensable... Tú que eres vengativo ó rencoroso, no esperes en el perdón si no perdonas... Nuestro Señor, hermanos míos,

(1) Vida de los Padres del Desierto, y V. de Cassien.

conocía indudablemente la dificultad de este precepto, pues con frecuencia lo repite en su Evangelio: « Sereis medidos, dice, según la medida que vosotros habreis empleado para los demás; si habeis sido misericordiosos, yo seré misericordioso con vosotros... Perdonad, repetía en otro lugar, y se os perdonará... » En otra circunstancia, insistiendo aún más especialmente sobre este punto, nuestro dulce Jesús refería la parábola siguiente: « El reino de los cielos, decía, es semejante á un rey que quiso exigir las cuentas á sus servidores. Encontróse uno que le debía diez mil talentos, suma enorme... Y como que aquel servidor no se la podía devolver, el príncipe ordenó que fuese vendido el deudor como un esclavo. Pero, en virtud de la súplica que este último le dirigió, se dignó perdonarle y remitirle toda su deuda... Aquel miserable, apenas hubo salido de la presencia del rey, cojió por el cuello á uno de sus compañeros que le debía la insignificante cantidad de cien denarios y quería hacerle encerrar en la cárcel. El rey, enterado de este infame proceder, llamó á su presencia á aquel ingrato y le dijo: « Miserable! ¿cómo te niegas á remitir una pequeña deuda á uno de tus compañeros, mientras yo te doy por saldado de una deuda enorme!.. Deféngasele pues, añadió, y échesele en un calabozo (1)!.. » A nosotros, cristianos, es á quien se dirige Jesucristo. Aquel rey es él, Dios omnipotente, nuestro Señor, nuestro Criador, con quien, por nuestros pecados, hemos contraído una deuda inmensa. Aquellos cien denarios debidos por uno de los compañeros del servidor representan las ofensas que nosotros hemos podido recibir de nuestro prójimo; y la conclusión de esta parábola es la siguiente: no hay perdón para nosotros, si á nuestra vez no perdonamos á los que nos han ofendido...

Es tan importante esta verdad, que Jesucristo quiso consignarla en la oración que se dignó enseñarnos, haciéndonos decir todos los días: *Perdonadnos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.* ¿Sabeis, hermanos míos, lo que hacemos cuando repetimos estas palabras? Pronunciamos nosotros mismos la sentencia

(1) Puedese ver sobre este punto la Homilia sobre el perdón de las injurias, en el tomo I de este *Curso de Instrucciones*. Homilia del domingo XXI después de Pentecostes.

que un día pronunciará sobre nosotros el soberano Juez. — « Como habreis juzgado á vuestro hermano, dice, os juzgaré á vosotros yo. » Vamos á ver, ¿qué excusa daremos?— Se me ha insultado sin razón, se ha sido injusto conmigo... — Pues esto es precisamente lo que la oración supone: en ella se nos manda que perdonemos; si lo que contra nosotros se hubiese hecho fuera justo, no habría necesidad de hacernos tal encargo... El juez que condena á un ladrón, no ha ofendido á éste y para nada necesita su perdón. Nosotros mismos, cuando pedimos á Dios que nos perdone, es porque nos reconocemos culpables... Y si aquellos contra quienes vosotros habeis concebido rencor ú odio no han sido injustos con vosotros, en este caso sois vosotros los que teneis necesidad de indulgencia y de perdón...

Esta consideración, carísimos hermanos, es importante; porque con mucha frecuencia, nos ciega el orgullo, y encontramos que el prójimo ha faltado con nosotros en lo que realmente no más ha sido justo y á veces hasta complaciente y caritativo. Decidme, ¿porqué aquel odio de los judíos contra nuestro adorable Salvador? ¿qué mal les había hecho?... Había tratado de iluminarles y de convertirles. En ciertas circunstancias se había visto obligado á revelar sus defectos á fin de preservar mejor de ellos á sus Apóstoles. Aquel odio pues, de parte de los judíos, no tenía razón de ser... Esto pasa con el de muchos cristianos que se figuran tener razón en quejarse de su prójimo... Mírenlo de cerca, y verán que tal vez sería el prójimo quien debería quejarse de ellos.

Hecha esta observación, vuelvo á mi pensamiento.... Digo que las faltas del prójimo para con nosotros, aun cuando fueren evidentes, palpables, deberíamos perdonarlas también... No voy á citaros á Jesús perdonando, desde lo alto de la cruz, á sus verdugos y perdonándonos á todos pobres pecadores, porque nosotros éramos en cierto modo de este número: dejemos á un lado á san Estéban y á tantos otros mártires rogando por sus perseguidores: un hecho no más os citaré. Ahí teneis al dulce san Francisco de Sales. Amable, bueno, complaciente, caritativo con todos, ¿debía tener enemigos? Pues los tuvo; lo cual demuestra que todos los tenemos; pero; con qué generosidad sabía perdonarles y ganarles para Dios! Cierta dia un hombre le trataba de un modo grosero á propósito de un crédito de que el santo no era deudor: llamóle hipócrita y

omitaba mil injurias contra él. — « Señor, le dijo Francisco con la mayor serenidad, yo no os tengo ódio alguno y tened entendido que, uan cundo me hubieseis vaciado un ojo, yo os miraría con el otro con tanto cariño como si fueseis mi mejor amigo. » Más tarde, aquel hombre reconoció su falta, fué á pedir perdón al santo obispo, y éste le acogió con los brazos abiertos (1). Queda pues entendido, hermanos míos muy amados, que nosotros hemos de perdonar las ofensas que se nos han hecho si queremos que Dios nos perdone las que nosotros le hemos hecho á él.

*Tercera parte.* — Pero, ¿ cómo hemos de perdonar?... Claro está, hermanos míos, que hemos de perdonar como queremos que Dios nos perdone á nosotros. Y Dios nos previene, nos da un perdón gratuito, un perdón universal, un perdón bienhechor...

Dios nos previene. Es nuestro Padre, nuestro rey, nuestro soberano; sin su gracia no podríamos tener ni un pensamiento bueno; es menester pues que nos inspire él mismo el deseo de obtener nuestro perdón; es menester, si se me permite expresarme así, que se humille en cierto modo delante de nosotros, que dé los primeros pasos... Este buen Padre nos busca cuando menos los pensamos, hasta cuando le ultrajamos. Nos sale al encuentro para hacer más fácil nuestra conversión: su gracia nos solicita, nos promete recompensas, dulcifica la amargura del arrepentimiento... Así deberíamos buscar nosotros las ocasiones de aproximarnos á aquellas personas que nos han ofendido. ¡ Léjos de nosotros ese pensamiento inspirado por el orgullo: « A él le toca empezar, porque él fué el primero que faltó... » Carísimos hermanos, ¿ á dónde iríamos á parar si Dios nos tratase de este modo?..

Leemos en la vida de san Juan el Limosnero, que un diácono había concebido contra este santo patriarca un ódio feroz y que nada justificaba. El santo, habiéndolo sabido, va á encontrarle, le conjura á que le perdone si le ha dado, sin querer, algún motivo de descontento... Confuso el diácono, cae de rodillas... « ¡ Qué haceis, padre, le decía derramando lágrimas, á mí es á quien toca pedir perdón ! » Y cuando le hubo vuelto á levantar, cojióle el santo de una mano, y le dijo:

(1) Véase la *Vida* de este santo, por Hamon.

« Dios quiera perdonarnos á los dos, querido hijo mio (1)... » Muy dichosos seríamos, hermanos míos, si supiésemos dar así generosamente los primeros pasos para atraernos á aquellos que nos han hecho alguna ofensa...

He dicho que debíamos conceder á nuestros enemigos un perdón gratuito... Tal es la conducta de Dios con respecto á nosotros... ¿ Qué interés tiene en perdonarnos nuestras ofensas?... ¿ Qué podemos darle en cambio de esta gracia?... Nosotros únicamente somos quienes tenemos necesidad de reconciliarnos con él... Así nosotros, cuando olvidamos las ofensas que se nos han inferido, no debemos hacerlo guiados por sentimientos humanos... No ha de ser porque una muerte imprevista os haya dado probabilidades de heredar de tal ó cual pariente, no á consecuencia de auxilios recibidos ó de la protección que esperéis de aquellos que os ofendieron, lo que os mueva á perdonarles... Nó; ha de ser por motivos sacados de vuestra fé, ha de ser porque Dios os lo manda y, si son motivos sobrenaturales los que os hagan olvidar las injurias que habeis recibido, no solamente será más sincero el perdón que concederéis, sino que además solo entonces será meritorio delante de Dios.

Dios nos perdona no solamente las ofensas leves, sino también las faltas más graves... Así hemos de obrar nosotros, hermanos míos muy amados, con respecto á nuestro prójimo. No digamos: « Perdono á éste, pero no olvidaré jamás esto. » Ensánchese vuestro corazón, hágase clemente como el del *Padre que tenemos en los cielos*; y así como vosotros deseais que él os perdone todas las ofensas que habeis cometido contra su divina majestad, perdonad también vosotros generosamente, sea grave ó sea leve toda ofensa que á vosotros se os haya hecho...

En fin, hermanos míos, Dios no solamente nos perdona, sino que nos devuelve su amor después de habernos perdonado... Un pecador que le haya ofendido mucho, puede, con las gracias que él le concede, llegar á ser un san Pedro, un san Agustín, un san Juan de Dios y otros muchos ilustres penitentes que sería largo enumeraros. No digais pues ja-

más, al hablar de alguien de quien hubiereis tenido motivos de queja: « Le perdono, pero no quiero más tratos con él, no quiero verle ni hablarle. » Nó. hermanos míos muy amados; un perdón de esta clase no sería verdadero, no sería más que una ficción... El perdón que concedamos ha de ser completo, amplio, generoso, bienhechor, como el que solicitamos de *nuestro Padre de los cielos*...

PERORACIÓN. — Al terminar, quiero repetir aún estas bellas y dulces palabras: *Padre nuestro, que estás en los cielos... perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.* ¿ Quereis, carísimos hermanos, atraer sobre vosotros, sobre vuestras familias las bendiciones de Dios? ¿ quereis sobre todo proporcionaros la gracia de una muerte cristiana? Perdonad generosamente y se os perdonará... A este propósito se refiere que un religioso que desde largo tiempo vivía en el desierto, pero que había tenido una vida tibia y un fervor dudoso, veía llegar tranquilamente la hora de la muerte. Admirado el superior, le dijo: « Pero, amigo mío, hasta ahora habeis vivido en una gran negligencia: ¿ de dónde sacais esta calma, esta seguridad? » Y el religioso contestó: « Realmente he sido poco fervoroso y lo siento de todo corazón; pero lo que me anima y me consuela es que he perdonado siempre de todo corazón á los que me habían ofendido; y espero que la misericordia de Dios me perdonará igualmente las deudas que con su justicia tengo contraídas (1)... » El buen hermano espiró en paz, y los religiosos que le rodeaban no se cansaban de repetir aquellas palabras, con que daré fin á esta instrucción: « perdonemos, hermanos míos, perdonemos ampliamente, completamente, generosamente y de todo corazón, y la misericordia de Dios nos perdonará de igual manera... » Así sea.

(1) Vida de los Padres del Desierto.

## INSTRUCCION DECIMOCUARTA.

### SOBRE LA ORACION DOMINICAL.

#### INSTRUCCION SEPTIMA.

PRUEBAS Y TENTACIONES; VARIOS GÉNEROS DE TENTACIONES,  
MEDIOS DE RESISTIRLAS.

TEXTO. — *Et ne nos inducas in tentationem...* Y no nos dejes caer en la tentación.

(SAN MATHEO, CAP. VI, VERS. 13.)

EXORDIO. — Hermanos míos, el Evangelio, que es, como sabeis, el resumen de las enseñanzas de nuestro divino Salvador, encierra mandamientos y consejos... Mandamientos, es decir cosas que necesariamente se tienen que hacer para salvarse; amar á Dios de todo corazón, amar al prójimo, no robar, no ser lujurioso: éstos son otros tantos preceptos cuya observancia es indispensable para salvarse... En cuanto á los consejos, éstos no son rigurosamente obligatorios; su objeto es guiar las almas, llamadas por una vocación especial á practicarlas, á una perfección mayor y más elevada. « Vended lo que teneis y dad su importe á los pobres, decía Nuestro Señor Jesucristo; al que os pida la capa, dadle la túnica... » Y otras prescripciones también, observadas en las órdenes religiosas con los nombres de votos de pobreza, castidad y obediencia. Pero observad que hay santos que han sido ricos, como S. Luis rey de Francia, santa Isabel de Hungría y mil otros, que se santificaron sin haber vendido sus bienes como san Pablo, ni haber abandonado el mundo como tantos y itan ilustres santos. Hay por consiguiente en el Evangelio, como decía, mandamientos que obligan á todo el mundo y consejos de perfección que sólo á algunos se dirigen...

¿ Para qué esta observación? Para explicaros, sin exagerar, lo á que estais obligados para perdonar realmente á los que os han ofendido... No se exige de vosotros que os hagais íntimos amigos suyos, ni que

más, al hablar de alguien de quien hubiereis tenido motivos de queja: « Le perdono, pero no quiero más tratos con él, no quiero verle ni hablarle. » Nó. hermanos míos muy amados; un perdón de esta clase no sería verdadero, no sería más que una ficción... El perdón que concedamos ha de ser completo, amplio, generoso, bienhechor, como el que solicitamos de *nuestro Padre de los cielos*...

PERORACIÓN. — Al terminar, quiero repetir aún estas bellas y dulces palabras: *Padre nuestro, que estás en los cielos... perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.* ¿ Quereis, carísimos hermanos, atraer sobre vosotros, sobre vuestras familias las bendiciones de Dios? ¿ quereis sobre todo proporcionaros la gracia de una muerte cristiana? Perdonad generosamente y se os perdonará... A este propósito se refiere que un religioso que desde largo tiempo vivía en el desierto, pero que había tenido una vida tibia y un fervor dudoso, veía llegar tranquilamente la hora de la muerte. Admirado el superior, le dijo: « Pero, amigo mío, hasta ahora habeis vivido en una gran negligencia: ¿ de dónde sacais esta calma, esta seguridad? » Y el religioso contestó: « Realmente he sido poco fervoroso y lo siento de todo corazón; pero lo que me anima y me consuela es que he perdonado siempre de todo corazón á los que me habían ofendido; y espero que la misericordia de Dios me perdonará igualmente las deudas que con su justicia tengo contraídas (1)... » El buen hermano espiró en paz, y los religiosos que le rodeaban no se cansaban de repetir aquellas palabras, con que daré fin á esta instrucción: « perdonemos, hermanos míos, perdonemos ampliamente, completamente, generosamente y de todo corazón, y la misericordia de Dios nos perdonará de igual manera... » Así sea.

(1) Vida de los Padres del Desierto.

## INSTRUCCION DECIMOCUARTA.

### SOBRE LA ORACION DOMINICAL.

#### INSTRUCCION SEPTIMA.

PRUEBAS Y TENTACIONES; VARIOS GÉNEROS DE TENTACIONES,  
MEDIOS DE RESISTIRLAS.

TEXTO. — *Et ne nos inducas in tentationem...* Y no nos dejes caer en la tentación.

(SAN MATHEO, CAP. VI, VERS. 13.)

EXORDIO.— Hermanos míos, el Evangelio, que es, como sabeis, el resumen de las enseñanzas de nuestro divino Salvador, encierra mandamientos y consejos... Mandamientos, es decir cosas que necesariamente se tienen que hacer para salvarse; amar á Dios de todo corazón, amar al prójimo, no robar, no ser lujurioso: éstos son otros tantos preceptos cuya observancia es indispensable para salvarse... En cuanto á los consejos, éstos no son rigurosamente obligatorios; su objeto es guiar las almas, llamadas por una vocación especial á practicarlas, á una perfección mayor y más elevada. « Vended lo que teneis y dad su importe á los pobres, decía Nuestro Señor Jesucristo; al que os pida la capa, dadle la túnica... » Y otras prescripciones también, observadas en las órdenes religiosas con los nombres de votos de pobreza, castidad y obediencia. Pero observad que hay santos que han sido ricos, como S. Luis rey de Francia, santa Isabel de Hungría y mil otros, que se santificaron sin haber vendido sus bienes como san Pablo, ni haber abandonado el mundo como tantos y tan ilustres santos. Hay por consiguiente en el Evangelio, como decía, mandamientos que obligan á todo el mundo y consejos de perfección que sólo á algunos se dirigen...

¿ Para qué esta observación? Para explicaros, sin exagerar, lo á que estais obligados para perdonar realmente á los que os han ofendido... No se exige de vosotros que os hagais íntimos amigos suyos, ni que

hagais demostraciones de especial benevolencia á las personas de quienes hayais tenido motivos justos de queja... A los padres y á los superiores no se les exige, bajo pena de pecado, que hagan lo que hizo san Juan el Limosnero cuando se postró ante el diácono de quien tenía motivo para estar quejoso; esto es un consejo de perfección; pero lo que se nos manda es que hablemos y hagamos todas las demostraciones habituales de benevolencia, sin rencor ni segunda intención, á los que nos han ofendido. En una palabra, es menester que nuestro perdón vaya acompañado de buena fé y de sinceridad. He juzgado necesaria esta explicación, y creo que la habreis comprendido.

Proposición.— Ahora voy á tratar la petición sexta de la oración dominical: *No nos dejes caer en la tentación*. Con el auxilio de Dios deseo explicaros claramente la gracia que pedimos con estas palabras, sobradamente poco comprendidas y tan frecuentemente pronunciadas á la ligera...

División.— En primer lugar, ¿qué son las tentaciones? ¿Cómo y por qué razones permite Dios que estemos expuestos á ellas? En segundo lugar, diversos géneros de tentaciones y medios que debemos emplear para no sucumbir á ellas (1)...

Primera Parte.— ¿Qué ha de entenderse por tentación? Bastante difícil encuentro el decirlo con precisión. Son unas palabras, unas acciones y más amenudo unas inspiraciones interiores que nos llevan al mal, ó que nos obligan á sacrificar, ya nuestras comodidades, ya nuestra voluntad para mantenernos fieles á Dios: en este último caso se las da con más frecuencia el nombre de *pruebas*... Imagináos al santo varón Job, cuya historia es tan conocida; Dios permite á Satanás tentar su fidelidad. Aquel santo patriarca recibe sucesivamente, como decíamos en una de nuestras últimas instrucciones, la noticia de que ha perdido todos sus bienes, de que todos sus hijos acaban de ser destruidos; completamente arruinado, su cuerpo que la por añadidura cubierto de una repug-

(1) Véase sobre este importante asunto, la homilía sobre el Evangelio de domingo 1 de Cuaresma. *Semaine du clergé*, año 1., ó tomo 1 del *Curso de instrucciones populares*, pág 149.—Véase sobre todo el *Grand catéch. de la persév. chrétienne*, que seguimos paso á paso en las instrucciones, pero de cuyas inmensas riquezas sólo tomamos una pequeña parte.

nante lepra... Hasta aquí, la prueba... Pero ahora viene la tentación. Sumujer, viéndole reducido á aquel deplorable estado, é inspirada sin duda por Satanás, le dirige estas palabras: «¿de qué te han servido las buenas obras? Dios te ha dejado de su mano; blasfema de él y muere ultrajándole...» En otro paraje, y siempre en la sagrada Escritura, aparece el justo Tobías, sometido á cruel prueba. Ha sido casi el único que de entre los israelitas se ha mantenido fiel al culto del Dios verdadero, y ha desafiado el furor de un tirano, exponiéndose más de una vez á su cólera para enterrar los muertos dejados sin sepultura.

Cierto día, rendido de fatiga á consecuencia de las buenas obras que había hecho, se duerme al pie de una pared y despierta ciego... ¿Era una prueba? ¿era lo que se llama una tentación? No lo sé... Pero lo que podemos afirmar es que Dios mismo había querido probar, ya en la tierra, la fidelidad de su servidor. Pero lo que es una tentación verdaderamente tal, es decir una inspiración, un discurso llevando realmente al mal, es lo á que sucumbieron nuestros primeros padres... Ved á Satanás introduciéndose en el paraíso terrenal, hablando con Eva, insinuándose en su espíritu, halagándola con la esperanza de una felicidad quimérica y acaban lo por hacerla sucumbir... Ésta es la verdadera tentación de que rogamos á Dios que nos preserve... Es la primera; será el modelo de todas las demás... Llamaremos pues tentaciones, como decía al principiar, á los discursos, acciones é insinuaciones, exteriores ó interiores, que nos induzcan al mal... En este sentido, la tentación procede siempre del espíritu maligno: Dios puede muy bien probarnos; pero jamás, jamás, — su perfección infinita no lo consiente, jamás nos puede inducir al mal (1)...

¿Pruebas?... no pocas ha enviado á las almas que más queridas le eran, y si las dais el nombre de tentaciones, ¿quién habría sido más tentada que la augusta Virgen María?... Reina de los mártires, madre de dolores, si habeis sido el objeto de las predilecciones del Altísimo, habeis sido asimismo la criatura más probada... Sospechas humillantes de san José, desaires en Belén, humillaciones mientras residisteis en Egipto, pobreza en Nazareth, dolor con que ningún

(1) Santiago, cap. I, vers. 13.

otro dolor es comparable viendo á vuestro divino Hijo clavado en la cruz ; qué pruebas !... Y sin embargo, hermanos míos muy amados, no osaríamos decir que la Virgen santísima fué tentada ; nó, la cohorte infernal de los demonios, aun cuando hubiese estado reunida toda entera alrededor de aquella alma virginal, no la habría podido inspirar ni siquiera la más pequeña tentación: su corazón era para Satanás una fortaleza inexpugnable, un jardín delicioso que, como el paraíso, debía quedar eternamente cerrado para él...

Si me habeis comprendido bien, os hareis cargo de que la pobreza, los sufrimientos y hasta la misma muerte son, propiamente hablando, para las almas fieles pruebas y nó tentaciones... ; La pobreza !... Pero si san Francisco de Asís la abraza con entusiasmo, y, contento de poseerla, le oigo, á él y á la piadosa familia que ha formado, exclamar con alegría: « ¡ Oh pobreza madre mia, siempre, siempre, siempre seré tu hijo (1)! » ; Los sufrimientos !... Oíd á santa Teresa de Jesús diciendo en uno de sus piadosos cánticos: « ¡ O sufrir ó morir !... » Y otra santa, llevando aún más allá, si á decirlo me atrevo, el amor á los sufrimientos, decía: « ¡ Oh Jesús, sufrir siempre y jamás morir (1)! »

Ni la muerte misma es una tentación... Es inútil referiros cuántos santos, cuantas almas piadosas la han deseado, como san Pablo, con ardor... En realidad, hermanos míos muy amados, si todas estas cosas fuesen tentaciones, los santos de quienes os hablo no las habrían deseado, porque repetían cada día y con más frecuencia que nosotros: *Padre nuestro, que estás en los cielos... no nos dejes caer en la tentación...*

Leemos sin embargo, hermanos míos muy amados, en la Vida de los santos, que Dios permitió más de una vez que estos se viesen expuestos á lo que se llama tentaciones, á inspiraciones, á insinuaciones que les inducían al mal. San Antonio, cuya vida era tan austera, tuvo más de una vez que luchar contra pensamientos de orgullo, que le inducían á considerarse como un gran santo, como el más perfecto de los religiosos. Otros piadosos solitarios tuvieron que combatir ideas de

(1) Cántico que se canta en las casas de la orden de san Francisco, en la renovación de los votos.

(2) Santa María Magdalena de Pazzis.

avaricia y hasta de gula. ¿ Qué diré de tantas almas santas, puras como el azul de un hermoso cielo, que Satanás trataba de manchar y cuya celestial blancura quería empañar? Ved á santo Tomás de Aquino, incitado al mal por una infame cortesana, cojiendo un tizón encendido y arrojándola lejos de sí... Ved á santa Catalina de Sena luchando noches enteras para rechazar innobles pensamientos con que Satanás turbaba su imaginación... Jesús se dignaba aparecersele después de aquellos terribles combates ; y la santa, agobiada de tristeza, le decía: « ¡ Dónde estabais pues, Esposo de mi alma, durante estas espantosas luchas con el espíritu del mal?... » Y nuestro Salvador se dignaba contestarle: « Estaba en el fondo de tu corazón, me regocijaba de tu valor y de tu fidelidad... »

Estas últimas palabras, hermanos míos, nos muestran el porqué permite Dios las tentaciones ; es para hacernos fuertes, como se hace fuerte un soldado y se endurece en la lucha ; es para probar nuestra fidelidad ; es además para preservarnos del orgullo y hacernos comprender mejor cuánta necesidad tenemos de su gracia... Fuera de las pruebas de que os hablaba, todos los santos, no os quepa duda, todos los santos, á excepción de la Virgen santísima, han sido tentados ; pero, ayudados por la divina gracia, han triunfado de sus tentaciones, y las victorias que sobre Satanás han conseguido son como otros tantos diamantes que embellecen allá en el cielo su corona...

*Segunda parte.* — Después de haberos dicho, hermanos míos muy amados, lo que se ha de entender por tentaciones, y de haberos mostrado como enviaba Dios ciertas pruebas á sus santos, he añadido, si me habeis sabido comprender bien, que, además de las pruebas, permitía que sus escogidos tuviesen que sufrir en este mundo tentaciones, y que ni los santos más favorecidos habían estado exentos de ellas... He indicado también las razones misteriosas por las cuales permitía Dios aquellas tentaciones y aquellas pruebas... No se conocen el valor ni el arrojo de un soldado que no ha combatido jamás ; por medio pues de la lucha que han sostenido los santos contra Satanás y de la fidelidad con que han resistido á sus pérfidas insinuaciones fué como se reveló el ardiente amor que sentían por nuestro Padre celestial... Los metales más preciosos, como el oro y la plata, para ser purificados necesitan pasar

por el fuego... Así santa Teresa, santa Coleta, san Vicente de Paul y todos los bienaventurados que están en el cielo han pasado por esta prueba de las tentaciones : han triunfado de ellas... Ved ahí su gloria...

Las tentaciones á que nosotros, hermanos míos, estamos expuestos, pueden referirse á tres puntos : tentación de avaricia, tentación de orgullo y tentación de sensualidad (1)... ; Tentación de avaricia !... Esto tal vez os sorprenda... ; Pues bien ! es una de las más comunes entre nosotros, obreros, labradores, honrados artesanos que vivimos en el campo, y no tendré inconveniente en añadir : mercaderes, negociantes y comerciantes de toda especie que habitan las ciudades.. Sin hablar de esa tendencia que tenemos á exagerar el precio de nuestras mercancías y no dar siempre pruebas de una lealtad exacta en nuestras transacciones, en nuestras cuentas, en el trabajo que para otros hacemos, decíme ; no es una tentación de avaricia á que con sobrada frecuencia sucumbimos la que nos induce á trabajar el domingo ?.. Dios nos dice : « Descansa, cuenta con mi Providencia : yo bendeciré tu trabajo. » Y Satanás nos inspira este otro argumento : « Trabaja el domingo ; cuenta sólo contigo mismo ; al cabo de la semana habrás labrado un campo de más, habrás segado un surco más, habrás recojido algunos céntimos más.. » ; Cuántos hay entre nosotros que ceden á esta pérdida insinuación, que lleva tras de sí el olvido de Dios, y el endurecimiento del corazón ! Si resistimos á este pensamiento interior, Satanás se valdrá del ejemplo de ciertos vecinos que nos hacen broma, de las peticiones de un amigo que reclama de nosotros tal ó cual servicio... Y nosotros faltaremos sin escrúpulo á la santa Misa, perdiendo la salud de nuestro cuerpo y manchando al mismo tiempo nuestra alma con un doble pecado mortal, con la profanación del día reservado al Señor y el olvido de los deberes religiosos que se nos impone con este mandamiento : oírás misa los domingos y fiestas de guardar...

Un segundo género de tentación es el orgullo, vicio seductor ; Satanás tiene mil medios de introducirlo en nuestros corazones y de hacerlo penetrar hasta lo más íntimo de nuestra alma... Ora nos lleva á calcular con una especie de complacencia las herencias y los bienes que han

(1) Véase la Epístola 1 de san Juan, cap. II.

de caer sobre la cabeza de este hijo ó de esta hija únicos ; porque, sea orgullo ó sea avaricia, cuántos esposos, cediendo á su funesta influencia, profanan el sacramento del Matrimonio y violan las leyes de la Providencia !... Otras veces se infiltran en nuestra imaginación ideas de odio ó de celos, á manera de veneno siniestro y casi siempre mortal... Uno quisiera ser siempre el primero y tiene celos de todo lo que es superior á nosotros. De ahí vienen, hermanos míos, si, de estas tentaciones de orgullo inspiradas por Satanás vienen esas envidias del pobre contra el rico, ese orgullo harapiento que hace decir á pobres obreros lo que decía en otra circunstancia Satanás al rebelarse contra Dios : *non serviam* ! no serviré, no trabajaré... Este asunto sería largo y propositaría materia para muchas y muy penosas reflexiones (1)... Pero paso al tercer género de tentación...

Tentación de sensualidad. Si hemos podido resistir á las ideas de avaricia, y á las seducciones del orgullo, Satanás no se da por vencido ; una de sus armas más poderosas, el género de tentación más común y más temible, es el que nos impele á la sensualidad, al amor de los placeres prohibidos. Si, el repugnante vicio de la impureza es el medio que utiliza el diablo para arrastrar mayor número de almas al infierno... Aquí la copa de la tentación se presenta en cierto modo coronada de rosas, sus bordes están saturados de miel ; por de pronto ligeros pensamientos, cuadros seductores que enardecen la imaginación y hacen que la voluntad vencida ceda á la tentación... ¡ Ah ! si tú, jóven, no sabes resistir desde un principio, ya está perdida tu virtud ; tú, jóven doncella, has perdido la modestia y pronto naufragará tristemente tu pudor... ; Ten cuidado ! La copa que Satanás te presenta contiene un veneno sutil ; deslizado en vuestras venas, jóvenes hermanos míos, os convertirá en el escándalo de todo un país ; á vosotros, esposos, os hará quebrantar aquellos solemnes juramentos de fidelidad pronunciados al pie del sagrado altar ; adúlteros, desde aquel momento perdereis la fé, y llevaréis tal vez al seno de las familias la vergüenza y la ignominia que serán vuestro patrimonio... Ved ahí, hermanos míos, las tentaciones á que rogamos á Dios que no nos deje sucumbir cuan-

(1) Procuraré tratar de esto más extensamente al hablar de las virtudes opuestas á los pecados capitales...

do le decimos en la oración dominical : *Et ne nos inducas intentationem* : Padre nuestro, que estás en los cielos... no nos dejes caer en la tentación.

Veamos ahora, en pocas palabras, hermanos míos muy amados, los medios que hemos de emplear para resistir á estas diversas clases de tentaciones. El primero es el que empleamos rezando la oración dominical : es la oración, y ninguna hay más eficaz que ésta, si la rezamos con fé, con humildad y con el sentimiento profundo de nuestra flaqueza... San Felipe Neri había sido colmado de favores particulares ; hasta había hecho milagros ; y sin embargo, lleno de desconfianza de sí mismo, repetía amenudo estas palabras : « Señor, desconfiad de mí, hoy mismo puedo ofenderos mortalmente : ¡ ay ! os conjuro á que me preservéis de las tentaciones y, si vienen, hacedme la gracia de que las venza. »

Podremos triunfar de las tentaciones de la avaricia, imponiéndonos por regla, pero por regla absoluta, no trabajar el domingo ; después, recordando que un clavo saca otro clavo, si nos acosan esas tentaciones de avaricia, hagamos limosnas y obras buenas, asociémosnos á la *Propagación de la Fé*, demos para el *Dinero de san Pedro*, y así haremos actos de desprendimiento y mereceremos vernos libres de este género de tentaciones.

Contra las tentaciones de orgullo, pidamos á Dios la humildad, entremos en nosotros mismos y veamos lo que somos delante de Dios. Ese pobre que nos tiende la mano, es un hermano nuestro. No nos apoyemos en nosotros mismos, apoyémosnos en la Providencia ; recordemos, sobre todo, que Dios ha prometido una bendición especial á las numerosas familias, cuyos retoños compara la Sagrada Escritura á los tiernos plantíos de un fértil olivar. Sepamos también, contemplando á los que están debajo de nosotros, someternos de todo corazón á la condición en que nos ha colocado Dios.

PERORACIÓN. — En las tentaciones de sensualidad, y sobre todo en las que tienden á herir la santa virtud de la pureza, recordemos que Dios lee en el fondo de nuestro corazón nuestros pensamientos más secretos ; que nuestro ángel custodio nos acompaña por dó quier. ¡ Cuál sería nuestra vergüenza si Dios escribiese sobre nuestra frente lo que

ha leído en nuestros corazones, si nuestro ángel custodio revelase todos los actos de que ha sido testigo !.. Luego la idea de la muerte : veamos abierta uestra tumba, escuchemos los lúgubres cantos de difuntos, oigamos de antemano los pasos del sepulturero que vendrá tal vez pronto á buscarnos. Tú, pobre cuerpo, te pudrirás ; pero, mi alma, Dios mío, ¿ qué será de ella ? Pensamiento muy sério y muy capaz de hacernos triunfar de las tentaciones.

Pero el medio por excelencia, hermanos míos, para vencer esas obsesiones del demonio, es evitar las ocasiones. Dina, hija de Jacob, había sido hasta la edad de diez y ocho años un modelo de virtud ; celebrábase una fiesta en las cercanías ; cedió ella á una idea de coquetería ; deseaba saber cómo iban vestidas las muchachas de Sichem. ¡ Imprudente ! Tomó parte en sus diversiones, y en breve, por no haber evitado la tentación, naufragaba tristemente su virtud... ¡ oh ! evitemos todas las ocasiones peligrosas si queremos conservar para Dios nuestro corazón... Mientras vivamos en este suelo, carísimos hermanos, estamos expuestos todos á la tentación... Pidamos pues constantemente la misericordia de nuestro dulce Salvador que tanto necesitamos ; repitamos amenudo con atención y fervor estas saludables palabras : *Padre nuestro, que estás en los cielos... no nos dejes caer en la tentación... Así sea.*

## INSTRUCCION DECIMOQUINTA.

## SOBRE LA ORACION DOMINICAL.

## INSTRUCCION OCTAVA.

MALES DEL ALMA Ó DEL CUERPO DE QUE ROGAMOS A DIOS QUE NOS CURE Ó PRESERVE EN ESTE MUNDO Y EN EL OTRO.

TEXTO. — *Sed libera nos a malo...* Mas libranos de mal.

(SAN MATEO, CAP. VI, VERS. 13.)

EXORDIO. — Carísimos hermanos, más de una vez, leyendo el Evangelio, se me ha acudido una reflexión. Cada línea, cada palabra de este divino libro es, adorable Salvador, una afirmación de vuestra bondad inmensa, de esa amplia misericordia que os había llevado á tomar un cuerpo y un alma por los infelices pecadores. De todas partes acudían á él los pobres enfermos reclamando de su omnipotencia la curación de sus dolencias corporales, y él, sonriendo ante sus deseos, queriendo no solamente curarles, sino además instruirles, añadía á la curación de sus cuerpos la remisión de sus pecados, es decir la curación de sus almas... Un centurión reclama simplemente la curación de su servidor, pero la bondad de Jesús le concederá más, no solamente desaparecerá instantáneamente la enfermedad juzgada mortal cuando el dueño de la vida y de la muerte habrá dicho: «Anda, tu siervo está curado», sino que á esta gracia que ha concedido ya se añadirá otra gracia especial; se concederá el don de la fé á aquel hombre y á toda su familia, creará y su familia creará con él...

Ved ahí á un pobre parálítico... Llega... pero nó, aquel infeliz no puede hacer movimiento alguno; unos parientes, unos amigos caritativos le han traído acostado en su cama; sólo descendiendo por la azotea han podido penetrar hasta donde se halla Jesucristo. El pobre enfermo está pues colocado á los piés del augusto médico. Valor, amigo mio, Je-

sús te curará; ha curado á tantos otros... El enfermo fué colocado á los piés del Salvador; rencorosos escribas y fariseos estaban allí mirando lo que iba á hacer, escuchando lo que iba á decir. Echando una mirada compasiva sobre aquel parálítico, nuestro divino Salvador admiró sin duda la fé y la caridad de los que se habían dignado conducirlo; y después pronunció estas palabras: «Hijo mio, tus pecados estan perdonados.» — «Señor, habría podido contestar aquel pobre enfermo, no es ésta la gracia que te pido, es la curación de mi dolencia.» Mas nó, el enfermo comprendió sin duda que Jesús le concedía una gracia preferible á la que él iba á pedir... En efecto, la salud del alma es preferible á la del cuerpo. Y para confundir las murmuraciones de los escribas y de los fariseos que le rodeaban, para dar testimonio de su omnipotencia como lo acababa de dar de su misericordia, el divino Maestro añadió: «Estás curado, hijo mio; levántate, coje tu cama y anda.» Y el parálítico, curado en primer lugar de los males de su alma, quedaba igualmente libre de la enfermedad que le atormentaba...

PROPOSICIÓN. — Paréceme, hermanos míos muy amados, que Jesucristo quiso enseñarnos con esta curación y muchas otras, el sentido verdadero que hemos de dar á estas palabras: *Padre nuestro, que estás en los cielos... libranos de mal*, palabras que formarán el asunto de esta instrucción.

DIVISIÓN. — Rogando á Dios que nos libre de mal, le suplicamos; *en primer lugar*, que nos libre de las miserias de esta vida, en cuanto convenga á nuestra salvación; y le pedimos, *en segundo lugar*, y principalmente, que nos preserve del pecado, que es el mayor de todos los males y que no permita nuestra condenación, desgracia irreparable y mayor que todas las demás desgracias.

PRIMERA PARTE. — Grandes doctores de la Iglesia, tales como san Juan Crisóstomo y san Agustín (1), en lugar de decir: *Libranos de mal*, han traducido: *Libranos del malo*, es decir no permitas que caigamos bajo la influencia de Satanás, no permitas que el pecado nos haga esclavos del demonio. El sentido es casi igual, porque si Dios es la bondad, el bien por excelencia, Satanás es la perversidad, la maldad, el

(1) En el catecismo del Concilio de Trento, séptima petición sobre la oración dominical.

mal... Con aquella interpretación, parecería que pedimos simplemente que se nos libre del pecado y de la muerte eterna. La Iglesia es más amplia en su interpretación y nos permite ¿qué digo? nos invita á pedir la liberación de los males temporales... La Iglesia, la santa Iglesia católica, nuestra buena madre; oh! nosotros no la conocemos. Ella se interesa para cada uno de nosotros como para hijos queridos... Abrid esa colección de oraciones que se llama un Ritual, y en él encontraréis fórmulas de bendición, es decir oraciones dirigidas á Dios, ya para los tiempos de lluvia, ya para los de sequía. Vienen días de cólera para el hombre, tiempo de peste para los animales domésticos, que son nuestra ayuda, nuestros auxiliares y á veces todá nuestra fortuna en el cultivo; ese libro tiene oraciones especiales. Con aquellas palabras pues, pedimos también al Señor la liberación de esta clase de males...

En esto, como en todo, hermanos míos muy amados, la Iglesia santa no es más que el intérprete fiel de su divino fundador. Si nuestro Redentor Jesús, cual os decía al empezar, curaba el alma, permitía sin embargo que se le pidiese la curación de los males del cuerpo y siempre acogía favorablemente esta especie de petición ¿Veis, hermanos míos?... el pecado ha hecho pesar sobre Adán y sobre su posteridad dos especies de males; para los cuerpos los sufrimientos, las enfermedades, las miserias de la vida y finalmente un mal á que la omnipotencia de Dios jamás ha querido sustraernos: la muerte. Es inútil enumerar el daño que ha causado á nuestra alma la tendencia al pecado, el pecado mismo, y por último el infierno que es su justo castigo...; Pues bien! sí, nuestro mismo Señor Jesucristo nos ha mostrado que podíamos reclamar con confianza de su misericordia la liberación de los males temporales. Pobres leprosos, acudid á su encuentro!... Acudían, hermanos míos muy amados, como infelices enfermos y él les curaba. Y tú que pides limosna en el camino de Jericó, en alta voz te oigo proclamar la piedad de Jesús... ¿Qué pides tú, mi pobre amigo?... Se te rechaza; pero nuestro misericordioso Salvador quiere que te permitan aproximarse á su augusta persona. Eres ciego y unas manos caritativas te conducen á su presencia; y oigo que se te dirige esta pregunta: «¿Qué quieres de mí? — Señor, deseo que me devuelvas la vista...» El pobre

ciego estaba curado... En otro lugar cura de la fiebre á la suegra de san Pedro. Más allá resucita al hijo de la viuda de Naím; más tarde hará salir vivo de la tumba á Lázaro, muerto desde cuatro días antes... Estos y otros mil ejemplos os demuestran, hermanos míos, la confianza con que podemos decirle, hasta en sentido temporal: *Libera nos á malo!* libranos de mal.

Aquí acude á mi mente una reflexión. Me parece que los milagros sobrados por la gracia de Dios cuando esta gracia nos convierte, con er menos visibles, son menos apreciados por nosotros pobres pecadores que otras maravillas en cierto modo más palpables, que se obran á nuestra vista y que comprenden ciertos favores temporales... Considerad pues á ese infortunado cojo, sentado desde largos años á la puerta del templo. Ve venir á Santiago y á san Juan, tiende á los dos apóstoles una mano acostumbrada á recibir una limosna. En el omnipotente nombre de Jesús san Pedro le cura, y le libra de aquel mal temporal que desde tan largo tiempo padecía...

Pero ¿qué es, hermanos míos carísimos, lo que tan amenudo leemos en los libros que nos hablan de la santísima Virgen? ¿qué vemos en nuestros días?... Cada año, y ayer mismo, centenares de enfermos acuden á los venerados santuarios de la Salette ó de Lourdes ó á otros para implorar del Padre que tenemos en el cielo, por la poderosa intercesión de María, la salud, la curación que anhelan. Esta curación la obtienen con frecuencia de un modo inesperado y milagroso. Los que no la obtienen vuelven á lo menos confiados siempre, pero más resignados con la santa voluntad de Dios. Lo cual, hermanos míos, justifica la observación del Catecismo, que dice: Con estas palabras: *Libranos de mal*, suplicamos al Señor que nos exima de los males y miserias de esta vida en la medida que juzgue necesaria para nuestra salvación. Veo, conozco que todos me habeis comprendido... Paso pues al segundo pensamiento que encierran estas mismas palabras: *Libranos de mal*...

*Segunda parte.* — Carísimos hermanos, hay una cosa que se nos ha dicho con frecuencia, una verdad que más de una vez nos ha repetido nuestro Salvador, y es que ante todo debemos buscar el reino de los cielos: lo demás importa poco. Dios nos ha colocado en esta tierra para amarle y servirle, y nuestro fin, el objeto supremo de nuestra

existencia es, y no me cansaré de repetirlo, el ser un día bienaventurado en el cielo. En nuestros pensamientos, en nuestras palabras, en el fondo de nuestras pruebas, lo mismo que en medio de nuestras alegrías, a dicha del cielo es el astro que debe guiarnos, la brújula en que debemos tener fijos siempre los ojos. ¿Qué sería, en efecto, la vida más dichosa en este mundo, si tuviese que ir á terminar en el infierno? El mal rico no estaba enfermo; el pobre Lázaro, su vecino, estaba cubierto de llagas; el uno nadaba en las delicias, el otro se acostó más de una vez sin haber comido; el primero tenía carruajes, estaba rodeado de honores y consideraciones; cuando se divisaba al segundo, encojíanse los hombros y se volvían los ojos á otro lado... Realmente, hermanos míos, no exajero; ¿acaso no es lo que todos los días vemos? Y allí Jesucristo nos enseña que para el pobre que había sufrido durante esta vida, los males se convirtieron en motivo de salvación, mientras que las felicidades del mal rico le llevaron á éste á su condenación... Nuestra alma, pues, es ante todo y sobre todo lo que se ha de salvar; los males que pueden afectarla son los que han de inspirarnos temor y han de hacernos repetir con frecuencia: *Padre nuestro, que estás en los cielos... libranos de mal...*

Señor, preservad mi alma del pecado, que es un mal mayor que todos los males; Señor, preservadme del infierno, mal eterno, irreparable: tal es el deseo que ante todo debemos tener cuando decimos: *Libranos de mal.*

Que el pecado mortal es el mayor de todos los males, hermanos míos muy amados, es una verdad que se nos ha repetido con frecuencia, una verdad sobre la cual nuestro divino Salvador nos ha dado preciosas enseñanzas. Ahí vemos á un avaro que dice: La cosecha es magnífica; ensancharé mis graneros y le diré á mi alma: goza de tus riquezas. « Desgraciado, dice nuestro Salvador, esta noche misma se te reclamará tu alma; ¿de qué te servirán tus caballos, tus abundantes cosechas, si no te hallas en estado de gracia?... » En otro paraje nos indica que, aun cuando se hubiese ganado el universo entero, nada compensaría la pérdida del alma. El pecado mortal, el que expone nuestra alma á la condenación! Sí, realmente, como dice el catecismo, es el mayor de los males, el que debemos temer más... Ahí teneis á un ilustre

prelado, célebre por su doctrina y por las persecuciones que sufrió, san Edmundo, arzobispo de Cantorbéry. Que nos diga lo que piensa del pecado mortal. « Es el mayor de todos los males, exclama; más quisiera arrojar me en medio de una hoguera encendida que cometer uno solo. » Nada nuevo nos enseña, ilustre santo; ya antes de tí todos los gloriosos mártires de Cristo fueron, los unos desollados vivos, los otros entregados á las fieras, otros en fin quemados á fuego lento, antes que pronunciasen una sola palabra que fuese un pecado mortal: « Padre nuestro que estás en los cielos, presérvanos de este mal, de esta lepra que se llama pecado mortal. »

Pero he dicho ya cual era la contestación á esta pregunta: ¿Qué pedimos á Dios con aquellas palabras: *libranos de mal*? El catecismo responde: pedimos á Dios que nos libre de los males de la otra vida. ¿Qué quiere decir esto, amados hermanos míos? Quiere decir que si, el pecado mortal es en este suelo un mal, una miseria más grande más temible que los más crueles sufrimientos, más que la misma muerte, los males de la otra vida con que lo hemos de expiar son incomparablemente mayores que todo lo que podemos imaginar. Los unos han de durar un tiempo mayor ó menor; ¡ay! los otros, los más crueles ne concluirán jamás. El purgatorio, y sobre todo el infierno, estan asimismo comprendidos en estas palabras: *Padre nuestro, que estás en los cielos... libranos de mal.*

He dicho el purgatorio. Éste, hermanos míos, es un mal muy poco comprendido, es un sufrimiento desconocido, y sime dirigiese á aquellos de entre vosotros que más fe tienen, que están más instruidos, que menos mal comprenden nuestra santa religión, muchos me contestarían: Contento estaría, si estuviese seguro de ir al purgatorio... Tened cuidado, aspirad á más. Cuando se quiere saltar un foso, hay que dirigir la mirada más allá del borde, porque sinó nos exponemos á no poder saltarlo. Los que únicamente aspiran al purgatorio, caerán en su mayor parte en el infierno; ¡ay! muchos de los que elevan sus aspiraciones hasta el cielo caen, y tal vez por largo tiempo, en ese barranco que se llama el purgatorio. El purgatorio es una mansión donde sufrimos los males de la otra vida: estos males, lo repito, no siempre se comprenden lo bastante; por esto, hermanos míos muy amados, nos olvidamos con

sobrada frecuencia de aliviar **con** nuestras buenas obras y con nuestras limosnas, á las almas de **nuestros** parientes que languidecen y sufren en aquellos tenebrosos calabozos. ; Pobres almas demasiado abandonadas! no en vano se habrá **presentado** vuestro recuerdo á mi memoria ; desde lo alto de este púlpito, me **vuelvo** hácia el tabernáculo y voy á dirigir al Señor para vosotras **una** plegaria á que se uniran todos lo fieles que me escuchan : Padre **nuestro**, que estás en los cielos, libra de los males que padecen á las **pobres** almas del purgatorio... Os conjuro, carísimos hermanos míos, á **que** os penetreis bien de este pensamiento y á **que** repitais estas palabras mientras asistais al santo Sacrificio de la Misa.

Sin embargo, hermanos míos, el mal más cruel, aquel de que debemos principalmente conjurar **á** la divina misericordia que nos preserve, es el infierno, mansión de dolor y de rugidos, de blasfemias y de tormentos indescriptibles, donde las almas réprobas permanecerán por toda la eternidad. Jamás un rayo de luz, jamás un rastro de esperanza penetrará en aquella horrorosa cárcel ; una vez allí, todo se acabó, no se conoce á Dios más que **para** maldecirle, ni á la augusta Virgen María que para blasfemarla. **Pobres** condenados, convertidos en juguete de los demonios, se revolcarán **en** inmensos braseros por toda la eternidad.. ; Adios, cielo! ; Adios, delicias del paraíso! ; Adios felicidad de los santos, deliciosos conciertos!.. ; **De** la mansión para la cual les había criado Dios! Jamás, jamás... **No** prosigo... ; Ah, hermanos míos muy amados, qué desgracia!... **Pidamos** á nuestro Padre que está en los cielos, que nos preserve de este **mal**, el más irreparable de todos los malos...

PERORACIÓN. — Así pues, hermanos míos, cuando dirigimos á Dios esta última petición de la **oración** dominical, podemos suplicarle que aleje de nosotros los males **y** las miserias de esta vida ; pero, ante todo debemos reclamar de su **misericordia** que preserve á nuestra alma del pecado mortal, y sobre **todo** que nos conceda la gracia de que no suframos los males de la otra **vida**. Esta última clase de males, el purgatorio y especialmente el **infierno** son los que principalmente se han de temer... ; Cuánto me agrada la súplica del buen ladrón en la cruz! No dice : » Jesús, consérvame **la** vida ó cuando menos suaviza los sufrimientos que paso » : nó. « Señor, dice, hazme la gracia de llamarme á tu

reino », y merece oír estas palabras : « Hoy estarás conmigo en el paraíso. » ; Oh, Padre nuestro que estais en los cielos, *libradnos de mal* y sobre todo del que podría alcanzarnos en la otra vida ; concedednos la gracia de que vivamos bastante santamente para que también nosotros merezcamos un dia ir á bendeciros allá arriba, en vuestro reino eterno!.. Así sea.

## INSTRUCCION DECIMOSEXTA.

### SOBRE LA ORACION DOMINICAL.

#### INSTRUCCION NOVENA.

EXCELENCIA DE LA FRASE : ASI SEA.

TEXTO. — *Sed libera nos a malo. Amen.* Mas libranos de mal. Así sea

(SAN MATEO, CAP. VI, VERS. 13.)

EXORDIO. — Hermanos míos, la oración dominical concluye, como casi todas las oraciones, con una breve frase, que no siempre es bien comprendida ; con la palabra *Amen* ó *Asi sea*... Quisiera, con este motivo, daros algunas explicaciones. Pero antes voy á referiros dos hechos, sacado el uno de la vida de san Bernardo, y el otro creo que es de la vida de san Ignacio y de sus compañeros.

San Bernardo visitaba cierto dia al venerable Pedro de Cluni, particular amigo suyo. Como gozaba ya de gran reputación de santidad, reunióse á los religiosos del monasterio á fin de que pudiese dirigirles algunas palabras edificantes. Hallábase entre los asistentes un humilde hermano converso en quien se fijó el santo abad de Clairvaux ; y terminada su plática, dijole á su amigo señalándole aquel hombre : « Vel ahí la perla de vuestro monasterio ; teneis sabios doctores y hábiles escritores... pero éste es más grande delante de Dios... » Sorprendido el venerable Pedro hizo avanzar á aquel humilde hermano que guar-

sobrada frecuencia de aliviar **con** nuestras buenas obras y con nuestras limosnas, á las almas de **nuestros** parientes que languidecen y sufren en aquellos tenebrosos calabozos. ; Pobres almas demasiado abandonadas! no en vano se habrá **presentado** vuestro recuerdo á mi memoria ; desde lo alto de este púlpito, me **vuelvo** hácia el tabernáculo y voy á dirigir al Señor para vosotras **una** plegaria á que se uniran todos lo fieles que me escuchan : Padre **nuestro**, que estás en los cielos, libra de los males que padecen á las **pobres** almas del purgatorio... Os conjuro, carísimos hermanos míos, á **que** os penetreis bien de este pensamiento y á **que** repitais estas palabras mientras asistais al santo Sacrificio de la Misa.

Sin embargo, hermanos míos, el mal más cruel, aquel de que debemos principalmente conjurar **á** la divina misericordia que nos preserve, es el infierno, mansión de dolor y de rugidos, de blasfemias y de tormentos indescriptibles, donde las almas réprobas permanecerán por toda la eternidad. Jamás un rayo de luz, jamás un rastro de esperanza penetrará en aquella horrorosa cárcel ; una vez allí, todo se acabó, no se conoce á Dios más que **para** maldecirle, ni á la augusta Virgen María que para blasfemarla. **Pobres** condenados, convertidos en juguete de los demonios, se revolcarán **en** inmensos braseros por toda la eternidad.. ; Adios, cielo! ; Adios, delicias del paraíso! ; Adios felicidad de los santos, deliciosos conciertos!.. ; **De** la mansión para la cual les había criado Dios! Jamás, jamás... **No** prosigo... ; Ah, hermanos míos muy amados, qué desgracia!... **Pidamos** á nuestro Padre que está en los cielos, que nos preserve de este **mal**, el más irreparable de todos los malos...

**PERORACIÓN.** — Así pues, hermanos míos, cuando dirigimos á Dios esta última petición de la **oración** dominical, podemos suplicarle que aleje de nosotros los males **y** las miserias de esta vida ; pero, ante todo debemos reclamar de su **misericordia** que preserve á nuestra alma del pecado mortal, y sobre **todo** que nos conceda la gracia de que no suframos los males de la otra **vida**. Esta última clase de males, el purgatorio y especialmente el **infierno** son los que principalmente se han de temer... ; Cuánto me agrada la súplica del buen ladrón en la cruz! No dice : » Jesús, consérvame **la** vida ó cuando menos suaviza los sufrimientos que paso » : **nó**. « Señor, dice, hazme la gracia de llamarme á tu

reino », y merece oír estas palabras : « Hoy estarás conmigo en el paraíso. » ; Oh, Padre nuestro que estais en los cielos, *libradnos de mal* y sobre todo del que podría alcanzarnos en la otra vida ; concedednos la gracia de que vivamos bastante santamente para que también nosotros merezcamos un dia ir á bendeciros allá arriba, en vuestro reino eterno!.. Así sea.

## INSTRUCCION DECIMOSEXTA.

### SOBRE LA ORACION DOMINICAL.

#### INSTRUCCION NOVENA.

EXCELENCIA DE LA FRASE : ASI SEA.

**TEXTO.** — *Sed libera nos a malo. Amen.* Mas libranos de mal. Así sea

(SAN MATEO, CAP. VI, VERS. 13.)

**EXORDIO.** — Hermanos míos, la oración dominical concluye, como casi todas las oraciones, con una breve frase, que no siempre es bien comprendida ; con la palabra *Amen* ó *Asi sea*... Quisiera, con este motivo, daros algunas explicaciones. Pero antes voy á referiros dos hechos, sacado el uno de la vida de san Bernardo, y el otro creo que es de la vida de san Ignacio y de sus compañeros.

San Bernardo visitaba cierto dia al venerable Pedro de Cluni, particular amigo suyo. Como gozaba ya de gran reputación de santidad, reunióse á los religiosos del monasterio á fin de que pudiese dirigirles algunas palabras edificantes. Hallábase entre los asistentes un humilde hermano converso en quien se fijó el santo abad de Clairvaux ; y terminada su plática, dijole á su amigo señalándole aquel hombre : « Vel ahí la perla de vuestro monasterio ; teneis sabios doctores y hábiles escritores... pero éste es más grande delante de Dios... » Sorprendido el venerable Pedro hizo avanzar á aquel humilde hermano que guar-

daba los rebaños del monasterio, y que no sabía leer ni escribir. San Bernardo le interrogó y descubrió en aquel hermano pastor tesoros de sumisión y de humildad capaces de arrebatarse á los ángeles. A las preguntas que el abate de Clairvaux le dirigía, contestó ingenuamente: « Cuando estoy en el campo, pienso en nuestros padres que dicen la santa Misa, que celebran el santo oficio, que se entregan á todo género de obras buenas, y pensando después en mí mismo, le digo á Dios: Señor, yo no soy más que un pobre ignorante; pero todo el bien que ellos hacen, os lo ofrezco, en él os bendigo y á él me asocio de todo corazón... » — « Hermano, le dijo san Bernardo, continuad por esta senda, este camino que seguís conduce al cielo... » Lo que el buen religioso hacía era poner á todo un *asi sea*.

Ved ahora el otro rasgo. Viajando un día san Ignacio con algunos de sus primeros compañeros, se les ofreció un buen campesino para llevar sus equipajes. Llegados á la posada, el santo y los religiosos que le acompañaban se pusieron á orar, y el campesino se arrodilló como ellos con la más fervorosa compostura: cuando los padres hacían la señal de la cruz, la hacía también él, y no dejó su postura suplicante hasta que san Ignacio y sus compañeros se hubieron levantado. Preguntósele que había hecho durante aquel espacio de tiempo: « ¡ Oh! contestó con toda sencillez, pensaba para mis adentros: Estos hombres son unos santos. Yo, pobre ignorante, no entiendo lo que dicen, pero me uno á sus sentimientos. » San Ignacio admiró la fé y la simplicidad de aquel hombre excelente... ¡ Pues bien, hermanos míos! aquel pobre aldeano, que se unía de corazón y de espíritu á aquellos fervientes religiosos, era el *asi sea*.

PROPOSICIÓN. — ¡ Oh! á propósito de esta frase que tan amenudo repetimos sin calcularla, sin comprender su sentido, quisiera hacer algunas observaciones útiles y prácticas; deciros que, empleada como lo está en la santa Iglesia católica, pronunciada con fé, con atención y con respeto, es en cierto modo una oración universal.

DIVISIÓN. — Esta sencilla frase *asi sea* es, como toda oración, en primer lugar, un acto de adoración; en segundo lugar, un acto de petición; en tercer lugar, un acto de agradecimiento.

Primera parte. — La frase *asi sea*, dice el catecismo, es un

compendio de la oración que se acaba de hacer, y expresa sobre todo el deseo que tenemos de que sea atendida... No necesito deciros, hermanos míos, que la palabra *amen* tiene absolutamente el mismo significado; y que por consiguiente, lo que diré respecto de la frase *asi sea*, se aplica naturalmente á la palabra *amen*... Pues bien, sí, esta simple palabra es un acto de adoración. Trasadós conmigo, sea á Paray-le-Monial, sea al santuario de Lourdes ó de la Salette; ved ahí á diez mil peregrinos ó más cuyos corazones laten al unísono: está expuesto el Santísimo Sacramento; han acudido de todos los puntos de Europa, no volverán á verse tal vez los allí congregados más que en el Cielo; pero poco importa. Un sacerdote, un pontífice tal vez sube al altar; vuélvese hácia aquella multitud, demasiado apiñada quizás para poderse arrodillar y apretada como las espigas de vuestros campos. Para reparar en lo posible las blasfemias, los ultrajes inferidos á la Majestad divina, esta multitud quiere manifestar su creencia y su fé, y el sacerdote ó el pontífice de quien hablábamos pronuncia en alta voz estas palabras: « Alabado, bendito y adorado sea para siempre el Dios que creó el cielo y la tierra. » Y de diez mil pechos sale este mismo grito: *amen, asi sea*. — « Alabado, bendito y adorado sea para siempre Jesucristo en la sagrada Eucaristía... » — « *Amen, asi sea*, » responde la multitud — « Triunfe Dios, y confundidos sean sus enemigos. » — « *Amen, asi sea!*... » ¿ Veis lo que encierra esta frase tan sencilla *asi sea*?

Y si dejando esa reunión de peregrinos, penetrásemos en espíritu en aquellas augustas asambleas que se llaman Concilios, oiríamos igualmente una Voz augusta elevarse en medio de todos, proclamar la gloria del Altísimo, reclamar para él la adoración y el respeto, la sumisión de toda criatura á su suprema autoridad; y los obispos y patriarcas congregados, contestan á aquellas aclamaciones, como los más humildes peregrinos: — « *Amen, asi sea!* » Sí, que Dios sea honrado y glorificado... Y nosotros mismos, cristianos, en esta humilde iglesia, si reflexionásemos bien, veríamos que esta simple palabra es con frecuencia un acto de adoración. Cuando, ya en nuestros oficios públicos, ya también en reuniones menos solemnes, oímos pronunciar estas palabras: « Gloria sea dada al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo;

cual se le dió en el principio, désele hoy y siempre y por los siglos de los siglos, repetimos con fé : *asi sea*, hacemos con esta simple frase un acto de adoración, reconocemos que Dios merece los homenajes del universo entero y deseamos que los obtenga.

*Segunda parte.* — He añadido, hermanos míos, que esta simple frase *amen, asi sea*, era un acto de petición, es decir una fórmula abreviada con que reclamamos de la misericordia de Dios las gracias que necesitamos. ¡ Oh ! vais á entenderme perfectamente. Cuando, después de haber rezado la oración dominical, decís *asi sea*, es como si la repitieseis después de cada una de las peticiones que comprende esta preciosa oración, Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre... *Amen, asi sea*... El pan nuestro de cada día dánosle hoy... *Asi sea*... Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores... *Asi sea*... No nos dejes caer en la tentación, mas libranos de mal... *Asi sea*... ¿ Os haceis cargo de que estas palabras *asi sea*, encierran por sí solas una oración ?

Volveis, realmente, á encontrarlas al fin de casi todas las fórmulas de oraciones indicadas por la Iglesia santa... Tomemos por ejemplo las palabras pronunciadas por el sacerdote en la santa Misa, cuando bendice y consagra en cierto modo aquel pan que se le trae y que, reemplazando muy imperfectamente á la sagrada comunión, se ha de distribuir á todos los fieles. Vosotros no habeis comprendido, ni habeis oído las palabras que ha pronunciado, por las cuales suplicaba al Señor que aquel pan fuese, para todos los que lo tomasen con fé, un manantial de salud para el alma y para el cuerpo, un remedio contra todas las enfermedades, un escudo contra los ataques de Satanás. Aquella gracia se pide en nombre de Jesucristo, pan vivo descendido del cielo y que reside siempre en la sagrada Eucaristía... Pronunciada esta bendición, contesta el monaguillo, en nombre de todos vosotros : *amen, asi sea*... Tomad pues aquel pan, bendito desde aquel instante, con fé, con piedad, tomadlo en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Realícese en vosotros la bendición pedida para aquellos que empleasen este pan : *asi sea*... Abrid vuestros libros de Misa, releed cada una de las oraciones que contienen, todas piden para nosotros una gracia especial. Por Pascua rá el deseo de llegar á aquella eternidad bienaventurada, cuyas puer-

tas nos abre la Resurrección del Salvador ; el día de la Ascensión, el sacerdote pedirá en su oración que nuestros espíritus se eleven principalmente hácia el cielo, á donde nuestro Salvador nos precedió ; en el día de la Asunción, suplicaremos á la divina misericordia que nos perdone nuestras faltas por los méritos de la santísima Virgen, y reclamaremos nuestra salvación, apoyados en su intercesión tan poderosa ; en el día de Todos los Santos, se invocarán en favor nuestro los sufragios de todos los santos que estan en el cielo... Hermanos míos muy amados, estas oraciones y otras muchas, que reza el sacerdote en el altar, nosotros no podemos comprender su sentido ; pero nos basta responder : *amen, asi sea* !.. Esto quiere decir : ¡ Oh santa Iglesia católica ! en vuestros brazos me entrego, vos sabeis mis necesidades, con vos y como vos, solicito las gracias que nos son necesarias... Sí, lo repito, esta frase *asi sea*, bien pronunciada, es una oración al alcance de todos.

¿ Qué oración tan fácil esta simple frase pronunciada con fé !... ¿ He de mostraros, hermanos míos muy amados, al sacerdote en el altar santo ? Ha llegado el momento más solemne de la santa Misa, acaba de orar para los vivos, para su parroquia entera, hasta para los ausentes : ha consagrado el pan y el vino, Jesucristo está sobre el altar ; ha expresado los sentimientos que la Iglesia santa ha encerrado en estas hermosas oración de la santa Misa, sentimientos de compasión, de misericordia y de amor. Después de estos instantes de silencio y de re-cojimiento, después de haber orado para todos nosotros infelices pecadores : « Estas gracias, dice, las reclamamos en nombre de Jesucristo ; en nombre de Jesucristo, que vive y reina en los siglos de los siglos ; » y todos vosotros respondeis : *amen, asi sea*. Esta simple palabra expresa vuestra unión con el sacerdote y os asocia á las gracias que ha pedido.

*Tercera parte.* — He añadido que esta frase *asi sea*, era también un acto de reconocimiento, una especie de resumen, que, formulado á continuación de ciertas oraciones, significaba : « Señor, os bendigo y os doy gracias por los beneficios de que me habeis colmado... » Citemos asimismo, á este propósito, las oraciones que la santa Iglesia emplea en su liturgia. A veces, en una salutación de acción de gracias ó en otras circunstancias, recitamos esta oración : « ¡ Oh Dios, cuya misericordia

y bondad son infinitas, damos gracias á vuestra dulcísima majestad por los beneficios de que nos ha colmado; perseverando en invocar vuestra clemencia, nos habeis concedido las gracias pedidas; no nos abandoneis, y dignaos disponernos para gozar de las recompensas que nos teneis destinadas... » *Así sea*, responde el pueblo. ¿No hay en esta simple frase un acto de agradecimiento? ¿No significa: « ¡Oh, sí, Señor! os damos gracias por habernos atendido?... » ¡Ah, hermanos míos! vuelvo á esas peregrinaciones, á esas grandes manifestaciones religiosas que son la alegría de los corazones cristianos, que serán la gloria de nuestra época. Manifestaciones admirables, opuestas á esos alaridos callejeros que, con harta frecuencia, turban la tranquilidad de nuestras ciudades. Después de las gracias obtenidas, después de haber sido testigos de muchas curaciones maravillosas, reúne la multitud en el santuario, entre las aclamaciones que preceden á la partida (también las hay que expresan su reconocimiento): una voz grita: « ¡Bendito, alabado y glorificado sea por sus beneficios el Señor Dios de nuestros padres! — ¡*Así sea!* responde la multitud. — Bendigan nuestras almas al Señor y guarden un recuerdo imperecedero de sus beneficios. » — « *Así sea* » vuelven á contestar los peregrinos... ¿Me he explicado bien, hermanos míos muy amados? ¿Os he hecho comprender bien cómo estas palabras *amen, así sea*, pronunciadas con fé, eran en cierto modo el resumen de vuestras oraciones? Lo encontráis al fin de la Salutación angélica. Cuando habeis suplicado á la Virgen María que ruegue por vosotros ahora y en la hora de vuestra muerte, decís: *así sea*. Acabais de recitar el Símbolo, habeis hecho un acto de fé, y habeis terminado con esta frase *así sea*, como si hubieseis dicho: « Hacedme la gracia, Dios mío, de que crea todas estas verdades con toda la energía de mi alma. » Estas mismas palabras terminan el acto de renovación de las promesas del bautismo: Renuncio con todo mi corazón á Satanás, á sus obras, á sus pompas: quiero vivir y morir únicamente por Jesucristo; y añadís: *amen, así sea*, para atestiguar vuestro agradecimiento hácia Dios que os libró de la mancha original y para protestar de que quereis serle fieles para siempre jamás.

PERORACIÓN. — ¡Cuán grande, carísimos hermanos míos muy amados, es el amor de Dios para nosotros! ¡Cómo nos hace fácil la oración!

Si quisieramos comprender bien, veríamos que no se trata de ser rico ni de ser sabios para serle agradables; buen corazón, ved ahí lo que reclama. Especialmente en la oración pública, puede el más ignorante hacersele agradable; le basta asociarse á los sentimientos expresados por la Iglesia santa, le basta repetir con atención y fé esta simple frase: *amen, así sea*. Dios mío, yo me uno á los sentimientos expresados en las oraciones públicas; ignoro el idioma empleado por la Iglesia, pero vos sí que lo comprendéis; cual ella os adora, os adoro yo; lo que ella pide para mí, lo pido yo; lo que ella desea, lo deseo yo; lo que de vos se solicita en estas santas oraciones que se os dirijen, también yo lo solicito; ella os adora, *así sea*; ella os pide perdón por los pecados de sus hijos, *así sea*; ella reclama para mí, pobre pecador, indulgencia, misericordia perdón, *así sea*; ella os suplica que nos concedais á todos una morada allá arriba en vuestro paraíso... ¡Oh! nuevamente lo repito, ¡*así sea!*

## INSTRUCCION DECIMOSEPTIMA.

## EL AVE MARIA.

## INSTRUCCION PRIMERA.

## SALUTACION DEL ARCANGEL A MARIA.

TEXTO. — *Cogitabat qualis esset ista salutatio..* Pensaba ella cuál podía ser aquella salutación.

(SAN LUCAS, GAP. I, VERS. 29).

EXORDIO. — Con el auxilio del cielo, hermanos míos muy amados, he podido levantar una punta del velo que oculta las magnificencias encerradas en la oración que el Salvador enseñó á sus apóstoles. Os he

y bondad son infinitas, damos gracias á vuestra dulcísima majestad por los beneficios de que nos ha colmado; perseverando en invocar vuestra clemencia, nos habeis concedido las gracias pedidas; no nos abandoneis, y dignaos disponernos para gozar de las recompensas que nos teneis destinadas... » *Así sea*, responde el pueblo. ¿No hay en esta simple frase un acto de agradecimiento? ¿No significa: « ¡Oh, Señor! os damos gracias por habernos atendido?... » ¡Ah, hermanos míos! vuelvo á esas peregrinaciones, á esas grandes manifestaciones religiosas que son la alegría de los corazones cristianos, que serán la gloria de nuestra época. Manifestaciones admirables, opuestas á esos alaridos callejeros que, con harta frecuencia, turban la tranquilidad de nuestras ciudades. Después de las gracias obtenidas, después de haber sido testigos de muchas curaciones maravillosas, reúne la multitud en el santuario, entre las aclamaciones que preceden á la partida (también las hay que expresan su reconocimiento): una voz grita: « ¡Bendito, alabado y glorificado sea por sus beneficios el Señor Dios de nuestros padres! — ¡*Así sea!* responde la multitud. — « Bendigan nuestras almas al Señor y guarden un recuerdo imperecedero de sus beneficios. » — « *Así sea* » vuelven á contestar los peregrinos... ¿Me he explicado bien, hermanos míos muy amados? ¿Os he hecho comprender bien cómo estas palabras *amen, así sea*, pronunciadas con fé, eran en cierto modo el resumen de vuestras oraciones? Lo encontráis al fin de la Salutación angélica. Cuando habeis suplicado á la Virgen María que ruegue por vosotros ahora y en la hora de vuestra muerte, decís: *así sea*. Acabais de recitar el Símbolo, habeis hecho un acto de fé, y habeis terminado con esta frase *así sea*, como si hubieseis dicho: « Hacedme la gracia, Dios mío, de que crea todas estas verdades con toda la energía de mi alma. » Estas mismas palabras terminan el acto de renovación de las promesas del bautismo: Renuncio con todo mi corazón á Satanás, á sus obras, á sus pompas: quiero vivir y morir únicamente por Jesucristo; y añadís: *amen, así sea*, para atestiguar vuestro agradecimiento hácia Dios que os libró de la mancha original y para protestar de que quereis serle fieles para siempre jamás.

PERORACIÓN. — ¡Cuán grande, carísimos hermanos míos muy amados, es el amor de Dios para nosotros! ¡Cómo nos hace fácil la oración!

Si quisieramos comprender bien, veríamos que no se trata de ser rico ni de ser sabios para serle agradables; buen corazón, ved ahí lo que reclama. Especialmente en la oración pública, puede el más ignorante hacersele agradable; le basta asociarse á los sentimientos expresados por la Iglesia santa, le basta repetir con atención y fé esta simple frase: *amen, así sea*. Dios mío, yo me uno á los sentimientos expresados en las oraciones públicas; ignoro el idioma empleado por la Iglesia, pero vos sí que lo comprendéis; cual ella os adora, os adoro yo; lo que ella pide para mí, lo pido yo; lo que ella desea, lo deseo yo; lo que de vos se solicita en estas santas oraciones que se os dirijen, también yo lo solicito; ella os adora, *así sea*; ella os pide perdón por los pecados de sus hijos, *así sea*; ella reclama para mí, pobre pecador, indulgencia, misericordia perdón, *así sea*; ella os suplica que nos concedais á todos una morada allá arriba en vuestro paraíso... ¡Oh! nuevamente lo repito, ¡*así sea!*

## INSTRUCCION DECIMOSEPTIMA.

## EL AVE MARIA.

## INSTRUCCION PRIMERA.

## SALUTACION DEL ARCANGEL A MARIA.

TEXTO. — *Cogitabat qualis esset ista salutatio..* Pensaba ella cuál podía ser aquella salutación.

(SAN LUCAS, GAP. I, VERS. 29).

EXORDIO. — Con el auxilio del cielo, hermanos míos muy amados, he podido levantar una punta del velo que oculta las magnificencias encerradas en la oración que el Salvador enseñó á sus apóstoles. Os he

proporcionado explicaciones detalladas sobre las diversas peticiones del *Padre nuestro*; me he dirigido menos á vuestra inteligencia que á vuestro corazón; he procurado hacer brotar en él las llamas de un amor lleno de respetuosa gratitud para con ese Dios que se ocupa de cada uno de nosotros, como si estuviese solo en este mundo. Me he complacido en repetiros cuánto merece el Señor nuestros homenajes; me he esforzado en penetrar vuestra alma de una confianza ilimitada en la bondad del Todopoderoso que no deja de atender tarde ó temprano las súplicas razonables, perseverantes y piadosas. Maravillados por los encantos del *Padre nuestra*, habeis resuelto decirlo con creciente fervor. Os felicito por una determinación tan cristiana, y os invito á que persistais en una costumbre tan loable.

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. — Pero hay otra oración, que no debería separarse en nuestra estimación y en nuestra ternura, de la de que os acabo de hablar, y es una verdadera dicha para mí el mostraros su excelencia y su suavidad.

INVOCACIÓN. — ¡ Oh clemente! ; oh misericordiosa! ; oh dulcísima María! Dignaos hacer elocuente al predicador y atento al auditorio, para que los malos se corrijan, los buenos se hagan mejores, y unos y otros os saluden lo más frecuente y dignamente posible durante su vida toda entera. Ésta es la resolución que me propongo hacer adoptar á vuestros hijos que vendrán á escuchar mis humildes discursos sobre la salutación angélica. ¡ Oh María! os lo suplico, dignaos inspirarnos este santo proposito y ayudarnos á cumplirlo y tendremos asegurada nuestra suerte eterna. — *Ave Maria*.

Primera parte. — Carísimos hermanos, cuando yo hago á mis discípulos del catecismo la siguiente pregunta: « ¿Cuál es, después de la oración dominical, la plegaria más usada y venerada entre los fieles? » vuestros hijos me contestan, como lo hicisteis vosotros mismos en otro tiempo: « Es una oración que se dirige á la santísima Virgen, y que se llama el *Ave María* ó la Salutación angélica. »

Vais á ver, hermanos míos, como esta respuesta no esta desprovista de sentido, sino por el contrario muy acertada. Sí, la oración que nosotros enviamos como prenda de veneración profunda, de filial amor y de firme confianza, hasta al pié del trono de nuestra Madre que es-

tá en los cielos, esta oración es la más preciosa después del *Padre nuestro*; es como su hermana: voy más léjos todavía, y no vacilo en llamar á la Salutación angélica, Oración dominical, es decir, oración compuesta por el Señor. ¿ Se necesita más para demostrar su excelencia? Nó, indudablemente que nó. Pero imagino que desearéis estar seguros de que es realmente el Altísimo el autor de una fórmula tan agradable al oído y tan melosa para los lábios del verdadero cristiano, y voy á satisfacer este legítimo deseo.

De buenas á primeras se podría creer que Gabriel, Elisabet y la Iglesia, tuvieron parte solos en la redacción del *Ave Maria*; mas, por poco que se quiera reflexionar, se adquirirá la persuasión de que ellos no hicieron más, si puedo expresarme de este modo, no hicieron más que escribir bajo el dictado del Maestro del cielo y de la tierra. En efecto, el arcángel es el enviado del inmortal Rey de los siglos: ahora bien, un embajador, só pena de ser infiel á su misión, debe emplear el lenguaje prescrito por su soberano; por lo tanto no puede haber duda alguna de que, aquel príncipe de la córte divina transmitió exactamente á la Virgen de Nazareth las palabras del monarca de los cielos. « Yo te saludo, llena de gracia; el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres: *Ave, gratia plena; Dominus tecum, benedicta tu in mulieribus* (1).

Poco después de esta gloriosa entrevista, María visitó á su prima. Al entrar en casa de Zacarías, nos afirma san Lucas que ella saludó á Isabel. En cuanto Isabel hubo oído la voz de María que la saludaba... sintió se llena del Espíritu Santo, y dijo á su parienta: « Bendito es el fruto de tu vientre: *Benedictus fructus ventris tui* (2). Acabais pues de oírlo, hermanos míos, el Eterno fué quien habló por boca de Isabel; ésta no fué más que el eco de las palabras que había hecho resonar en el fondo de su alma.

Finalmente Dios mismo es quien dictó estas otras palabras: « *Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus, nunc et in hora mor-*

(1) San Lucas, I, 29.

(2) San Lucas, I, 42.

*lis nostræ. Amen.* » Creo sin embargo oíros decir : «Nó, la Iglesia es quien se ha permitido añadirlas. » Lo reconozco con vosotros, amados hermanos míos, pero la Iglesia ¿ no está asistida por lo alto ? ¿ No obra en nombre de Jesucristo ? ¿ no se guía por su inspiración ? Entonces también Nuestro Señor Jesucristo es quien ha hablado por mediación de su Esposa.

De ahí este pasaje del glorioso san Francisco de Sales : « ; Oh santa Salutación ! ¡ oh auténticas alabanzas ! ¡ oh ricos y discretos honores ! El gran Dios los has dictado, un gran evangelista los ha anotado, toda la antigüedad los ha practicado y nuestros abuelos nos los han enseñado (1). »

« *Cogitabat qualis esset ista salutatio.* » Hermanos míos, ¿ hemos pensado alguna vez seriamente en lo que podía ser esta salutación ? ¿ hemos meditado bien alguna vez su excelencia ? En la manera como la mayor parte de nosotros la reza, nadie lo diría. Un obrero que trabaja el oro ó el diamante pone sumo cuidado en no deteriorar ó perder la más insignificante partícula ; sin contar con que su jefe, que le vigila, no dejaría de reprenderle seriamente, si le encontrase descuidado : « ; Desgraciado ! le diría. ¿ Con esta negligencia manejas metales de tanto valor ? Procura poner más atención y cuidado ; que no vuelva á sorprenderte en lo sucesivo, porque sinó te haré pagar tu descuido ó te despediré. »

Ahora bien, cristianos, las palabras del *Ave Maria* son, por decirlo así, perlas, y mucho más preciosas que las de este mundo, puesto que vienen del paraíso, como de ello os habeis podido convencer. ; Y nosotros os aríamos pretender que el Maestro celestial debería no solamente no castigarnos, sinó por el contrario recompensarnos, cuando nos ve á nosotros, los obreros de nuestra propia salvación, manipular con tanta dejadez los divinos rubíes de la Salutación angélica, es decir cuando nos oye que la tarareamos á toda prisa, sin muestra alguna de piedad, con perpétuas distracciones ! ; Ah, hermanos míos muy amados ! tomemos desde este momento, la firme resolución de decirla, nó únicamente con

(1) San Francisco de Sales, edición Vivès, t. V, pág. 215.

los lábios, sinó desde el fondo del corazón. ; Es tan preciosa ! ; es tan suave !

*Segunda parte.* — « Un valeroso y noble caballero, después de haber combatido por Dios y por la Virgen en las guerras santas de las Cruzadas, había venido á deponer su pesada armadura á la puerta de un monasterio de la Orden de Citeaux, y solicitaba el honor de combatir desde aquel momento en las filas de aquella sagrada milicia. No siempre estaban juntas la nobleza y la ciencia en aquellos tiempos en que los hijos de los héroes firmaban sin leer, con la vaina de su espada.

Los monjes pues quisieron instruir bien al nuevo religioso en las sagradas Escrituras. Le fué dado por maestro un buen anciano que llenó con celo su piadoso deber. Pero el discípulo, después de esfuerzos los más constantes, de todas sus lecciones, pudo únicamente retener estas dos palabras latinas : *Ave Maria*. En ellas encontraba un indecible encanto y maravillosos significados.

Acostumbróse á repetir las con un placer siempre nuevo, de suerte que pasó el resto de su vida meditando aquellas dulces palabras. Algunos años después se durmió en la paz del Señor y fué enterrado en el cementerio del convento. Al día siguiente se vió que de su tumba había brotado un lirio de deslumbradora blancura. Encima de cada una de sus flores había, escritas en caracteres de oro, estas dos palabras : *Ave Maria*. Todos los religiosos acudieron para contemplar aquella maravilla. Abrióse la tumba, y se vió que las raíces del lirio estaban en la boca misma del buen caballero que tantas veces había pronunciado aquellas palabras de bendición. Con este milagro, Dios había querido mostrar que, habiendo sembrado en las bendiciones de Jesús y de María, había recojido bendiciones eternas en el cielo : « *Qui seminat in benedictionibus, de benedictionibus et metet* (1).

Este episodio histórico, hermanos míos, es más persuasivo que los más hábiles argumentos ; pero, lo digo con toda franqueza, un prodigio de esta naturaleza nó me causa gran sorpresa. Dios, que no está sujeto al error ni á la mentira, nos asegura, por boca del Salmista, que sus palabras son más suaves al paladar que el panal de miel más exquisito : « *Super mel ori meo... dulciora super mel et favum* (2). » Y como os lo he demostrado en la primera parte de esta instruc-

(1) Grande Vie des Saints, edición Vivès, t. VIII, pág. 33.

(2) Salmos CXVIII, 103 y XVIII, 11.

ción, las palabras que componen el *Ave María* fueron inspiradas por el Altísimo mismo; no es pues sorprendente que las almas piadosas encuentren en ellas un olor que sobrepuja á todos los de la tierra.

¿Porqué la rosa es la reina de las flores? Porque sobrepuja á todas en olor de suavidad.

María, queridos hermanos míos, es la rosa mística. La Iglesia la designa bajo esta denominación, en las letanías que se ha complacido en componer en honor suyo. ¿Creéis que ha obrado sin motivo al llamar así á la santísima Virgen? Oh, nó! Antes bien ha querido mostrarnos que la Reina del cielo es inefablemente suave, y que el *Ave María*, dicho con fervor, exhala un perfume celestial en el alma creyente, y le da gusto para el servicio de Dios.

¿Queréis, cristianos, hacer de esto sin demora la saludable prueba? » *gustate et videte quoniam suavis est.* » Rezad sin precipitaros esta admirable oración; reflexionad uno ó dos segundos, si no sobre todas las palabras, á lo menos sobre cada frase; figuráos que estais en presencia de la Soberana divina que os escucha. Siguiendo este consejo, encontraréis en la repetición de la salutación del arcángel Gabriel, una alegría que no habeis experimentado aún; un consuelo, que jamás habeis probado; un sabor, que nunca hubierais sospechado.

Amados hermanos míos, en vez de entrar en algunas consideraciones tocante al *Ave María*, creo más provechoso para vosotros citaros un ejemplo, diferente del que os he referido ya, pero encaminado aproximadamente al mismo fin. Está referido por un misionero poderoso en obras y en palabras.

« Un gentilhomme, dice, de tan desaregladas costumbres como de nacimiento distinguido, se había acostumbrado á la crueldad y á las acciones más infames. Viviendo generalmente en el campo, habitaba una fortaleza construída sobre una peña; mandaba á sus gentes que robasen á todos los que pasaban por sus tierras, de suerte que se había hecho capitán de ladrones, y esparcía el terror por todos los alrededores. En medio de este desbordamiento de maldades, tenía sin embargo de bueno que, ni por todo el oro del mundo, habría dejado de rezar, ni un solo dia, un *Ave María* en honor de la Virgen santísima, procurando decirla con alguna devoción. Ahora bien, aconteció que un santo religioso, pasando por allí, cayó en poder de aquellos hombres,

que tenían por horrible oficio el de bandidos. No teniendo nada que perder, no se desanimó, y hasta dijo á aquellos miserables que le llevasen á la presencia de su amo, porque tenía asuntos muy importantes que comunicarle.

« Señor, le dijo, en cuanto estuvo en su presencia, tengo de hablaros de una cosa sumamente grave; pero quiero que todas vuestras gentes estén reunidas delante de mí, porque lo que tengo que comunicaros no les es menos necesario que á vos.

El gentilhomme les hizo convocar inmediatamente; y cuando todos estuvieron reunidos: — ¿Ésta, preguntó el religioso, es toda vuestra gente? — Toda, contestó el noble. — Dispensad, replicó el monje, falta vuestro ayuda de cámara. — Teneis razón, padre; que se llame, y que venga inmediatamente. » Pero éste no quería entrar; fué menester llevarle á la fuerza, y volvía la cabeza de uno á otro lado como si estuviese frenético. — « ¿Quién eres tú? exclamó con tono de autoridad el santo religioso; de parte de Dios te mando que declares aquí, delante de todos, quién eres tú. — No soy un hombre; soy un demonio. — ¿Porqué has permanecido tanto tiempo en la morada de este señor? — He permanecido catorce años, ocupado en servirle, para ver si, con mis ardidés, podría hacerle omitir, aun cuando hubiese sido por un solo dia, el rezo del *Ave María*; porque si faltase á esta práctica, tenía orden de Dios de estrangularle y arrastrar conmigo su alma al infierno. » Dichas estas palabras, desapareció.

Postráronse entonces todos con la cara contra el suelo. El gentilhomme, más que todos, prorrumpió en sollozos, dió gracias á María por haberle librado del poder del demonio en cambio de un tan débil homenaje, cambió inmediatamente de vida, y se portó desde entonces como un excelente cristiano (1).

PERORACIÓN. — ¡Oh hermanos míos muy amados! este rasgo de misericordia de parte de la Virgen todopoderosa, por su intercesión, debe eternecernos hasta arrancarnos lágrimas, ha de darnos una elevada idea de la excelencia y suavidad de la salutación angélica. Un jefe de bandidos, hasta en los más fuertes de sus crímenes no perdía de vista esta dulce oración, y hacía de modo de rezarla con piedad. ¿Y nosotros, cristianos, tendríamos la osadía de omitirla un solo dia? ¿Las

(1) San Leonardo de Port-Maurice, *Serm. pour Mess.*, tomo II, edición Costerman, pág. 90.

encontraríamos insípida? No, divina María, no volverá á suceder desde hoy hacemos el santo propósito de repetirlos, con el alma y lo más frecuentemente posible: « Dios te salve, María, llena de gracia, el Señor es contigo; bendita eres tú entre todas las mujeres y Jesús el fruto de tus entrañas, bendito es. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pobres pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte... » Así sea.

## INSTRUCCION DECIMO OCTAVA.

### EL AVE MARIA.

#### INSTRUCCION SEGUNDA.

##### SALUTACION DEL ARGANGEL A MARIA.

TEXTO. — *Cogitabat qualis esset ista salutatio...* Pensaba ella cuál podía ser aquella salutación.

(SAN LUCAS, CAP 1, VERS. 29.)

EXORDIO. — Hermanos míos muy amados; refiere un misionero que predicando en una ciudad de Francia, fué llamado á casa de un gran pecador anciano, cuya vida nada había tenido de edificante. Echó el viejo los brazos al cuello del hombre de Dios, diciéndole: « ¡Aquí teneis á un miserable, salva dme! » Le tranquilizó el misionero y le suplicó, para mayor gloria del Señor, que le explicase qué era lo que le había convertido: — « Lo ignoro, contestó el anciano. — ¿Habéis asistido á las pláticas de la misión? — A ninguna. — ¿Vuestros amigos os han aconsejado tal vez que volviérais á Dios? — No tal. — ¿Ibais quizás á los oficios? — Jamás. » Los ojos del sacerdote fueron á fijarse en una imágen de la santísima Virgen. — « ¡Cómo! exclamó. ¡Un cuadro semejante en vuestra casa! — Sí, padre, es lo único que he respetado, y recuerdo que cada día rezo un *Ave Maria* delante de esta imágen (1). »

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. — Esta historia de un pecador, para quien toda la religión se reasumía en el rezo de un *Ave Maria*, como última muestra de respeto á la santísima Virgen, me proporciona el plan y la distribución de un discurso, en el cual trataré, hermanos míos,

(1) Poussin, *Cat. hist.* tomo III, pág. 263.

de manifestaros el significado de la salutación y el derecho que María tiene á esta salutación.

INVOCACIÓN. — Madre Inmaculada de Jesucristo, dignaos rogar al Espíritu Santo que haga brillar en nuestra inteligencia un rayo de su luz, y en nuestro corazón una chispa de su amor, á fin de que podamos contemplar la verdad en todo su esplendor y nos guste de cumplir nuestro deber en toda su extensión. — *Ave Maria*.

Primera parte. — Amados hermanos míos, supongamos que vuestros hijos al despertarse se os presentan delante serios y mudos como unas estatuas de mármol; que en lugar de dirigiros una sola palabra ó de haceros un ligero saludo, ni tan siquiera se dignan halagaros con una sonrisa ú honraros con una mirada. ¿No sería injusto afirmar que os demuestran cariño?.. ¡Oh! sí.

Supongamos que unos feligreses encuentran á aquel que les fué dado para que les guíe en el camino del cielo, que derramó sobre su cabeza el agua de la regeneración, y que depositó sobre su lengua la hostia de la primera comunión; supongamos que pasan por el lado del enviado de Jesucristo, sin quitarse la gorra ni despegar los labios. ¿Debe decirse que le injurían? Indudablemente.

Supongamos que un criado penetra en el cuarto de su señor y que no le da los buenos días; que un estudiante llega delante de su profesor y no se descubre; que un obrero se presenta á su amo sin saludarle; que un militar ve á su jefe, sin hacerle el saludo de ordenanza. ¿No se debe reconocer que estos subordinados desprecian á sus superiores? Evidentemente que sí.

Cuando escribimos á personas hasta de muy mediana condición, no omitimos, por poco que conozcamos las conveniencias sociales, terminar la carta con un saludo más ó menos amable. Los romanos lo colocaban en el encabezamiento de sus misivas, como lo atestiguan las cartas de Plinio, pero su objeto era el mismo.

Todo esto, hermanos míos muy amados, ¿no prueba que la intención de todo aquel que saluda á tal ó cual personaje es la de hacerle una demostración de honor ó de dependencia, de gratitud ó de sumisión, de confianza ó de amor?

Este uso, por lo demás, se remonta al principio del género humano,

encontraríamos insípida? No, divina María, no volverá á suceder desde hoy hacemos el santo propósito de repetirlos, con el alma y lo más frecuentemente posible: « Dios te salve, María, llena de gracia, el Señor es contigo; bendita eres tú entre todas las mujeres y Jesús el fruto de tus entrañas, bendito es. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pobres pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte... » Así sea.

## INSTRUCCION DECIMO OCTAVA.

### EL AVE MARIA.

#### INSTRUCCION SEGUNDA.

##### SALUTACION DEL ARGANGEL A MARIA.

TEXTO. — *Cogitabat qualis esset ista salutatio...* Pensaba ella cuál podía ser aquella salutación.

(SAN LUCAS, CAP 1, VERS. 29.)

EXORDIO. — Hermanos míos muy amados; refiere un misionero que predicando en una ciudad de Francia, fué llamado á casa de un gran pecador anciano, cuya vida nada había tenido de edificante. Echó el viejo los brazos al cuello del hombre de Dios, diciéndole: « ¡Aquí teneis á un miserable, salva dme! » Le tranquilizó el misionero y le suplicó, para mayor gloria del Señor, que le explicase qué era lo que le había convertido: — « Lo ignoro, contestó el anciano. — ¿Habéis asistido á las pláticas de la misión? — A ninguna. — ¿Vuestros amigos os han aconsejado tal vez que volviérais á Dios? — No tal. — ¿Ibais quizás á los oficios? — Jamás. » Los ojos del sacerdote fueron á fijarse en una imágen de la santísima Virgen. — « ¡Cómo! exclamó. ¡Un cuadro semejante en vuestra casa! — Sí, padre, es lo único que he respetado, y recuerdo que cada día rezo un *Ave Maria* delante de esta imágen (1). »

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. — Esta historia de un pecador, para quien toda la religión se reasumía en el rezo de un *Ave Maria*, como última muestra de respeto á la santísima Virgen, me proporciona el plan y la distribución de un discurso, en el cual trataré, hermanos míos,

(1) Poussin, *Cat. hist.* tomo III, pág. 263.

de manifestaros el significado de la salutación y el derecho que María tiene á esta salutación.

INVOCACIÓN. — Madre Inmaculada de Jesucristo, dignaos rogar al Espíritu Santo que haga brillar en nuestra inteligencia un rayo de su luz, y en nuestro corazón una chispa de su amor, á fin de que podamos contemplar la verdad en todo su esplendor y nos guste de cumplir nuestro deber en toda su extensión. — *Ave Maria*.

Primera parte. — Amados hermanos míos, supongamos que vuestros hijos al despertarse se os presentan delante serios y mudos como unas estatuas de mármol; que en lugar de dirigiros una sola palabra ó de haceros un ligero saludo, ni tan siquiera se dignan halagaros con una sonrisa ú honraros con una mirada. ¿No sería injusto afirmar que os demuestran cariño?.. ¡Oh! sí.

Supongamos que unos feligreses encuentran á aquel que les fué dado para que les guíe en el camino del cielo, que derramó sobre su cabeza el agua de la regeneración, y que depositó sobre su lengua la hostia de la primera comunión; supongamos que pasan por el lado del enviado de Jesucristo, sin quitarse la gorra ni despegar los labios. ¿Debe decirse que le injurían? Indudablemente.

Supongamos que un criado penetra en el cuarto de su señor y que no le da los buenos días; que un estudiante llega delante de su profesor y no se descubre; que un obrero se presenta á su amo sin saludarle; que un militar ve á su jefe, sin hacerle el saludo de ordenanza. ¿No se debe reconocer que estos subordinados desprecian á sus superiores? Evidentemente que sí.

Cuando escribimos á personas hasta de muy mediana condición, no omitimos, por poco que conozcamos las conveniencias sociales, terminar la carta con un saludo más ó menos amable. Los romanos lo colocaban en el encabezamiento de sus misivas, como lo atestiguan las cartas de Plinio, pero su objeto era el mismo.

Todo esto, hermanos míos muy amados, ¿no prueba que la intención de todo aquel que saluda á tal ó cual personaje es la de hacerle una demostración de honor ó de dependencia, de gratitud ó de sumisión, de confianza ó de amor?

Este uso, por lo demás, se remonta al principio del género humano,

y se vuelve á encontrar en todos los pueblos. Verdad es que el modo de manifestar aprecio no es el mismo en todos los países ; en el Indostán, por ejemplo, se toca la barba de aquel á quien se quiere honrar ; pero lo que es incontestable es que el saludo, sea cual fuere la manera como se verifica, es una demostración de respeto hácia las personas á quienes se dirige. Ved ahí, hermanos míos, su significado. He dicho que la costumbre de saludar es tan antigua como nuestros primeros padres, hasta me atreveré á decir que lo es más. No había aún en la tierra ni un hombre, y había ya millones de ángeles en el cielo ; éstos, apenas hubieron sido creados, se prosternaron ante Dios. ¡ Gratitude á vos, Bienhechor infinito ! ; Homenaje á vos, Señor omnipotente ! ; Honor á vos, Monarca supremo ! ; Gloria á vos, Majestad de las majestades ! ; Santo, santo, santo es el Señor de los ejércitos, en todos los siglos de los siglos !.. Tal es la salutación que los príncipes de la corte celestial dirigieron á su Creador, al salir de sus manos : *Incessabili voce proclamant* : y seguirán repitiéndola á través de la eternidad, y esta ocupación les proporcionará siempre encantos nuevos. A decir verdad, el grado más elevado de respeto es la adoración que solamente Dios merece ; cuando pues le adoran los espíritus bienaventurados, y lo hacen sin cesar, ésta es la mayor demostración de respeto que le pueden dar, la más bella forma de salutación que son capaces de emplear.

Y si queremos hacer averiguaciones en nuestros recuerdos de historia santa, veremos que, además de los ángeles, hubo otros seres que, formados antes que los humanos, saludaron al Criador. En efecto, cuando vino al mundo el hombre, tenía por encima de su cabeza el firmamento con sus maravillas y á sus piés la tierra con sus galas. Ahora bien, desde la mañana de su existencia todas estas criaturas dirigieron, á su manera, el saludo de su gratitud y amor al gran Dios que las había sacado de la nada. Esto durará hasta al fin de los siglos : la flor no se cansará de enviar sus perfumes, ni el sol sus luces, ni el ave sus cantos, á la faz del soberano Señor de todas las cosas, como prendas, en cierto modo, de dependencia, respeto y gratitud.

Creo haber mostrado en toda su fuerza, amados míos, el significado de la salutación. *Cogitabat qualis esset ista salutatio* ; hoy es domingo

este día os está concedido, como sabeis, no solamente para que descanséis del trabajo de la tierra, sino también para que os ocupéis de las cosas del cielo. ¿ No sería absurdo dedicar toda la semana á los cuidados del cuerpo perecedero, y no consagrar ni una hora á los intereses de un alma inmortal ? ; Ah ! ; qué hermoso sería, padres cristianos, estar reunidos todos en familia el domingo por la tarde y repetir el sermón del predicador ! ; Cuántas bendiciones descenderían sobre vosotros y sobre vuestros hijos, si adoptaseis esta línea de conducta ! ; Y bien ! ; ¿ qué es lo que os priva de hacer el ensayo de un método tan saludable ? En esto perderían las tabernas, pero las familias saldrían gananciosas.

Me atrevo á esperar que si no todos, muchos á lo menos seguirán mis consejos ; y que meditarán un instante sobre el segundo punto que voy á desarrollar : *Cogitabat qualis esset ista salutatio*.

*Segunda parte.* — María, piadosos fieles, tiene derecho á la salutación por más de una razón. Es de la nobleza más elevada, brilla con el esplendor de las virtudes, es Reina del cielo y de la tierra es Madre de Dios y del hombre ; el Omnipotente mismo la saluda y nos ordena que la respetemos.

La pobreza de María nada quita á la grandeza de su origen ; aquella desnudez no era efecto de la casualidad, sino una disposición de la Providencia... Aquel que había de nacer en el establo de Belén no quería que su Madre participase de los tesoros de la tierra. Esto dicho, amados hermanos míos, no os será difícil reconocer en María á la descendiente de los monarcas, entre los cuales David y Salomón fueron los más célebres. Ahora bien, es incontestable que una princesa tiene derecho á que se la rindan honores ; no hacerlo, es ofenderla en gran manera. El último alcalde de una nación cualquiera se sentiría ó se creería agraviado, si alguno de sus administrados dejase de saludarle. ¿ Y habrá quien se atreva á pretender que se reverencia á la santísima Virgen, no diciéndola ni un *Ave Maria* ?

Pero, aun cuando se sea de sangre real, se puede dejar que desear por más de un concepto, y esto no es raro. Pero no acontece con María. El esplendor de sus cualidades la eleva sobre el lustre de su nacimiento ; está adornada con los diamantes de todas las virtudes.

Ahora bien, hermanos míos, por poca educación que tengamos, ¿no nos complacemos en dar muestras de respeto á una persona que sea conocida de todo el mundo por su gran caridad, por su invencible paciencia, su tierna compasión, su dulce modestia, su exquisita servicialidad, su piedad angelical, su inalterable abnegación? Pues nada más razonable que ofrecer los homenajes de la más profunda veneración á María, puesto que todas las perfecciones de los santos y de los ángeles, comparadas con las suyas, resultan tan pálidas como la luna en presencia del sol. La historia nos asegura que la antigua Roma honraba completamente á las Vestales, porque eran vírgenes ó tenidas como á tales. Cuando subían al Capitolio, las banderas se inclinaban delante de ellas, los cónsules las cedían el paso y el mismo emperador las saludaba. Si fuese permitido comparar la virginidad pagana con la de María, la Virgen sin mancilla, yo, hermanos míos, diría: ¿Con cuánta mayor razón se debe saludar, de boca y de corazón, á la criatura que, entre tantos millones de ellas, fué la única que estuvo preservada de la mancha original, y que permaneció immaculada hasta su postrer suspiro?

Si el universo formase no más que un reino, ¿cuán gloriosa reina de él sería!; Cuán extendido estaría su poder!; Con qué sobrecojimiento no tendríamos que dirigirnos á su majestad! Jamás nos inclinaríamos demasiado profundamente delante de ella. ¿Y porqué? Porque representaría la autoridad en su plenitud... Pues bien, hermanos míos, ¿qué es esto en comparación del poder de María? Poco ó nada. Ella no solamente es la soberana de la tierra, sino que lo es además del cielo. Lo cual significa que todas las muestras de reverencia posibles, dadas á esta Reina admirable por los débiles humanos, no son ni la millonésima parte de las muestras de veneración que se le deberían dar..

Pero si esta soberana incomparable es además Madre de Dios y del hombre, adquiere un derecho todavía mayor al respeto de todos y de cada uno de nosotros. No necesito explicaros que todos nosotros somos hijos de María; este precioso título está grabado en nuestro corazón en letras de oro y desde mucho tiempo. Tampoco he de probaros que una madre tiene derecho á las saluciones de aquellos á quienes ha llevado

en sus entrañas, alimentado con su leche y cubierto de sus besos. De consiguiente, es menester apresurarse á cumplir un deber de tan alta conveniencia para con la augusta Virgen que nos lleva en su corazón, desde que Jesús nos la dió por Madre, en la persona de san Juan, su discípulo amado. No hacerlo así, es ser peor que un infiel; *est infideli deterior*.

Por último el Altísimo mismo nos encarga que honremos á su Madre, que lo es nuestra también: *Honora matrem tuam*; y él es el primero que nos da el ejemplo de respeto por ella, puesto que el arcángel sólo le sirve de interprete. El Padre fué imitado por su Hijo. Durante su vida en la tierra, Jesús repetía con una ternura inefable: «Yo te saludo, María, llena de gracia; el Señor es contigo.» Porque sabía que aquella salutación gustábase infinitamente á la Virgen Inmaculada... Los santos, que continuamente ante sus ojos tenían á su modelo, para amoldarse á él según sus facultades, encontraban tantos encantos en el *Ave María*, que repetidas veces caían en éxtasis cuando la rezaban. Sigamos, amados hermanos míos, tan nobles huellas, no os diré muy de cerca, pero sí de no muy lejos.

PERORACIÓN. — Voy á citaros un ejemplo verdaderamente conmovedor y muy instructivo que no desdice de mi objeto, y que le sirve de peroración. En 1848, después de la revolución francesa, el prefecto de la Gironda dijo un día á su comisario de policía: «Todos los domingos, á eso de las cinco de la tarde, mientras me paseo por mi terrado, observo que me saluda un jóven rubio de una veintena de años. Haced de modo de encontraros por ahí á esta hora y de saber quién es este sujeto.»

Tres días después, llega el comisario y dice: «Señor prefecto, vuestro jóven es un oficial zapatero. Vive con su madre, viuda y medio enferma, en una buhardilla del n.º 17 de la calle de Santa Catalina. Es laborioso, prudente, económico y religioso. No sois vos la única autoridad á quien saluda: hace lo mismo con el señor general de division, con el señor general de brigada, con el señor arzobispo, y demás. El amor que tiene á su madre es la admiración del barrio. Parece que se priva de todo para cuidarla. Se llama Víctor Roblot.»

Aquel día nuestro Roblot se encontraba, al hacer sus cuentas, con

55 francos de entrada solamente, contra 70 francos de gastos, de modo que no sabía cómo arreglárselas para no causar inquietud á su madre. En tal estado las cosas, preséntase en su buhardilla un lacayo con librea blanca y oro, y le dice : « ¿ Sois vos realmente Victor Roblot? — Sí, señor. — El señor prefecto desea hablaros ; os aguarda, presentáos á la una de la tarde. — Es que hay muchos Roblot. — Me han enviado al número 17 de la calle de Santa Catalina. — Entonces realmente se trata de mí. Pero ¿ qué me puede querer el señor prefecto? Yo soy un obrero pacífico y no me mezclo en política. — Tranquilizáos ; aun cuando el señor prefecto no me haya hecho confidencia alguna, creo que la política no entra por nada en este asunto. Si hubiese algo que temer de vos, se os habría enviado á alguien más temible que yo. »

Victor Roblot, pues, se presentó en casa del señor prefecto á la hora señalada.

— ¿ No sois vos, le dijo el magistrado, que os permitis saludarme cada vez que me veis?

— Sí, señor prefecto, soy yo ; pero creía hacer bien ; no quería ofenderos.

— Parece que también saludais á todas las autoridades. ¿ Es verdad?

— Sí, señor prefecto ; pero, os lo repito, creo obrar bien.

— Teneis razón, amigo mio ; pero ¿ de dónde proceden estos hábitos de respeto ?

— Al enseñarnos el catecismo, y al explicarnos el cuarto mandamiento: *Honrarás padre y madre*, el señor abate Troupinier nos ha dicho que este mandamiento nos obliga á honrar, no solamente á nuestro propios padres, sinó además á nuestros superiores espirituales y temporales, y desde entonces es que sigo la costumbre de saludar á las autoridades.

— Estoy seguro de que vuestros camaradas os lo critican.

— Es verdad ; pero si uno quisiese escuchar á los camaradas...

— Hablemos ahora de otra cosa ; ¿ van bien los negocios?

— Así, así : hay épocas malas.

— Pues bien : os encomiendo mi servicio y el de mis gentes y os autorizo para anunciaros en todo y por todo como á *Zapatero de la*

*Prefectura*, y además, ahí teneis un billete de mil francos, para que podais hacer las compras necesarias. Esta cantidad me la devolveréis con los trabajos que os encargare (1). »

¡ Ojalá, hermanos míos, que profeseis á la autoridad más elevada después de la de Dios, es decir á vuestra divina Madre, un amor y un respeto que sean la admiración de los ángeles y de los santos! *Et habebis thesaurum in caelis* (2), y todos los millones, enterrados en las cuevas de todos los bancos del mundo, son granos de polvo, comparados con los tesoros que María os reserva en el cielo. Así sea.

(1) Periódico *l'Ouvrier*, Le Cordonnier de la Préfecture.

(2) San Lucas, cap. XVIII, vers. 22.

## INSTRUCCION DECIMONOVENA.

## EL AVE MARIA.

## INSTRUCCION TERCERA.

## SALUTACIÓN DEL ARCANGEL A MARÍA

TEXTO. — *Cogitabat qualis esset ista salutatio.* Pensaba ella cuál podía ser aquella salutación.

(SAN LUCAS, CAP. I, VERS. 29.)

EXORDIO. — Carísimos hermanos, ¿cuán malo es el aspirar á la gloria mundana (1)! Esta gloria se parece á la rosa que se conserva fresca un día y que al día siguiente pierde sus hojas. Las dignidades del siglo son frágiles cual telarañas, y el brazo de la muerte las desgarran sin trabajo. Lo que tiende á alejarnos de nuestro Criador y nos impide realizar nuestro destino, no es digno de nuestro aprecio ni de nuestro amor. Dejemos correr en pos del fantasma de los perecederos honores de este suelo á los que tienen la locura de negar la existencia de otro mundo; nosotros, cristianos, suspiremos únicamente por lo que pueda hacernos eternamente dichosos en el cielo. « Si participamos de las distinciones y riquezas de la tierra, *nohite cor apponere*, no adhiramos á ellas nuestro corazón», dice el Salmista. Sirvámosnos únicamente de ellas según la voluntad del Altísimo. Sólo él confiere, en éste y en el otro mundo, el título de la verdadera gloria.

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. — Hízolo para María, cual probaré de demostrároslo en el discurso cuya división es como sigue. Nada más glorioso ni más agradable para la santísima Virgen que la salutación angélica.

(1) Salmo LXI, vers. 11.

INVOCACIÓN. — ¡Oh poderosa Protectora! Como Dios nos asegura que, servirle con fidelidad es reinar en el tiempo y merecer triunfar en la eternidad, os suplicamos, con todo el fervor de que somos capaces, que nos inspireis una confianza y un afecto sin límites, para una oración que tanto os honra y os complace. ¡Ah, Virgen dulcísima, ayudadnos á rezarla lo más frecuentemente y lo mejor posible, á fin de que nos sea dado servir bien al Señor en este valle de lágrimas, y reunirnos con vos en el reino de las delicias! — *Ave Maria.*

Primera parte. — Amados hermanos míos, el doctor seráfico, cuya devoción por la santísima Virgen no conocía límites, compuso en honor suyo una oda de un lirismo divino. Cada alabanza que la dispensa, la empieza con esta palabra del celestial embajador: *Ave*, yo os saludo; y luego en cada una de las ciento y cincuenta estrofas de su admirable himno, llama á María: « Arbol de vida, Reina de los siglos, de los príncipes y de los reinos, Virgen digna y amada de Dios, Lirio brillante de blancura, Rosa sin espinas, Panal de miel, Luz del mundo, Templo del Señor (1). »

Ved ahí, amados hermanos míos, algunas de las innumerables finezas que repetía san Buenaventura á María, inspirado como estaba por su filial amor hácia esta Madre tan tierna.

Pues bien, amados hermanos míos, todos estos títulos con que este hombre, no menos grande por su talento que por su virtud, adornaba á la Soberana del cielo y de la tierra, no pueden tener sentido más profundo, ni contener tan maravilloso elogio como el sentido y el elogio que encierran estas palabras tan sencillas en apariencia: « Dios te salve, María, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres; *Ave Maria, gratia plena, Dominus tecum; benedicta tu in mulieribus.* » Impotente es la lengua humana para expresar la gloria que este divino saludo hace recaer sobre la santísima Virgen. ¿Qué otra criatura oyó semejantes felicitaciones de parte del Maestro supremo de todas las cosas? ¿Qué princesa tuvo jamás un parecido honor? Tal saludo estaba únicamente reservado á aquella á quien

(1) *Psalt. mimes B. V. M.*

« el Altísimo mismo, dice san Buenaventura, no podría hacer más grande, *Ipsa est quam majorem facere non potest Deus.* »

San Juan Crisóstomo, maravillado de la gloria que la salutación del Arcángel proporciona á la Virgen sin mancilla, expresa su entusiasmo en estos términos : « Carísimos hermanos míos, la bienaventurada Virgen es un milagro deslumbrador. ¿ Vióse, podráse encontrar jamás una persona... más ilustre ? Ella es la única que excede en dignidad á los habitantes del cielo y de la tierra... Ni los profetas, ni los apóstoles, ni los mártires, ni los patriarcas, ni los ángeles, ni los tronos, ni las dominaciones, ni los querubines, ni los serafines, en una palabra, ninguna criatura visible ó invisible puede igualarla en grandeza ni excelencia (1). »

¿ Hemos de sorprendernos, hermanos míos ? Nó, porque cuando el Señor honra á alguien, los honores que le concede son superiores á los que otorgan los reyes mortales, tanto como el cielo lo es á la tierra. Si Dios hace esto por el sér que ocupa el último lugar en su reino, ¿ figuráos qué gloria debía dispensar á la futura Soberana del paraíso !

Un emperador, en el apogeo de su poder, visitó un día á una religiosa, conocida de toda la capital por sus heroicas virtudes (2). Muy honroso era seguramente para una humilde hermana... Mas, después de todo, aquella demostración de respeto sólo procedía de un simple mortal. Pero aquí, cristianos, ¿ quién es el que se digna inclinarse en presencia de María ? La adorable Trinidad misma : « Hija mía muy amada, dice el Padre, tú no has defraudado mis esperanzas, te has mostrado digna de mis favores, ¿ obra maestra de mis manos, yo te saludo ; te felicito, oh Virgen sin mancilla ! »

« Mujer por excelencia, añade el Hijo, tu alma es el templo que he escogido yo ; tú mereces que te tome por madre. ¿ Oh privilegiada de la gracia, te saludo ; te felicito, criatura bendita entre todas las demás ! »

« Belleza sin igual, continúa el Espíritu Santo, tu pureza eclipsa la de los serafines ; tú eres una esposa digna de Dios. ¿ Oh amada de mí

(1) S. Juan Crisóstomo, *apud Metaphrasten.*

(2) Napoleón III y sor Rosalía.

corazón, yo te saludo ; te felicito, compañera del Señor ! *Dominus tecum.* »

*Cogitabat qualis esset ista salutatío.* ¿ No comprendéis ahora, hermanos míos muy amados, que la salutación angélica es infinitamente honrosa para la santísima Virgen ? Y por lo tanto, exclama san Buenaventura : « ¿ No es menester saludarla con devoción y con respeto (1) ? »

Siendo esto así, el *Ave Maria* debe tener también grandes atractivos para la Virgen santísima, porque fué inspirada por Dios que, en todas las circunstancias, procuraba hacerse agradable á su Madre. Por otra parte, ¿ quién ha de figurarse que el celestial embajador no ha recibido órden del Rey de los reyes para decir las más cariñosas frases á la futura Soberana de cielo y tierra ? ¿ Quién ha de imaginarse que no es el Espíritu Santo quien ha sugerido á Isabel y á la Iglesia las palabras más suaves al dirigirse á la más pura de todas las vírgenes ? De lo cual, piadosos fieles, podemos deducir en conclusión que el *Ave Maria* no deja de causar placer á la criatura preservada de la mancha original.. Sí, amados hermanos míos, á falta de otra prueba, podríamos contentarnos con ésta. Pero María quiso por sí misma hacer saber que la salutación del arcángel la proporciona un alborozo inexplicable. Así se dignó revelarlo á personas que sintieron por ella una devoción seráfica.

« Toda la antigua Iglesia, por todos los ámbitos del mundo, dice san Francisco de Sales, había saludado siempre á la Madre de Dios con esta salutación angélica : *Ave Maria, gratia plena* ; y nuestros más inmediatos antecesores, siguiendo el sagrado tono de sus abuelos, en piadosa armonía, cantaban á todas horas y en todo lugar : *Ave Maria*... honrando así con gran reverencia á su santa Madre, ni sabiendo donde encontrar una manera más propia para honrarla que imitando los honores y respetos que el mismo Dios le había decretado (2). »

Acabo de deciros, hermanos míos, cuán grandes son para María estos honores ; voy á manifestaros ahora cuán agradables le son.

*Segunda parte.* — Por poca memoria que tengáis, hermanos míos

(1) *Medit. sobre el Ave Maria*, t. XIII, pág. 691, edición Vivès.

(2) *Défense de la S. Angél. contre les hérétiques* ; S. Francisco de Sales, t. V, pág. 415, edición Vivès.

muy amados, no lo habeis olvidado todavía. En mi primera instrucción sobre el *Ave Maria*, os he mostrado que á la salutación angélica se la puede llamar *Oración dominical*, es decir, oración compuesta por el Señor mismo. Si al Eterno le place tanto el *Padre nuestro*, es porque tiene por autor á Jesucristo, su Hijo, que se complacía en repetir á la multitud: « Mi padre é yo, somos uno... yo hago siempre lo que á él le es agradable. » Ved ahí pues, cristianos, porqué tiene para el Altísimo un encanto arrobador la oración dominical.

Un sábado, durante la Misa, santa Matilde, en un éxtasis, habló de esta suerte á la Virgen Inmaculada: « Madre incomparable, para mí la mayor alegría posible sería dirigiros la salutación más agradable que jamás haya inventado el corazón humano. » Apareciósele enseguida la Reina de los cielos, llevando sobre el pecho la salutación angélica escrita en letras de oro: « Hija mía, la dijo, locura es para la criatura querer ir más arriba que su Criador, y pretender encontrar una salutación igual á la que me fué enviada del cielo, porque nada hay más dulce que las palabras « Dios te salve » con que me aseguró el Padre que, por un efecto de su omnipotencia, me había preservado por completo de la maldición del pecado. ¿ Qué cosa más suave que el nombre de María? Me fué dado de parte del Hijo, decidido á encarnarse en mis entrañas, y me hizo saber que estaba yo destinada, cual estrella de primer orden, á iluminar el cielo y la tierra. ¿ Qué hay más agradable que la embajada del Espíritu Santo que, titulándome llena de gracia, obró en mí el más grande de los misterios? Cuando se me dice: « El Señor es contigo », me acuerdo de esa maravilla que admiró á toda la creación, cuando el Verbo eterno quiso anonadarse en mi persona, y nacer de mi seno en el tiempo, como nació del seno de su Padre en la eternidad, de suerte que es mi hijo único tan realmente como es el hijo único de Dios.

« Cuando se añade: « Bendita eres entre todas las mujeres me represento todas las bendiciones y todas las alabanzas que se me dirigen, en el paraíso y en el mundo, merced á mi dignidad de Madre de Dios. A estas palabras: « Bendito es Jesús, el fruto de tus entrañas », reitérase en mi corazón la alegría que experimento de estar unida lo más íntimamente posible al Hijo de Dios, y se me recuerd,

que será eternamente cierto que yo soy su Madre y que, en calidas de tal, tengo yo sola más derecho de poseerla que todas las criaturas juntas (1).»

Tal es, cristianos, el sentido de las palabras que santa Matilde tuvo el honor de oír de los lábios de la divina Soberana. Igual favor dispensó á la célebre Gertrudis. Enferma ésta, hasta el extremo de no poder rezar, según tenía por costumbre, las ciento y cincuenta *Ave Maria* de su rosario, tuvo la idea de decir á lo menos las primeras palabras *Ave Maria* y de saludar así ciento y cincuenta veces á la santísima Virgen. Dignóse ésta aparécersela, llevando en la mano una magnífica corona de ciento y cincuenta rosas; la colocó en la frente de su servidora, y la dijo: « Estas dos breves palabras *Ave Maria*, me han sido tan agradables como si cada vez me hubieses dirigido la salutación entera, porque has hecho lo que has podido (2).»

El gran santo Domingo y el beato Alaino de los Hermanos Predicadores tuvieron también admirables visiones en que María les dió la seguridad de que la gustaba admirablemente el santo rosario.

Cuando las apariciones de Lourdes (1858), la Virgen Inmaculada, al dejarse ver á la pequeña Bernadette, tenía en la mano un rosario, que parecía decir con deliciosa complacencia é inimitable fervor.

Maravillas semejantes hubo en Marpingen (1878), en Polonia; la Reina del cielo hizo saber igualmente á las dos personas á quienes se dignó aparecerse, que habían de rezar el rosario.

Pero, cristianos, ¿ de qué se compone en su mayor parte el rosario? De *Ave Maria*, que forma una especie de cadena de oro, por medio de la cual María nos elevará al reino de los cielos. Por consiguiente, amados hermanos míos, preciso es que la salutación de este celestial emisario agrade infinitamente á María, cuando ésta con tanta insistencia la recomienda á los habitantes de este valle de lágrimas.

Por lo demás, aun cuando ella no hubiese hecho revelación alguna sobre este punto, fácilmente se deja comprender que hace sus delicias el *Ave Maria*, por ser, en cierto modo, esta oración el resumen de sus prerrogativas sin igual, la fotografía de sus eminentísimas virtudes,

(1) In ejus Vita.

(2) In ejus Vita.

la relación de sus altos hechos, el título de su divina nobleza... ¿ No nos halaga á nosotros oír celebrar nuestras bellas acciones? ¿ No nos gusta dirigir miradas de complacencia á un documento que refiera nuestros preciosos méritos? Un soldado, por ejemplo ¿ se fastidia cuando le hablan de sus campañas? Un militar ¿ no contempla con cariño su cruz de honor? Una reina ¿ no se siente dichosa ante las pruebas de amor y ternura que le da el soberano? Esto es incontestable.

«El *Ave Maria*, nos asegura un venerable autor, es también la más bella de todas las oraciones después del *Padre nuestro*; es el obsequio más perfecto que podeis hacer á María, porque es el obsequio que el Altísimo le mandó hacer por medio de un arcángel, para conquistar su corazón (1).»

«Dirigidla, nos recomienda uno de sus más adictos servidores, Tomás de Kempis, dirigidla la Salutación angélica, que ella experimenta un vivo placer en escucharla (2).»

«La es (esta salutación) infinitamente agradable, añade san Alfonso, porque parece que con ella se le renueva la alegría que experimentó cuando san Gabriel la anunció que se la había escogido para ser Madre de Dios (3).

*Cogitabat qualis esset ista salutatio*; ¿ nos hemos tomado alguna vez el trabajo, hermanos míos, de profundizar las palabras inefables que recitamos, desde la edad de tres ó cuatro años? La mayor parte de entre nosotros no han tenido aún tal vez la idea de detenerse, cinco minutos por trimestre, á meditar sobre las maravillas contenidas en estas cuantas frases; muchos las profieren con una indolencia deshonrosa; algunos hasta pasan un mes, sin ni tan siquiera dar los buenos días á la más casta de las vírgenes, á la más ilustre de las reinas, á la más suave de las madres. Cuando uno se permite reprocharles este cruel olvido, tienen la osadía de contestar: «No tengo tiempo.» Sería preferible oírles decir: «No quiero»; porque una franqueza brutal ofusca menos que una mentira descarada.

(1) Grignon de Montfort, *Traité de la vraie dévotion à la sainte Vierge*, pág. 182.

(2) *Sermo XXI ad novit.*

(3) S. Alfonso María de Liguori, t. XVI, pág. 308, edición Vivès.

PERORACIÓN. — *Ilumina oculos*, iluminad sus ojos, divina María, para que no se duerman en la muerte, antes de haber visto el peligro que corren, desdeñándose de servirnos, y antes de haber tomado la costumbre de dirigiros una salutación que forma vuestra gloria y vuestra delicia.

Y nosotros, hermanos míos muy amados, que la recitamos con frecuencia, tomemos hoy la resolución de perseverar hasta la vejez en esta santa costumbre; esforcémosnos, hasta el último minuto de nuestra vida, en honrar y complacer á la Madre de Dios y de los hombres; y, en la puerta de los cielos, María se dignará decir á cada uno de nosotros: «Yo te saludo, servidor bueno y fiel, que tantas veces me saludaste en la tierra; entra en la alegría de tu Señor y de tu Soberana.» Así sea.

## INSTRUCCION VIGESIMA.

### EL AVE MARIA.

#### INSTRUCCION CUARTA.

##### EFICACIA DEL AVE MARIA.

TEXTO. — *Venerunt autem mihi omnia bona pariter cum illa...*  
Todos los bienes me vinieron por ella.

(LIBRO DE LA SABIDURIA, CAP. VII, VERS. 11.)

EXORDIO. — Carísimos hermanos, un servidor de María, nos asegura san Leonardo, no depreciaba medio alguno de manifestarla honor y ternura. Observó durante largo tiempo esta conducta, pidiendo siempre algún favor especial á la santísima Virgen. Pero, como le parecía que nada alcanzaba de ella, acabó por quejarse á ella misma, con algún sentimiento de impaciencia.

« ¡ Oh Madre de Dios, la decía, todo el mundo pregona vuestra misericordia; por todas partes os llaman Refugio de pecadores, Abogada nuestra, Consuelo de afligidos... Yo no os encuentro tal; desde hace tantos años que os ruego, y jamás he podido obtener de vos ni una sola gracia. Las iglesias están llenas de ex-votos, y los libros, de milagros que atestiguan vuestra beneficiencia. Los santos Padres afirman además que los que os imploran son atendidos siempre. Yo solo, desventurado, no soy digno de recibir de vos ni el más pequeño beneficio. »

La santísima Virgen, apareciéndose totalmente rodeada de gloria: — « ¿ Qué motivo tienes, dijo, para quejarte de esta suerte? ¿ Que no escuchó tus oraciones, ni te otorgo gracias! Ignoras pues, ingrato, que los favores que te he hecho hasta ahora son innumerables. ¡ Cuántas veces, sin mi asistencia, habrías sucumbido á la tentación, hasta el punto de ir á parar al fondo de un abismo de iniquidades! ¿ Cuántos amigos tuyos no has visto morir miserablemente y de improviso! ¿ Cuántos otros han sido arruinados, desterrados, asesinados! ¿ Cuántos han sido arrojados al infierno! Y si tú no estás también en él ¿ á quien lo debes? ¿ Quién te ha preservado de ello, sinó yo? Persuádetes de que jamás has pedido nada, sin que te haya atendido. Si no he satisfecho siempre tus deseos, te he alcanzado en cambio algún otro favor más deseable. » Y luego desapareció (1).

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. — Esta lección de la divina Virgen á un vasallo fiel prueba que cuando se es constante en venerarla y suplicarla, ella jamás deja de mostrarse reconocida y generosa tarde ó temprano y por lo mejor. Tengo pues, hermanos míos, la intención de hablaros hoy de lo eficaz que es la Salutación angélica para los justos y para los pecadores.

INVOCACIÓN. — Tesoro de perfecciones y refugio de culpables, poderosa y misericordiosa María; nadie entre los cristianos lo ignora, no se os invoca inútilmente. Dignaos conjurar al Dios de las Luces, para que lance un rayo de ellas sobre este auditorio á fin de que vea cuán útil es á todos el piadoso y frecuente rezo de la Salutación angélica. — *Ave Maria...*

*Primera parte.* — El *Ave Maria*, amados hermanos míos, es por decirlo así una mina de oro extremadamente puro, con que los cristia-

(1) San Leonardo de Port-Maurice, *Sermon pour mission*, t. II, pág. 82

nos compren un trono en el reino de las eternas magnificencias. ¡ Oh, cuán provechosa es esta oración á los justos y á los pecadores!... Lo es primeramente á los justos. Ella les anima á seguir el camino del bien, ella les ayuda á subir la cuesta de la perfección, ella les hace perseverar hasta el fin en el camino del cielo. Por eso toda alma verdaderamente católica se sirve del *Ave Maria* como de una palanca capaz de remover los obstáculos, por pesados que sean, que se encuentran de vez en cuando en el sendero del deber. Los santos, estos acabados modelos que no aventajamos nosotros, estoy seguro de que miraban el *Ave Maria* como el canal por donde les llegaban las aguas de la gracia. Aplicaban gustosos á la Salutación angélica lo que de la sabiduría dice el Espíritu Santo: « Es la fuente de todos los beneficios... es un tesoro infinito para los hombres, y los que de ella se sirven se hacen amigos de Dios y se recomiendan á él (1). »

Por esto, amados hermanos míos, los santos, cuya única ambición se cifraba en gozar de la amistad del Señor y dar buen ejemplo al mundo, no podían desprender su espíritu ó su corazón de una plegaria divinamente suave y elocuente; la hacían con una confianza extraordinaria, un amor ardiente y una perseverante exactitud. Así por ejemplo en la vispera de una festividad de la santísima Virgen, la beata Juana decía mil veces la Salutación angélica y, en el día de la solemnidad, siete veces su oficio. Habiendo comunicado á su confesor sus ejercicios, quiso éste probar la docilidad de Juana. Una vez pues le mandó (era la vispera de la Anunciación) que se contentase con una sola *Ave Maria*. Obedeció ella; pero su fervor al rezarla la hizo caer en éxtasis, y pasó toda la noche en una profunda contemplación (2).

Esto, hermanos míos, no sorprende á las personas verdaderamente piadosas, antes bien se adhieren con una alegría mezclada de ternura á estas palabras de un santo varón: « el *Ave Maria* bien dicho, es decir, con atención, devoción y modestia, es... el adversario del diablo á quien ahuyenta, el martillo que le aplasta; es la santificación del alma.

(1) Sabiduría, cap. VIII, vers. 11 y 15.

(2) Bolandos, vida de la B. Juana.

«... el placer de María y la gloria de la santísima Trinidad; es un casto beso que se da á María, es una maravillosa flor que se le presenta, es una perla preciosa que se le ofrece.»

Agradecida la santísima Virgen proporciona al justo auxilios tan poderosos que le hacen triunfar de todos los enemigos de su alma, ó ir de virtud en virtud, *ibunt de virtute in virtutem*. En efecto, María le dice á santa Gertrudis: «Cada vez que, en la tierra, una alma reza piadosamente el *Ave María*, yo derramo una especie de nuevo rocío de alegría sobre los ángeles y sobre los santos, y al mismo tiempo aquella alma recibe un gran acrecimiento de tesoros espirituales.»

«Cuando digo *Ave María*, nos asegura san Francisco de Asis... el infierno tiembla y los demonios huyen.»

Desde luego, ¿no está probado que esta oración ayuda poderosamente á los justos á perfeccionarse en la práctica de las virtudes y á recoger una cosecha de méritos? Ved ahí, hermanos míos, en apoyo de esta aserción, una revelación de que da fé el venerable Adalberto de san Alejo: «Una religiosa, dice, había muerto después de muchos años de atroces dolores, suportados con una paciencia heroica; al cabo de algunos días, aparecióse radiante, y reveló que había volado en derecha al paraíso, por su profunda resignación en sus prolongados sufrimientos; declaró que estaba en la gloria, merced especialmente á su perseverancia en el servicio de la Virgen bienaventurada. «Si Dios, dijo, quisiera volver á enviarme por un instante á la tierra, para que pudiese rezar una vez tan sólo la Salutación angélica, me sometería gustosa á mis antiguos padecimientos, porque la recompensa prometida al rezo devoto de una sola *Ave María* es tan magnífica, que á trueque de adquirirla se debería padecer mucho más aún de lo que he padecido yo (1).»

Así pues, almas piadosas, persistid en decir con fervor una oración tan fértil en frutos de bendición. Es cosa indiscutible, en el sentir de los verdaderos servidores de la Señora del cielo, que el *Ave María* jamás sube hácia su trono sin producir algún beneficio para el cuerpo ó

(1) *Romæ in officio definitoris generalis constitutus, diem suum sanctissime obiit, anno 1682.*

para el alma; porque, según los santos: «Todo aquel que salute á María será á su vez saludado por ella.» San Bernardo oyó un día una estatua de la Virgen Inmaculada que, tomando voz humana, exclamó: «Bernardo, te saludo.» Y según san Bernardo, «el saludo de María es una gracia con la cual contesta ella á quien gustoso la saluda con un *Ave María*.» «¿Podrá la Madre de Dios, añade san Ricardo, negar algo á aquel que á ella acude con el *Ave María*?» La Virgen misma promete á santa Gertrudis «tantas gracias á la hora de la muerte, cuantas fueren las veces que hubiese rezado el *Ave María* durante su vida (1).»

Ved ahí pues, fieles vasallos de la Reina de los cielos, poderosos motivos para hacerlos perseverar hasta el último suspiro, en el rezo frecuente y piadoso del *Ave María*.

Pero si esta divina Salutación tanto aprovecha á los justos, ¿será inútil á los pecadores? De ningún modo, hermanos míos muy amados, y esto es lo que vais á ver en el punto segundo de mi discurso.

*Segunda parte.* — La primer *Ave María* que pronunció el Arcángel, obró el más extraordinario de los prodigios, fué la aurora de una vida celestial, renovó la faz de la pobre tierra, fué el manantial de la dicha verdadera. Siendo el *Ave María*, amados hermanos míos, el punto de partida de la redención de la humanidad, nuestra salvación procede especialmente de esta fuente de gracias. Un príncipe del cielo vino, por orden de Dios, á colocarla en medio del mundo, para apagar el fuego de la concupiscencia, alejar la aridez del vicio y traer la fertilidad de la virtud. Por consiguiente esta oración, dicha con el propósito de cambiar de costumbres, es la que debe hacer brotar, en el corazón del pecador, á Jesucristo, la flor más brillante de los cielos. Esta oración es un rocío divino que devuelve á las almas la vida que la sequía de la iniquidad les había quitado. El alma sobre la cual no caen á lo menos algunas gotas de este rocío misterioso, no se verá libre de las espinas del pecado; no llevará frutos de sabiduría, é incurrirá en las maldiciones del Eterno.

En efecto, María hizo al B. Alano de la Roche esta importante re-

(1) *Apud S. Ligor. t. XVI, pág. 308, edición Vivés.*

velación : « Sábete, hijo mio, y decláralo á todos, que es una señal probable y próxima de condenación el manifestar negligencia, tibieza y disgusto en el rezo del *Ave Maria* que produjo la salvación del mundo. »

¡ Ah, pecadores! No lo olvidéis jamás; sin la gracia no os podríais convertir; ahora bien, ésta se obtiene únicamente por la oración; pero, dice el santo Abad de Clairvaux, « el Señor quiere que todo nos venga por la mediación de María, *omnia nos habere vult per Mariam* (1). » De consiguiente, es menester dirigirla á ella la oración que más la agrada, y no tardaréis en recobrar la amistad de Dios, si seguís saludando á su Madre con confianza.

« ¡ Oh Virgen purísima! exclama san Germán de Constantinopla, nadie se libra del mal si no es por Vos. Nadie, oh Virgen castísima, recibe favor si no es por Vos. Nadie, oh Virgen santísima, llega á salvarse si no es por Vos (2). »

« ¡ Salvarse un pecador sin el auxilio y la protección de la Virgen santísima! Es cosa imposible, afirma san Ignacio de Antioquía, porque Dios á ningún hombre concede la gracia si no es por intercesión de María (3). »

« Pueblos todos tantos cuantos sois, dice el doctor seráfico, escuchad estas palabras, prestad á ellas oído atento: ¿ Queréis entrar en el reino de los cielos? Honrad á la santísima Virgen y encontraréis la vida y la salvación eternas (4). »

« Amad, venerad é implorad á María, á la suave Madre de Cristo, añade un santo abad, porque ella es el Consuelo y la Abogada, no sólo de los perfectos, sino también de los imperfectos. Ella á nadie rechaza, benévola quiere oír las súplicas de todos. A los pecadores que á ella acuden con humilde confianza les dispensa una acogida maternal, les cubre con su poderosa protección, les da las buenas gracias de su Hijo. Cielo y tierra se hundirían, antes que rehusase ella su asistencia al desgraciado que la implora de todo corazón (5). »

(1) *Serm. de Nativ. B. V.*

(2) *Serm. de Zona virg.*, cap. II.

(3) *Serm. de B. V.*

(4) *S. Bonav., Psalt. B. V. M.*

(5) *Blosius, Spec. spirit.*, cap. XII, § 51.

Esta doctrina es la de todos los Padres de la Iglesia; contradecirla sería una temeridad imperdonable.

Vosotros todos pues los que gemís bajo la tiranía de Satanás, os conjuro á que no dejéis de invocar, pero con verdadero deseo de enmendaros, á la que es más temible para el infierno que un ejército en órden de batalla, *terribilis ut castrorum acies ordinata*, y no tardaréis en ver caer vuestras cadenas.

Concluyamos con este hecho conmovedor : « Una señorita, que profesaba una devoción angelical por la Virgen bienaventurada, se había dado tanto trabajo que había hecho aprender el *Ave Maria* á un ruiseñor. Éste la cantaba amenudo, con gran sorpresa y en medio de los entusiastas aplausos de sus oyentes. Un día el cantor alado, escapándose de su jaula, no tardó en caer entre las garras de un gavilán que se lo llevó para devorarlo. El cautivo se puso á gemir el *Ave Maria*... ¡ Cosa admirable! Al oír aquellas palabras, el gavilán parece herido por una flecha y cae muerto. Libre de sus garras, la víctima vuelve á casa de su dueña, silbando alegremente el *Ave Maria* (1). »

PERORACIÓN. — Este gavilán, hermanos míos, representa al demonio dando vueltas por los aires, dice san Pablo, y acechando una presa. El pajarito figura al cristiano que debe acudir al Refugio de los pecadores para evitar las acechanzas del diablo, ó librarse lo más pronto posible de sus lazos. ¡ Cuántos serían víctimas de su crueldad, si no estuviesen defendidos por la poderosísima Virgen, á quien no dejan de invocar! ¡ Cuántas personas habrían tenido una mala muerte, si no hubiesen puesto cuidado en invocar amenudo su asistencia! ¡ Cuántos hombres estarían sepultados en el fuego del infierno si por un solo día hubiesen dejado de cumplimentarla cual lo hizo san Gabriel! ¡ Oh, sí, hermanos míos! muchos estarían hoy sumidos en el abismo de las torturas infernales, si María, frecuentemente honrada por ellos, no les hubiese elevado á la región de las alegrías celestiales.

¡ Oh Virgen Inmaculada, dignaos hacernos llegar allá!.. Así sea.

(1) *Cristophori Vegæ, Theologia Mariana*, nº 1387.

## INSTRUCCION VIGESIMOPRIMERA.

## EL AVE MARIA.

## INSTRUCCION QUINTA.

## EVA Y MARÍA.

TEXTO. — *Ave Maria*... Dios te salve, María.

(SAN LUCAS, CAP. I, VRS. 28.)

EXORDIO. — Carísimos hermanos, la Salutación angélica no deja de tener algún parecido con un jardín, un palacio ó un templo. En nuestras meditaciones anteriores hemos supuesto este jardín soberbio: este palacio, real; este templo, incomparable. Pero nos hemos quedado á la puerta y no hemos hecho más que entrever una parte de los esplendores de todo género encerrados en su interior. Vamos pues á penetrar en él con un respeto mezclado de amor, á fin de admirar á nuestro gusto todas aquellas magnificencias. *Omnis gloria ejus... ab intus*(1), todo el encanto del *Ave Maria* le viene de dentro, esto es, de las maravillas veladas en cierto modo tras de cada palabra. Mas aquí, piadosos fieles, se necesitaría todo el talento de un Bossuet para hacer resaltar las bellezas contenidas en esta oración, y el Aguila de Meaux no se elevaría aún á la altura de su objeto. ¿Cómo no habría de sucumbir pues en la tarea el que os dirige la palabra? Distínguese no más por su pobreza; probará, sin embargo, de balbucear algunas explicaciones relativas á la Salutación angélica.

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. — Propónese comunicaros las reflexiones que despiertan en él estas dos palabras: *Ave Maria*. La conducta opuesta de Eva y de María será el fondo de su discurso y el objeto de vuestra atención.

(1) Salmo XLIV, vers. 15.

INVOCACIÓN. — ¡Cuán indigno soy, oh Virgen sin mancha, de cantar vuestras glorias! ¡Ah! conjurad, si os place, al Altísimo á que purifique mis labios, y anunciaré vuestras alabanzas para mayor bien de esta parroquia. — *Ave Maria*...

Primera parte. — Hermanos míos muy amados, la Salutación dirigida por un príncipe del cielo á la gloriosa Virgen, empieza en latín con la palabra *Ave*, que se compone de tres letras. Si se invierten, ¿qué resulta? Que se obtiene el nombre de la primera mujer, á saber, Eva.

Tal vez os halleis tentados de decir, hermanos míos, que esto son sutilezas. Corriente; cuando menos son muy instructivas y muy ingeniosas; ellas evocan recuerdos que jamás deberían huir de nuestra memoria, y nos recuerdan los beneficios que la Reina del paraíso nos ha proporcionado.

Desde la hora para siempre memorable en que el Arcángel, cuyo nombre significa Fuerza de Dios, descendió á esta miserable tierra y á la morada de la humilde Virgen de Nazareth, desde aquel dichoso momento, las cosas referentes á nuestro destino cambiaron de aspecto. El *Ave*, es decir, la Eva invertida, hizo girar en favor nuestro, si as podemos expresarnos, la rueda de la fortuna.

Más, para apreciar en su justo valor los resultados de esta evolución pacífica, y para excitarnos al más vivo agradecimiento hácia el cielo, remontemos por un instante el curso de los tiempos, y trasladémosnos en espíritu á la cuna del género humano. En un paraíso de delicias, habitan dos criaturas de arrobadora belleza; su dicha es indescriptible; su dominio no tiene más límites que los extremos del universo; todo lo que encierra éste de plata, oro y pedrerías pertenece á este monarca y á esta soberana cuya juventud y opulencia no han de conocer las arrugas de la decrepitud ni el soplo de la adversidad, y cuyo bienestar y salud se hallan al abrigo de los ardores de la fiebre y de los terrores de la muerte. ¡Ay, hermanos míos! la indecible felicidad de nuestros primeros padres tiene un envidioso, el más hábil y el más bárbaro; me refiero á Lucifer. Eva no resistirá á sus astucias más de lo que ante un proyectil resiste una tela de araña. Ved pues en presencia de la débil mujer á esa serpiente salida de la infernal guarida; va á des-

plegar los recursos de su maléfico talento para seducir á aquella pobre aturdida. Como ya se deja suponer, empieza por dirigir á la infeliz uno de sus más amables saludos, se extasía ante sus cualidades que no tienen igual, la prodiga todas las galanterías posibles y pretende no atender á otra cosa que á los intereses de ella.

La compañera de Adán no formula más que una objeción: « Dios, dice, me prohíbe, bajo pena de muerte, tocar al árbol de la ciencia del bien y del mal. » Poco le ha costado al diablo ahogar este escrúpulo, y ya tenemos á su interlocutora convertida en víctima de su fulleria. Para colmo de miseria, Eva arrastra á su marido en su caída, y ambos á dos son echados de su encantadora mansión.

Desde entonces, hermanos míos muy amados, un diluvio de males inunda la tierra. A los esplendores de la inocencia suceden las tinieblas del pecado; á los atractivos de la virtud, las fealdades del vicio; al vigor de la salud, el decaimiento de la enfermedad; á las flores y frutos de la fertilidad, los abrojos y espinas de la aridez; á las prerrogativas de la inmortalidad, las atrocidades de la muerte; á las alegrías de la patria, las tristezas del destierro; á las delicias del cielo, las torturas del infierno! Tales son los azotes que, con su desobediencia, desencadenó sobre ella y sobre su posteridad la madre del género humano.

Los hombres habrían merecido gemir para siempre en el fondo del abismo, pero el Dios de la misericordia infinita quiso sacarles de él: dignóse renovar la faz del mundo, y volver á poner las cosas en su lugar. ¿Cuándo pues, hermanos míos, empezó esta feliz renovación? Lo he dicho ya; fué el día mismo en que el celestial embajador se presentó en la cabaña de una vírgen, mientras se hallaba ésta embebida en la contemplación de las verdades eternas, y tuvo á honra el dirigirla, en nombre del Monarca de los monarcas, la admirable Salutación que conoceis.

¿Sospechabais, hermanos míos, tantas maravillas ocultas bajo esta insignificante voz *Ave*, como bajo un velo tejido en el cielo?

Desde ahora podríamos pasar á la segunda parte de nuestra instrucción; pero será mejor que nos entreguemos á algunas reflexiones prácticas. ¿A qué causas creéis que se deba atribuir el infortunio de

Eva? A la curiosidad, á la gula, á la incredulidad, al orgullo, á la ocasión.

« No se debe mirar lo que no está permitido desear, dice san Gregorio; la mujer no habría tocado al fruto prohibido, si no se hubiese complacido en examinarlo (1). » Mas como ella le echaba encima los ojos, experimentó un apetito violento; después, como el efecto de la pasión es oscurecer ó apagar la luz de la inteligencia ó de la fé, Eva se puso á poner en duda la veracidad del Eterno; la orgullosa ambición de parecersele habló en ella más alto que el recuerdo de los favores recibidos, y los malos consejos hicieron lo demás.

Ved ahí, hermanos míos, la historia de casi todas las caídas. Se quiere verlo todo y oirlo todo; se tiene la curiosidad de conocer, [no el bien, sino el mal; se tiene hambre y sed de los goces prohibidos por el Creador del cielo y de la tierra; se desea acercar á los lábios la emponzoñada copa de los placeres criminales. Lo que contiene algo, son las enseñanzas de la religión; pero se las cree sólo á medias, cuando no se deja de creerlas, porque estorban demasiado á quien quisiera decirlo y hacerlo todo; viene después el amor propio, y se declara enfáticamente que hay que ser dueño de sí, que no se necesitan los consejos de nadie y que ya se sabe la línea de conducta que se tiene que seguir. Dispuesta así la cosa, búscanse las ocasiones malas, trábanse amistades con camaradas viciosos, apodérase de uno el amor hácia las personas escandalosas... en una palabra, encuéntrase gusto en buscar el peligro, y no se puede dejar de perecer en él.

Tal fué la conducta de Eva; pero fué muy distinta la de María.

*Segunda Parte.* — Un espectáculo consolador, hermanos míos muy amados, va á ofrecerse ahora á nuestros ojos. Si han estado velados por una nube de tristeza al aspecto del infortunio de nuestra primera madre, brillarán de alegría á la vista de la felicidad de nuestra inmortal Soberana. Cual os lo anunciaba en la división demi discurso, María observó una conducta totalmente distinta de la de Eva. Sin dificultad podreis, hermanos míos, convenceros de ello en el decurso de esta instrucción. Tan opuesta como es la sabiduría á la locura, así la prometida esposa de José es lo contrario de la mujer de Adán. Mientras ésta está paseándose por aquel jardín de delicias, es cuando la adversidad se

dispone para caer sobre ella; mientras María está en oración en el hueco de una peña es cuando viene á sonreír á sus ojos la felicidad.

Remontémosnos pues en espíritu, carísimos hermanos, al veinticinco de marzo, antes del primer año de la era cristiana, y transportémosnos en alas de la imaginación á Nazareth, donde vivían la santísima Virgen y san José. « Su casa, dice un autor ilustre, estaba adosada á la ladera de una colina, de suerte que, por una parte, comunicaba con la calle, y por la otra, con una especie de gruta, labrada en la roca de la montaña. En esta gruta era donde se encontraba rezando, arrebatada de amor, la santísima y purísima Virgen María, que se preparaba también, sin saberlo, para ser la Madre de Dios. De repente la gruta se llena de una luz divina: María se levanta; un ángel resplandeciente, revistiendo forma humana, comparece á su presencia, lleno de respetuosa veneración. Era uno de los jefes del ejército celestial; el más grande, el más poderoso después de san Miguel. Era el Ángel de la Encarnación, el ángel Gabriel, embajador del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; venía á pedir á la Virgen Inmaculada su consentimiento para las grandes cosas que el Señor quería obrar en ella, por ella, y con ella. Venía á pedirle si quería tener á bien ser Madre de Dios. Aún hoy se ve en Nazareth, en aquella sagrada gruta donde el Hijo de Dios se hizo hombre, y donde la Virgen se convirtió en Madre suya, el sitio donde estuvo el Ángel y el que ocupaba María (1) ».

« *Ave, gratia plena*, la dijo el príncipe de la corte celestial, haciendo una profunda reverencia, te saludo llena de gracia, el Señor es contigo; bendita tú eres entre todas las mujeres. »

La humildísima Virgen está como sofocada bajo el peso de aquellos honores: pero el mensajero de lo alto la tranquiliza, respondiendo á todas sus preguntas, y desvaneciéndose hasta la sombra de sus dudas. Entonces María esclama: « Hé aquí á la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra. »

¿ Qué diferencia de obrar entre la imprudente compañera del primer hombre y la de la futura Madre del Redentor del mundo, y qué diferencia también bajo el punto de vista de los resultados para los pobres mortales! Es lo que más han notado varios Padres de la Iglesia,

(1) Mons. de Ségur, *Mois de Marie*, pág. 79.

entre ellos san Juan Crisóstomo y san Agustín. Eva habla atolondradamente con un espíritu de tinieblas oculto bajo la envoltura de un reptil y toma por verdades sus mentiras. María, aunque prestando oídos á las palabras de un ángel de luz, no da crédito á ellas hasta que tiene pruebas de una evidencia irresistible.

La una parlamenta para nuestra perdición con el tirano del infierno: la otra negocia nuestra salvación con el representante del Altísimo...

La primera, con su desobediencia á la ley del Eterno, abre un abismo de males á los piés de los humanos: la segunda, con su sumisión á las órdenes del Señor, hace brotar una fuente de felicidad en medio de este valle de lágrimas...

¿ Y esto, cristianos, desde qué época? Lo repito, desde que uno de los inmortales fué á decir, en una modesta habitación, á una criatura ignorada del mundo, pero amada de Dios: *Ave, gratia plena*; Te saludo, Dios te salve, llena de gracia...

¿ Oh, hermanos míos! ¿ cuán deliciosos recuerdos nos presenta el *Ave Maria!*...

Es la fuente de la dicha, según san Buenaventura; : *Ave quod est dicere: sine vae!*; Oh soberana María! esclama, ¿ qué hay más agradable que tu *Ave*?; Oh Salutación maravillosa que embriaga los corazones piadosos con una suavidad celestial!...; Oh *Ave* admirabilísima que arroja á los demonios, libra á los pecadores y regocija á los fieles!...; Oh *Ave* dulcísima que colma el cielo y la tierra de alegría!... Repítanle sin cesar las criaturas todas. ; Salve pues, Reina mía, Madre mía, mi corazón y mi alma, Virgen María, salve (1) !... »

Amados hermanos míos, Eva es nuestra madre según la naturaleza y nos legó ejemplos funestos... María es nuestra Madre en el orden de la gracia y nos dió mil motivos de edificación. Muchos tal vez estan engolfados en el camino que llevó á la primera mujer al abismo de la perdición, mientras que pocos siguen el sendero por donde llegó la Virgen santa á la mansión de la gloria. Pues bien, hermanos míos, si hasta

(1) S. Buenav., t. XII, pág. 692 y *passim*, edición Vivès.

ahora hemos cometido la locura de seguir las huellas de una criatura que fué la causa de nuestra perdición, tomemos desde hoy la resolución de acomodarnos á los pasos de la que fué el instrumento de nuestra salvación ;esto es, evitemos el mal y busquemos el bien, aborrezcamos el vicio y amemos la virtud..

Ved ahí, piadosos fieles, un rasgo que, naturalmente, tiene relación con el *Ave Maria*: « En 1604, en una ciudad de Flandes, había dos jóvenes estudiantes que, en vez de dedicarse al estudio, se ocupaban sólo en placeres y orgías... Cierta noche que habían ido juntos, según su mala costumbre, á una guarida de todos los crímenes, uno de ellos, llamado Ricardo, invitó á su compañero á retirarse, y como el otro se opusiera, le dejó y volvió solo á su casa. Disponíase á acostarse, cuando recordó que no había rezado aún algunas *Ave Maria* que acostumbraba decir sin falta todos los días. Dominado por el sueño tanto como por los excesos á que se había abandonado, costóle un trabajo increíble el balbucear aquellas cuantas oraciones... Sin embargo, después de haberlas dicho como pudo, acostóse y se durmió.. Pero, en el primer sueño, despertó algo que agitaba violentamente la puerta de su habitación. Sentóse en la cama y se puso á escuchar. Abrióse de repente la puerta y vió entrar á su compañero de orgía que, pálido, desfigurado y semejante á un espectro, se dirigió hacia él, diciéndole :

— Ricardo, ¿ me reconoces ?

— ¡ Cómo ! ¿ eres tú, amigo mio ? le contestó Ricardo ; pero ¿ qué tiene ? Me da miedo tu aspecto... ¿ Es una broma que me quieres jugar?..

— ¡ Ah, desdichado de mi ! exclamó el infortunado ; ha pasado el tiempo de las bromas... Estoy condenado... ¡ y para siempre ! Al salir de aquel lugar testigo de mis infamias, he sido mortalmente herido ; mi cuerpo está tendido en medio de la calle y mi alma está sepultada en el infierno... Igual castigo te estaba reservado á tí ; pero María te ha tomado bajo su protección ; no ha desdeñado el insignificante tributo de homenaje que la has dado.. ¡ Dichoso tú, si sabes aprovechar el aviso que hoy te da !

Pronunciando estas palabras, el espectro desapareció..

Ricardo, medio muerte de terror, se lanza fuera de la cama, y se deja

caer con el rostro contra el suelo para dar gracias á su libertadora.... Mientras discurría en lo que debía hacer para cambiar de vida, oye tocar á maitines en el monasterio de los Franciscanos.. Su resolución queda tomada inmediatamente... « Allí, dice, es á donde Dios me llama. » Va enseguida á llamar á la puerta del convento y pide ser recibido en él.. Pero los Padres, que conocían su desarreglada vida, se negaron de pronto á admitirle, y no se le abrió la puerta hasta que hubo referido todo lo que le había pasado durante aquella noche. Dos religiosos fueron al sitio que les indicó, para asegurarse de la verdad, y efectivamente encontraron allí el cadáver del infeliz tendido en medio de la calle. Ricardo fué admitido en el convento, donde llegó á ser un modelo de todas las virtudes... Con el tiempo, pasó á las Indias para predicar la fé de Jesucristo, y de allí al Japón, donde terminó su vida con un glorioso martirio (1)...

PERORACIÓN. — Amados hermanos míos, ¡ con qué elocuencia resume este rasgo de misericordia las verdades que he desarrollado en el segundo punto de la instrucción de este día ! ¡ Ay ! Verdaderamente la divina Madre ayuda á aquellos que la invocan y quieren reflexionar en su eternidad y salvar su alma. Esto prueba, por la cienmilésima vez, que la santísima Virgen es realmente la escala y la puerta del cielo. Por esta escala subiremos y por esta puerta entraremos en el paraíso ; pero, á fin de alcanzar esta dicha, oremos sin descanso é imitemos algo á la Reina de los hombres. Asi sea.

(1) Glorias de María.

## INSTRUCCION VIGESIMOSEGUNDA.

## EL AVE MARIA.

## INSTRUCCION SEXTA.

PLENITUD DE LA GRACIA CONCEDIDA A LA SANTISIMA VIRGEN.

TEXTO. — *Ave, gratia plena, Dominus tecum...* Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo.

(SAN LUCAS, CAP. I, VERS. 28.)

EXORDIO. — Carísimos hermanos míos, el nombre más suave, después del del Salvador de los hombres, es incontestablemente el nombre de la Reina de las vírgenes. Al presentarse delante de ella, el celestial embajador, nose lo dió enseguida; lo pronunció únicamente cuando quisiese vanecer las inquietudes de la más casta y modesta de todas las criaturas. « *Ne timeas, Maria*: no temas, la dijo, oh María. » Pero, como acertadamente hace observar un célebre doctor: « Si en la Salutación angélica no hubiese sido puesto el nombre de María por san Gabriel, en ella fué agregado por la devoción de los fieles, bajo la inspiración del Espíritu Santo (1). »

Os diré de paso, hermanos míos muy amados, que tengais frecuentemente en los labios y con mucha mayor frecuencia en el corazón este nombre tan digno de amor y de respeto. San Anselmo afirma que muchas personas, á quienes él ha visto y oído, se han visto súbitamente libertadas de sus peligros, después de haber pronunciado el nombre de María (2).

« Virgen poderosa, dice san Germán, vos garantizais á vuestros servidores de los asaltos del enemigo, con la sola invocación de vuestro nombre (3). »

(1) S. Buenav., *In spec. Virg.*

(2) *De excell. Virg.*, cap. VI.

(3) *Serm. de zona V. M.*

« ¡Cómo tiemblan los demonios en cuanto la oyen, esclama san Bernardo (1)! »

Y san Buenaventura añade: « ¡Cuán admirable, oh María, es vuestro nombre! Los que se acuerdan de proferirlo, en la hora de la muerte, nada tienen que temer, aun cuando tuviesen el infierno entero contra ellos; porque los espíritus malignos se apartan de un alma, en cuanto oyen pronunciar el nombre de María... Menos temen los pueblos enemigos á un ejército numeroso, de lo que temen las potestades infernales el nombre de María... Cual se derrite la cera ante el fuego, asimismo pierden su fuerza los demonios contra las personas que recuerdan frecuentemente y piadosamente invocan el nombre de María (2). »

¡Ah, es que es llena de gracia, y el Señor es con ella!

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. — Consideraremos esta plenitud y esta unión.

INVOCACIÓN. — ¡Dignáos, oh privilegiada del Señor, hacer fructuosa nuestra meditación! — *Ave Maria...*

Primera parte. — Carísimos hermanos, dad libre curso á vuestra imaginación; reunid, en espíritu, todas las riquezas del globo y de mil mundos; añadid millares de doblones ú onzas de oro á otros millares; multiplicadlos, con el pensamiento, tanto como querais: todos estos tesoros, por inmensos que sean, nada son comparados con la gracia santificante. Entre ésta y aquellos, hay toda la distancia del cielo á la tierra. Sed más pobres que Lázaro, pero no ceséis de existir en la gracia del Señor, y subireis á una opulencia, al lado de la cual toda la fortuna de este suelo no es más que una extremada indigencia. Sed ricos como Creso, pero exhalad el último aliento en pecado mortal, y sufrireis tormentos de que ni los más atroces suplicios de los mártires os darán ni la más mínima idea.

Si por un lado la gracia nos salva de un eterno diluvio de miserias, y si por el otro nos abisma en un mar infinito de delicias, ¿no tiene un valor inconcebible, y puede haber algo más precioso en este valle de lágrimas?... Según el doctor angélico, la gracia es una participación de

(1) *Serm. sup. missus est.*

(2) S. Bonav., *in Psalt. B. V. M.*

la naturaleza divina, un presente que el Altísimo hace al alma, y con el que la embellece hasta el punto de que se la tomaría por Dios mismo, si se la pudiese contemplar en toda su magnificencia.

La gracia nos hace hijos de Dios, hermanos de Jesucristo, templos del Espíritu Santo y herederos del cielo.

La gracia, si así puedo explicarme, pinta la aureola de los mártires, dibuja el nimbo de los confesores y trenza la corona de las vírgenes.

La gracia hace del hombre un ángel sobre esta tierra de iniquidad, esperando á que vuele con él á la mansión de la santidad.

Entre nosotros y la patria celestial hay el océano del mundo, y la gracia es el arroyo que á ella nos transporta.

El Señor es el bien supremo, y es la gracia que de él nos pone en posesión.

Proclamar á la Virgen de Nazareth llena de gracia es pues pintar, de un rasgo, la transcendental sublimidad de sus virtudes, la incomprendible supereminencia de sus perfecciones, la inexplicable belleza de su alma, la infinita grandeza de su felicidad; privilegios que la Escritura, los Padres, la Iglesia y la razón se complacen en reconocer en María.

« Ella es resplandeciente... y su belleza no se marchita, dice el Sábio... Ella no puede sufrir ni la menor impureza, porque es el destello de la luz eterna, el espejo sin mancha de la majestad de Dios... Ella es la Madre del amor puro... En ella reside toda la gracia de la verdad... toda la esperanza de la virtud (1). »

« Los otros, dice san Jerónimo, obtienen la gracia parcialmente; María recibió su plenitud (2). »

« Concebid lo que es el Hijo de Dios, observa san Gregorio, y sabreis lo que es su Madre; la excelencia del uno os hará comprender la excelencia de la otra (3). »

« La imagen más perfecta de Dios, añade san Antonino, es María; Dios mismo se complació en pintarla con un arte supremo (4). »

(1) *Proverb. III — Sap. VII. — Ecles. XXIV passim.*

(2) *Serm. de Assump.*

(3) *In libro I Reg.*

(4) *In Psalm. XLIV.*

« María, declara santo Tomás, recibió una abundancia tal de gracias, que se aproximó muy de cerca al autor mismo de la gracia; de esta suerte fué digna de recibir á Aquel que está lleno de todas las gracias y mereció obtener su plenitud haciéndose Madre suya (1). »

Tal es también el modo de sentir de la Iglesia infalible. Ella proclama á la santísima Virgen preservada no solamente de la mancha original, si que también exenta de toda falta personal hasta de la más leve, desde su natividad hasta su muerte. Si la Reina de los cielos no estuviese toda embalsamada de inocencia, arrobadora toda de santidad, colmada toda de prerrogativas, la Iglesia católica no la dispensaría este elogio: « Sois toda bella, oh María: ni una mancha hay en vos. » No la dirigiera millones de veces en un día, por medio de los sacerdotes y de los fieles esta oración tan dulce y tan consoladora: « Dios te salve, María, llena de gracia. » Preciso es por consiguiente que de ella haya estado llena la divina Madre, hasta un grado supremo, porque de otro modo Gabriel, habría dicho una mentira y la Iglesia cometería creyéndolo un error. Pero ¡mentir el embajador del Soberano de los cielos y equivocarse en la fé la columna de la verdad!... Es cosa absolutamente imposible.

Además, como nos lo enseña el buen sentido, para que Dios no hubiese otorgado á María la plenitud de la gracia, hubiera sido ó porque no habría podido ó porque no habría querido. ¿ Que no habría podido! ¿ quién osará pretenderlo? La gracia ¿ no es un don del Señor, y no es libre de disponer de ella como mejor le place?... ¿ Que no lo habría querido! ¿ quién se aventuraría á afirmarlo? ¿ Cómo! Dios, tan admirable en los santos, ¿ no se habría mostrado mucho más liberal para con Aquella que no solamente es la Reina de los escogidos y de los ángeles, sino además la Madre de su único Hijo? ¿ Oh! siendo la gracia el adorno más magnífico del alma, ¿ no es preciso admitir que el Altísimo la dió con tal abundancia á la santísima Virgen que, apesar de su omnipotencia, no habría podido otorgarla más?

Con justo título pues y con gran satisfacción, oh María, os repetimos: « Dios te salve, llena de gracia; el Señor es contigo... »

*Segunda parte. — Dominus tecum; sí, hermanos míos muy ama-*

(1) *Opusc. 8.*

dos, el Señor es con la castísima Virgen y mucho más estrechamente que con cualquier otra criatura, por virtuosa que pueda ser. Se dice que Dios está en una persona, cuando ésta está en su amistad, cuando recibe su luz, cuando obtiene su asistencia, cuando goza de su protección, cuando gusta sus favores. Así estuvo el Altísimo con Abrahán, Isaac, Jacob, José, Moisés, Josué, Gedéon, Samuel, David, Tobías, Judith, Esther, Isabel, Juan Bautista y otros ilustres personajes del Antiguo Testamento, como también del Nuevo. Sí, hermanos míos, el Señor está con todos aquellos que no tienen pecado mortal en su conciencia; les ama hasta el punto de fijar su morada en su corazón, dice el Evangelista, *mansionem apud eum faciemus*. Pero esta unión de las almas inocentes con Dios, por estrecha que se la suponga, da una idea muy débil de la unión que existe entre el Señor y María: es tal ésta, hermanos míos, que no puede ser más íntima.

El Soberano Señor de todas las cosas fué con la más excelsa de todas las criaturas como la fuente es con el arroyo; el árbol con el fruto; el sol con el rayo de luz; el tallo con la flor; la rosa con el perfume; el alma con el cuerpo. Aquel á quien la tierra y el cielo no pueden contener, se dignó residir en el seno de María como en un santuario, y allí fué donde tomó la forma humana.

Pero, después de su nacimiento, ¿ cesó el Señor de estar con la Virgen Inmaculada? Nó, hermanos míos muy amados; estuvo siempre con ella por la docilidad más filial, por la más generosa benevolencia, por la protección más poderosa, por la ternura más suave. Estuvo continuamente con su espíritu para elevar sus pensamientos al cielo; con su memoria, para aplicar sus recuerdos á las gracias recibidas; con su corazón para excitar su reconocimiento hácia el Altísimo; con su alma, para dirigir sus aspiraciones hácia el lado de la eternidad; con su voluntad, para conformar sus actos á la ley de Dios.

Para decir todo lo concerniente á la unión de María con el Señor, basta mencionar estas palabras de uno de los más virtuosos y sábios teólogos de la santa Iglesia, san Alberto el Grande: « La santísima Virgen, afirma, no podía estar más unida á Dios, á menos de convertirse ella misma en Dios (1). »

(1) *In tract. de laud. V. M.*

Pasemos, hermanos míos, á las aplicaciones.

Os he dicho, al empezar, que la gracia es infinitamente preciosa, y la amistad del Eterno, soberanamente deseable. Pues bien, hermanos míos muy amados, ¿ qué aprecio hacemos nosotros de esta gracia? ¿ Y qué caso hacemos de esta amistad? ¿ Cuántos cristianos desprecian el don de Dios! Los unos nada hacen para conservarlo, y los otros nada para recobrarlo. Si tuviesen un tesoro, emplearían todos los medios imaginables para ponerlo al abrigo de la rapacidad de los ladrones, y si los ladrones llegasen á poner en él sus garras, los propietarios, al objeto de volver á entrar en posesión de su hacienda, se entregarían á las más minuciosas investigaciones; se valdrían de la publicidad en los periódicos, harían funcionar el telégrafo en todas direcciones, pondrían en movimiento á toda la policía. ¿ Y no se toman ni la más insignificante molestia para conservar ó recobrar la gracia santificante, en comparación de la cual, lo repito, todos los diamantes del universo son granos de arena!

Tal es la opinión de todos los servidores de Dios, especialmente de san Bernardo. Una mujer de mala vida se había deslizado por la noche en su habitación para corromperle. Al notarlo se puso él á gritar: « ¡ Ladrones! ¡ socorro! » Y la seductora huyó. Los que habían acudido, como no encontrasen á nadie, reprocharon al santo por haberles despertado inútilmente. « No ha sido inútil, les contestó, el haber pedido asistencia, porque me iban á robar mi único tesoro, á saber, la gracia divina. »

¿ Cosa inconcebible! Hay muchos que suspiran, se lamentan y lloran cuando pierden una peseta, un pollo ó un perro; pero cuando pierden la gracia no se preocupan. Nunca excitaría bastante la risa el insensato que llorase la pérdida de un céntimo y nó la de un duro. Pues ésta es, hermanos míos, la insensatez de las personas indiferentes respecto á la pérdida ó recobro de la gracia.

No hace mucho que un almirante, á quien os podría nombrar (1), prometía mil francos á la persona que le trajese su perro que se le había extraviado en París. ¿ Y tantos cristianos como hay que no quieren ni

(1) Pothuan-Pélerin, 15 nov. 1879, pà . 726.

siquiera prometer decir un *Ave Maria* para conservar ó recobrar la gracia santificante, por mediación de la Virgen llena de gracia! ; Oh, qué frialdad! ; qué ceguedad! ; qué dureza! No quieren estar con Vos en el tiempo, Señor; ; cómo podreis estar Vos con ellos en la eternidad? Nó, Dios de justicia, no estarán con Vos en el cielo, los que en la tierra estuvieron con el demonio.

PERORACIÓN. — Ved ahí, hermanos míos, un pasaje de la vida de santa Isabel: « Cierta noche, mientras rezaba la Salutación angélica, Aquella á quien dirigía esta bendita plegaria la dijo entre otras cosas:

— « Quiero enseñarte todas las oraciones que hacía yo cuando estaba en el templo... Pedía sobre todo á Dios amarle á él y odiar á mi enemigo. No hay virtud sin este amor absoluto de Dios, por cuyo medio descende al alma la plenitud de la gracia; pero, después de haber descendido, no se queda en ella y se desliza como el agua, á no ser que el alma odie á sus enemigos, esto es los pecados y los vicios. Aquel pues que sabe conservar bien la gracia de lo Alto, ha de saber coordinar este amor y este odio en su corazón. Quiero que hagas todo lo que hacía yo; me levantaba cada media noche é iba á postrarme delante del altar, donde pedía á Dios observar todos los preceptos de su ley, y le suplicaba me concediese la gracia que para serle agradable necesitaba. »

— ¡ Oh dulcísima Señora! interrumpióla Isabel, ¿ no estabais ya llena de gracia y de virtudes?

— « Ten por seguro, contestó la santa Virgen, que yo me creía tan culpable y tan miserable como tú te crees á tí misma; por esto pedía á Dios que me concediese su gracia (1)... »

¡ Oh, cristianos! Tened una humildad semejante, y haced esta misma petición; y María, por un efecto de su poder, os alcanzará la gracia de vivir bien en este mundo, á fin de que el Señor esté con vosotros en el otro. Así sea.

(1) *Grande Vie des Saints*, por Collin de Planey, t. XXII, pág. 138, edición Vivès.

## INSTRUCCION VIGESIMOTERCERA.

### EL AVE MARIA.

#### INSTRUCCION SEPTIMA.

##### BENDICIONES DE MARIA.

TEXTO. — *Benedicta tu in mulieribus...* Bendita tú eres entre todas las mujeres.

(SAN LUCAS, CAP. I, VERS. 28.)

EXORDIO. — Carísimos hermanos, si, cual debería ser,uviésemos un corazón que se abrasase de amor por la santísima Virgen, no nos cansaríamos jamás de oír celebrar sus alabanzas. Aun cuando fuese menester franquear una larga distancia para ir á un santuario donde se supiese que el ministro de la palabra divina ha de predicar las grandezas de la Soberana del cielo, se dejarían las ocupaciones que no fuesen absolutamente apremiantes, y se tomaría, á toda prisa, el camino del sitio designado. Como no está muy distante la casa de Dios, y sin embargo son pocos los que asisten al sermón en que el predicador pone de relieve las glorias de la Madre de Dios y de los hombres, ¿ sería temeridad pensar que muchos de sus hijos sólo sienten por ella indiferencia ó frialdad? Procurad poneros al abrigo de este reproche, hermanos míos muy amados.

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. — Mi objeto en la presente instrucción es conducir, en espíritu, hasta la orilla del océano de las bendiciones de María, para hacéros las contemplar con una admiración mezclada de ternura. Bendita es ella entre todas las mujeres, porque ella sola tuvo la ventaja de librarse de la maldición del pecado original, porque sólo ella tuvo el secreto de sacar de la gracia una infinidad de méritos, porque ella sola tuvo el honor de que se la eligiera para ser la Madre de Dios.

siquiera prometer decir un *Ave Maria* para conservar ó recobrar la gracia santificante, por mediación de la Virgen llena de gracia! ; Oh, qué frialdad! ; qué ceguedad! ; qué dureza! No quieren estar con Vos en el tiempo, Señor; ; cómo podreis estar Vos con ellos en la eternidad? Nó, Dios de justicia, no estarán con Vos en el cielo, los que en la tierra estuvieron con el demonio.

PERORACIÓN. — Ved ahí, hermanos míos, un pasaje de la vida de santa Isabel: « Cierta noche, mientras rezaba la Salutación angélica, Aquella á quien dirigía esta bendita plegaria la dijo entre otras cosas:

— « Quiero enseñarte todas las oraciones que hacía yo cuando estaba en el templo... Pedía sobre todo á Dios amarle á él y odiar á mi enemigo. No hay virtud sin este amor absoluto de Dios, por cuyo medio descende al alma la plenitud de la gracia; pero, después de haber descendido, no se queda en ella y se desliza como el agua, á no ser que el alma odie á sus enemigos, esto es los pecados y los vicios. Aquel pues que sabe conservar bien la gracia de lo Alto, ha de saber coordinar este amor y este odio en su corazón. Quiero que hagas todo lo que hacía yo; me levantaba cada media noche é iba á postrarme delante del altar, donde pedía á Dios observar todos los preceptos de su ley, y le suplicaba me concediese la gracia que para serle agradable necesitaba. »

— ¡ Oh dulcísima Señora! interrumpióla Isabel, ¿ no estabais ya llena de gracia y de virtudes?

— « Ten por seguro, contestó la santa Virgen, que yo me creía tan culpable y tan miserable como tú te crees á tí misma; por esto pedía á Dios que me concediese su gracia (1)... »

¡ Oh, cristianos! Tened una humildad semejante, y haced esta misma petición; y María, por un efecto de su poder, os alcanzará la gracia de vivir bien en este mundo, á fin de que el Señor esté con vosotros en el otro. Así sea.

(1) *Grande Vie des Saints*, por Collin de Planey, t. XXII, pág. 138, edición Vivès.

## INSTRUCCION VIGESIMOTERCERA.

### EL AVE MARIA.

#### INSTRUCCION SEPTIMA.

##### BENDICIONES DE MARIA.

TEXTO. — *Benedicta tu in mulieribus...* Bendita tú eres entre todas las mujeres.

(SAN LUCAS, CAP. I, VERS. 28.)

EXORDIO. — Carísimos hermanos, si, cual debería ser,uviésemos un corazón que se abrasase de amor por la santísima Virgen, no nos cansaríamos jamás de oír celebrar sus alabanzas. Aun cuando fuese menester franquear una larga distancia para ir á un santuario donde se supiese que el ministro de la palabra divina ha de predicar las grandezas de la Soberana del cielo, se dejarían las ocupaciones que no fuesen absolutamente apremiantes, y se tomaría, á toda prisa, el camino del sitio designado. Como no está muy distante la casa de Dios, y sin embargo son pocos los que asisten al sermón en que el predicador pone de relieve las glorias de la Madre de Dios y de los hombres, ¿ sería temeridad pensar que muchos de sus hijos sólo sienten por ella indiferencia ó frialdad? Procurad poneros al abrigo de este reproche, hermanos míos muy amados.

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. — Mi objeto en la presente instrucción es conducir, en espíritu, hasta la orilla del océano de las bendiciones de María, para hacéros las contemplar con una admiración mezclada de ternura. Bendita es ella entre todas las mujeres, porque ella sola tuvo la ventaja de librarse de la maldición del pecado original, porque sólo ella tuvo el secreto de sacar de la gracia una infinidad de méritos, porque ella sola tuvo el honor de que se la eligiera para ser la Madre de Dios.

INVOCACIÓN. — Desde lo alto de vuestro trono, echad, oh Reina inmortal, una mirada de compasión sobre mi debilidad, á fin de que no hable de vos de una manera demasiado miserable y de que estos tieles, al oír á vuestro pobre, pero adicto predicador, se vean excitados á honraros y amaros cada día más. — *Ave Maria...*

*Primera parte.* — Los Asirios, que estaban en guerra con los Israelitas, acababan de poner sitio á una de sus ciudades llamada Bethulia. Una joven viuda, no menos célebre por los encantos de su hermosura que por la inocencia de sus costumbres, toma la resolución de sacrificarse por la salvación de todos. Después de largas y fervorosas oraciones, y de rigurosos y prolongados ayunos, Judith se pone sus mejores galas y va á presentarse al general en jefe del ejército enemigo; gana su confianza y su amistad; presenta se el momento favorable, y ella lo aprovecha para matar á Holofernes. Escondiendo su cabeza en un sacco, la lleva, á favor de las tinieblas de la noche, al campo de Israel. Los sitiados prorrumpen en transportes de alegría, acuden con antorchas al encuentro de la heroína y la dirigen mil felicitaciones. Mas ella les indica al verdadero autor de su victoria, exclamando: « Alabad al Señor Dios nuestro: él no ha abandonado á los que esperaban en él... No ha permitido que su sierva fuese mancillada, antes bien me ha hecho volver al lado vuestro sin mancha de pecado, llena de alegría por verme en salvo y veros á vosotros libres; tributadle todas vuestras acciones de gracias, porque es bueno y su misericordia se extiende sobre todos los siglos. » Entonces, habiendo adorado todos el Eterno, dijeron á Judith: « Bendita eres del Señor, que por tu mediación ha derribado á todos nuestros enemigos... » « Tú, añadió el príncipe Ozías, eres la que fué bendecida por el Señor Dios sobre todas las demás mujeres de la tierra, y ha hecho tan célebre tu nombre, que jamás dejarán de alabarte los labios de aquellos que se acordarán eternamente del poder de Dios. Tú no has economizado tu vida, al ver la extremada aflicción de tu pueblo, sino que te has presentado ante Dios para evitar su ruina (1). »

Según los padres de la Iglesia, esta bella y animosa mujer de Bethulia es una figura de la santa y gloriosa Virgen de Nazareth. Sin em-

(1) Véase el libro de Judith, cap. IX el XIII, *passim*.

bargo es inmensa la diferencia entre una y otra, y toda en favor de la Inmaculada Madre de Jesús.

Judith, cortando la cabeza á Holofernes no libra más que á una nación; María, aplastando la cabeza de la antigua serpiente, salva á todos los pueblos.

La una con su bravura preserva á un pequeño Estado de un infortunio temporal; la otra con su poder garantiza al mundo entero de un infortunio eterno.

La primera se distingue por los atractivos de su persona y el brillo de sus virtudes; la segunda es mucho más arrobadora y está colmada de perfecciones.

Judith no era madre de rey, ni reina de Israel, y, aun cuando hubiese llevado el cetro y la corona, no hubiera sido menos cierto que había sido concebida en pecado, como la última de las hijas de Eva. Si apesar de eso, cristianos, aquella valerosa libertadora mereció oír á un príncipe exclamar: « Eres la que ha sido bendecida por el Señor Dios más que todas las mujeres de la tierra, » ¿ qué habremos de pensar de la bienaventurada Virgen María? Todo cuanto de más elogio podamos decir de ella será siempre inmensamente inferior á la realidad. « ¿ De qué sirve, exclama el doctor seráfico, echar en el mar un poco de agua? ¿ De qué sirve, añadir un guijarro á una montaña? ¿ Porque, siendo María infinitamente exaltada por los ángeles en el cielo, qué elogio y qué gloria podrían proporcionarla mi incapacidad y mi miseria?... Débese, sin embargo, hablar de ella para no caer en el pecado de ingratitude (1). »

¡ Oh María! El ojo humano no puede medir la profundidad ni la extensión del océano de vuestras bendiciones. Eva desencadena sobre sí y sobre su posteridad un torrente de maldiciones. En toda su descendencia no hay absolutamente nadie que pudiese escapar á ellas, fuera de vos sola, ¡ oh Virgen incorruptible! Vos no habéis conocido el mal; los abrojos y espinas del pecado no brotaron jamás en el campo de vuestro corazón. « Toda bella sois, oh amada del Altísimo, no hay ni una sola mancha en vos. » Vuestra alma perfumada está con el aroma de to-

(1) *Spec. Virg. M.*, in præf.

das las flores; vos sois la criatura por excelencia favorecida; ninguna hay privilegiada como vos; vos sois una obra maestra de bendiciones, elaborada por la mano misma del Todopoderoso; vos sois, por decirlo así, la bendición en persona y en todo el arrobamiento de su magnificencia...

*Segunda parte.* — Pero si la excelsa Virgen María es bendita entre todos los hijos de Adán y de Eva por haber sido, por una prerrogativa única del Dios todopoderoso, preservada de la mancha del pecado original desde el primer instante de su existencia, no es menos bendecida sobre todas las criaturas, por haber hecho fructificar las gracias que superabundantemente había alcanzado.

Inefablemente magnífica á los ojos del Eterno y soberanamente cara á su corazón, supo aprovecharse de los dones del Espíritu Santo para hacer su alma cada vez más centelleante con los diamantes de la sabiduría, cada vez más digna de las amorosas miradas de este Dios ante quien jamás se puede tener una blancura suficientemente clara, una perfección suficientemente sublime.

Pero, vais á replicar, si, cual lo asegura el celestial embajador, María fué llena de gracia, ¿pudo recibir más gracia todavía?

Cuando el arcángel la fué á saludar en nombre del inmortal Rey de los siglos, convengo en que afirmó que era llena de gracia; pero es como si hubiese dicho: « Jamás pecado alguno original ni personal han ocupado ni el más insignificante lugar en vuestra alma; la gracia es la que la ha llenado toda entera y sin cesar: teneis todas las cualidades que os hacen completamente agradable á los ojos del Monarca de los cielos; sin embargo, cuando él habitará en vuestras entrañas inmaculadas, recibireis un acrecentamiento de bendiciones, y hasta el día de vuestra recepción triunfal en el reino de la felicidad, creceréis en gracia delante de Dios y de los hombres, y aumentaréis la suma de vuestras perfecciones y el tesoro de vuestros méritos. »

En efecto, piadosos fieles, es cosa cierta, según el concilio de Trento, que la Virgen bienaventurada, no solamente evitó las más pequeñas imperfecciones, sino que además no cesó de hacer fructificar la gracia santificante; no ejecutó una acción, no profirió una palabra, no tuvo ni un deseo, no concibió ni un pensamiento, sin tener continuamente por objeto la mayor gloria del Soberano Señor de todas las cosas.

Si los buenos, por haber huído del mal y practicado el bien, apesar de las faltas repetidas y graves, pero detestadas y remitidas, merecerán oír al Salvador llamarles, á la faz del mundo entero, « benditos de su Padre, » con cuánto mayor derecho María, cuya santidad sobrepuja en esplendor á la de los hombres y de los ángeles, más de lo que sobrepuja en claridad un sol de julio á la luz de una lamparilla, con cuánta mayor razón, digo, la Virgen Inmaculada debe ser proclamada bendita entre todas las mujeres? *Benedicta tu in mulieribus.*

No estará de más aquí, amados hermanos míos, que demos una pequeña vuelta sobre nosotros mismos. Leemos en el Evangelio una parábola muy instructiva. « Un hombre había entregado á uno de sus criados cinco talentos; á otro, dos, y á otro, uno. A su regreso, después de una larga ausencia, el amo hizo dar cuentas á sus servidores. Los dos primeros habían doblado su fortuna, y el último no había ganado nada, porque había enterrado en la tierra su talento. Los trabajadores recibieron grandes elogios y recompensas, mas el perezoso se vió agobiado de reproches y despedido por inútil (1). » ¿Qué quiere decir esto, hermanos míos? Los talentos representan la gracia que nos concede el Dios hecho hombre. ¿para qué? Para obrar nuestra salvación, porque no podemos obtenerla sin la gracia; pero hay que cooperar á ella; si no la hiciésemos fructificar, nos pareceríamos á aquel holgazán que fué arrojado á las tinieblas exteriores, y sería semejante á la suya nuestra suerte. Sí, el soberano Juez nos condenaría en su tribunal y nos relegaría á la noche eterna. Prevengamos pues esta desgracia inconcebiblemente horrible, aprovechándonos de los auxilios que nos envía Dios para triunfar de los enemigos de nuestra alma; supliquemos á María que nos haga caminar en pos de ella por el camino del paraíso; repítámosla con frecuencia esta oración de un santo abad:

« ¡Oh dulcísima Virgen! Encontrasteis gracia cerca de Dios, porque fuisteis preservada de la mancha del pecado original y colmada de los dones del Espíritu Santo: teneis el tesoro de las gracias, no sólo para vos, si que también para nosotros, á fin de que nos asistais en nuestras necesidades. En efecto, no cesais de hacerlo, socorreis á los justos,

(1) San Mateo, cap. XXV.

conservándoles en la gracia, y á los pecadores, disponiéndoles para recibir la divina misericordia... espero de vuestra bondad que os dignaréis concederme estas gracias, por las cuales os bendeciré por toda la eternidad (1). »

*Tercera parte.* — Paso ahora, piadosos fieles, á la tercera parte, que no será muy larga.

Bendecida por la pureza de su concepción, bendecida por la santidad de su vida, la humildísima Virgen es asimismo bendecida por la grandeza de su dignidad. Lo que indudablemente, hermanos míos, pone el colmo á las bendiciones de María, es el ser Madre de Dios. Como no hay gloria ni dicha superiores á la gloria y dicha de haber dado á luz al Dueño del cielo y de la tierra, tampoco hay criatura tan favorecida como la escogida por el Altísimo para encarnarse en sus entrañas immaculadas.

« Para comprender la altura á que María fué elevada, dice san Alfonso, sería necesario comprender cuán sublime es la grandeza de Dios. Bastará pues decir que Dios hizo de esta Virgen su propia Madre, para comprender que no pudo enaltecerla más de lo que la enalteció. » San Arnoldo de Chartres asegura con razón que Dios, al hacerse Hijo de la Virgen, la colocó en un grado de elevación superior al de todos los santos y de todos los ángeles... « Decir de María que es Madre de Dios, es sobrepujar todos los grados de gloria que se pueden concebir ó expresar, después de la grandeza de Dios, » afirma san Anselmo; y Pedro de Celles añade: « Sea cual sea el nombre que la deis, ya la llameis Reina del cielo ó Reina de los ángeles, ya la concedais cualquier otro título que imaginar podáis, ninguno la honrará tanto como el solo título de Madre de Dios. » La razón es evidente, porque, según nos enseña el angélico doctor, cuanto más se aproxima una cosa á su principio, más perfección recibe de él; ahora bien, como María es la persona que más se ha aproximado á Dios, es también la que más ha participado de sus gracias (2) » y de sus bendiciones.

(1) Abad de Celles.

(2) *Apud S. Ligor.*, t. XVI, pág. 432, 433, 434, *passim*, edición Vivès.

Vel ahí principalmente porqué el mensajero del Eterno se complació en cumplimentar á la Virgen de Nazareth diciéndola: *benedicta tu in mulieribus*.

« ¡ Oh María! dice un santo obispo de Jerusalén, vos sois bendita entre todas las mujeres, porque pondreis en el mundo á Aquel que ha de proporcionarnos la salvación eterna... Verdaderamente sois bendita entre todas las mujeres, porque, aun cuando no seais más que una criatura, sereis sin embargo la verdadera Madre de Dios (1). »

« ¡ Oh María! esclama san Bernardo, vos sois aquella mujer escogida y privilegiada, en quien el Dios Salvador encontró su reposo, y en quien sin medida derramó todos sus tesoros. Por esto es que todos los fieles honran vuestro casto seno como á templo de Dios, donde comenzó la grande obra de la salvación del mundo. Allí se hizo la reconciliación entre Dios y el hombre. Vos sois, oh Virgen santa, oh Madre afortunada, ese jardín cerrado, donde jamás se ha introducido la mano del pecador para cojer sus suaves frutos; vos sois el cercado magnífico, esmaltado por Dios de todas las flores... entre otras, de esas divinas virtudes de humildad, pureza, caridad, dulzura, que adornan á un alma más de lo que pueden los lirios y las rosas embellecer la tierra. Vos sois el paraíso delicioso, de donde salió la fuente de agua viva que ha regado toda la tierra. ¡ Con cuántos beneficios no habeis enriquecido el mundo, al convertiros en canal afortunado, por donde corren sobre vos tantas gracias de salvación y de vida! Bendita seais pues en todas las naciones y por todos los siglos. *Benedicta tu in mulieribus*. »

« Un jóven príncipe llamado Esquilo fué enviado por su padre á Hildesheim, ciudad de Sajonia, para hacer en ella sus estudios: entregóse allí de tal manera á la vida licenciosa, que acabó por caer peligrosamente enfermo; en esta extremidad, tuvo una visión: le pareció que estaba encerrado en un horno, y se creyó ya en el infierno, pero que luego había salido de él por una pequeña abertura, y se había refugiado en un gran palacio, donde vió á María que le dijo: « ¡ Temerario,

(1) S. Sofrón., *Homilia in Deipar. Annunt.*

tienes la audacia de comparecer á mi presencia! ; Sal de aquí, y anda al fuego que has merecido!»

El jóven imploró la misericordia de María, y volviéndose hácia algunas personas que en aquel palacio se encontraban, las rogó que le recomendasen también ellas á María. Estas lo hicieron.

— « Pero ¿ no sabéis, les contestó la Madre de Dios, que ha llevado una vida licenciosa, y que ni siquiera se ha dignado decirme un *Ave Maria*?

— « Reina del cielo, repusieron sus intercesores, cambiará de vida.

— « Sí, lo prometo, afirmó el jóven, mi conversión será sincera, y seré fiel servidor vuestro.

« María, mitigando su primitivo enojo, respondió: « Pues bien, acepto tu promesa; séme fiel, y mi protección va á librarte de la muerte y del infierno.» Y la visión desapareció enseguida.

« Esquilo, volviendo en sí, dió gracias á María, y refirió á sus compañeros el favor que acababa de recibir. A una santa conducta añadió una viva devoción á Nuestra Señora; llegó á ser arzobispo de Luda, en Dinamarca, donde convirtió á muchos infieles; pero, llegado al fin de su carrera, su avanzada edad le hizo renunciar al arzobispado, y se hizo monje en el monasterio de Clairvaux, donde vivió todavía cuatro años y murió en olor de santidad (1).»

PERORACIÓN. — Ved ahí, cristianos, lo que vale la bendición de la Reina toda misericordiosa y todo poderosa; esta bendición nos preserva ó nos libra de la muerte del pecado y de la mazmorra del infierno. ¿ No hay en esto, decid, una inefable dicha?.. Para llegar á ella, seamos fieles á la criatura bendecida sobre todas las demás; bendigámosla cada día en este valle de lágrimas, y la bendiciremos por toda la eternidad en el reino de las delicias. Así sea.

(1) Anales Cister., año 1151, cap. v.

## INSTRUCCION VIGESIMOCUARTA.

### EL AVE MARIA.

#### INSTRUCCION OCTAVA.

##### BENDICIÓN DE JESÚS.

TEXTO. — *Benedictus fructus ventris tui...* Bendito es el fruto de tus entrañas.

(SAN LUCAS, CAP. I, VERS. 42.)

EXORDIO. — Carísimos hermanos, ved ahí el hermoso rasgo que leemos en la vida de la beata Benvenuta, dominica. Contaba siete años de edad, cuando se encontró, en una iglesia, con un precioso niño. Con su más dulce voz le dirigió esta pregunta: «Niño, ¿sabes el *Ave Maria*? — Sí, que la sé, respondió el niño; ¿y tú, la sabes? — Esta oración, replicó ella, forma mis mayores delicias. — Pues bien, repuso el angelito, rézala.» Hízolo la niña sin demora, y cuando llegó á estas palabras: *bendito es Jesús, el fruto de tus entrañas...* detúvola el niño, y con divina sonrisa, la dijo: «Este Jesús, fruto de las entrañas de María, soy yo.» Y desapareció.

Un Dios, que, bajo la forma de un niño, se digna aparecer y sonreír á una pequeñuela de siete años, porque tiene la costumbre de rezar piadosamente el *Ave Maria*, ¿no os parece que quiere enseñarnos que esta oración, dicha con fervor, le proporciona un goce inefable, y no puede disponerle mejor en favor nuestro? Así debe ser cuando san Alfonso no vaciló en declarar que «una sola *Ave Maria* vale más que el mundo entero.»

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. — Hermanos míos muy amados, si buscamos las bendiciones de Jesús, encontraremos que es bendecido porque es el Hijo de Dios y el Salvador del mundo.

tienes la audacia de comparecer á mi presencia! ; Sal de aquí, y anda al fuego que has merecido!»

El jóven imploró la misericordia de María, y volviéndose hácia algunas personas que en aquel palacio se encontraban, las rogó que le recomendasen también ellas á María. Estas lo hicieron.

— « Pero ¿ no sabéis, les contestó la Madre de Dios, que ha llevado una vida licenciosa, y que ni siquiera se ha dignado decirme un *Ave Maria*?

— « Reina del cielo, repusieron sus intercesores, cambiará de vida.

— « Sí, lo prometo, afirmó el jóven, mi conversión será sincera, y seré fiel servidor vuestro.

« María, mitigando su primitivo enojo, respondió: « Pues bien, acepto tu promesa; séme fiel, y mi protección va á librarte de la muerte y del infierno.» Y la visión desapareció enseguida.

« Esquilo, volviendo en sí, dió gracias á María, y refirió á sus compañeros el favor que acababa de recibir. A una santa conducta añadió una viva devoción á Nuestra Señora; llegó á ser arzobispo de Luda, en Dinamarca, donde convirtió á muchos infieles; pero, llegado al fin de su carrera, su avanzada edad le hizo renunciar al arzobispado, y se hizo monje en el monasterio de Clairvaux, donde vivió todavía cuatro años y murió en olor de santidad (1).»

PERORACIÓN. — Ved ahí, cristianos, lo que vale la bendición de la Reina toda misericordiosa y todo poderosa; esta bendición nos preserva ó nos libra de la muerte del pecado y de la mazmorra del infierno. ¿ No hay en esto, decid, una inefable dicha?.. Para llegar á ella, seamos fieles á la criatura bendecida sobre todas las demás; bendigámosla cada día en este valle de lágrimas, y la bendiciremos por toda la eternidad en el reino de las delicias. Así sea.

(1) Anales Cister., año 1151, cap. v.

## INSTRUCCION VIGESIMOCUARTA.

### EL AVE MARIA.

#### INSTRUCCION OCTAVA.

##### BENDICIÓN DE JESÚS.

TEXTO. — *Benedictus fructus ventris tui...* Bendito es el fruto de tus entrañas.

(SAN LUCAS, CAP. I, VERS. 42.)

EXORDIO. — Carísimos hermanos, ved ahí el hermoso rasgo que leemos en la vida de la beata Benvenuta, dominica. Contaba siete años de edad, cuando se encontró, en una iglesia, con un precioso niño. Con su más dulce voz le dirigió esta pregunta: «Niño, ¿sabes el *Ave Maria*? — Sí, que la sé, respondió el niño; ¿y tú, la sabes? — Esta oración, replicó ella, forma mis mayores delicias. — Pues bien, repuso el angelito, rézala.» Hízolo la niña sin demora, y cuando llegó á estas palabras: *bendito es Jesús, el fruto de tus entrañas...* detúvola el niño, y con divina sonrisa, la dijo: «Este Jesús, fruto de las entrañas de María, soy yo.» Y desapareció.

Un Dios, que, bajo la forma de un niño, se digna aparecer y sonreír á una pequeñuela de siete años, porque tiene la costumbre de rezar piadosamente el *Ave Maria*, ¿no os parece que quiere enseñarnos que esta oración, dicha con fervor, le proporciona un goce inefable, y no puede disponerle mejor en favor nuestro? Así debe ser cuando san Alfonso no vaciló en declarar que «una sola *Ave Maria* vale más que el mundo entero.»

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. — Hermanos míos muy amados, si buscamos las bendiciones de Jesús, encontraremos que es bendecido porque es el Hijo de Dios y el Salvador del mundo.

INVOCACIÓN. — Divina María, antes de empezar os dirijo la oración de vuestro gran servidor Efrén : « ¡ Oh llena de gracia ! iluminad mi inteligencia y desatad mi lengua, para celebrar vuestras alabanzas, y sobre todo para repetir la salutación angélica, este canto tan digno de vos ; Yo os saludo, oh pan, oh gozo, oh consuelo del universo ! Yo os saludo, vos que sois la más sorprendente maravilla que jamás haya visto el mundo. Yo os saludo, paraíso de delicias, puerto seguro de todo el que está en peligro, fuente de gracias, mediadora de Dios y de los hombres. » — *Ave Maria.*

*Primera parte.* — Carísimos hermanos míos, si, como os he probado en mi instrucción anterior, á la Reina de las virgenes le correspondieron por sí sola más bendiciones que á todos los ángeles y á todos los escogidos, ¿ cuántas no debe poseer Aquel que se dignó tomar en ella un cuerpo y un alma semejantes á los nuestros ? Nosotros somos incapaces de sondear el océano de las bendiciones de una criatura, tan perfecta y tan gloriosa, es verdad, que el Omnipotente mismo no habría podido perfeccionarla ni glorificarla más. ¿ Y pretenderíamos lograrlo cuando se trata del Criador del cielo y de la tierra ? Tan difíciles es, cristianos, como medir un mar sin orillas y sin fondo. Cual en un mar semejante hay una infinidad de gotas de agua, asimismo hay una infinidad de bendiciones en el fruto del castísimo seno de la Virgen. Es á más de esto, infinitamente más bendito que ella, hermanos míos, porque él es la fuente de todas las bendiciones imaginables, tanto de las que posee su Madre, como de las contenidas en todas las criaturas, sean angélicas ó sean humanas. *Benedictus fructus ventris tui.* ; Cuán justo es pues exclamar : Bendito es el fruto de tus entrañas ! ¿ Y por qué principiamente ? Porque es el Hijo de Dios y el Salvador del mundo.

Antes de desarrollar algo estos dos pensamientos, hermanos míos muy amados, bueno es que llame vuestra atención sobre una cosa. En el instante en que María acaba de honrar á Isabel con su visita, ésta recibe una inspiración del cielo, y á su vez pronuncia, para mayor gloria de su prima, las palabras que la había dirigido el Arcángel, pocos días antes : « Bendita tú eres entre todas las mujeres, *benedicta tu in mulieribus.* » Pero la venerable parienta de la Virgen más pura añade

estas otras palabras : *benedictus fructus ventris tui*, bendito es el fruto de tu vientre. » En cuanto al nombre de Jesús, la Iglesia, inspirada de lo alto, no podía hacer cosa mejor que intercalarlo en el *Ave Maria*, Además, el Arcángel Gabriel había revelado formalmente este nombre augusto, é indicado el papel de Aquel que lo llevaría, como lo atestiguan las palabras siguientes : « Le darás el nombre de Jesús... *vocabis nomen ejus Jesum.* ; se llamará Hijo de Dios, *vocabitur Filius Dei.* ; él será quien salvará á su pueblo de sus pecados, *ipse salvum faciet populum suum á peccatis eorum*(1). »

Como os lo he hecho observar hace un instante, hermanos míos, el fruto de aquel seno virginal es pues bendito porque tiene á Dios por Padre. Éste es, hermanos míos muy amados, el punto capital del cristianismo, y respecto á este punto no teneis sombra de duda ; prescindiré por lo tanto de detallaros las pruebas que hay en apoyo de este artículo de nuestras creencias ; sería hacer una ofensa á vuestra fé y á vuestra piedad el tener que probaros, en todos sentidos, este dogma fundamental de nuestra suave y maravillosa religión.

Profetas, apóstoles, doctores, concilios, proclaman la divinidad del Mesías. Sus enseñanzas están reasumidas en el símbolo de san Atanasio donde leemos lo que sigue : « La divinidad del Padre y del Hijo es una misma ; su gloria es igual ; su majestad, coeterna. El Hijo es como el Padre, es Dios y Señor omnipotente como él. » Es el Verbo por quien todas las cosas fueron creadas, dice el Evangelista ; data de la eternidad, y se hizo carne en el tiempo. Y este Dios hecho hombre no es otro que el fruto de las entrañas de la Virgen Inmaculada. « Jesucristo, dice el Apóstol, es el Dios bendecido sobre todas las cosas y ante todos los siglos... En él están encerrados todos los tesoros (2) » de bendición. Y esto ha de ser, porque el bien soberano, la bendición misma, es el Señor ; y su Hijo, es Jesús ; por consiguiente preciso es que sea bendecido, primero en su calidad de Hijo de Dios, y luego como Salvador del mundo.

*Segunda parte.* — Este es, por lo demás, el significado de su nombre, tan admirable en todo el universo, dice el Salmista. No hay bajo el

(1) San Lucas, I, 31 y 35 ; S. Mateo, I, 21.

(2) Rom., IX, 10 ; Colos., II, 1.

Cielo otro que salvar pueda á los hombres, declara el príncipe de los apóstoles. Este nombre produce el bálsamo de la misericordia, destila el rocío de la gracia, exhala el perfume de la piedad. Es una fuente de consuelo para los afligidos, un áncora de esperanza para los pecadores, un puerto de salvación para los justos, un río de delicias para los santos, un aumento de felicidad para los ángeles. Es infinitamente temible para los espíritus de las tinieblas, contra quienes tenemos que luchar sin tregua ni descanso, y merece hasta tal punto la adoración que, cuando se pronuncia, « toda rodilla se dobla en el cielo, en la tierra y en el infierno (1). »

« En el nombre de Jesús, declara san Ambrosio, lo tenemos todo (2). »

« ¿Estais tristes? pregunta el santo abad de Clairvaux; poned á Jesús en vuestro corazón, suba desde allí á vuestros lábios y, ante este nombre, se disipará la tormenta y se volverá á serenar. Si alguno ha cometido una falta, y corre á la muerte, arrastrado por la desesperación, invoque este nombre vivificador y volverá á la vida... En medio de los terrores del peligro, ¿quién ha implorado este nombre, sin que haya visto renacer en él la esperanza y el valor (3)? »

¡ Ah, cuántos recuerdos evoca, hermanos míos muy amados, este suave nombre en nuestra memoria! Preguntemos á Jesús, en lo recóndito de nuestra alma, y Jesús no dejará de contestarnos.

— ¿Paraqué, Señor, descender á este valle de lágrimas, nacer en el establo de Belén y tiritar de frío entre la paja del pesebre? — « Para salvaros. »

— ¿Paraqué, Señor, desterraros á Egipto, volver á Nazareth, encerraros en un taller y ganar vuestro pan con el sudor de vuestra frente? — « Para salvaros. »

— ¿Paraqué, Señor, sembrar la semilla del Evangelio en los campos del mundo, soportar todo género de injurias y derramar hasta la última gota de vuestra sangre? — « Para salvaros. »

(1) Filip., II, 10.

(2) Libro III, de Virg.

(3) De nom. Jesus.

Si el pobre le dice al rico que le da algunas monedas de oro: « ¡Bendito seais, me habeis sacado de la miseria! »

Si el enfermo dice al médico que le devuelve la salud: « Bendito seais, me habeis curado; »

Si el pasajero dice al marino que le ha librado del naufragio: « Bendito seais, sin vos ya dejaba de existir; »

Si el prisionero le dice al visitante que ha venido á pagar su rescate: « Bendito seais, me habeis quitado la tristeza y me habeis devuelto la alegría; »

Si el que se halló en medio de un incendio le dice al valiente que le fué á buscar en medio de las llamas: « Bendito seais, me habeis preservado de una desgracia inmensa; »

Con cuanta mayor razón, hermanos míos, no debemos decir: ¡ Oh Jesús! vos nos proporcionais los bienes del cielo, bendito seais. Vos nos quitais la enfermedad del pecado, y nos restituís la virtud de la gracia, bendito seais. Vos nos sustraeis á las llamas del incendio eterno, bendito seais.

Hermanos míos, ante el recuerdo de tantos beneficios, no deberíamos cansarnos de repetir: ¡ Oh misericordioso Salvador! Vos y vuestra Madre, sed mil y mil veces bendecidos, ahora y siempre y en los siglos de los siglos!

Los cristianos que no cumplen jamás este deber de gratitud, son corrales de bronce ó una especie de tigres. No hacen para un Dios lo que se hace á veces para un irracional. Oíd lo que voy á referiros.

« No hace muchos años que en Versalles un carro pesadamente cargado y tirado por cuatro vigorosos mulos, iba por la carretera de París. El carretero caminaba tranquilamente al lado del tiro, cuando de pronto dió un paso en falso y cayó debajo de la rueda que inevitablemente le iba á aplastar... Soltó un « ¡ ho! » fuerte y desesperado, y el mulo de varas, al oír este grito, no solamente se detuvo, sinó que hizo un movimiento de retroceso tan violento, que hizo retroceder hasta á los tres mulos delanteros. Salvado por el instinto de su mulo, el carretero, una vez en pié, se arrojó á la cabeza del animal y se puso á abra-

zarle y besarle, dándole gracias en alta voz y con lágrimas en los ojos por haberle salvado la vida (1). »

¡ Y hay hombres que no dan gracias á Dios por haberles librado de la muerte eterna ! ; Oh, qué bárbarie !

Sin embargo, piadosos cristianos, la mejor manera de alabar á la Virgen  *bendita entre todas las mujeres y al fruto bendito de sus entrañas*, es conformarnos todo lo posible con estos divinos modelos; y para, salir bien de esta empresa, la más saludable y la más gloriosa de todas es observar con valor y perseverancia este pequeño reglamento trazado por san Alfonso :

« Asistir cada día, si es posible, á la santa Misa.

« Decir antes de empezar nuestro trabajo : « Dios mio, os ofrezco mis fatigas y mis penas para la expiación de mis faltas, para la conversión de los pecadores y para el alivio de las almas del Purgatorio ».

« En la cólera ó en el infortunio, no proferir blasfemias ni imprecaciones, sinó decir : « ; Dios mio, dadme paciencia y resignación ! »

« Antes y después de comer, no olvidarse de dar gracias á Dios.

« Evitar cuidadosamente el pecado mortal, y todo lo que para vosotros fuese ocasión de cometerlo.

« Ser fieles á los deberes de vuestro estado.

« Por la noche rezar en familia, si es posible ; consagrar algunos instantes á examinar vuestra conciencia; y rezar, como por la mañana, tres *Ave María*, en honor de la Virgen Inmaculada. Después id á descansar y decid : « He de morir, mas no sé cuándo ; he de morir, mas no sé dónde ; he de morir, mas no sé cómo : lo que no ignoro es que si muero en pecado mortal, seré arrojado al infierno. » Si en aquel momento os sentís gravemente culpables, procurad hacer un acto de contrición y tomad la resolución de confesaros lo más pronto posible.

« El domingo y en las fiestas de guardar, no falteis á la santa Misa ; absteneos de toda obra servil, y asistid á las vísperas y á la oración de la noche.

(1) *Le Monde*, viernes 10 de Octubre de 1789, pág. IV, en lo alto de la columna 6 : *Un cheval intelligent*.

« Observad fielmente la abstinencia en los días prescritos por la Iglesia.

« Esforzáos en comulgar en las principales solemnidades, y cuando menos no descuideis el cumplimiento del deber pascual.

« Haced estas cosas y será buena vuestra vida, santa vuestra muerte, dichosa vuestra eternidad, » porque Jesús os dirá : No habeis dejado de bendecir á la divina Madre y al fruto de sus entrañas : me complaceo en reconocerlos como á bendecidos por el Padre celesti ! : venid pues á tomar posesión del reino que os tengo preparado desde el principio del mundo. Así sea.

## INSTRUCCION VIGESIMOQUINTA.

### EL AVE MARIA.

#### INSTRUCCION NOVENA.

NECESIDAD DE IMPLORAR, DURANTE LA VIDA, PERO SOBRE TODO A LA HORA DE LA MUERTE, A LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARIA, POR SU PODER Y POR NUESTRA MISERIA.

TEXTO. — *Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis, nunc et in hora mortis nostræ. Amen...* Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Así sea.

(ESTAS PALABRAS SON DE LA SANTA IGLESIA CATOLICA.)

EXORDIO. — Carísimos hermanos, « una niña irlandesa, á quien se hacía ir por fuerza á una escuela protestante, lloraba oyendo con frecuencia decir blasfemias contra la Santísima Virgen. Un día, en presencia de un lord protestante, se le hizo esta objeción : — « Tú que pretendes que María, madre de Jesús, es Reina del cielo, ¿cómo lo sabes ? ¿ Dónde lo has visto ? » Aquella niña tenía una fé viva en que

zarle y besarle, dándole gracias en alta voz y con lágrimas en los ojos por haberle salvado la vida (1). »

¡ Y hay hombres que no dan gracias á Dios por haberles librado de la muerte eterna ! ; Oh, qué bárbarie !

Sin embargo, piadosos cristianos, la mejor manera de alabar á la Virgen  *bendita entre todas las mujeres y al fruto bendito de sus entrañas*, es conformarnos todo lo posible con estos divinos modelos; y para, salir bien de esta empresa, la más saludable y la más gloriosa de todas es observar con valor y perseverancia este pequeño reglamento trazado por san Alfonso :

« Asistir cada día, si es posible, á la santa Misa.

« Decir antes de empezar nuestro trabajo : « Dios mio, os ofrezco mis fatigas y mis penas para la expiación de mis faltas, para la conversión de los pecadores y para el alivio de las almas del Purgatorio ».

« En la cólera ó en el infortunio, no proferir blasfemias ni imprecaciones, sinó decir : « ; Dios mio, dadme paciencia y resignación ! »

« Antes y después de comer, no olvidarse de dar gracias á Dios.

« Evitar cuidadosamente el pecado mortal, y todo lo que para vosotros fuese ocasión de cometerlo.

« Ser fieles á los deberes de vuestro estado.

« Por la noche rezar en familia, si es posible ; consagrar algunos instantes á examinar vuestra conciencia ; y rezar, como por la mañana, tres *Ave María*, en honor de la Virgen Inmaculada. Después id á descansar y decid : « He de morir, mas no sé cuándo ; he de morir, mas no sé dónde ; he de morir, mas no sé cómo : lo que no ignoro es que si muero en pecado mortal, seré arrojado al infierno. » Si en aquel momento os sentís gravemente culpables, procurad hacer un acto de contrición y tomad la resolución de confesaros lo más pronto posible.

« El domingo y en las fiestas de guardar, no falteis á la santa Misa ; absteneos de toda obra servil, y asistid á las vísperas y á la oración de la noche.

(1) *Le Monde*, viernes 10 de Octubre de 1789, pág. IV, en lo alto de la columna 6 : *Un cheval intelligent*.

« Observad fielmente la abstinencia en los días prescritos por la Iglesia.

« Esforzáos en comulgar en las principales solemnidades, y cuando menos no descuideis el cumplimiento del deber pascual.

« Haced estas cosas y será buena vuestra vida, santa vuestra muerte, dichosa vuestra eternidad, » porque Jesús os dirá : No habeis dejado de bendecir á la divina Madre y al fruto de sus entrañas : me complaceo en reconoceros como á bendecidos por el Padre celesti ! : venid pues á tomar posesión del reino que os tengo preparado desde el principio del mundo. Así sea.

## INSTRUCCION VIGESIMOQUINTA.

### EL AVE MARIA.

#### INSTRUCCION NOVENA.

NECESIDAD DE IMPLORAR, DURANTE LA VIDA, PERO SOBRE TODO A LA HORA DE LA MUERTE, A LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARIA, POR SU PODER Y POR NUESTRA MISERIA.

TEXTO. — *Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis, nunc et in hora mortis nostræ. Amen...* Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Así sea.

(ESTAS PALABRAS SON DE LA SANTA IGLESIA CATOLICA.)

EXORDIO. — Carísimos hermanos, « una niña irlandesa, á quien se hacía ir por fuerza á una escuela protestante, lloraba oyendo con frecuencia decir blasfemias contra la Santísima Virgen. Un día, en presencia de un lord protestante, se le hizo esta objeción : — « Tú que pretendes que María, madre de Jesús, es Reina del cielo, ¿cómo lo sabes ? ¿ Dónde lo has visto ? » Aquella niña tenía una fé viva en que

Nuestra Señora es Reina del cielo; pero jamás se había preguntado cómo lo sabía. Así es que de momento se hizo atrás ante esta pregunta que se le hizo, como si la hubiesen dado un golpe; después, echando atrás su rubia cabellera, que la venía á la cara, y recobrando su aplomo, dijo: — « ¿ Me preguntais cómo sé que la Virgen santísima está en el cielo? ¿ Dónde estaría, pues, si no estuviese allí? porque vosotros los protestantes no admitís la existencia del Purgatorio. Pues si no estuviese en el cielo, estaría en el infierno, y á la verdad Jesús sería un hijo muy amable, si enviase también al infierno á su madre que le quiso tanto. » Esta contestación, que á los católicos les parecería muy sencilla, causó gran admiración al canciller protestante en cuya presencia se pronunció (1). » Nosotros, hermanos míos, que tenemos la dicha de ser hijos de la Iglesia verdadera, creemos, como aquella excelente niña, que María reina, á la diestra de Jesús, en el reino celestial, y derramaríamos nuestra sangre para dar testimonio de nuestra creencia.

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. — Me alegro de haberos hecho ver cuánta razón tenemos en invocar á la Virgen Inmaculada. *Sancta Maria, Mater Dei*, es la Santa madre de Dios, y por lo tanto es omnipotente para socorrernos. *Ora pro nobis peccatoribus*, siendo pecadores, tenemos una necesidad extrema de su asistencia: *nunc et in hora mortis nostræ*, en todos los instantes de la vida, pero especialmente, en la hora de la muerte.

Como seré más extenso que de costumbre, apelo á vuestra indulgencia.

INVOCACIÓN. — ¡ Oh María! si os dignais instruir vos mismas, desde hoy en adelante, á quien con más anhelo recorrerán, en las miserias del cuerpo y en las del alma, será á vos, Refugio del los pecadores y Esperanza de los desesperados; á vos, constituida por Dios, Señora y Dueña del tesoro divino y Dispensadora de todos los favores. ¡ Oh Virgen llena de gracia y de sabiduría! ¡ Hablad, os ruego, al corazón de los que me escuchan y os saludan! *Ave Maria*. —

Primera parte. — *Sancta Maria, Mater Dei*. Estas palabras, pia-

(1) *Semaine relig.* de Besançon, 1879, pág. 119.

dosos fieles, enuncian los títulos que confieren un poder sin límites á la Virgen de Nazareth. Ella es poderosa, porque es santa; poderosa, porque es soberana, porque tal es el sentido de su nombre; poderosa, porque es Madre de Dios.

Reunidos en un solo grupo, los méritos y cualidades de todas las criaturas, tanto humanas como angélicas, serían, ante las prerrogativas y perfecciones de la Virgen, como una imperceptible paja ante un inmenso montón de gavillas. Si, con estar simplemente en estado de gracia, se está ya en el primer escalón de la santidad, juzgad, hermanos míos, á qué altura debe estar Aquella á quien el arcángel estuvo encargado por el Rey de los cielos de llamar llena de gracia (1). La persona que guardase fielmente los mandamientos de la ley de Dios, siguiese con todo rigor los consejos del Evangelio y practicase todas las virtudes hasta al heroísmo más sublime, esta persona, aún siendo una santa de primer orden, sería sin embargo inferior á los espíritus bienaventurados. ¿ Qué diremos entonces de la criatura preservada de la mancha del pecado original, dotada del tesoro de todas las perfecciones imaginables, eclipsando al más glorioso de todos los querubines? Su santidad, hermanos míos, es de tal modo grande que únicamente la sobrepuja la del Señor. Éste es la santidad misma; la Inmaculada es su imagen más parecida: él es la fuente, ella es el más límpido arroyo: él es el sol, ella su más vivo rayo.

« Dios no encontró sobre la tierra una Virgen más santa que María, » declara un ilustre doctor..

« ¡ Oh María! añade san Alfonso, vos sois la más noble, la más sublime, la más pura, la más bella... la más santa de todas las criaturas. »

Precisamente por esto, hermanos míos, es poderosa. En efecto, los santos son los amigos de este Dios que sólo estima y ama la santidad. Cuanto más brillante es su aureola, mayor es su crédito cerca de la corte celestial. ¡ Cuál pues no debe ser el poder de Aquella que tiene muchos más méritos y virtudes que todos los santos y todos los ángeles juntos!

Además, el nombre de María que quiere decir « Soberana », ¿ no da

(1) S. Juan Crisóstomo.

¿a entender que está investida del poder supremo? Se dirá tal vez : nada tiene que ver el nombre con la cosa ó la persona.

No lo niego; pero esta regla, si la hay, forma excepción para la Virgen. Las prerrogativas designadas por su nombre, las posee en toda realidad, porque ocupa el primer lugar en el reino de la gloria, porque tiene su asiento en el coro del templo de los cielos; ella ocupa, á la derecha de su Hijo, un trono más resplandeciente que los astros, al pie del cual se postran los príncipes de la milicia celestial; ella es admitida en el seno de la Trinidad, como individuo de la familia: ella es la Hija del Monarca del cielo y de la tierra, y por consiguiente debe participar de su autoridad mucho más que cualquier otra criatura.

(¡ Oh María ! ) « todo es admirable en vos, todo excede en vos a nuestros pensamientos, y el poder que cerca de vuestro Hijo teneis no puede ser comprendido ni mucho menos explicado. »

« ¡ Oh santa Soberana! vos teneis el poder, nada resiste á vuestras peticiones, todo cede á vuestras órdenes. »

Así se expresan san Germán de Constantinopla y san Jorge de Nicomedia.

La gloriosa Brígida, tan célebre por las revelaciones que recibió de lo alto, vió un día á los ángeles postrarse ante la augusta Virgen, y oyó que la decían : « Tú eres la Reina del universo, tú tienes un poder absoluto y tus deseos jamás dejan de ser ejecutados. »

Sin embargo, cristianos, lo que pone el colmo al poder de María es el ser Madre de Dios: sí, Madre de Dios. El protestante lo confiesa; ¡ qué digo! el mismo turco lo reconoce; en cuanto al católico, se regocija de ello.

Nestorio, que había tenido la osadía de pretender lo contrario, fué anatematizado en el Concilio general de Éfeso, en el año 431; y su malvada lengua, que se había prestado á blasfemar contra la divina maternidad de María, fué roída en vida por los gusanos. Desde aquel tiempo fué que la Iglesia, para dar una satisfacción á la santísima Virgen, creyó deber añadir á la Salutación angélica, la oración que empieza con estas palabras : « Santa María, Madre de Dios (1). »

(1) *Ilist. ecclés.*, por Rivaux, t. 1, pág. 425.

En virtud de esta dignidad infinita, la Virgen es, en cierto modo, infinitamente poderosa. Si no lo fuese, sería que Dios no habría ni podido ni querido hacerla tal; si no hubiese podido, entonces habría sido de peor condición que un rey de la tierra que puede establecer una regencia y delegar su poder, como por ejemplo san Luís lo hizo en favor de la reina Blanca. ¿ Tendriase el atrevimiento de decir que no quiso? Él, el mejor de los hijos; él, que en la tierra se dignó prodigar á María las más delicadas pruebas de ternura, se negaría á dárselas en el paraíso? No lo creais jamás. Antes al contrario, le atestigua todavía más amor y reverencia; y con la dignidad de soberana de su reino, la desirrió el ejercicio del poder supremo.

*Quod Deus imperio, tu prece, Virgo, potes.* Si el Rey del cielo es omnipotente por naturaleza, la Reina del cielo es omnipotente por la oración. ¿ Quién lo afirma? Los Padres de la Iglesia. « ¡ Oh María, exclama san Germán, vos sois la Madre de Dios, vos sois omnipotente, y no teneis necesidad de recomendación alguna cerca del Señor, puesto que sois la madre de la verdadera vida. »

« Todo obedece al mandato de la Virgen, nos asegura san Bernardino de Sena, es decir que el Eterno oye favorablemente las súplicas de su Madre, como si fuesen órdenes. »

« El Señor, dice san Anselmo, la ha elevado á un grado tan alto de poder, que puede obtener de él, para sus servidores, todas las gracias posibles. »

*Segunda parte.* — Sin embargo, piadosos fieles, no es bastante que la Virgen Inmaculada nos pueda auxiliar, es menester además que lo quiera.. ¿ Lo quiere?; Oh! no nos quepa duda alguna sobre este punto.

*Non deest Mariæ potestas, quia Mater est omnipotentis.* No carece María del poder de acudir en auxilio nuestro, puesto que es la Madre del Poder santo, dice el santo abad de Clairvaux; *nec deest impetrandi voluntas, quia Mater est misericordis,* ni le falta tampoco voluntad para defender nuestra causa, porque es la Madre de la misericordia.

Y no es esto poca suerte para nosotros, infelices pecadores, cuyas

fallas son innumerables, *in multis offendimus omnes*. ¿Qué sería de nosotros, en el supuesto de que á nadie tuviésemos en el reino de los cielos para aplacar la cólera del Eterno? Afortunadamente tenemos una abogada no menos buena que poderosa. Si, como la fé nos lo enseña, es muy útil para nosotros invocar á los santos ¿qué sera si recurrimos á su Soberana?

Por añadidura, no hacerlo es ofenderla, según san Buenaventura, que dice: « No pecan solamente contra vos los que os blasfeman, ¡ oh Virgen María! sino también los que no os ruegan: *non solum in te peccant, o Virgo, qui te blasphemant, sed etiam qui te non rogant.* »

¡ Oh! qué gracias se obtendrían, si se repitiese á María, desde el fondo del corazón, esta humilde plegaria de san Alfonso:

« ¡ Oh Madre de Dios! Ved ahí á vuestros piés á un miserable pecador, esclavo del infierno, que á Vos acude y pone en Vos su confianza. No merezco ni siquiera que dirijais sobre mí una mirada; pero sé que, viendo á vuestro Hijo muerto para salvar á los pecadores, tenéis inmenso deseo de socorrerles. ¡ Oh Madre de misericordia! Considerad mis miserias y apiadaos de mí. Oigo que se os llama Refugio de pecadores, Esperanza de los desesperados. Auxilio de los abandonados; vos sois pues mi refugio, mi esperanza, mi auxilio. A vos os toca salvarme por vuestra intercesión. Socorredme por amor de Jesucristo; tended la mano á un miserable pecador que ha caído y se encomienda á vos. Sé que es para vos un consuelo acudir en auxilio del pecador, cuando os es posible; ayudadme pues ahora que podeis. Por medio del pecado he perdido la gracia divina y mi alma; ahora me pongo en vuestras manos: decidme lo que debo hacer para recobrar la amistad de mi Dios, y dispuesto estoy á ejecutarlo. Él me envía á vos para que vos me ayudeis, quiere que acuda á vuestra misericordia, á fin de que no solamente me ayuden á salvarme los méritos de vuestro Hijo, sino también vuestras oraciones. A vos pues acudo; vos que rogais por tantos otros, rogad también por mí á Jesús: decidle que me perdone, y él me perdonará. Decidle que desais mi salvación, y él me salvará (1). »

(1) S. Ligor., t. XVII, pág. 101; edición Vivés.

Esta humilde y conmovedora súplica reasume perfectamente la doctrina de la Iglesia, referente al poder de la Virgen cerca del trono divino y la grandeza de su misericordia para con los pobres pecadores. Añadiendo el ejemplo al precepto, citaremos un hecho entre mil:

« Un soldado llevaba una vida criminal; por fortuna tenía una mujer temerosa de Dios y devota de la Reina de los cielos. Condújose tan bien la virtuosa esposa que logró que su marido ayunase todos los sábados en honor de la santísima Virgen María, y que rezase el *Ave Maria* siempre que encontrase una imágen suya... Ahora bien, cierto dia en que se encaminaba él á una casa para satisfacer una mala pasión, sucedióle que pasó por delante de una iglesia. Entró en ella y, viendo en el altar una imágen de la Virgen santísima, arrodillóse para rezar su *Ave Maria*. Apenas habia empezado cuando vió ¡ oh prodigio! al Niño Jesús todo cubierto de herida y de sangre en el regazo de su Madre. « ¡ Virgen santa! exclamó el soldado movido á compasión, ¿quién es el miserable que tanto daño ha hecho á vuestro amable Hijo? — Eres tú, respondió la Santísima Virgen, tú mismo y los otros pecadores como tú: vosotros, más crueles que los juicios, crucificais á mi hijo cada vez que pecais. — ¡ Oh Madre de misericordia! repuso el soldado arrepentido; rogad por mí á vuestro divino, Hijo, y alcanzadme el perdón de mis crímenes. — Vosotros los pecadores, añadió la Santísima Virgen, me llamais Madre de misericordia, y do cesais de hacer de mí una madre de miseria. — ¡ Ah! no me habléis, Virgen santa: antes bien acordáos de que sois la Abogada de los pecadores, y no me abandoneis. »

Entonces María, volviéndose hácia el Niño Jesús, le dijo: « Hijo mio, por mi amor, perdona á este miserable pecador que con tanto fervor me invoca. — No te sorprenda, Madre mia, de que en este momento no te escuche, respondió el divino Niño, pues yo rogué á mi Padre celestial que me librase de mi pasión y no me atendió. »

— « ¡ Ah! Hijo mio muy amado, acuérdate de la ternura con que yo te amanté, y por consideración mia perdona á este desgraciado que con tanta insistencia se encomienda á mí. »

— « No te aflijas, tierna Madre mia, si no te atiendo; también yo rogué á mi Padre por segunda vez, y no me atendió. »

Fruto bendito de mis entrañas ; Ah ! acuérdate de las lágrimas que por tí he derramado al pié de la cruz y, en cambio de tantas angustias, dame este pobre pecador.

— ¡Paciencia, Madre mia muy amada! y no te ofendas por mi negativa ; porque yo mismo, después de haber rogado á mi eterno Padre hasta tres veces, no obtuve la gracia que solicitaba. »

No se desanimó por esto la Virgen santísima, antes al contrario, levantándose, puso al divino Niño sobre el altar, y se dispuso á arrodillarse delante de él.

— ¿Qué quieres hacer, Madre mia? la preguntó el Hijo.

— Quiero, respondió la Madre, estar postrada á tus piés hasta que hayas perdonado á este desdichado pecador.

— ¡ Oh ! esto no lo consentiré, repuso el divino Niño, porque el hijo debe honrar á su madre ; á mí pues me toca honrarte, pues tú eres mi digna Madre. Así, por amor tuyo, perdono á este miserable todos sus pecados ; y en señal de reconciliación, que se acerque, le admitiré á besar mis llagas.

« El pobre pecador consolado en gran manera, se acercó al Niño Jesús, y besó una tras otra sus llagas, que se fueron cerrando todas á medida que á ellas aplicaba los lábios. Dió gracias á Jesús y á María y luego volvió á su casa. Poco después marido y mujer entraron, de común acuerdo, en religión, donde acabaron piadosamente sus días(1). »

*Tercera parte.* — Pero, hermanos míos, si, durante la vida, tenemos necesidad á cada instante del auxilio de la divina Protectora, ¿ cuánto más necesaria nos es su asistencia en la hora de la muerte !

Este es el más terrible de todos los instantes. *A quo pendet æternitas*: de él depende una eternidad de delicias ó de tormentos. Si los más grandes servidores de Dios no pueden pensar en aquella hora sin temblar, ¿ qué sobrecojimiento no debería apoderarse de miserables pecadores como nosotros? Abandonados á nuestras propias fuerzas, sucumbiríamos inevitablemente bajo los golpes del enemigo. El príncipe de las tinieblas centuplica entonces su furor y sabe comunicarlo á sus negros satélites. Si los Hilarios, los Antonios, los Jerónimos, los

(1) Leonardo de P. M., *Serm. miss.*, t. II, edición Casterman.

Martines, las Teresas y tantos otros santos y santas, han visto al demonio al pié de su lecho de muerte, no nos vanagloriemos nosotros de librarnos de aquella visión horrible, antes bien estemos seguros de recibirla, sin falta. La célebre y angelical Bernadette la recibió, apesar de que la Inmaculada la había prometido hacerla dichosa en la otra vida. Oigamos al sabio y piadoso historiador que nos refiere el fin de la Vidente de Lourdes :

« Ningun alma, dice, por pura ó purificada que sea, puede aproximarse á la muerte, sin extremecerse y sin sentirse invadida, al menos por algunos instantes, de una angustia suprema. Los terrores vagos y frios, los lazos de la serpiente tenebrosa, permanecen en el terrible umbral que señala el límite del tiempo y de la eternidad. El lunes de Pascua (1879) la hermana María Bernard sintió pasar por encima de ella el helado soplo del terror. « ¡Tengo miedo, murmuró, tengo miedo ! He recibido tantas gracias, ¡ah! que tiemblo de no haberme aprovechado de ellas como debía .... » Durante la noche el tentador celoso, caído en otro tiempo del cielo, probó de turbar y hacer caer, en su marcha ascendente, á la que subía para siem pre hácia aquel paraíso de delicias de donde él había sido arrojado pasa siempre. Repetidas veces se oyó la voz de María Bernard que gritaba : « ¡ Véte, Satanás ! ; véte, Satanás ! (1). »

Es cierto pues, hermanos míos, que si el diablo vaga á nuestro alrededor, mientras vivimos, para devorarnos, este rugiente león acecha el minuto en que vamos á exhalar el alma, para arrastrarla á su infernal guarida. Entregados á nosotros mismos, seríamos vencidos ; para ser vencedores, necesitamos una aliada muy poderosa ; ¿ tendremos una ? Sí, cristianos ; María no nos abandonará, si la oramos con fervor. Esta aserción mil y mil historias la confirman. Ved ahí tres que refiere san Leonardo de Port-Maurice :

« Un religioso llamado Adolfo, fiel servidor de Dios y de María, temblaba en el momento de aquel terrible trance que hace temblar hasta á los santos más grandes ; el pavor de la muerte le hacía sudar.

(1) Bernadette, *Sœur Marie Bernard*, por M. H. Laserre ; edición en 12. pág. 353.

La Virgen Santísima, al ver sus angustias, sintió se movida á compasión y se presentó á él para animarle. Empezó por reprenderle por no haber tenido confianza en ella. « ¿ Porqué, le dijo, tan gran temor de la muerte? ¿ No has sido siempre servidor mio? ¿ No estás ahora bajo mi custodia? Y pues ¿ de qué tienes miedo? ¿ No sabes que yo amo sin medida á aquellos que me aman, y que soy demasiado constante para abandonar, á la hora de la muerte, á los que no me han abandonado durante su vida? »

« Igual ternura demostró con san Juan de Dios, quien, encontrándose en los últimos momentos, sudaba y le temblaban todos los miembros. La Madre de Dios se le apareció y, enjugándole el sudor frío que de su frente brotaba, le reanimó y le consoló con estas dulces palabras: « Juan, sería indigno de mí abandonar á mis servidores en esta hora suprema. Sería una conducta que no me sienta bien, y que jamás fué la mía, eso de abandonar, en la hora de la muerte, á aquellos que durante su vida me han servido fielmente. »

Finalmente, un religioso llamado Antonio, gran devoto de María, se hallaba en sus extremos: hizo llamar á su confesor, y le dijo: « Sabed, padre, que moriré el sábado, día dedicado á la Santísima Virgen. — ¿ Cómo lo sabéis? le preguntó el confesor. — « Lo sé porque la Santísima Virgen se me ha aparecido y me lo ha dicho. Por eso estoy tan sumamente alegre, por esta feliz noticia. » Mas aquella alegría duró poco, porque, desde la noche siguiente, se vió asaltado por los demonios, que, bajo las formas más horribles, le amenazaban con la reprobación eterna. El pobre enfermo lanzaba gritos, se agitaba, se retorció y quería arrojarse fuera de la cama; hasta lo habría hecho, si no le hubiesen contenido. Al ruido que hacía, todos los religiosos del monasterio acudieron y se pusieron á rezar por él. Mientras estaban rezando, oyeron al pobre moribundo decir con sofocado acento: « No es verdad, yo jamás he cometido este pecado, es una pura mentira... Es verdad, lo cometí, pero hice penitencia por él... Sí, tomé una fruta sin permiso y bebí un poco de vino sin *benedicite*, pero de esto me confesé. » Y mientras hablaba así, los demonios hacían grandes esfuerzos para arrastrarle. Mas de repente, la bienaventurada Virgen María, de quien había sido tan devoto durante su vida, acudió en au-

xilio suyo: apareciósele con una cara radiante, puso en fuga á aquella bandada de espíritus infernales y consoló á su fiel servidor quien, durante todo el viernes y el sábado hasta la noche, no cesó de invocar y alabar á María, y exhortar á todos los presentes á que fuesen devotos de María. Después, en el momento en que se tocaba *el Ave María*, es decir el *Angelus*, entregó dulcemente su alma á Dios (1). »

PERORACIÓN. — Carísimos hermanos, en la instrucción de este día, he creído deber concretar las consideraciones y multiplicar los ejemplos, porque éstos son mucho más adecuados para hacernos tocar con el dedo, por decirlo así, la inmensidad de la misericordia de la Santísima Virgen por los pecadores que la imploran. ¡ Con qué! no pasemos ni un día sin darle muestras de veneración, de confianza y de ternura. Si durante nuestra vida la invocamos con fervor, de fijo no nos abandonará en la hora suprema, y entonces saborearemos el fruto delicioso de esta oración: *Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, infelices pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amen...* Así sea.

## INSTRUCCION VIGESIMOSEXTA.

### EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA.

#### INSTRUCCION PRIMERA.

##### PREPARACION PARA EL SACRIFICIO.

TEXTO. — *Introibo ad altare Dei...* Entraré hasta el altar del Señor.

(SALMO XLII, VERS. 4.)

EXORDIO. — Carísimos hermanos, la reina de las oraciones es la santa Misa. En la oración dominical y en la salutación angélica, son mortales quienes imploran al Señor y á su divina Madre; pero en el Sacrificio adorable, es un Hombre-Dios quien ruega al Omnipotente

(1) S. Leonardo de P. M., *Serm. miss.*, t. II, pág. 36.

La Virgen Santísima, al ver sus angustias, sintió se movida á compasión y se presentó á él para animarle. Empezó por reprenderle por no haber tenido confianza en ella. « ¿ Porqué, le dijo, tan gran temor de la muerte? ¿ No has sido siempre servidor mio? ¿ No estás ahora bajo mi custodia? Y pues ¿ de qué tienes miedo? ¿ No sabes que yo amo sin medida á aquellos que me aman, y que soy demasiado constante para abandonar, á la hora de la muerte, á los que no me han abandonado durante su vida? »

« Igual ternura demostró con san Juan de Dios, quien, encontrándose en los últimos momentos, sudaba y le temblaban todos los miembros. La Madre de Dios se le apareció y, enjugándole el sudor frío que de su frente brotaba, le reanimó y le consoló con estas dulces palabras: « Juan, sería indigno de mí abandonar á mis servidores en esta hora suprema. Sería una conducta que no me sienta bien, y que jamás fué la mía, eso de abandonar, en la hora de la muerte, á aquellos que durante su vida me han servido fielmente. »

Finalmente, un religioso llamado Antonio, gran devoto de María, se hallaba en sus extremos: hizo llamar á su confesor, y le dijo: « Sabed, padre, que moriré el sábado, día dedicado á la Santísima Virgen. — ¿ Cómo lo sabéis? le preguntó el confesor. — « Lo sé porque la Santísima Virgen se me ha aparecido y me lo ha dicho. Por eso estoy tan sumamente alegre, por esta feliz noticia. » Mas aquella alegría duró poco, porque, desde la noche siguiente, se vió asaltado por los demonios, que, bajo las formas más horribles, le amenazaban con la reprobación eterna. El pobre enfermo lanzaba gritos, se agitaba, se retorció y quería arrojarse fuera de la cama; hasta lo habría hecho, si no le hubiesen contenido. Al ruido que hacía, todos los religiosos del monasterio acudieron y se pusieron á rezar por él. Mientras estaban rezando, oyeron al pobre moribundo decir con sofocado acento: « No es verdad, yo jamás he cometido este pecado, es una pura mentira... Es verdad, lo cometí, pero hice penitencia por él... Sí, tomé una fruta sin permiso y bebí un poco de vino sin *benedicite*, pero de esto me confesé. » Y mientras hablaba así, los demonios hacían grandes esfuerzos para arrastrarle. Mas de repente, la bienaventurada Virgen María, de quien había sido tan devoto durante su vida, acudió en au-

xilio suyo: apareciósele con una cara radiante, puso en fuga á aquella bandada de espíritus infernales y consoló á su fiel servidor quien, durante todo el viernes y el sábado hasta la noche, no cesó de invocar y alabar á María, y exhortar á todos los presentes á que fuesen devotos de María. Después, en el momento en que se tocaba *el Ave María*, es decir el *Angelus*, entregó dulcemente su alma á Dios (1). »

PERORACIÓN. — Carísimos hermanos, en la instrucción de este día, he creído deber concretar las consideraciones y multiplicar los ejemplos, porque éstos son mucho más adecuados para hacernos tocar con el dedo, por decirlo así, la inmensidad de la misericordia de la Santísima Virgen por los pecadores que la imploran. ¡ Con qué! no pasemos ni un día sin darle muestras de veneración, de confianza y de ternura. Si durante nuestra vida la invocamos con fervor, de fijo no nos abandonará en la hora suprema, y entonces saborearemos el fruto delicioso de esta oración: *Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, infelices pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amen...* Así sea.

## INSTRUCCION VIGESIMOSEXTA.

### EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA.

#### INSTRUCCION PRIMERA.

##### PREPARACION PARA EL SACRIFICIO.

TEXTO. — *Introibo ad altare Dei...* Entraré hasta el altar del Señor.

(SALMO XLII, VERS. 4.)

EXORDIO. — Carísimos hermanos, la reina de las oraciones es la santa Misa. En la oración dominical y en la salutación angélica, son mortales quienes imploran al Señor y á su divina Madre; pero en el Sacrificio adorable, es un Hombre-Dios quien ruega al Omnipotente

(1) S. Leonardo de P. M., *Serm. miss.*, t. II, pág. 36.

por los hombres. Por consiguiente, las instrucciones que me propongo dirigiros, coronarán dignamente las que os he dado sobre la oración.

El inmortal Pío IX, en una carta escrita el 3 de mayo de 1858 á los obispos de todo el mundo, declara que «no hay cosa más grande, más saludable, más santa, más divina, que el Sacrificio incruento de la Misa, por el cual el mismo cuerpo, la misma sangre, el mismo Jesucristo, Dios y Señor nuestro, se ofrece é inmola sobre el altar por la salvación de todos.» Después, el célebre Pontífice recomienda á sus colaboradores que velen para que sus diócesanos estén bien instruidos sobre este artículo de fé tan importante.

«Venerables hermanos, dice, jamás ceséis de advertir y exhortar especialmente á los párrocos, á los predicadores y á todos los que están encargados de enseñar al pueblo cristiano, que han de exponer y explicar á los fieles, con todo el cuidado posible, la necesidad, la grandeza, la eficacia, el fin y los frutos de este santo y admirable Sacrificio, y que procuren excitar á los feligreses á que asistan á él con la mayor frecuencia posible, con la fé, la religión y la piedad convenientes, á fin de llamar sobre ellos la misericordia divina y todos los beneficios que necesiten.

Esto es, hermanos míos muy amados, lo que he hecho con todo el celo de que soy capaz, en cuatro discursos consecutivos (1).

Proposición. — Pienso daros otras seis, en las cuales descenderé á detallar las oraciones de que se compone la Misa.

División. — «La Misa, dice san Alfonso, se divide naturalmente en seis partes: La primera es la preparación para el Sacrificio, y pasa á los pies del altar: la segunda tiene lugar desde el *Intróito* hasta el *Credo*: la tercera es la que va desde el *Credo* hasta el *Cánon* ó *Sanctus*; la cuarta desde el *Cánon* ó *Sanctus* hasta el *Pater Noster*: la quinta desde esta oración *Libera nos, quæsumus, Domine...* hasta

(1) Nota del autor de las *Instructions d'un curé de campagne*, continuador de la obra del señor abate Lobry. Véase su volumen que trata de los sacramentos, *sacramento de la Eucaristía*. — *Santo Sacrificio de la Misa*: instr. 1ª, excelencia y necesidad del s. s. de la Misa; 2ª, dones para los cuales se ofrece el s. sacrificio; 3ª, á quien y para quien se ofrece, 4ª, asistencia frecuente á la santa Misa: cómo se debe asistir á ella.

la *Comunión* misma; y por último la sexta comprende el resto de la Misa ó sea la *Acción de gracias* (1).

La primera parte, que es la que trato hoy, hermanos míos muy amados, la subdivido en cinco puntos; la señal de la cruz, la antífona *Intróito*, el salmo *Judica me, Deus*, el *Confiteor* y las oraciones que le siguen. Hacedme el obsequio de escucharme con piedad, constancia y atención.

PUNTO PRIMERO. — «Para sacrificar una víctima á Dios, dice un santo obispo, es necesario tener derecho sobre la víctima, y como solo Dios tiene derecho sobre su Hijo, el Verbo encarnado, que es la Víctima del Sacrificio de la Misa, el sacerdote necesita la autoridad de Dios. Por eso, revestido de esta autoridad, pronuncia con Jesucristo mismo, que es el principal ofreciente: *In nomine Patris, et Filii et Spiritus Sancti*, para demostrar que él ofrece el sacrificio, en virtud de la autoridad de todas las tres divinas Personas (2).»

Los fieles asistentes deben, siguiendo el ejemplo del sacerdote, hacer sobre ellos, nó de una manera ridícula, la señal de la cruz. Esta costumbre se remonta á la cuna del cristianismo. Los Padres aseguran que los primeros fieles, al principio y al fin de sus acciones principales, se santiguaban siempre, expresando así breve, pero enérgicamente, su creencia en los misterios de la Santísima Trinidad ó de un Dios en tres Personas, de la Encarnación ó de un Dios crucificado para salvar al mundo. No podía pues la Iglesia hacer cosa mejor que colocar al principio del Sacrificio una señal que nos representa, en un abrir y cerrar de ojos, el sangriento drama de la Pasión. Era además para enseñarnos que nosotros no sacrificamos en nombre nuestro, porque sería sacrificar en nombre de la debilidad, de la miseria y del pecado, sino en nombre del Padre, soberano Señor de todas las cosas; del Hijo, á quien corresponde la omnipotencia en el cielo y en la tierra, y del Espíritu Santo, santificador supremo de nuestras almas.

Añadimos *Así sea*, que en hebreo se dice *Amen*; se dice al fin de todas las oraciones, para afirmar que se toma parte en ellas, que se las

(2) S. Alf. M. de Ligorio, t. XIII, pág. 62, edición Vivés.

(3) S. Alf. M. de Ligorio, t. XIII, pág. 62.

aprueba, y que se desea ser atendido por el Dios rico en misericordia; es como si sacerdote y fieles dijese: «Sí, Señor, aquí nos teneis agrupados al pié de vuestro altar; vos prometisteis estar en medio de nosotros; bajo vuestra mirada infinitamente pura vamos á celebrar el más augusto de todos los misterios: en él creemos lo más firmemente posible; ¡ah! vos os dignaréis hacernos sentir los efectos de vuestra munificencia; vos no rechazaréis nuestra humilde solicitud, puesto que no queremos obrar sinó bajo vuestra autoridad y con vuestro beneplácito; vos prestaréis atento oído á nuestra confiada súplica, porque á vos, Padre, es á quien venimos á ofrecer, á vuestro Hijo es á quien venimos á ofrecer y es por el Espíritu Santo por quien le venimos á ofrecer. Amen, es verdad, *Así sea.*»

PUNTO SEGUNDO. — Después de un principio tan conmovedor y tan majestuoso, ¿qué hace el sacrificador? Juntando las manos, las conserva atadas, por decirlo así, como las tendría, delante del tribunal, un culpable que tratase, no de demostrar la falsedad de la acusación, sinó de merecer la clemencia del presidente. Juntar las manos, es en efecto el movimiento natural y elocuente de todo aquel que pide gracia, y como el sacerdote quiere implorar la misericordia divina para sí mismo y para sus fieles, en esta postura de acusado es como empieza la antífona *Introibo ad altare Dei*, entraré junto al altar de Dios.

La antífona, palabra griega (*Antiphona*) significa canto alternativo ó rezo mútuo; enuncia, en unas cuantas palabras, la idea que más debe impresionar á nuestro espíritu, y con bastante frecuencia indica lo que va á pasar. Es lo que aquí, hermanos míos, se verifica. Los versículos del salmo XLII son rezados alternativamente, después de habernos dicho la antífona que el sacerdote se prepara para ofrecer el santo Sacrificio. Detengámonos un instante en esta antífona.

*Entraré*, dice el celebrante, *hasta el altar de Dios*; penetraré en el Santo de los santos, cerca del mismo Todopoderoso, á quien estoy á punto de inmolar el Cordero digno de todas las adoraciones de los ángeles y de los santos; voy á llevar la sangre de Jesucristo hasta el cielo, y á traer del cielo todas las gracias que se pueden obtener con esta sangre de un valor infinito.

¡ Cuán sublime idea de lo que va á hacer el sacerdote! ¡ Oh! qué pas-

mo debe invadir todo su sér al aproximarse tan cerca de la majestad de todas las Majestades!

El ministro ó acólito, que representa al pueblo, termina la antífona principiada por el pueblo: *Entraré hasta el altar de Dios, que llena de alegría mi juventud*. Es como si los asistentes dijese: Ministro del Altísimo, verdaderamente ireis hasta á este altar donde Dios se inmola y reitera la oblación de su cuerpo y de su sangre, tal como una vez lo hizo en el Calvario; penetraréis junto á este altar, verdadero puente, echado por Jesucristo, Pontífice más elevado que los cielos, sobre el inmenso abismo que el pecado había formado entre la criatura y el Criador; y nosotros, sacerdote del Eterno, tomando parte en el sacrificio que vais á ofrecer, pasaremos también con vos este puente de la misericordia del Señor, é iremos á él para experimentar los efectos de su bondad; nos aproximaremos con vos á ese Dios que se hizo víctima y alimento, bajo las especies del pan y del vino, y que tanto regocijó nuestra juventud, el día de nuestra primera comunión.

Ved pues, hermanos míos muy amados, como la antífona *Introibo ad altare Dei*, recuerda al pueblo la grandeza del sacrificio y la excelencia de sus efectos. Esta antífona es además un grito de esperanza de alegría y de felicidad que incesantemente querríamos repetir; es una triple aclamación que tiende á fortalecer nuestra fé, avivar nuestro amor y áumentar nuestro recojimiento. No nos sorprendamos pues de que la Iglesia haga repetir tres veces esta admirable antífona, antes, durante y después del salmo *Judica me Deus*, sobre el cual vamos á meditar un momento en el tercer punto.

PUNTO TERCERO. — Lo que este salmo encierra conviene al pastor y al rebaño. El temor, el deseo y la esperanza son los sentimientos que dominan en este cántico sagrado.

Sentimiento de temor: *Juzgadme, Dios mío*. Estas palabras son, para el celebrante, como una centella. Señor, voy á comer y beber mi sentencia ó mi perdón, la misericordia ó la condenación, la vida ó la muerte: juzgadme, estoy delante de vos, descubierta la cabeza y atadas las manos, como el criminal que espera su castigo. Gran Dios que lo conoceis todo y penetráis el espíritu y el corazón de los hombres, ha-

ced el discernimiento de mi causa de la nación que no es santa. Por mi bautismo y por mi sacerdocio, soy hijo vuestro y de vuestra Iglesia; no me conteis entre los infieles. Para que yo merezca gozar de vuestra adorable presencia, *libradme del hombre injusto y engañador*, es decir del hombre viejo; y revestidme del hombre nuevo, creado en la justicia y en la santidad. Esto es fácil, Dios mio, *puesto que sois mi fuerza..* ¿Porqué pues me rechazariais y me reduciriais á caminar en la tristeza, mientras el enemigo me aflige, poniendo mis faltas ante mis ojos, para hacer que desconfie de vuestra misericordia?

Sentimientos de deseo. Mas al abatimiento succédele el valor. El sacerdote sabe que por sí solo nada es, y que no osaría subir al altar; por eso cuenta con el auxilio únicamente de lo alto, y lo implora en estos términos: *Enviadme vuestra luz y vuestra verdad; ellas me harán llegar á vuestra montaña santa, y á vuestros tabernáculos; y entraré hasta el altar de Dios, hasta al Dios que regocija mi juventud*, y da á mi alma, purificada en las lágrimas del arrepentimiento, despojada de la vejez del pecado, revestida de la juventud de la gracia, una alegría que sólo los corazones puros pueden poseer en este mundo, y que es la prenda de las delicias en que nadarán en la otra vida, por toda la eternidad.

Sentimientos de esperanza. Ante esta idea, el sacerdote se siente animado de una gran confianza, y exclama: *Confesaré en el arpa, oh Dios mio! que sois mi Dios*. El Salmista tenía un arpa para glorificar al Altísimo; pero aquí ¿qué representa esta arpa de que habla el sacrificador, al pié del altar? ¿No sería el cuerpo de Jesucristo, cuyos acentos, parecidos á los de un instrumento melodioso, resuenan hasta al pié del trono del Señor, encantan su oído y le proporcionan un inefable alborozo? Y las cuerdas de este misterioso instrumento, ¿cuáles son? ¿Son acaso las fibras de nuestro corazón, unidas al sacrificio de la Misa; unión de la cual resulta el majestuoso sonido de la petición, el lúgubre sonido del arrepentimiento; y esto produce un concierto que se une á los coros de los ángeles, agrada al Eterno, aplaca su cólera, merece su clemencia y atrae su bondad.

Siendo esto así, el sacerdote lo propio que el fiel puede decir: *Oh alma mia! ¿porqué estás triste y porqué me turbas?* Ten valor y

no estés más inquieta, antes bien *espera en Dios, porque él quiere aún permitirme celebrar sus grandezas, él que es mi salvación y mi Dios*.

Dice después el celebrante: *Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo*. Todos los salmos terminan con este versículo de esperanza; es como su jugo y su resumen, porque toda oración tiende á la gloria del Altísimo. Desde toda la eternidad y por toda la eternidad, esta gloria pertenece igualmente á las tres adorables Personas, como lo afirma esta respuesta: *Como era al principio, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amen*. Sí, verdaderamente es así y mucho más de lo que nuestra debilidad puede expresarlo.

Después de haber repetido por tercera vez la antífona, como para animarse á subir al altar, el sacerdote pronuncia, santiguándose, estas palabras, que respiran una confianza filial: *Nuestro auxilio está en el nombre del Señor*. -- *Que hizo el cielo y la tierra*, contesta para todos el ministro.

PUNTO CUARTO.— Mas al objeto de ganar con seguridad los favores del Dios tres veces santo, que da su gracia únicamente á los humildes, sacerdote y fieles van á hacer, uno después de otro, pública confesión de sus faltas, numerosas como los granos de arena del océano. Precisamente, el objeto principal de la Misa es obtener la remisión de las iniquidades; para esto es especialmente para lo que sigue manando místicamente sobre el altar la sangre del Redentor, y ya sabeis que Dios no concede el perdón sinó al verdadero arrepentimiento y al propósito firme; y, como pesa una responsabilidad mucho mayor sobre el ministro de Jesucristo, puesto que participa más abundantemente del sacrificio y ha de ofrecerlo primeramente por sus pecados, y luego por los del pueblo, el sacerdote es el primero en hacer una profunda inclinación ó reverencia, en acusarse de sus innumerables debilidades, en solicitar humildemente perdón: « Poseído de temor ante la idea de su indignidad y del gran acto que va á realizar, el sacerdote, dice san Alfonso María de Ligorio, se acusa de sus faltas y se reconoce culpable, no solamente delante de Dios, sinó también delante de la Bien

venturada Virgen María y de todos los santos que han de juzgar á los pecadores, en el día del juicio final(1).»

Cuando ha hecho la confesión de sus miserias, en presencia de la Majestad divina y de la comunión cristiana, ¿qué pasa? Los asistentes, á quienes ha conjurado á que rogasen por él, dicen por medación de su representante, esto es, del acólito: *Misereatur tui omnipotens Deus* oh sacerdote, *compadézcase de tí el Dios omnipotente, y, perdonados tus pecados, condúzcase á la vida eterna... Amen* ; Dios os atienda ! responde el sacrificador, y se endereza no sin cierta confianza.

Ahora es al pueblo á quien le toca decir el *mea culpa*. Inclina pues la cabeza y reza el *Confiteor*, se acusa delante del Señor y de su ministro. Da al sacerdote el nombre de padre, á fin de conmover sus entrañas y de que interceda por sus hijos. Inmediatamente el hombre de Dios pronuncia sobre los fieles, allí inclinados, estas palabras : *Misereatur vestri omnipotens Deus... Apíadese de vosotros el Dios omnipotente, y, perdonados vuestros pecados, os conduzca á la vida eterna.*

¡Amen! exclaman los asistentes; el Altísimo tome en consideración tu ruego ! y para mayor seguridad de éxito, tú, que eres el mediador entre Dios y nosotros, redobla tus súplicas en favor nuestro. Y el sacerdote añade : *El Dios omnipotente y misericordioso nos conceda la indulgencia, la absolución y la remisión de nuestros pecados.* — ¡ Amen ! contesta de nuevo el monaguillo, en nombre de todos los allí reunidos : sí, pastor de nuestras almas, ¡ hágase en nosotros cual se lo pides á Dios !.

PUNTO QUINTO. — Sin embargo el sacerdote y el pueblo, de conformidad con este artículo del código divino : « es menester orar sin cansarse jamás », creen deber continuar sus humildes oraciones ; inclinados pues delante del Señor, le dicen en un fervoroso diálogo : *Si te dignas volverte hácia nosotros, nos devuelves la vida* ; ¡ oh ! no os separéis de nosotros ; no nos presentéis una faz irritada, porque no podríamos soportar su vista ; caeríamos en la desesperación, y esto para

(1) S. Lig., t. XIII, pág. 63.

nosotros sería la muerte ; antes al contrario, presentáos con rostro paternal, y tu pueblo se sentirá transportado de alegría y recobrará como una nueva vida. ¡ Por favor ! Mostadnos, Señor, vuestra misericordia, y prestadnos vuestra saludable asistencia ; atended, Señor, mi oración, y mis suspiros, mis gemidos, mis clamores lleguen hasta vos !.

Dice luego el celebrante : *Dominus vobiscum*. Es en cierto modo, un adios dirigido á la reunión de los cristianos. Hijos míos, *el Señor quede con vosotros*. Yo voy á trepar á la cima del monte santo, y á elevar las manos al cielo, á fin de traerlos de él las gracias. — Vé, replica el acólito, siempre en nombre de los fieles, *Dios sea con tu espíritu*, para que defiendas bien nuestra causa.

*Aufer a nobis...* Después de esto, el sacerdote, subiendo al altar y aproximándose al Santo de los santos, nos dice un doctor ilustre, ruega al Señor que le libere de todas sus iniquidades, para que pueda ofrecer el gran sacrificio con un corazón bien puro.

*Oramus te, Domine...* El sacerdote, una vez subido al altar, lo besa con la intención de unirse, por medio de este beso, á Jesucristo, á quien representa el altar, y le suplica, por los méritos de los santos mártires, cuyas reliquias estan allí encerradas, que se digne perdonarle todas sus ofensas. La Iglesia santa, desde los primeros siglos, tuvo siempre la costumbre de celebrar el Sacrificio encáristico sobre las tumbas de los santos mártires que sacrificaron su vida á Dios, y que, por esta razón, la Iglesia honró siempre de un modo especial. Antiguamente, no había otras fiestas que las de los misterios de Jesucristo, de la Bienaventurada Virgen María y de los mártires (1). »

PERORACIÓN. — Tal vez, amados hermanos míos, estaréis quejosos de mí porque no os he citado hecho alguno. ¡ Pues bien ! voy á terminar esta primera instrucción sobre la santa Misa, con el hecho siguiente.

« Un ilustre ateniense, llamado Temístocles, condenado á destierro por su ingrata patria, se vió precisado á refugiarse en la morada de un rey contra quien había hecho la guerra. Esperaba una muerte segura. Enteróse sin embargo de las costumbres de la corte, y supo que,

(1) S. Ligor., t. XIII, pág. 64.

si alguno se presentaba al monarca, junto al altar doméstico, teniendo entre sus brazos á uno de los hijos de su majestad, alcanzaba todo lo que pedía. Halló pues medio de tener á su disposición al heredero de la corona, y, llevándole en sus brazos, se presentó al soberano, y le dijo: « Señor, al presentarme ante tu majestad, he luchado entre el temor y la esperanza. Temo, porque te he hecho la guerra: espero, porque tu clemencia atenderá más al amor que llevas á tu hijo, que al odio que debes sentir por tu enemigo. »

« Esta súplica fué bien acogida. La vista de aquel niño tuvo tanto poder sobre el ánimo de su padre, que perdonó á Temístocles, le admitió á su amistad, le dió una habitación en su palacio y un cargo honroso en su reino.

« ; Qué consuelo pues para nosotros, pensar, durante la santa Misa, que la sangre de Jesucristo, está allí sobre aquel altar, que clama hácia su Padre, no venganza, sinó perdón y misericordia! ; Oh! ; cuán insensato es aquel que no se vale de esta sangre para purificarse de sus pecados, para saldar sus deudas y para reconciliarse con su Dios (1)! »

Hermanos míos muy amados, asistamos con frecuencia á la santa Misa; ofrezcamos piadosamente, con el sacerdote, Jesucristo á Dios, el Hijo al Padre, y tendremos un lugar en su palacio y un sitio en su reino. Así sea.

(1) Huguet, virtud milagrosa de la santa Misa.

## INSTRUCCION VIGESIMOSEPTIMA.

### EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA.

#### INSTRUCCION SEGUNDA.

##### ENTRADA EN EL ALTAR.

TEXTO. — *Altaria tua, Domine virtutum, Rex meus et Deus meus...* Suspiro junto á tu altar, Señor de los ejércitos, Rey mio y mi Dios.

(SALMO LXXXIII, VERS. 4.)

EXORDIO. — La Iglesia, hermanos míos muy amados, es en este mundo el palacio del Monarca celestial, y el altar del coro, es el trono de su Majestad. Así como el gorrión busca á toda prisa un escondrijo, bajo un techo solitario, ó como vuela rápidamente la golondrina hácia su nido, de igual manera el cristiano, verdaderamente digno de este nombre, toma con alegría la dirección del lugar santo, y se tiene por dichoso de poder arrodillarse sobre las losas del santuario, mientras la oblación de la Víctima sin mancha. Con mayor razón el piadoso ministro del Altísimo se regocija de acudir á inmolar al Cordero divino. ; Cómo suspiro yo, dice, *cerca de tu altar, Señor de los ejércitos, Rey mio y Dios mio! Rex meus et Deus meus.*

PROPOSICIÓN. — Mi idea, hermanos míos, es someter á vuestras más serias reflexiones, la última parte del augusto Sacrificio, que, según san Alfonso, se verifica desde el *Intróito al Credo.*

DIVISIÓN. — Divido esta instrucción en seis puntos á saber : Salmo de entrada, *Kiries, Gloria in excelsis, Colecta* precedida del *Dominus vobiscum*, la *Epistola* con sus oraciones subsiguientes y el *Evangelio.*

si alguno se presentaba al monarca, junto al altar doméstico, teniendo entre sus brazos á uno de los hijos de su majestad, alcanzaba todo lo que pedía. Halló pues medio de tener á su disposición al heredero de la corona, y, llevándole en sus brazos, se presentó al soberano, y le dijo: « Señor, al presentarme ante tu majestad, he luchado entre el temor y la esperanza. Temo, porque te he hecho la guerra: espero, porque tu clemencia atenderá más al amor que llevas á tu hijo, que al odio que debes sentir por tu enemigo. »

« Esta súplica fué bien acogida. La vista de aquel niño tuvo tanto poder sobre el ánimo de su padre, que perdonó á Temístocles, le admitió á su amistad, le dió una habitación en su palacio y un cargo honroso en su reino.

« ; Qué consuelo pues para nosotros, pensar, durante la santa Misa, que la sangre de Jesucristo, está allí sobre aquel altar, que clama hácia su Padre, no venganza, sinó perdón y misericordia! ; Oh! ; cuán insensato es aquel que no se vale de esta sangre para purificarse de sus pecados, para saldar sus deudas y para reconciliarse con su Dios (1)! »

Hermanos míos muy amados, asistamos con frecuencia á la santa Misa; ofrezcamos piadosamente, con el sacerdote, Jesucristo á Dios, el Hijo al Padre, y tendremos un lugar en su palacio y un sitio en su reino. Así sea.

(1) Huguet, virtud milagrosa de la santa Misa.

## INSTRUCCION VIGESIMOSEPTIMA.

### EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA.

#### INSTRUCCION SEGUNDA.

##### ENTRADA EN EL ALTAR.

TEXTO. — *Altaria tua, Domine virtutum, Rex meus et Deus meus...* Suspiro junto á tu altar, Señor de los ejércitos, Rey mio y mi Dios.

(SALMO LXXXIII, VERS. 4.)

EXORDIO. — La Iglesia, hermanos míos muy amados, es en este mundo el palacio del Monarca celestial, y el altar del coro, es el trono de su Majestad. Así como el gorrión busca á toda prisa un escondrijo, bajo un techo solitario, ó como vuela rápidamente la golondrina hácia su nido, de igual manera el cristiano, verdaderamente digno de este nombre, toma con alegría la dirección del lugar santo, y se tiene por dichoso de poder arrodillarse sobre las losas del santuario, mientras la oblación de la Víctima sin mancha. Con mayor razón el piadoso ministro del Altísimo se regocija de acudir á inmolar al Cordero divino. ; Cómo suspiro yo, dice, *cerca de tu altar, Señor de los ejércitos, Rey mio y Dios mio! Rex meus et Deus meus.*

PROPOSICIÓN. — Mi idea, hermanos míos, es someter á vuestras más serias reflexiones, la última parte del augustó Sacrificio, que, según san Alfonso, se verifica desde el *Intróito al Credo.*

DIVISIÓN. — Divido esta instrucción en seis puntos á saber : Salmo de entrada, *Kiries, Gloria in excelsis, Colecta* precedida del *Dominus vobiscum*, la *Epistola* con sus oraciones subsiguientes y el *Evangelio.*

Os ruego que presteis mucha atención.

PUNTO PRIMERO. — El celebrante, después de haber besado el altar, se dirige al costado derecho, hácia el misal ó libro de misa, para leer en el el *Intróito*. Ésta es una palabra latina que significa *entrada*, ya porque sirve de introducción á las oraciones del sacrificio adorable, ya porque se canta en el momento en que el sacrificador entra en el altar, ó mientras los fieles penetran en el templo, como se practicaba en el origen del cristianismo. En efecto, en aquellos tiempos el *Intróito* era un salmo entero que se cantaba mientras la gente llegaba á la iglesia y tomaba sitio. Pero hace siglos ya, hermanos míos, que el *Intróito*, como hoy, no consiste más que en un versículo más ó menos corto. Antes de recitarlo, el sacerdote se persigna, y el ministro ha de hacer lo mismo por razones idénticas á las que he indicado en mi primera instrucción.

« La Iglesia, dice san Alfonso, propone ordinariamente en el *Intróito* el objeto de la fiesta del día; en él se menciona algún misterio de Jesucristo, de la Virgen Bienaventurada, ó de un santo que la Iglesia manda honrar en aquel día. Pero no es más que un simple honor rendido al santo; porque el Sacrificio se ofrece únicamente á la divinidad (1). »

Instituyóse para mayor gloria del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, como lo prueba el *Gloria Patri* que viene inmediatamente después del *Intróito*. Este último, el celebrante lo dice dos veces, para penetrarse bien de la grandeza del misterio ó del objeto de la fiesta.

Otra cosa todavía. La entrada del sacerdote en el altar representa tres circunstancias de la vida del Redentor, á saber: su entrada en el mundo por la Encarnación, su entrada en el cenáculo por la institución de la Eucaristía, y su entrada en el huerto de Getsemaní para comenzar su sangriento sacrificio; de ahí que el fin principal de la Iglesia en el *Intróito* sea el de excitar en nosotros el deseo de imitar los ejemplos del Salvador, de gustar el alimento de su mesa y de aplicarnos los frutos de su Pasión.

PUNTO SEGUNDO. — El sacerdote vuelve entonces al centro del altar para decir alternativamente con el diácono, el subdiácono ó el acólito:

(1) S. Ligor., *Explic. abbrev. miss.*

Señor, ten piedad; Cristo, ten piedad. La primera de estas invocaciones es repetida cuatro veces por el sacerdote y dos veces por los ministros; la segunda la dice una vez el oficiante y dos los asistentes... Ambas son alternativamente cantadas por el coro ó por el pueblo en la Misa solemne. Es, como sabeis, el *Kyrie eleison*... La Iglesia ha conservado estas dos frases griegas, lo propio que ciertas frases hebreas, para rendir homenaje á las liturgias apostólicas. En efecto, hermanos míos muy amados, con este respeto de los recuerdos, parece afirmar ella la identidad del sacrificio que en nuestros días se ofrece con el que se ofrecía en las Iglesias fundadas por los apóstoles en Jerusalén, Alejandría, Antioquía, Éfeso, Corinto y Roma. Hasta se podría decir que la consagración de las tres lenguas de la Misa se remonta á la inscripción redactada en hebreo, en griego y en latín, y colocada por orden de Poncio Pilatos en lo alto de la cruz del Salvador.

*Kyrie eleison*. Estas dos palabras están sacadas de la Escritura, donde con bastante frecuencia las encontramos. Es una oración breve, pero expresiva, enérgica aunque sencilla, nada difícil y sin embargo provechosa. Está al alcance de las inteligencias más débiles y encierra toda especie de votos. Se pronuncia repetidas veces, para inflamar en el corazón el deseo del perdón. Es un acento de dolor general, un llamamiento á la misericordia divina, un grito de esperanza hácia el trono celestial. Escuchad sinó: *Kyrie eleison*, Señor, vos me habeis sacado de la nada, yo soy la obra de vuestras manos, tened piedad de vuestra criatura.

*Kyrie eleison*, Señor, vos velais por mi conservación, vos atendéis á mis necesidades, apiadáos de vuestro hijo.

*Kyrie eleison*, Señor, vos me juzgaréis después de mi muerte, yo soy un pobre pecador, apiadáos de mi fragilidad.

*Christe eleison*, Jesucristo, vos sois mi Redentor, vos disteis vuestra vida para redimirme, apiadáos de vuestra oveja extraviada.

*Christe eleison*, Jesucristo, vos sois el sacerdote cuyo sacerdocio es eterno; vos instituisteis el augusto sacrificio para aplicarme los méritos de vuestra muerte, tened piedad de mi excesiva miseria.

*Christe eleison*, Jesucristo, vos sois el Cordero que se inmola en mi lugar, yo soy quien debería lavar mis iniquidades en mi sangre, apiadáos de la miserable ofrenda que de mí sér os hago.

*Kyrie eleison*, Señor, vos sois la fuente de la luz, vos ilumináis á todo el que viene á este mundo, apiadáos de mis tinieblas.

*Kyrie eleison*, Señor, vos sois un espíritu de fuerza, que combatís con los que os invocan en la lucha contra las legiones infernales, yo vuelvo á caer siempre en las mismas faltas, apiadáos de mi inmensa debilidad.

*Kyrie eleison*, Señor, vos sois santificador de las almas, vos sabéis hacerlas volver blancas como la nieve, ¡ay! ¡Señor, tened piedad de la mía, os lo suplico, tened piedad de ella, ahora y siempre!

PUNTO TERCERO. — Después de los *Kyries*, que se podrían llamar muy acertadamente el himno del arrepentimiento y del perdón, viene el himno de la alabanza y de la gratitud, esto es el *Gloria in excelsis*, que no se dice en las misas de *Requiem*, ni en los tiempos de penitencia, tales como en las ferias de Cuaresma y del Adviento... Es el cántico ejecutado por los chantres del paraíso, encima de un establo donde acababa de nacer Aquel que reina en lo más alto de los cielos, de quien dependen los imperios, que hace la ley, dice Bossuet, á los reyes, y que les da, cuando le place, grandes y terribles lecciones.

Un ilustre mártir del siglo II habla del *Gloria in excelsis* en estos términos: « Aquel, dice san Justino, que preside á los hermanos (es decir, el obispo) ofrece alabanzas y gloria al Padre de todas las cosas, por el nombre del Hijo y del Espíritu Santo. »

« Decimos *Gloria in excelsis*, añade san Buenaventura, para demostrar que veneramos en la tierra al mismo Dios que los ángeles veneran en el cielo (1). »

« *Gloria á Dios en las alturas del cielo, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!* Estas palabras son las del Angel y las que siguen las de la Iglesia. De pie en medio del altar es como modula el sacerdote esta melodía, recita este canto de triunfo y de adoración. Para advertir á los asistentes que eleven sus corazones hasta lo más alto de los cielos, eleva él las manos al empezar, y las junta casi enseguida como para demostrar que pone en sus ma-

(1) *Expos. miss.*, cap. II.

nos la paz y la buena voluntad que el cristiano ha depositado en él, tocado por sus súplicas y alabanzas. Inclina repetidas veces la cabeza, lo mismo que los asistentes; expresando de esta manera, no solamente con la voz, si que también con el gesto, sus sentimientos de adoración, de acción de gracias, de arrepentimiento de sus faltas y de respeto por el adorable nombre de Jesús. La invocación de la Santísima Trinidad y la señal de la cruz terminan este cántico inefable. Por temor de oscurecer sus bellezas, lo entrego, sin comentarios, á vuestras piadosas reflexiones; saboread vosotros mismos todo su aroma. No sólo es sublime por el fondo, sinó también por la forma, de modo que lo mismo lo comprende el fiel que no tiene letra que el sábio ilustre. ¡Oh, hermanos míos! ahora y siempre, digamos con el corazón, mejor aún que con los labios, el *Gloria in excelsis Deo*. Sí, gloria á Dios en las alturas celestiales, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad. Os alabamos, Señor; os bendecimos, os adoramos, os glorificamos; os damos humildísimas acciones de gracias, por vuestra grande gloria, á vos que sois el Señor, el Monarca soberano, el Altísimo, el solo Dios verdadero, el Padre omnipotente. Adorable Jesús, Hijo único del Padre, Dios y Señor de todas las cosas, Cordero enviado por Dios para borrar los pecados del mundo, tened piedad de nosotros. Cordero de Dios, que borrais los pecados del mundo, dignaos acoger favorablemente nuestra súplica; desde lo alto del cielo, donde reináis con vuestro Padre, lanzad sobre nosotros una mirada de compasión. Salvadnos, vos sois el único que lo podeis hacer, Señor Jesús, porque vos sois el único infinitamente santo, el único omnipotente, el único adorable, con el Espíritu Santo, en la gloria del Padre. Amen.

Sí, gran Dios, nosotros lo creemos lo más firmemente posible, y, sostenidos por vuestra gracia, no vacilaremos, si necesario fuese, en derramar nuestra sangre para afirmar nuestra fé.

PUNTO CUARTO. — Terminado el *Gloria in excelsis*, ó bien, si las rúbricas ó reglas no lo prescriben, una vez recitados los *Kyries*, ¿qué hace el sacrificador? Pega sus labios al altar, para recibir, por decirlo así, de los labios mismos de Jesucristo el beso de paz y de re-

conciliación, y se apresura á transmitirlo á los fieles. Extendiendo los brazos hácia ellos, como si quisiera abrirles su alma, y volviéndolos á cerrar, como para estrecharles contra su corazón, dice con el tono más afectuoso : *Dominus vobiscum; el Señor sea con vosotros. Y con tu espíritu*, contesta el que ayuda la Misa, en nombre de los asistentes. Ministro del Altísimo, pues ruegas al Señor que esté con nosotros por sus gracias, nosotros le conjuramos á que esté con tu espíritu por su luz, á fin de que al resplandor de esta luz divina nos lleves á la verdadera tierra prometida, como, á la luz de la nube milagrosa, llevó Jósué á los Israelitas á la tierra de Canaán.

Vuelve entonces el celebrante al lado derecho del altar para recitar las oraciones que se llaman *colectas*, dice san Alfonso María de Ligorio, porque el sacerdote, como mediador entre Dios y los hombres, recoge las oraciones de todos y las presenta á Dios. Todas las *colectas* se dicen con las manos extendidas en postura suplicante; en ellas se solicitan de Dios las gracias relativas al misterio cuya memoria se celebra; por ejemplo, en el día de Pascua, se pide la gracia de resucitar con Jesucristo; en el día de la Ascensión, la de habitar con él en los cielos, ó bien se suplica al Todopoderoso que nos conceda tales ó cuales favores, por intercesión del santo cuya memoria se celebra; pero todas estas oraciones terminan con estas palabras: *per Dominum nostrum Jesum Christum...* en atención á que todas las gracias que Dios nos da, las concede principalmente en virtud de los méritos de Jesucristo... « Por lo tanto, lo que los narradores nos objetan es completamente falso. Pretenden ellos que nosotros ofrecemos el sacrificio á los santos. Es falso, porque perfectamente sabemos que el sacrificio, siendo un culto debido al soberano Señor de cielo y tierra, no puede ofrecerse más que á Dios. En la misa recordamos únicamente la memoria de los santos, por razón de los dones que ellos recibieron de Dios, de quien los santos reconocen que proceden todos los dones que les fueron conferidos (1). »

Tratando este mismo asunto, dice á su vez el doctor seráfico : « La oración se llama *colecta* (ó recojimiento) en atención á que todas las

(1) S. Lig., *Explic. abrév. miss.*

personas que estan presentes en la misa, han de recojerse santamente y orar con toda confianza con el celebrante. La *colecta* está precedida del *Dominus vobiscum*; es el saludo que dirige á los asistentes el simple sacerdote, mientras que el obispo, en calidad de vicario de Cristo, dirige al pueblo la misma salutación que el Salvador á sus discípulos : ; *Pax vobis*; la paz sea con vosotros ! Es como si el prelado dijese á los fieles : ¿ Querais asistir dignamente á los misterios sagrados ? sed hijos de paz... Y luego para exhortar á los asistentes á que unan á las suyas sus plegarias, dice (el sacrificador) : *Oremus, Oremus* (1).

Durante la oración, tiene elevadas las manos para señalar que el espíritu y el corazón del hombre han de tomar la dirección del cielo; y tiene los brazos extendidos para imitar la actitud de nuestro Señor orando en la cruz; acaba por la invocación de un nombre ante el cual toda rodilla ha de doblarse en el cielo, en la tierra y en el infierno; es el de Jesús, el único que puede salvarnos, dice san Pedro, *In quo oportet nos salvos fieri*. Observad, hermanos míos, que al terminar junta el sacerdote las dos manos, con el objeto de enseñarnos que al fin de nuestras oraciones es menester, para que tengan la suerte de ser atendidas, redoblar el fervor.

*Amen*, sí, conformémosnos todos con esta saludable regla.

PUNTO QUINTO.— Pasemos ahora á la *epístola*. Según san Buenaventura, esta palabra griega se descompone en otras dos *epi* y *stola*. La primera significa *de arriba* y la segunda *misiva* ó *envío*, es decir, carta enviada de lo alto (de los cielos), porque bajo la inspiración del Espíritu Santo fué como hablaron los profetas y los apóstoles (2).

Ahora bien, la epístola, estando tomada de los escritos ya de los profetas, ya de los apóstoles, es una carta venida del cielo. El celebrante la recita en voz alta, teniendo las manos apoyadas sobre el altar ó sobre el libro, en señal de su adhesión inviolable á la palabra de Dios. El pueblo por su parte se sienta, como para entrar en un recojimiento más profundo y prestar atención.

(1) S. Buenav., *Expos. miss.*

(2) S. Buenav., *Expos. miss.*

Indicase siempre á la cabeza de la Epístola el nombre de su autor, como por ejemplo: Lectura sacada del profeta Isaías, ó del Libro de la Sabiduría, ó del Cantar de los Cantares... Lectura de la Epístola de san Pablo, ó de san Pedro, ó de Santiago... Pensaréis vosotros, hermanos míos, ¿con qué objeto se hace esta indicación? «Es, dice un pontífice ilustre, para que, al escuchar la Epístola, la escuchemos como si en ella nos hablase Dios, por mediación de sus profetas y de sus apóstoles (1).

Conclúyese con estas palabras que llenaban de entusiasmo al Aguila de los doctores: *Deo gratias*, es decir, ¡*gracias á Dios!* para expresar nuestro agradecimiento á Dios por la ciencia, por la instrucción que acabamos de recibir.

Pero, se replicará, la Epístola está en latín y los fieles no la pueden entender.

Pueden meditar lo que encuentren en sus libros de misa, esperando que el sacerdote, desde lo alto del púlpito ó desde el pié del altar, les lea y explique la Epístola de aquel domingo ó de aquella fiesta...

Vienen entonces el *gradual*, el *aleluya*, el *tracto*, la *secuencia* y la *prosa*...

El *gradual* es, de todos los pensamientos contenidos en la sagrada lectura, el que más debe impresionarnos; es, por decirlo así, el ramillete espiritual de la Epístola. «Es necesario, dice el doctor seráfico, perseverar en la senda de los mandamientos del Señor é ir de virtud en virtud... Ved ahí lo que significa la voz *gradual*: se deriva de una palabra latina que quiere decir andar, y se compone de dos versículos, porque á los dos preceptos del amor de Dios y del del prójimo es á donde van á parar toda la ley y los profetas (2)...

El *aleluya*, que se suprime en los días de penitencia, viene del hebreo. Esta palabra significa *alabad á Dios*, y es un grito de reconocimiento por sus innumerables beneficios... «La caridad, dice san Buenaventura, es la que nos valdrá los placeres del divino reino... En el cielo, Dios está colmado de las alabanzas de los santos... Su indecible alegría no tendrá fin... Esto es lo que se quiere expresar con esta larga y

(1) S. Ligor., *Explic. miss.*

(2) S. Buenav. *Expos. miss.*

suave tirada de notas sobre la letra A, vocal final del *aleluya*; esta sucesión de sonidos inarticulados se llama *neuma* (ó respiración prolongada), como para decirnos: «La alegría de los escogidos en los cielos será eterna é inefable (1)...

«No hay *aleluya* durante la Cuaresma, y se la substituye, dice san Ligorio, por un *tracto* llamado *lamento de los penitentes*, *pœnitentiæ lamentum* (2)...

«En los días de tristeza, y para recordar la tristeza de este siglo, el *aleluya*, observa un santo cardenal, es reemplazado por el *tracto* (3), así llamado porque los versículos del salmo que lo componen, han de ser cantados de una sola vez, con lentitud, y, por decirlo así, arrastrando: esto respira el duelo...

La *secuencia*, en latín *sequentia*, no es más que una continuación del *aleluya*. San Agustín la llama *jubilus* ó *regocijo*; es un vivísimo deseo de unirse á los sentimientos expresados en todo lo que antecede, y el corazón piadoso, á pesar de su impotencia, querría repetirlos sin cesar; tanto es el encanto, tanta la suavidad que encuentra en ellos.

La *prosa* se dice ó se canta en las solemnidades; habla, ya del misterio del día, ya de las virtudes y milagros del santo que se festeja, ó del valor y triunfos del mártir que se celebra...

Un poco más de atención os pido, hermanos míos, para lo que me falta decirnos...

PUNTO SEXTO. — El celebrante deja la derecha del altar para pasar á la izquierda. Ved las razones místicas de este cambio de lugar... En la sagrada Escritura, el norte significa el hálito glacial de Satanás que venció el soplo omnipotente de Cristo; y en señal de esta victoria es porque se lleva en triunfo, por decirlo así, el libro hácia este lado y se proclama en él la derrota del enemigo. El costado izquierdo designa también las tinieblas y la sombra de la muerte donde estaban sentadas las naciones antes de la llegada del Redentor, sombra y tinieblas que vino él á disipar por medio de la antorcha de su doctrina y de su mo-

(1) *Ibidem.*

(2) *Explic. abrev. prec. miss.*

(3) S. Buenav., *Expos. miss.*

ral. Dicho costado representa además el costado de los pecadores que serán colocados á la izquierda del soberano Juez si no procuran convertirse... Y como el Salvador vino á llamar, no á los justos, sino á los pecadores, se anuncia la buena nueva, á saber, el Evangelio en dicho costado, para hacer resaltar el vivo deseo que Dios tiene de ver que los malos no perseveren en la iniquidad, antes bien vuelven á la penitencia, no descendiendo á la muerte eterna, sino que suben á la vida celestial.

Llegado al medio del altar, el oficiante se detiene, porque no se siente bastante digno de publicar los oráculos de ese Dios que hasta en los ángeles ve manchas; por esto, haciendo una profunda reverencia ante el tabernáculo, dice, con toda su alma, esta oración: *Purifica mi corazón y mis labios, oh Dios omnipotente, que purificaste los del profeta Isaias con un carbón encendido; dignate purificarme así, por tu grata misericordia, para que pueda anunciar dignamente tu santo Evangelio... Por Jesucristo Señor nuestro. Así sea...* Y redoblando sus instancias y fervor, añade el sacerdote: *El Señor esté en mi corazón y en mis labios, para que anuncie digna y competentemente su Evangelio. Así sea...*

Los fieles, por su parte, deben pedir al Señor la gracia de oír con afectuoso respeto las divinas enseñanzas, y fuerza para conformarse á ellas con generosa perseverancia, para que puedan llegar á la dicha prometida á todo el que presta oídos á la palabra de Dios y la practica.

Después de su humilde y fervorosa súplica, el sacrificador se endereza lleno de confianza en la misericordia del Señor y se dirige hácia el costado izquierdo del altar. Al ver esto, levántase la gente y permanece de pié durante la lectura y el canto del Evangelio. « Esta actitud, dice san Alfonso, significa la prontitud con que se deben seguir sus preceptos y consejos (1). »

*El Señor sea con vosotros*, exclama el celebrante; renovad vuestra atención, hermanos míos, y dispensad á la palabra divina la más digna acogida... *Él sea igualmente con tu espíritu*, dice el asistente; respondemos á tu llamamiento, ministro del Altísimo, y estamos

(1) S. Ligor., *Explic. abbrev. prec. miss.*

ávidos de oír la buena nueva de la salvación. Después, al pronunciar estas palabras: *Principio ó Continuación del santo Evangelio según san Mateo, san Marcos, san Lucas ó san Juan*, el sacerdote se persigna la frente, para significar que no le causará rubor el Evangelio; la boca, para declarar que la confesará públicamente, y el pecho, para afirmar que se mantendrá siempre adicto á él... Los asistentes, con semejante objeto, hacen igual número de señales de la cruz, y añaden: *Gloria tibi, Domine*; ; *Gloria á tí, Señor*! Y terminada la lectura, contesta en su nombre el ministro: *Laus tibi, Criste*; ; *lor á tí, Jesucristo*! Esto es precisamente en el momento en que el sacerdote, besando el Evangelio, expresa este deseo: *Por las palabras del Evangelio, borrados sean nuestros pecados.*

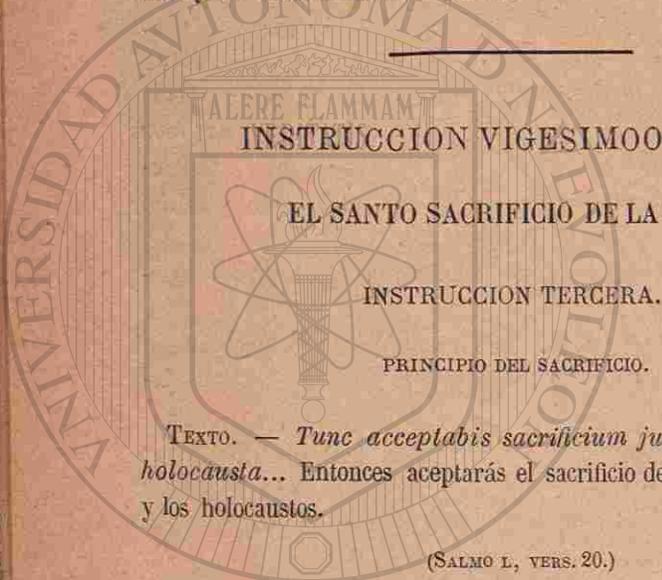
¡Oh sí, cristianos! Díguese el Señor perdonarnos nuestros innumerables pecados!

Una palabra sobre las luces y el incienso. Estos objetos significan que el Evangelio lleva al mundo la luz de la fé y el perfume de la virtud.

PERORACIÓN. — Tiempo es de que concluyamos. « Mientras los daneses asolaban la Inglaterra, el rey Ethelredo acudió con su hermano Alfredo para rechazarles; pero no habiendo podido alcanzarles hasta el anoecer, se vieron precisados á aplazar el combate para el día siguiente. En cuanto apareció la aurora, Alfredo se encontró dispuesto, y, viendo que el rey su hermano no salía de su tienda, envióle repetidos correos, para advertirle de que los daneses se les venían encima. Ethelredo estaba á la sazón oyendo Misa, y envió á decir á su hermano que no saldría hasta que la Misa estuviese concluida. Alfredo entretanto atacó á los enemigos, quienes, ocupando posiciones ventajosas, rechazaron á los ingleses y empezaron á hacerles replegar; mas Ethelredo, haciendo la señal de la cruz, se adelantó cuando menos se le esperaba, y reanimó de tal modo el valor de los suyos, que ganó la batalla, muriendo en ella los principales jefes de los enemigos. Esta victoria se consideró como una recompensa por su piedad, y sobre todo por su celo en asistir al santo Sacrificio de la Misa (1). »

(1) Hist. de Inglaterra, Feller, art. *Alfredo*.

También nosotros, carísimos hermanos míos, si lo deseamos sinceramente, encontraremos, en la piadosa y frecuente asistencia al sacrificio digno de todas las adoraciones del cielo y de la tierra, gran valor y prodigiosa fuerza para atacar y vencer á los enemigos de nuestra alma y de nuestra felicidad. Así sea.



### INSTRUCCION VIGESIMOCTAVA.

#### EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA.

##### INSTRUCCION TERCERA.

###### PRINCIPIO DEL SACRIFICIO.

TEXTO. — *Tunc acceptabis sacrificium iustitiæ, oblationes et holocausta...* Entonces aceptarás el sacrificio de justicia, las ofrendas y los holocaustos.

(SALMO L, VERS. 20.)

EXORDIO. — En los primeros tiempos del cristianismo, el celebrante hacía aproximadamente todos los días á los fieles una plática sobre el Evangelio que acababa de leer en la Misa. Actualmente esto sólo suele efectuarse los domingos y días festivos. El pastor hace en estos días su sermón, voz griega que significa *nave ó medio de la iglesia*, en atención á que en este sitio es donde se levanta el púlpito donde habla el predicador, y su palabra debe escucharse como la del mismo Dios.

PROPOSICIÓN. — Voy á tratar en este día, hermanos míos, de la tercera parte del divino sacrificio. « Es lo que se hace desde el *Credo*, dice san Alfonso, hasta al *Cánon* (1) ó *Sanctus*. »

DIVISIÓN. — Teniendo que pasar revista á nueve puntos, seré lo

(1) *Explic. abbrev. miss.*

más breve posible. Hablaré pues del *Credo*, del ofertorio, de los dones del pueblo, de la ofrenda del pan, de la presentación del vino mezclado con algunas gotas de agua, de la oblación de los asistentes, de la invocación del Espíritu Santo, de la ablución de los dedos, y de las oraciones que vienen después. Procurad estar bien atentos.

PUNTO PRIMERO. — « Una vez leído el Evangelio, dice san Buenaventura, conviene explicarlo á los fieles... Viene después el *Credo* (palabra latina que significa *yo creo*), porque todas las predicaciones hechas por Jesucristo y relatadas por los evangelistas, deben creerse firmemente (1). »

« Cuando el sacerdote, añade otro gran doctor, recita este símbolo de la fé, nosotros debemos renovar nuestra creencia tocante á todos los misterios y á todos los dogmas que la Iglesia nos enseña... La señal que distingue á los fieles de los infieles, es el *Credo* (2). »

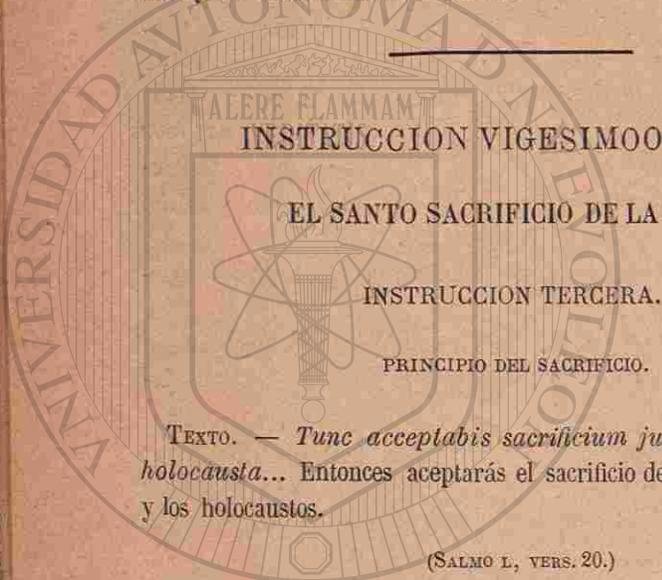
El oficiante lo recita ó entona en medio del altar, del mismo modo que el *Gloria in excelsis*. Al llegar á esta frase *et homo factus est*, hace una genuflexión, como para representar que Cristo se bajó á nosotros, pobres mortales. Inclina la frente, al decir que el Espíritu Santo es adorado juntamente con el Padre y con el Hijo, y al concluir hace la señal de la cruz, para demostrar que, si esperamos con tanta confianza y alegría la resurrección futura y la vida eterna, es gracias á los méritos de la Redención. Tengamos á honor, hermanos míos, afirmar aquí públicamente nuestro símbolo, y mientras que yo lo recito en alta voz, decidlo vosotros todos en el fondo de vuestro corazón.

*Credo in unum Deum*, creo en un solo Dios, el Dios todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra, de las cosas visibles y de las invisibles. Y en un solo Señor Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos, Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero del verdadero Dios, engendrado y no creado, consubstancial al Padre, por quien todas las cosas han sido hechas; que descendió del cielo para nosotros los hombres y para nuestra salvación; que se encarnó, tomando un cuerpo en las entrañas de la Virgen María, por obra del Espíritu

(1) *Expos. miss.*

(2) *Explic. abbrev. miss.*

También nosotros, carísimos hermanos míos, si lo deseamos sinceramente, encontraremos, en la piadosa y frecuente asistencia al sacrificio digno de todas las adoraciones del cielo y de la tierra, gran valor y prodigiosa fuerza para atacar y vencer á los enemigos de nuestra alma y de nuestra felicidad. Así sea.



### INSTRUCCION VIGESIMOCTAVA.

#### EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA.

##### INSTRUCCION TERCERA.

##### PRINCIPIO DEL SACRIFICIO.

TEXTO. — *Tunc acceptabis sacrificium iustitiæ, oblationes et holocausta...* Entonces aceptarás el sacrificio de justicia, las ofrendas y los holocaustos.

(SALMO L, VERS. 20.)

EXORDIO. — En los primeros tiempos del cristianismo, el celebrante hacía aproximadamente todos los días á los fieles una plática sobre el Evangelio que acababa de leer en la Misa. Actualmente esto sólo suele efectuarse los domingos y días festivos. El pastor hace en estos días su sermón, voz griega que significa *nave ó medio de la iglesia*, en atención á que en este sitio es donde se levanta el púlpito donde habla el predicador, y su palabra debe escucharse como la del mismo Dios.

PROPOSICIÓN. — Voy á tratar en este día, hermanos míos, de la tercera parte del divino sacrificio. « Es lo que se hace desde el *Credo*, dice san Alfonso, hasta al *Cánon* (1) ó *Sanctus*. »

DIVISIÓN. — Teniendo que pasar revista á nueve puntos, seré lo

(1) *Explic. abbrev. miss.*

más breve posible. Hablaré pues del *Credo*, del ofertorio, de los dones del pueblo, de la ofrenda del pan, de la presentación del vino mezclado con algunas gotas de agua, de la oblación de los asistentes, de la invocación del Espíritu Santo, de la ablución de los dedos, y de las oraciones que vienen después. Procurad estar bien atentos.

PUNTO PRIMERO. — « Una vez leído el Evangelio, dice san Buenaventura, conviene explicarlo á los fieles... Viene después el *Credo* (palabra latina que significa *yo creo*), porque todas las predicaciones hechas por Jesucristo y relatadas por los evangelistas, deben creerse firmemente (1). »

« Cuando el sacerdote, añade otro gran doctor, recita este símbolo de la fé, nosotros debemos renovar nuestra creencia tocante á todos los misterios y á todos los dogmas que la Iglesia nos enseña... La señal que distingue á los fieles de los infieles, es el *Credo* (2). »

El oficiante lo recita ó entona en medio del altar, del mismo modo que el *Gloria in excelsis*. Al llegar á esta frase *et homo factus est*, hace una genuflexión, como para representar que Cristo se bajó á nosotros, pobres mortales. Inclina la frente, al decir que el Espíritu Santo es adorado juntamente con el Padre y con el Hijo, y al concluir hace la señal de la cruz, para demostrar que, si esperamos con tanta confianza y alegría la resurrección futura y la vida eterna, es gracias á los méritos de la Redención. Tengamos á honor, hermanos míos, afirmar aquí públicamente nuestro símbolo, y mientras que yo lo recito en alta voz, decidlo vosotros todos en el fondo de vuestro corazón.

*Credo in unum Deum*, creo en un solo Dios, el Dios todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra, de las cosas visibles y de las invisibles. Y en un solo Señor Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos, Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero del verdadero Dios, engendrado y no creado, consubstancial al Padre, por quien todas las cosas han sido hechas; que descendió del cielo para nosotros los hombres y para nuestra salvación; que se encarnó, tomando un cuerpo en las entrañas de la Virgen María, por obra del Espíritu

(1) *Expos. miss.*

(2) *Explic. abbrev. miss.*

Santo, y se hizo hombre; que fué crucificado también por nosotros, padeció bajo el poder de Poncio Pilatos y fué sepultado; que resucitó al tercer día, y según las Escrituras, está sentado á la derecha del Padre; que vendrá de nuevo, en su gloria, á juzgar á los vivos y á los muertos, y cuyo reinado no tendrá fin. Creo en el Espíritu Santo, que es igualmente Señor, da la vida, que procede del Padre y del Hijo, que es adorado y glorificado juntamente con el Padre y el Hijo, que habló por los profetas. Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica. Confieso un solo bautismo para la remisión de los pecados, y aguardo la resurrección de los muertos y la vida que ha de venir.

*Amen.* Esto es cierto: creo en las verdades de un Dios creador, en los misterios de un Dios redentor, en las gracias de un Dios santificador. *Qui crediderit... salvus erit*; con el auxilio de lo alto, conformaré mi conducta á mi creencia para salvarme. Así sea.

PUNTO SEGUNDO. — Después del *Credo*, el celebrante besa el altar en señal de amor de Dios y de tratado de paz; y después, para dar testimonio de amor de Dios y de tratado de reconciliación, el sacrificador se vuelve hácia sus hermanos y dice: *El Señor sea con vosotros.* — *Y con tu espíritu*, confestan éstos devolviéndole así caridad por caridad.

Dirigiéndose entonces nuevamente hácia el tabernáculo, añade: *Oremus, oremus*, empieza el sacrificio, redoblemos vosotros y yo nuestro celo y fervor.

Entonces el ministro sagrado dice el *Ofertorio*, así llamado porque se recitaba ó cantaba, mientras el pueblo hacía su ofrenda. Bastante largo en un principio, el *Ofertorio* es hoy poco más que una pequeña antifona, que contiene ordinariamente, ya una alabanza al Altísimo, ya una súplica al cielo, ya una exhortación á los Cristianos á que ofrezcan sus dones. Esto, hermanos míos, no puede ser más justo: puesto que el divino Maestro ofreció su corazón á la perfidia de Judas, su espíritu á la iniquidad de los jueces, su alma á la tristeza de la muerte, sus manos á las ligaduras de los soldados, su rostro á los salvazos del populacho, sus mejillas á las bofetadas de los esclavos, su cabeza á la corona de espinas, su cuerpo todo á las correas de la flagelación; ¿nos resistiríamos nosotros á ofrecernos, sin reserva y

sin demora á Dios Padre, imitando á Jesucristo, la Víctima sin mancha?

PUNTO TERCERO. — He de deciros algunas palabras, hermanos míos carísimos, de las oblações de los fieles. En otro tiempo los Cristianos, hombres y mujeres, iban á la ofrenda, llevando pan, vino y agua para el sacrificador, lo propio que cera, aceite y dinero para los gastos del culto y la manutención del pastor; tal como se practicaba bajo el Antiguo Testamento, en que Dios quería, como lo quiere todavía hoy, que los que sirvan el altar, vivan del altar. Esta costumbre cesó desde el siglo doce y voy á deciros el porqué. El clero creyó que, en la Misa tenía que servirse de pan mejor preparado que el que presentaba la mayoría de los fieles. Además, muchos de ellos hicieron donativos considerables á las iglesias, dejando á los sacerdotes el cuidado de regular los gastos materiales del culto, y de emplear lo sobrante para ellos y para los pobres. Este orden de cosas fué echado por tierra en nuestro país; pero en compensación de las rentas que les fueron quitadas en una época lamentable, los ministros de la religión reciben una asignación anual, por lo demás bastante módica, del gobierno, que saca esta suma de los impuestos. Y, como que los ciudadanos contribuyen á ella proporcionalmente con sus haberes, puede y debe decirse con toda verdad que los fieles, hoy como antes, proporcionan la materia del sacrificio, contribuyen á los gastos del culto, y proveen á la subsistencia del sacerdote. Huellas de esta antigua costumbre encontramos aún en la Misa mayor, en que el diácono y el subdiácono presentan, en nombre de los fieles, el primero el pan y el vino que han de ser consagrados, y el segundo el agua que se ha de mezclar con el vino. En la misa rezada, el acólito es quien llena este cargo.

Además, el pan bendito acompañado de un cirio y de una oración, las ofrendas que se hacen al párroco con motivo de los entierros, matrimonios, bautizos ú otras ceremonias, en una palabra, el pie de altar, y los otros dones de los parroquianos, pueden considerarse como otros tantos vestigios de los usos antiguos. En cambio, el pastor debe dedicarse, en cuerpo y alma, á procurar la salvación de su rebaño.

PUNTO CUARTO. — Volvamos al sacrificador. Cuando, pues, ha dicho el *Ofertorio*, descubre el cáliz. Esta ceremonia puede recordar el

pretorio donde el Redentor vió arrancados sus vestidos, la desnudez á que se vió reducido antes de que le clavasen en el patíbulo, y la necesidad que los fieles tienen de despojarse del hombre viejo y revestirse del hombre nuevo, de rechazar los harapos del vicio y cubrirse con las galas de la virtud.

Ahora, para no tener que volver á hablar de esto, hermanos míos muy amados, haremos una observación general sobre las numerosas señales de la cruz que el sacerdote hace desde el *Ofertorio* hasta la *Comunión*. Así antes como después de la *Consagración* se hace varias veces la señal de la cruz sobre lo que está ofrecido y lo que está consagrado. La intención que la Iglesia tiene es la de atraer la bendición de Dios sobre la materia destinada á ser transformada en cuerpo y sangre de Jesucristo Nuestro Señor, que fué quien hizo esta bendición cuando la multiplicación de los panes en el desierto y antes de la consagración del pan y del vino en la última cena. Es también para representar, al natural, que la oblación que á vuestros ojos se hace es realmente la renovación y continuación de la muerte de un Dios sobre la cruz.

Si en este intervalo el sacerdote, á quien deben imitar los fieles, hace varias veces sobre sí la señal de la salvación, es para manifestarnos que el Salvador se ofreció para redimirnos á costa de su sangre y que nosotros debemos hacer todo lo posible para aplicarnos los méritos de su pasión.

Volvamos al lado del sacrificador. Cojiendo la patena, donde está el pan, ofrece al Padre celestial, elevando, como hacía Jesucristo, las manos y los ojos al cielo; pero baja en seguida los ojos á la hostia que presenta, puesto que se reconoce indigno de tan sublime ministerio, y experimenta la necesidad de implorar el perdón de sus faltas; por esto hace una cosa que es muy natural para todo aquel que sabe que es culpable, baja los ojos.

También vosotros, hermanos míos, á imitación del celebrante, mirad un instante al cielo, porque allí impera vuestro Padre infinitamente bueno; pero bajad pronto la cabeza, porque sois hijos pródigos, y, si no imitáis su contrición, saldréis del templo como habéis entrado en él, con la carga de vuestros pecados. Si deseáis que no sea

así, unid vuestra súplica á la súplica del sacerdote, vuestro fervor á su fervor, vuestro arrepentimiento al suyo; poned, por decirlo así, vuestro corazón al lado de la hostia, sobre la patena, á fin de que sea ofrecido al Padre eterno por las manos sacerdotales y, tarde ó temprano, experimentaréis los efectos de esta humilde oración del sacrificador.

*Recibid, Padre santo, Dios omnipotente y eterno, esta hostia sin mancha que os ofrezco yo, siervo indigno, á vos, mi Dios vivo y verdadero, por mis pecados, ofensas y negligencias que son innumerables, y por los asistentes, y por todos los fieles cristianos, vivos y difuntos, para que esta hostia pura aproveche á mi y á ellos, para la salvación y la vida eterna. Así sea.*

PUNTO QUINTO. — Entonces el sacerdote, haciendo una señal con la patena y la hostia, deposita esta última encima de un lienzo llamado corporal y pasa al costado de la epístola; una vez allí, vierte vino en el cáliz y mezcla en él dos ó tres gotas de agua: ¿porqué, hermanos míos? Para significar, dice san Ligorio, la mezcla ó unión que se hizo, por medio de la Encarnación del Verbo, de la divinidad con la humanidad, unidas en la persona del Salvador. Esta mezcla representa asimismo la unión que se establece, en la comunión sacramental, entre el comulgante y Jesucristo. San Agustín llama á la comunión *mixtura Dei et hominis*, es decir mezcla de Dios con el hombre.

Por esto el sacerdote al efectuar esta mezcla dice la oración siguiente: *Oh Dios! que formaste admirablemente al hombre en un estado tan noble, y que le restableciste de un modo más admirable todavía, haz que, por el misterio de esta agua y de este vino, participemos de la divinidad de Aquel que se dignó hacerse partícipe de nuestra humanidad, Jesucristo, Hijo tuyo y Señor Nuestro que, siendo Dios, vive y reina contigo, en unión con el Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Así sea.*

Según los Padres, entre otros san Cirilo y san Buenaventura, esta mezcla tiene lugar, primeramente para recordar la sangre y el agua que brotaron del costado del Redentor en la cruz, y luego para significar

que el pueblo, figurado por el agua, está unido al Salvador, figurado por el vino y ofrecido con él en el cáliz.

Nosotros, hermanos míos, unimos en cierto modo nuestra indigencia y nuestra flaqueza, representadas por el agua sin fuerza ni sabor, á la riqueza y omnipotencia de Cristo, designadas bajo el emblema de un vino fuerte y suave. Y esta unión, ¿ qué resultado debe tener, hermanos míos, para nosotros? Vedlo ahí: como el agua es absorbida por el vino y no forma, por decirlo así, más que una substancia con él, acontece asimismo que, al comulgar con piedad, nos transformamos hasta el extremo de que no somos ya nosotros los que vivimos, sino que es Jesús quien vive en nosotros. Puede decirse que formamos un solo ser nosotros con él.

Volviendo al medio del altar, el sacerdote ofrece el cáliz al soberano Señor de todas las cosas, y durante este acto tiene fijos los ojos en el cielo. Al ofrecer el pan, ha hablado únicamente en su nombre: « os ofrezco. » ha dicho. Pero aquí, hermanos míos, habla en plural en atención á que el pueblo, representado por la mezcla del agua en el cáliz, ofrece ahora con el sacerdote, que recita la oración siguiente: *Te ofrecemos, Señor, el cáliz de salvación, y suplicamos á tu clemencia que lo haga subir, como un perfume de agradable olor, á la presencia de tu divina majestad, para nuestra salvación y para la de todo el mundo. Así sea.*

Tanto al terminar la ofrenda del vino como la del pan, el sacrificador hace, con el cáliz, una señal de la cruz para demostrar que coloca, en lo posible, la Víctima en la cruz.

PUNTO SEXTO. — Apesar de su indignidad, el ministro del altar acaba de elevar ante el Altísimo la doble materia ó substancia que ha de convertirse en cuerpo y sangre de su Hijo. Pero, para hacer admitir con mayor facilidad su petición, y defender con éxito la causa de sus hermanos, el sacerdote recurre al gran medio de la humildad y del arrepentimiento; inclina la frente y junta las manos, y en esta postura suplicante es como hace la oblación de su espíritu y de su corazón, del espíritu y del corazón de los fieles, para unirlos á la Víctima por excelencia. En efecto, para realizar un acto por el cual miserables criaturas quieren unirse en sacrificio á un Dios que rechaza á los orgullosos

y favorece á los humildes, no bastarian unas disposiciones cualesquiera, pues en tal caso habria una diferencia demasiado chocante entre Jesucristo, nuestro Jefe, y nosotros, sus vasallos. Es preciso pues que celebrante y asistentes tengan las disposiciones necesarias para tener acceso cerca del Señor, y no ofuscar demasiado sus miradas infinitamente puras. Y estas disposiciones ¿ en qué consisten? En una profunda humildad de espíritu y en una verdadera contrición del corazón. La Iglesia santa es quien nos lo dice, poniendo en nuestros labios las palabras siguientes: *Ante ti (Señor) nos presentamos con espíritu humilde y corazón contrito.* Acudimos con un espíritu humilde que se avergüenza de sus faltas numerosas como los granos de arena del mar, y que se proclama, á la faz del cielo y de la tierra, la más indigna, la más ingrata de las criaturas. Nos acercamos con corazón contrito, bien penetrados de dolor por haber ofendido tanto al Señor cuyo yugo es tan suave y tan ligera la carga, y firmemente resueltos á no volver á ultrajar en adelante al más insigne de los bienhechores y al más tierno de los padres. *Recibenos pues, Señor, y tal sea nuestro sacrificio en tu presencia, que te sea agradable, oh Señor Dios nuestro.*

PUNTO SÉPTIMO. — Ya está pues todo preparado ante la faz del Altísimo, el pan y el vino que han de ser en breve convertidos en cuerpo y sangre de su Hijo muy amado. Humillados estan nuestros espíritus en presencia del Eterno, suspiran nuestras corazones tras los dones de la gracia, y aguardan nuestras almas el rocío de la misericordia. Pero cosas tan grandes sólo pueden ser obradas por el dedo omnipotente del Espíritu santificador, *dextra Dei tu digilus.* A él le corresponde reproducir á Jesucristo sobre el altar, como lo formó en el seno de la Virgen Inmaculada, á él le corresponde consumir la substancia del pan y del vino, por un acto de su poder; á él le corresponde destruir, por el fuego de su amor, lo que hay de terreno y criminal en nosotros; y á él es asimismo á quien deben ofrecerse los sacrificios á la par que á las otras dos Personas, porque forma con ellas un solo y mismo Dios, y el sacrificio es ofrecido á la divinidad. De ahí, hermanos míos, esta invocación: *Ven, Santificador, Dios omnipotente y eterno, y bendice este sacrificio preparado para honrar tu santo nombre.*

Al hacer esta oración, el sacerdote pone en ella todo el fervor de que

es capaz. Al pronunciar estas palabras: *Ven, Santificador, y bendice*, eleva los ojos, extiende los brazos y junta las manos; después, apoyando la izquierda en el altar, hace con la derecha una señal de la cruz sobre la hostia y el cáliz; en los días festivos los incienso. No ignoráis, cristianos, que á la divinidad es á la que se ofrece incienso, para que el sacrificio, subiendo como un perfume hácia ella, le sea agradable, y ella nos sea propicia.

PUNTO OCTAVO. — Después de haber invocado al Espíritu Santo sobre las oblationes y de haberlas incensado cuando el oficio es solemne, el celebrante pasa, con la manos juntas, á la derecha del altar, donde « por respeto para el sacrificio, » dice san Alfonso, se lava las extremidades del pulgar y del índice de las dos manos, rezando una oración que luego diré. Esta operación se hace por un motivo muy natural. Como se habría podido ensuciar exteriormente en la preparación de las ofrendas con el movimiento del incensario, el sacerdote lava por precaución los dedos destinados á tocar el cuerpo del Dios tres veces santo. En efecto, para llevar á cabo una acción tan sublime, jamás puede conceptuarse excesiva la limpieza. En cuanto á la razón mística de esta ablución, vedla ahí. Es para manifestarnos que nuestras obras, designadas por las manos, han de ser puras, para que nos sea permitido estar en el lugar sagrado. Ved ahí, hermanos míos, porque la Iglesia ordena que cada uno de sus ministros repita, al purificarse los dedos, estas palabras de David:

*Lavaré mis manos con los que viven en la inocencia y cercaré tu altar, Señor, para escuchar la voz que anunciará tus alabanzas, y cantar también yo todas tus maravillas. Señor, he amado el decoro de tu casa y el lugar donde reside tu gloria. No pierdas, oh Dios, mi alma con la de los impíos; ni me hagas perecer con los hombres sanguinarios, cuyas manos están llenas de iniquidades y cuya diestra está colmada de dádivas. Mas yo he entrado con mi inocencia; redímeme y ten misericordia de mí. Mi pié ha seguido firme el camino recto: en las asambleas de los fieles te bendeciré, Señor. Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Como era en el principio, ahora y siempre, y en los siglos de los siglos. Así sea.*

Mejor cosa no pueden hacer los fieles que unirse, con el corazón y el alma, á estos acentos tan á propósito para enternecer al Señor y hacernos alcanzar sus beneficios.

PUNTO NOVENO. — Algunas palabras todavía sobre el *Suscipe sancta Trinitas, el Orate, fratres*, y la *Secreta*. Todas estas oraciones se dicen en el centro del altar.

Al querer hacer la ofrenda á las tres Personas divinas, el sacrificador junta las manos en muestra de que dependemos de aquellas y de nuestra unión con Jesucristo, se inclina en testimonio de adoración profunda y recita la siguiente oración:

*Recibe, oh santa Trinidad, esta oblación que te ofrecemos en memoria de la pasión, resurrección y ascensión de Nuestro Señor Jesucristo, y en honor de la bienaventurada siempre Virgen María, y del bienaventurado san Juan Bautista, y de los santos apóstoles, Pedro y Pablo; y no solamente de estos, sino de todos los demás santos para que esta oblación sirva para honra suya y para nuestra salvación, y que aquellos á quienes conmemoramos en la tierra se dignen interceder por nosotros en los cielos. Por el mismo Jesucristo Señor Nuestro. Así sea.*

Hago notar de paso que esta oración prueba que el sacrificio no se ofrece á los santos, sino que se ofrece únicamente en honor suyo.

« Con esta oración, dice san Alfonso M. de Ligorio, el sacerdote ofrece Jesucristo á Dios, como una víctima inmolada ya por la muerte. Los herejes nos calumnian diciendo que ofrecemos á Dios dos sacrificios diferentes, el de la cruz y el de la Eucaristía: pero no es cierto que haya dos sacrificios; porque... el sacrificio de la Eucaristía es una conmemoración (un recuerdo) del de la cruz, y es realmente el mismo, pues, tanto en el uno como en el otro, Cristo es la misma víctima y el mismo principal sacrificador (1). »

Pero, á medida que se aproxima el momento del sacrificio, preciso es que aumente el fuego del fervor, y al sacerdote es á quien le toca excitarlo. Besando pues el altar y volviéndose hácia los fieles, eleva los brazos y junta las manos, y exclama: *Rogad, hermanos, para que*

(1) *Explic. abbrev. miss.*

*este sacrificio, mío y vuestro, sea agradable á Dios, Padre todopoderoso.*

*El Señor, contesta el ministro en nombre del pueblo, reciba de tus manos el sacrificio, para alabanza y gloria de su nombre y también para nuestra utilidad y para la de toda su Iglesia santa.*

*Amen.* Haga el cielo que sea verdaderamente así.

Entonces el sacerdote, extendidos los brazos, recita una ó varias oraciones, llamadas *secretas* porque se dicen en voz baja; es la oración del misterioso silencio que va á envolver el inefable acto del sacrificio. En esta oración se pide generalmente que el pan y el vino sean convertidos en el cuerpo y la sangre del Redentor, por un efecto de su omnipotencia, y que nuestra alma, bajo el pincel de la gracia, si así me es lícito expresarme, venga á ser exactísima imagen del alma de Jesucristo.

« La *secreta*, dice san Alfonso, es una oración sobre las ofrendas del pan y del vino que han de transformarse en el cuerpo y en la sangre de Jesucristo; por esto la Iglesia ruega al Señor que los bendiga, y los haga provechosos, no sólo para los que los presentan, sino también para todos los fieles (1). »

Según san Buenaventura, « la *secreta* significa aquella oración hecha en la soledad (por Nuestro Señor Jesucristo) y durante la cual corría por su cuerpo un sudor de sangre (2). »

**PERORACIÓN.** — Voy á concluir, carísimos hermanos míos. En el Sacrificio de la Misa es donde santa Isabel, reina de Turingia, iba á buscar todas las fuerzas sobrenaturales que necesitaba para entregarse, con una abnegación sin límites, á las obras de caridad. Nada más admirable que la humildad con que se anonadaba ante la majestad del Rey de los cielos. Veíase aumentar su devoción de un momento á otro, sobre todo durante las partes principales de la Misa. Esto hacía, hermanos míos, que á la vista de aquella heroica cristiana, hasta las personas más indiferentes se sintiesen impelidas á la piedad.

(1) *Explic. abbrev. miss.*

(2) *Expos. miss.*

¡Permita Dios, hermanos míos muy amados, que podais poner en práctica las resoluciones que un ejemplo tan magnífico os debe hacer tomar! Así sea.

## INSTRUCCION VIGESIMONOVENA.

### EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA.

#### INSTRUCCION CUARTA.

##### CONSAGRACION DE LAS SANTAS ESPECIES.

**TEXTO.** — *Hoc est corpus meum... Hic est sanguis meus...* Este es mi cuerpo... Esta es mi sangre...

(SAN MATEO, CAP. XXVI, VERS. 26 y 28.)

**EXORDIO.** — Al fin de mi instrucción anterior, hermanos míos muy amados, os hablé de la *secreta*, oración así llamada porque se reza en voz baja, desde el principio hasta el fin, á excepción de estas cuatro palabras de la conclusión: *per omnia sæcula sæculorum*.

El sacerdote está ya, al parecer, encerrado en el Santo de los Santos, hijos de los fieles, de suerte que, para inducirles á unirse con él, tiene naturalmente que levantar la voz.

**PROPOSICIÓN.** — En esta ocasión vamos á meditar sobre la cuarta parte del santo Sacrificio.

**DIVISIÓN.** — Ésta comprende el *Prefacio*, el *Sanctus*, las oraciones anteriores á la consagración, la *Consagración*, las oraciones posteriores á ésta, y el final del cánon. Estos diferentes puntos, hermanos míos, exigen aclaraciones de mi parte, y recojimiento de la vuestra.

**PUNTO PRIMERO.** — Apoyadas las manos en el centro del altar, exclama el oficiante: *por todos los siglos de los siglos*.

Por estas palabras, que recuerdan la eternidad, debemos comprender que nada terrenal se opera aquí, que tiene lugar en las alturas

*este sacrificio, mío y vuestro, sea agradable á Dios, Padre todopoderoso.*

*El Señor, contesta el ministro en nombre del pueblo, reciba de tus manos el sacrificio, para alabanza y gloria de su nombre y también para nuestra utilidad y para la de toda su Iglesia santa.*

*Amen.* Haga el cielo que sea verdaderamente así.

Entonces el sacerdote, extendidos los brazos, recita una ó varias oraciones, llamadas *secretas* porque se dicen en voz baja; es la oración del misterioso silencio que va á envolver el inefable acto del sacrificio. En esta oración se pide generalmente que el pan y el vino sean convertidos en el cuerpo y la sangre del Redentor, por un efecto de su omnipotencia, y que nuestra alma, bajo el pincel de la gracia, si así me es lícito expresarme, venga á ser exactísima imagen del alma de Jesucristo.

« La *secreta*, dice san Alfonso, es una oración sobre las ofrendas del pan y del vino que han de transformarse en el cuerpo y en la sangre de Jesucristo; por esto la Iglesia ruega al Señor que los bendiga, y los haga provechosos, no sólo para los que los presentan, sino también para todos los fieles (1). »

Según san Buenaventura, « la *secreta* significa aquella oración hecha en la soledad (por Nuestro Señor Jesucristo) y durante la cual corría por su cuerpo un sudor de sangre (2). »

PERORACIÓN.— Voy á concluir, carísimos hermanos míos. En el Sacrificio de la Misa es donde santa Isabel, reina de Turingia, iba á buscar todas las fuerzas sobrenaturales que necesitaba para entregarse, con una abnegación sin límites, á las obras de caridad. Nada más admirable que la humildad con que se anonadaba ante la majestad del Rey de los cielos. Veíase aumentar su devoción de un momento á otro, sobre todo durante las partes principales de la Misa. Esto hacía, hermanos míos, que á la vista de aquella heroica cristiana, hasta las personas más indiferentes se sintiesen impelidas á la piedad.

(1) *Explic. abbrev. miss.*

(2) *Expos. miss.*

¡Permita Dios, hermanos míos muy amados, que podais poner en práctica las resoluciones que un ejemplo tan magnífico os debe hacer tomar! Así sea.

## INSTRUCCION VIGESIMONOVENA.

### EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA.

#### INSTRUCCION CUARTA.

##### CONSAGRACION DE LAS SANTAS ESPECIES.

TEXTO. — *Hoc est corpus meum... Hic est sanguis meus...* Este es mi cuerpo... Esta es mi sangre...

(SAN MATEO, CAP. XXVI, VERS. 26 y 28.)

EXORDIO. — Al fin de mi instrucción anterior, hermanos míos muy amados, os hablé de la *secreta*, oración así llamada porque se reza en voz baja, desde el principio hasta el fin, á excepción de estas cuatro palabras de la conclusión: *per omnia sæcula sæculorum*.

El sacerdote está ya, al parecer, encerrado en el Santo de los Santos, hijos de los fieles, de suerte que, para inducirles á unirse con él, tiene naturalmente que levantar la voz.

PROPOSICIÓN. — En esta ocasión vamos á meditar sobre la cuarta parte del santo Sacrificio.

DIVISIÓN. — Ésta comprende el *Prefacio*, el *Sanctus*, las oraciones anteriores á la consagración, la *Consagración*, las oraciones posteriores á ésta, y el final del cánon. Estos diferentes puntos, hermanos míos, exigen aclaraciones de mi parte, y recojimiento de la vuestra.

PUNTO PRIMERO. — Apoyadas las manos en el centro del altar, exclama el oficiante: *por todos los siglos de los siglos*.

Por estas palabras, que recuerdan la eternidad, debemos comprender que nada terrenal se opera aquí, que tiene lugar en las alturas

cielos, y que el asunto de nuestra salvación se negocia delante del trono del Rey de los reyes. Es como si el sacrificador dijese á los asistentes : « Estoy en el santuario del Paraíso, donde Dios me reconoce por vuestro mediador y me trata como á enviado vuestro; alejad las ideas mundanales y pensad en las cosas eternas. ¿ Me ois? »

— « Sí, contesta el acólito en nombre del pueblo, Ministro del Altísimo, es tal como tú dices; el acto que ejecutas es realmente el más divino de todos; á él aportaremos nosotros las disposiciones correspondientes. *Así sea.* »

— « *El Señor sea con vosotros,* » prosigue el sacerdote, pero sin volver, como las otras veces, la cabeza hácia los fieles, porque acaba de ponerse en comunicación íntima con Dios y no conviene interrumpirla ni por un segundo. « ¡ Oh Cristianos! El Señor está muy cerca; no os le haga perder de vista la distracción; venga él á vuestro corazón antes de descender sobre el altar, y permanezca para siempre con vosotros. »

— « *Sea igualmente con tu espíritu,* » dice el acólito; delegado de Cristo, vas á tenerle en tus manos; ¡ ah! ponga él mismo en tu espíritu lo que tienes que pedirle para nosotros.

Levantando los brazos hácia el cielo, como para mostrar á los fieles á donde han de dirigir sus aspiraciones, el pastor exclama : ¡ *Elevad los corazones; sursum corda!* Suspirad, hermanos míos, por la gracia, como un suelo árido por la lluvia; buscad, según la recomendación del Apóstol, las cosas de lo alto; no os admiréis tan fuertemente á los bienes de este mundo: preferid los dones del cielo á los de la tierra; no humilleis vuestros corazones al nivel de las pasiones.... ¿ Qué contéis?

— « Los tenemos elevados hácia el Señor; *habemus ad Dominum* ; Y bien! si realmente es así, la primera cosa que tenemos que hacer es dar públicamente gracias al Eterno, á quien lo debemos todo; demostrémosle pues, todos juntos, la más viva gratitud. Sí, prosigue el sacrificador, haciendo una inclinación de cabeza y uniendo las manos sobre el pecho, como para excitarse al más profundo reconocimiento : *Demos gracias al Señor nuestro Dios; gratias agamus Domino Deo nostro.*

— « *Es digno y justo,* contesta el pueblo; *dignum et justum est.*

— « En efecto, nunca se repetirá lo bastante; *es verdaderamente digno y justo, equitativo y saludable,* prosigue el celebrante, dar gracias á Dios por Jesucristo, que es el único que se las puede dar dignamente por la salvación y por los muchos beneficios otorgados á los hombres lo mismo que á los ángeles, que le dan gracias asimismo, por todos los dones que se les han hecho. Finalmente el sacerdote ruega á Dios que se digne recibir nuestras alabanzas unidas á las de los espíritus bienaventurados, que glorifican á Dios, clamando: *Sanc-tus, sanctus, sanctus, Dominus Deus Sabaoth* (1). »

PUNTO SEGUNDO — Terminado el prefacio, el acólito da un toque de campanilla para anunciar que va á efectuarse inmediatamente la consagración; y después el sacrificador se inclina diciendo en voz alta el *himno angélico y triunfal*; y es cosa apropiada el llamarle así, porque la primera parte se compone de las palabras que el profeta oyó cantar á coro por los serafines (2), delante del trono del Eterno, y que el Evangelista oyó repetir á los santos, noche y día, al pié del altar de los cielos; y la segunda parte no es otra cosa que la repetición de los transportes de alegría y gritos de triunfo que resonaron en las calles de Jerusalén, cuando la entrada del Salvador de los hombres.

La Iglesia de la tierra es pues el eco del cielo, cuando con todo el respeto posible exclama : ¡ *Santo, santo, santo es el Señor Dios de los ejércitos!* Con esta triple aclamación queremos, con nuestra Madre, afirmar que el Señor es santo millares y millares de veces... ¡ qué digo!... Santo hasta lo infinito, santo por toda la eternidad. Reduciendo estas exclamaciones á tres, proclamamos la gloria de las tres Personas distintas en Dios, y tan perfectas la una como la otra: y diciendo, no los *Señores*, sino el *Señor*, pregonamos la unidad de Dios, en la Trinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Es el Dios de los ejércitos, es decir, el Dueño de todas aquellas miríadas de ángeles que forman la milicia celestial, y que sostuvieron su causa y vengaron su

(1) S. Alf. M. de Ligorio, *Explic. abbrev. miss.*, t. XIII. pág. 71. edición Vivès.

(2) Isaías, cap. VI, vers. 3.

soberanía, contra Lucifer y sus rebeldes. Ved ahí, hermanos míos, las innumerables legiones de que es jefe el Altísimo; ellas montan sin cesar la guardia, si puedo expresarme así, al inmortal Rey de los siglos, y ayudan á los hombres á precaverse de los asaltos del príncipe de las tinieblas.

¡Oh monarca omnipotente! Preciso es reconocer que *el cielo y la tierra están llenos de vuestra gloria*, porque vuestro Hijo, en quien se concentran las adoraciones de los ángeles y de los hombres, os tributa honores tales que llenan el universo y el paraíso, y que no podéis desearlos mayores ni más agradables; en efecto, Jesús mismo es quien os dice: *¡Hosanna in excelsis! ¡gloria á Dios en las alturas del cielo!* Y como este amable Salvador fué enviado por vos, nosotros nos complacemos en repetirle: *Benedictus qui venit in nomine Domini: Bendito sea el que viene en nombre del Señor; glorificado sea en el centro de los cielos; ¡hosanna in excelsis!*

Pero observad una cosa, carísimos hermanos míos. Como que el *Sanctus* es un testimonio de adoración, el sacerdote al recitarlo permanece inclinado, mientras que para decir el *Benedictus*, que es un grito de alegría, se endereza; después se santigua, en atención á que, gracias á la cruz, es por lo que participamos de las bendiciones traídas á la tierra por el Redentor.

PUNTO TERCERO. — Desde este momento hasta al *Pater noster*, el oficiante dirá todas las oraciones en voz baja. Es el silencio de la adoración, la hora del secreto, el instante del misterio. Bueno es, dice el profeta, aguardar en silencio de Dios la salvación. En medio de la noche, en la calma más profunda de la naturaleza, observa el libro de la Sabiduría, es cuando el Verbo omnipotente se lanza del trono eterno para venir á habitar entre nosotros. En el fondo de la soledad fué donde Jesucristo multiplicó los panes; en el retiro del cenáculo fué donde instituyó la Eucaristía; delante de sus jueces se calló; en medio de las vociferaciones de sus adversarios, no despegó los labios; en el suplicio, marchó tranquilo como un cordero; bajo el acero deicida, no lanzó ni un solo grito. Para recordarnos estas diversas circunstancias es por lo que se dicen las oraciones en voz baja desde el *Sanctus* hasta cerca del *Cánon*. Esta palabra griega significa *regla* ú *orden*; es

un conjunto de oraciones así llamado, porque su número es fijo y su orden invariable. A esta parte del Sacrificio se la llama también, la *oración*, la *acción*, el *misterio de la acción santísima*, es decir, la reina de las oraciones, la acción por excelencia, el misterio de los misterios.

El cánon de la Misa refiere la sublime historia del *acto* del Salvador instituyendo la Eucaristía, y las palabras sacramentales que empleó, y que prescribió á sus discípulos, y que los sucesores de éstos debían emplear, para consagrar el pan y el vino transformándolos en su cuerpo y en su sangre.

Todas estas oraciones, dice el Concilio de Trento, se componen de las palabras de Jesucristo, de las tradiciones de los apóstoles, y de las ordenanzas de los pontífices. Estas palabras elevan el alma, consuelan el corazón y alimentan la piedad. Pero; cuántos Cristianos las encuentran fastidiosas! ¡Ah! es que han renegado casi de la fé; es que no son ya amigos, sinó enemigos de Dios. Antes de entrar en el detalle de las explicaciones que aquí debo daros, carísimos hermanos, haré una observación general para evitar repeticiones. Hay ceremonias que se repiten constantemente; tales son las diferentes posturas del sacrificador: éste está tan pronto de rodillas como de pié; tan pronto tiene juntas las manos como extendidos los brazos. Recordad que el sacerdote representa dos caracteres, el de lugarteniente de Cristo y ministro de la Iglesia, y el de hombre y pecador. Como representante del Salvador y delegado del pueblo, está derecho y con la cabeza alta; esta actitud corresponde á un mediador; extiende los brazos á ejemplo de Jesucristo en la cruz, orando como él en esta conmovedora actitud. Como hombre y pecador, se baja, junta las manos, las tiene atadas, por decirlo así, á manera de un criminal. Todos estos gestos y todas estas posturas afectan en gran manera los sentidos de los fieles, y les representan al vivo lo que pasa. Esto es precisamente lo que la Iglesia quiere, porque sabe que el hombre no es un puro espíritu, y que conviene hablar á sus ojos tanto como á su inteligencia.

PUNTO CUARTO. — Vengamos pues á las oraciones que preceden inmediatamente á la *consagración* ó *elevación*, si lo preferís. Estas son en número de cinco. Repetiré á san Alfonso María de Liguori en la brevísima explicación que da de ellas. Con todo y ser breve, os pareceré lar-

go, pero apelo á vuestra paciencia; pensad por otra parte que cada una de estas oraciones podría dar materia para un discurso.

La primera empieza así: *Rogámoste pues y pedímoste humildemente, Padre clementísimo, por Jesucristo, Hijo tuyo...* Aquí « el sacerdote ruega al Padre eterno, en nombre de toda la Iglesia, y por los méritos de Jesucristo, que acepte y bendiga las ofrendas que se le hacen y que titula dones, presentes, sacrificios sin mancha; palabras que designan, no solamente el pan y el vino ofrecidos, sinó, por anticipación, el cuerpo y la sangre de Jesucristo, en que deben ser en breve transformadas; por esto se las llama sacrificios sin mancilla... En seguida, se ofrece el sacrificio primeramente para la Iglesia católica, rogando á Dios que la conserve en paz, la guarde, la bendiga y la gobierne por medio de sus pastores, dándoles la infusión (las luces) de su Espíritu Santo. Hay que observar que las oraciones que en el altar se hacen para la Iglesia deben dirigirse al Padre... nó porque se excluya de estas oraciones á las otras Personas divinas, sinó porque á todas se las considera en la Persona del Padre que es su primer principio y de quien proceden. Por esto es que la Iglesia tiene la costumbre de rogar al Padre con el Hijo en el Espíritu Santo».

Ved las primeras palabras de la segunda oración. *Acuérdate, Señor, de tus siervos y de tus siervas...* En el *memento* de los vivos « el sacerdote encomienda primeramente á Dios todas las personas para quienes quiere orar: después, todos los asistentes que ofrecen el sacrificio con él, y todos sus parientes y amigos... Se dice: (acuérdate de aquellos cuya fé te es conocida, para dar á entender que, para recoger el fruto del sacrificio, se debe tener fé y devoción... Se añade: (acuérdate de aquellos que ofrecen este sacrificio de alabanza) *por la redención de sus almas*, ( porque) el primer efecto del sacrificio de la cruz que se nos aplica por la Eucaristía, es la liberación de la tiranía del demonio. Se dice además: (acuérdate de aquellos que te ofrecen este sacrificio de alabanza) *por la esperanza de su salvación*, porque estas palabras comprenden todas las gracias espirituales y temporales que Dios concede, por medio de este sacrificio, con el cual podemos dar á Dios las acciones de gracias que le debemos.»

Empieza así la tercera oración: Participando de una misma comu-

nión, y venerando en primer lugar la memoria de la gloriosa siempre Virgen María... « Esta oración se hace como para entrar en comunión con toda la Iglesia triunfante. Por esto se venera, en primer lugar, á la Madre de Dios, después á los apóstoles, luego á los mártires y á todos los demás santos, por cuyos méritos é intercesión pedimos á Dios que nos proteja en todas nuestras necesidades, porque nosotros, que somos viajeros en este lugar de destierro, formamos un solo cuerpo con los santos, y ofrecemos á Dios, con ellos, el mismo sacrificio, en el mismo espíritu.»

Rogámoste pues, Señor, que recibas propicio esta ofrenda de nuestra servidumbre... Tal es el principio de la cuarta oración. « El sacerdote extiende las manos sobre el pan y el vino, y en nombre de Jesucristo que nos libró del poder del demonio, ruega á Dios... que nos haga gozar de paz en esta vida, que nos preserve del infierno, y nos coloque en el número de los elegidos (1).»

Respecto á la quinta oración vedla ahí toda entera: Te rogamos, oh Dios, te dignes hacer que esta oblación sea en todo bendita, admitida, ratificada, razonable y agradable, á fin de que se convierta para nosotros en cuerpo y sangre de tu amadísimo Hijo Jesucristo Nuestro Señor.

Carísimos hermanos, cuando habran sido pronunciadas sobre el holocausto las palabras sacramentales, lo que se hizo durante la vida del Redentor se renovará de un modo místico en el Sacrificio de la Misa. La víctima bendita en su Encarnación, admitida en la expiación, cuando su entrada en el mundo, ratificada por la elección de Dios, reconocida suficiente para su justicia consumada sobre el Calvario muy diferente de las groseras víctimas del templo de Jerusalén, hecha espiritual por su Resurrección, y puesta, en el día de su Ascensión, á la diestra del Padre, á quien es infinitamente agradable; esta Víctima divina volverá á encontrarse sobre el altar, después de la consagración, con las mismas cualidades que acabo de enumerar.

En cuanto á los fieles, lo que la Iglesia pide para ellos en la antedicha oración es que sean unidos á Cristo, como los miembros al jefe; que Dios

(1) S. Ligor., *Explic. abbrev. miss.*, edición Vivès, t. XIII, pág. 71 y siguientes.

les transforme, por su gracia, como va á transformar, por su poder, el pan y el vino; que les haga partícipes de sus bendiciones y les admita en su amistad; que les confirme en la práctica del bien, y ratifique su inscripción en el libro de vida, que les desligue de las cosas materiales y perecederas, y haga de ellos adoradores en espíritu y en verdad; en una palabra, que se los haga agradables, por la aplicación cada día más exacta á hacer su voluntad en la tierra, como la hacen los ángeles en el cielo.

Entonces es realmente, hermanos míos muy amados, cuando el cuerpo y la sangre de Jesucristo serán para nosotros el precio de la salvación y la prenda de la felicidad.

A propósito de las ceremonias que acompañan á la oración quinta antes de la *consagración*, nos dice el doctor seráfico: « Conviene investigar por qué motivo se hacen cinco señales de la cruz sobre el cáliz y la hostia... Es para designar los diversos tormentos que Cristo padeció por nosotros... Sufrió en los cinco sentidos. En la vista, por la venda; en el oído, por el escarnio; en el gusto, por el breva de hiel y vinagre; en el olfato, por las exhalaciones cadavéricas del Calvario (donde se enterraban los ajusticiados); y por último en el tacto, por la introducción de los clavos (1)... »

Si, y terminando la oración, eleva las manos el sacerdote, es como para atraer á Jesucristo desde el cielo á la tierra; y si las junta sobre su corazón, es como para apropiarnos los méritos de este Dios que viene por nosotros.

PUNTO QUINTO.— Vednos, hermanos míos, en el momento el más solemne de todos, en que el Redentor va á inmolarse sobre el altar, de un modo incruento, cual en otro tiempo se sacrificó de una manera cruenta sobre la cruz. El sacerdote enjuga sobre el corporal el pulgar y el índice de las dos manos, que mantendrá unidos hasta después de la comunión en señal de profunda reverencia por el adorable cuerpo del Salvador, en cuyo nombre únicamente habla ahora; ya no obra el hombre, sino Dios; es Jesucristo, Nuestro Señor, quien consagra por boca de su ministro. Ésta es, hermanos míos muy amados, y nó otra, la ocasión de decir:

(1) S. Buenav., Expos. miss., cap. IV.

¿Quién referirá el poder del Altísimo? ¿Quién publicará la magnificencia de su obra? ¿Quién cantará la grandeza de su misericordia? Confesémoslo, Cristianos; ante estas maravillas, la imaginación se turba, el espíritu se pierde, la voz falta; no nos queda más que anonadarnos á los piés del Rey de los reyes. Contentémosnos pues con la sencilla, pero sublime exposición del acto de Jesucristo, en la última cena.

*La víspera de su pasión tomó el pan en sus santas y venerables manos, y levantados los ojos al cielo, á ti, Dios, su Padre Omnipotente, dándote gracias, le bendijo, le partió, y le dió á sus discípulos, diciendo: Tomad y comed todos de ésto, PORQUE ÉSTE ES MI CUERPO.*

Imediatamente el sacrificador se prosterna, en señal de adoración; después, enderezándose, eleva, cual se hizo en el Calvario, esta hostia que contiene á un Dios bajo la apariencia del pan que ya no existe. La campanilla con su sonido dice á los fieles: ; de rodillas! ; bajad la cabeza! ; golpead vuestro pecho! ; anonadaos en presencia del Eterno!

*Del mismo modo, después de haber cenado, tomando también este precioso cáliz en sus santas y venerables manos, dándote igualmente gracias, le bendijo, y le dió á sus discípulos, diciendo: Tomad y bebed de él todos, PORQUE ÉSTE ES EL CALIZ DE MI SANGRE, (sangre) de la nueva y eterna alianza, misterio de fé, que será derramada por vosotros y por muchos, para la remisión de los pecados. Todas las veces que hiciereis estas cosas, las hareis en memoria de mí.*

Después, las mismas ceremonias y adoraciones de antes. Pero no olvidéis jamás, hermanos míos, lo que os voy á decir. Las irreverencias que se cometan durante la *elevación* no son simples irreverencias, son infamias.

El sacrificio está pues ofrecido, y debe creerse así. El venerable párroco de Ars, que hizo más de un milagro, decía: « Después de la consagración, cuando tengo en mis manos el cuerpo santísimo de Nuestro Señor Jesucristo, y cuando estoy en mis horas de desaliento, no viéndome digno más que del infierno, me digo: ; Ah! si á lo menos pudiese llevarle conmigo, el infierno sería dulce á su lado, y no me sería costoso permanecer en él sufriendo por

toda la eternidad, si estuviésemos juntos allí... Pero entonces ya no habría infierno, las llamas del amor extinguirían las de la justicia. ¡ Cuán bello es! Después de la consagración, el Buen Dios está allí como en el cielo... Si el hombre conociese bien este misterio, moriría de amor. Dios nos asiste por razón de nuestra flaqueza. Un sacerdote, después de la consagración, estaba algo dudoso de que sus palabras hubiesen podido hacer descender á nuestro Señor sobre el altar; en el mismo instante vió la hostia totalmente roja y el corporal teñido de sangre.»

PUNTO SEXTO. — Después de la *consagración*, hermanos míos, hay, como antes, cinco oraciones cuyo sentido dejo también á san Alfonso el cuidado de explicarlos.

En la primera *Unde et memores* «el sacerdote hace memoria de la Pasión del Señor, de su Resurrección y de su Ascensión á los cielos: ofrece á la Majestad divina, en nombre de toda la Iglesia, la víctima consagrada, que titula *hostia pura*, exenta de todo pecado, *santa*, por su unión á la divinidad en la persona del Verbo; *inmaculada*, exenta de toda mancha; y por esto la llama enseguida pan santo de vida eterna y cáliz de perpétua salud. Mientras dice estas palabras, bendice el pan y el cáliz, haciendo la señal de la cruz.

« Lutero, en esta ocasión, ridiculiza á la Iglesia romana, y dice: « ¿ Cómo bendice el sacerdote á Jesucristo? ¿ La criatura bendice al Criador! » Se contesta que aquí el sacerdote bendice la hostia no ya por su autoridad ni en su nombre, sino en nombre y por la autoridad del Padre eterno, que es el único que puede bendecir á Jesucristo como hombre y como víctima. Tal fué la respuesta del papa Inocente III sobre este punto. Santo Tomás da otra respuesta; dice: « El sacerdote, después de la consagración, hace señales de la cruz, no para bendecir y consagrar, sino únicamente para recordar la virtud de la cruz y el modo de la Pasión de Jesucristo, que terminó en la cruz. »

En la segunda oración *Supra quæ propitio ac sereno vultu...* « el sacerdote ruega al Señor que acepte los dones del sacrificio de Abraham y del de Melquisedec. En los sacrificios de estos patriarcas, se considera más bien la santidad de los que los ofrecían, que el valor de las ofrendas. Esto significa que, si Dios aceptó sus sacrificios porque eran santos, con mucha mayor razón aceptará el sacrificio del Santo de los san-

tos, Jesucristo. Además, la Iglesia hace mención de estos tres sacrificios, porque fueron una excelente representación del sacrificio de la cruz. »

En la tercera oración *Supplices te rogamus...* « el sacerdote sigue orando á la Majestad divina, y le pide que la hostia consagrada sea llevada á la presencia de Dios por manos de su santo ángel, á fin de que todos los que reciban el cuerpo y la sangre de su Hijo sean colmados de toda suerte de bendiciones y gracias, por los méritos de Jesucristo. Según santo Tomás, el sacerdote hace esta oración por el cuerpo místico del Salvador simbolizado por la Eucaristía, para obtener que el ángel, que asiste á la celebración de los santos misterios, presente á Dios sus oraciones y las del pueblo. »

En la cuarta oración *Memento etiam Domine...* « el sacerdote ruega al Señor que se acuerde de sus siervos que han pasado á la otra vida; le ruega que les dé un lugar de refrigerio, de luz y de paz, por los méritos de Jesucristo. Cuando la caridad de las almas, que salen de esta vida, no es suficiente para purificarlas, el fuego del purgatorio suple esta insuficiencia; pero la caridad de Jesucristo las suple todavía mejor, por medio del sacrificio eucarístico, del cual las santas almas reciben gran alivio, y á menudo también un perdón eterno de sus penas... »

La quinta oración *Nobis quoque peccatoribus...* « la Iglesia la añade para todos los pecadores, á fin de que Dios se digne hacerles entrar en la compañía de los santos, por su divina misericordia (1). »

Al decir estas palabras *Nobis quoque peccatoribus; también á nosotros pecadores*, el sacerdote golpéase el pecho como el publicano; es el medio de ser justificado como él.

PUNTO SÉPTIMO. — Permitidme todavía, hermanos míos muy amados, dos ó tres minutos más.

El *cánon* de la Misa está precedido de un *prefacio* que es, por decirlo así, su exordio: justo es que tenga una *peroración* ó *epílogo*. ¿ Qué encierra ésta? Oigamos á san Alfonso de Ligorio: (En esta conclusión, la Iglesia) « pide á Dios que, así como creó el pan y el vino

(1) Ligor., *Explic. abbrev. miss.*

por su Verbo, como los santificó destinándolos al sacrificio, los vivificó transformándolos en el cuerpo y sangre de Jesucristo, los bendijo haciéndoles fuente de bendiciones para toda su Iglesia, y los distribuyó por último á los fieles en la comunión; asimismo nos cree colocándonos en el número de sus elejidos, nos santifique separándonos de la masa corrompida, nos vivifique dándonos una nueva vida de gracia en Jesucristo y por último nos bendiga, haciéndonos participantes de su cuerpo y de su sangre por la sagrada comunión. Y todos estos favores la Iglesia los pide *per ipsum*, es decir, por los méritos de Jesucristo; *cum ipso*, es decir, uniéndonos á nuestro Salvador por su gracia; *in ipso*, esto es, unidos á su cuerpo como miembros de él, pues Dios únicamente recibe como suyos á los que están unidos á Jesucristo. (1). »

Si el sacerdote hace tres veces la señal de la cruz sobre la hostia y el cáliz juntos, diciendo: *por quien los santificas, vivificas y bendices*, es para demostrar que los frutos de la *ofrenda*, de la *consagración* y de la *comunión* del sacrificio nos vienen del árbol de la salud, donde Cristo fué inmolado por vez primera...

Vuelve entonces el sacerdote á tomar el cáliz sobre el cual hace con la hostia otras tres cruces, con el objeto de recordar que *toda honra y gloria es dada por Jesús crucificado y en Jesús crucificado al Padre omnipotente, en unidad del Espíritu Santo...*

Al pronunciar estas palabras: *toda honra y gloria*, el oficiante, como para decir que esta honra y gloria suben á la faz del Eterno, eleva un poco y á la vez el cáliz y la hostia; es la *pequeña elevación* que el monaguillo anuncia con un toque de campanilla.

Después de haber vuelto á cubrir el cáliz, el sacerdote dice en voz alta: *en todos los siglos de los siglos*. Estas palabras no empiezan el *Pater noster*, como se podría creer: se les ha unido á él sólo porque se recen en voz alta, ó se canten como la Oración dominical; pero á decir verdad, pertenecen aún á las oraciones del *cánon*, que terminan. Estas mismas palabras significan, al principio del *cánon*: El cielo va á abrirse, Dios está próximo á descender entre nosotros, se nos dará la eterna bienaventuranza; y al fin: El cielo está abierto. El Señor está con nosotros, se nos ha adquirido la eterna bienaventuranza...

(1) *Explic. abbrev. miss.*

*Amen*, es verdad, poseemos al Criador de los ángeles y de los hombres, al Cordero de Dios que borra los pecados del mundo, á la Víctima de la salud que abre la puerta del paraíso. ¡Ojalá podamos gozar nosotros sus delicias, *en los siglos de los siglos!*

PERORACIÓN. — « Recientemente, hermanos míos, los jóvenes de un pueblo rural de Borgoña, muy poco cristiano por desgracia, idearon reemplazar la asistencia á la misa mayor del domingo, por los preparativos de un gran baile proyectado para festejar á su manera el día que Dios se reservó... Quisieron luchar con los hermosos tañidos de las campanas que llamaban á misa á los fieles, oponiéndoles las detonaciones de una mala caja que llenaban de pólvora... Los primeros disparos salieron muy bien, mas; ay! en el momento en que el repique de la campana de la parroquia anunciaba la *elevación*, produjose una explosión terrible; la caja saltó á pedazos; dos jóvenes fueron heridos de muerte y otros cuatro más ó menos gravemente heridos. No intentamos describir el estupor de los habitantes (1)... »

Esta parroquia, que por un sentimiento de caridad no se nombra, de seguro que jamás oyó plática alguna sobre la necesidad de asistir bien á la misa dominical, tan elocuente como este aterrador castigo. Es el relámpago de la sabiduría infinita que derramó la luz; el trueno de la venganza divina fué quien hizo el reproche. No olvidéis, cristianos, lo que acabais de oír, y pocas veces faltareis por culpa vuestra, los domingos, al Sacrificio adorable. Así sea...

(1) *Grains de Senevé*, 3 marzo 1880.

## INSTRUCCION TRIGESIMA.

## EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA.

## INSTRUCCION QUINTA.

## CONSEMACIÓN DEL SACRIFICIO.

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS

TEXTO. — *Venite, comedite panem meum, et bibite vinum quod miscui vobis...* Venid, comed el pan que os presento y bebed el vino que os ofrezco.

(LIBRO DE LOS PROVERBIOS, CAP. IX, VERS. 5.)

EXORDIO. — Vednos ya, piadosos fieles, en la penúltima instrucción sobre las oraciones y ceremonias de la santa misa. Vuestra actitud respetuosa y vuestra constante atención me dan una prueba evidente de que os gusta oír celebrar las maravillas de misericordia y amor que el Salvador hace ver á los hombres en el augusto sacrificio del altar. Por esto, amados hermanos, no dejo de experimentar cierto placer al hablaros de todas estas grandes cosas, y conjuro al Eterno á que os conserve en los sentimientos tan cristianos que por lo presente os animan.

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. — La quinta parte que trato en este día, abraza siete puntos, á saber: la oración dominical, la oración *Libere nos, quesumus*, la fracción del pan consagrado, la mezcla de una porción de la hostia con la sangre del Redentor en el cáliz, el *Agnus Dei*, las oraciones anteriores á la comunión y la comunión del sacerdote.

PUNTO PRIMERO. — Para decir ó cantar el breve prefacio de la oración dominical, el sacerdote tiene las manos juntas, en señal de nuestra humilde confianza en el permiso que nos está dado para dirigirnos al Maestro supremo. No tendríamos valor sin este permiso; pero *instruidos por sus preceptos saludables, y siguiendo la forma de*

*institución divina, osamos hablarle*, con un respeto mezclado de temor, es verdad, pero no sin esperanza de ser atendidos.

« La Iglesia militante, viéndose en la tierra compuesta casi toda de hombres pecadores, se reconoce indigna de llamar á Dios su Padre y de presentarle las siete peticiones que en el *Pater noster* le dirige en nombre de los fieles; por esto es que protesta de que todo lo que ella expresa en esta oración, únicamente lo expresa porque Dios mismo se lo mandó. Con esto nos enseña que debemos presentar á Dios las siete peticiones del *Pater noster*, abrazando toda la economía de nuestra salvación, por cuanto esto le es agradable, y él nos lo ordena. Somos nosotros tan ignorantes, nuestro espíritu es tan limitado, que ni siquiera sabemos qué gracias debemos implorar de Dios para nuestra salvación. Jesucristo pues, viendo nuestra bajeza y nuestra insuficiencia, nos compuso él mismo la súplica ó memorial que contiene las cosas que debemos implorar de Dios, y nos hace decir: *Padre nuestro, que estás en los cielos...* El apóstol san Juan escribía á sus discípulos: Mirad qué caridad ha demostrado por nosotros el Padre, queriendo que nos llamemos, y que seamos en realidad hijos de Dios. Verdaderamente fué excesivo su amor en querer que nosotros, gusanos de tierra, fuésemos nombrados y llegásemos efectivamente á ser hijos, no indudablemente propios, sino adoptivos de Dios. Gracia inmensa que el Hijo de Dios nos alcanzó haciéndose hombre, como lo dijo san Pablo en estos términos: Vosotros habeis recibido el espíritu de adopción de hijos de Dios, lo cual os da el derecho de decirle: ¡Padre mio, Padre mio! ¿Qué honor más grande puede esperar una criatura que el de ser adoptado por hijo de su Criador? Por consiguiente Dios pide que nosotros hagamos, con un corazón totalmente filial, las oraciones siguientes:

*Santificado sea tu nombre...* Dios no puede tener una santidad mayor que la que posee desde toda la eternidad, puesto que su santidad es infinita. Por eso, con esta oración, no pedimos otra cosa sino que Dios haga conocer su nombre en todo lugar y que se haga amar de todos los hombres. De los infieles, que no le conocen; de los herejes, que le conocen mal; de los pecadores, que le conocen, pero no le aman.

*Venga á nos el tu reino...* Dos clases de reino son las que Dios

ejerce sobre nuestras almas, el de la gracia y el de la gloria. Con estas palabras pedimos uno y otro, á saber : que reine en nosotros la gracia divina, que ella nos guíe y gobierne durante esta vida, para que un día nos hagamos dignos de la gloria y de la felicidad de poseer á Dios, y de ser poseídos por él.

*Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo...* Toda la perfección de un alma consiste en el puntual cumplimiento de la voluntad de Dios, cual lo hacen ya los bienaventurados en el cielo ; por esto es que Jesucristo nos hace pedir que se cumpla la voluntad de Dios en la tierra cual la cumplen los santos en el cielo.

*Danos hoy el pan nuestro de cada día...* Así es como se halla formulada esta oración en San Lucas (1). Con esta oración pedimos á Dios los bienes temporales que nos son necesarios para el sostén de la vida presente, y debemos esperarlos totalmente de Dios. Se dice *nuestro pan de cada día*, para enseñarnos que debemos pedir estos bienes con moderación, como Salomón los pedía : « Dame solamente, decía al Señor, las cosas necesarias para mi subsistencia (2). » — Hay que notar además que en San Mateo (3) se lee: *supersubstantialem* en lugar de *quotidianum*. Por este pan *superior á toda substancia* debe entenderse.. á Jesucristo en el sacramento del altar, es decir, la sagrada comunión. Decimos : *danos hoy*, porque todo buen cristiano debería tomar cada día la comunión, si no realmente, á lo menos espiritualmente, cual á ello nos exhorta el Concilio de Trento.

*Perdónanos nuestras deudas, como nosotros perdonamos á nuestros deudores..* (Oramos así) para que nos veamos exentos del pecado mortal, ó cuando menos lavados, por la sangre del Cordero, en el sacramento de la Penitencia.

*Y no nos dejes caer en la tentación...* ¿Cómo debe comprenderse esto? ¿Es que Dios nos tienta con el pecado y nos induce á tentación? Nada de esto, dice Santiago (4) : « Dios no puede llevar al mal, y á

(1) S. Lucas, cap. XI, vers. 3.

(2) Proverb., cap. XXX, vers. 8.

(3) S. Mateo, cap. VI, vers. 11.

(4) Santiago, cap. I, vers. 13.

nadie tienta. » Este texto ha de entenderse como el de Isaías (1) : « Cegad el corazón de este pueblo, de suerte que no vea. » — Dios no ciega jamás á pecador alguno ; pero con frecuencia, en castigo de su ingratitud, niega á algunos la luz que les habría dado, si hubiesen sido fieles y agradecidos; consiguientemente, cuando se dice que Dios ciega, se entiende que retira su luz. Así es como debe entenderse la súplica *no nos dejes caer en la tentación*, con la cual pedimos á Dios que no permita que nos encontremos en ocasiones de pecar, en que le pudiéramos ofender; ved ahí porque debemos rogar siempre, como el Señor nos exhorta á hacerlo, diciéndonos : « Velad y orad para que no entreis en tentación (2). » *Entrar en tentación* es lo mismo que hallarse en peligro de caer.

*Mas libranos de mal. Así sea.* Debemos rogar al Señor que nos libre de tres clases de males. De los males temporales del cuerpo, de los males espirituales del alma, y de los males eternos de la otra vida. Respecto á los males temporales del cuerpo, debemos estar dispuestos siempre á recibir con resignación los que Dios nos envíe, para bien de nuestras almas, como son la pobreza, las enfermedades y las penas; de suerte que, al rogar á Dios que nos libre de los males temporales, debemos hacerlo siempre bajo la condición de que no sean éstos necesarios ó útiles para nuestra salvación eterna. Los verdaderos males de que debemos rogar á Dios que nos libre de un modo absoluto son los males eternos. Por lo demás, estemos persuadidos de la verdad de lo que está escrito, á saber, que hemos de pasar por muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios (3)..

El sacerdote termina la Oración dominical con la palabra *Amen, así sea*, que pronuncia en voz baja, en atención á que representa á Jesucristo, fundamento de todas las promesas divinas. La partícula *Amen* es un epílogo ( una conclusión, una repetición) en las cuales el Señor se complace, porque nos atiende tanto más cuanto más se lo rogamos. Los grandes de la tierra encuentran fastidioso que se les importune con

(1) Isaías, cap. VI, vers. 10.

(2) S. Mateo, cap. XXVI, vers. 41.

(3) Act. Apóst., cap. XIV, vers. 21.

ruegos : pero Dios está tanto más satisfecho cuanto más suplicado se ve (1)... »

Después de esta explicación del *Pater noster*, que es íntegra de san Alfonso de Ligorio, pasemos á la oración *Libera nos, quæsumus, Domine...*

PUNTO SEGUNDO. — Esta oración no es más que una explicación más detallada del *Amen*, que el celebrante acaba de pronunciar. Como la última petición dominical es lo que más nos interesa, vuelve á la carga, hace hincapié en ella, insiste con energía en las necesidades del pueblo, parece no cansarse de implorar la liberación de todas sus miserias. En este momento, tiene con la mano derecha apoyada la patena en el altar ; y, en esta postura de confianza, dice en voz baja : *libranos de todos los males pasados*; evitadnos, si os place, ó cuando menos abreviad las penas que debemos sufrir en este mundo ó en el purgatorio, por nuestras faltas pasadas, aun cuando perdonadas. *Libranos de todos los males presentes*, de las penas del espíritu, de las angustias del alma, de los tormentos del corazón, de las ocasiones de escándalo, de los reveses de fortuna, de los sufrimientos del cuerpo. *Libranos de los males futuros*; preservadnos de las recaídas tan funestas para la salvación, y de los suplicios tan aterradores del infierno. *Y por mediación de la bienaventurada siempre Virgen María, Madre de Dios*, refugio de los pobres pecadores, *de tus bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo*, fundamentos de la sociedad cristiana, *y de todos los santos*, intercesores nuestros al pié de vuestro trono, *dános*, dice el sacrificador, santiguándose con la patena, que después besa, para significar que de los méritos del divino Crucificado es de donde procede esa paz por que suspira, á que adhiere su corazón, á que pega su alma y de la cual desea que nosotros no estemos separados jamás; *dános*, gran Dios, *por un efecto de vuestra bondad, la paz en nuestros días*, la paz con vos, con nuestros semejantes y con nosotros mismos. Por bastante tiempo han sostenido nuestras iniquidades en el fondo de nuestros corazones, una guerra loca y criminal contra vos y contra nuestro prójimo; ¡ oh ! ; cese desde ahora esta guerra y no se reproduzca jamás!

(1) S. Lig., t. XIII, pág. 81 y siguientes, edición Vivés.

Si, Dios mio, *dános la paz* en nuestros días; haced que los pasemos tranquilamente obedeciendo vuestras órdenes, y *que apoyados en el auxilio de vuestra misericordia*, sin la cual volveríamos á caer enseguida en la nada de nuestro origen, *seamos siempre libres del pecado*, que es el enemigo de la paz, y *exentos de la turbación*, que es un obstáculo para la felicidad.

Aquí el sacerdote pone la sagrada forma sobre la patena, que es no solamente el símbolo, sinó también el asiento de la paz, porque lleva á aquel Dios que nos la reconquistó en la cruz. Y para recordarnos bien esta victoria del Libertador de los hombres y del Sacrificador del cielo y de la tierra, el celebrante termina con las palabras siguientes : *Por el mismo Jesucristo, Señor nuestro, tu Hijo, que, siendo Dios, vive y reina contigo en unidad del Espíritu Santo.*

Mas para advertir á los fieles de que unan sus súplicas á las suyas, el sacrificador se ve obligado á levantar la voz, lo cual hace exclamando : *En todos los siglos de los siglos.* Y el pueblo responde : *Así sea ;* ; oh sacerdote ! unim os nuestros votos á los tuyos ; ; ojalá puedan ser atendidos !.

PUNTO TERCERO. — Al proferir las palabras que acabo de citar y que repito : *Por el mismo Jesucristo Señor nuestro, tu Hijo, que, siendo Dios, vive y reina contigo en unión del Espíritu Santo*, el oficiante rompe la sagrada hostia para imitar al divino Maestro que rompió el pan sagrado, antes de repartirlo á sus discípulos. Este rito figura también la muerte del Redentor, la separación de su alma y la abertura de su costado por la lanza, antes de que se le bajase de la cruz y se le depositase en el sepulcro. Esta fracción de las sagradas especies encuentra naturalmente aquí su lugar, porque es el instante en que el Señor va á descender del altar, para ser como sepultado en el corazón del sacerdote y en el de los comulgantes. Si se divide la hostia consagrada precisamente en el momento en que se implora la liberación de la iniquidad y el bien de la paz, es para enseñarnos que el Salvador murió en el Calvario para libranos de la esclavitud del pecado, que derramó en la cruz hasta la última gota de su sangre para sellar nuestra paz con el Altísimo y que, al presentarnos en la comunión su cuerpo inmolado y su sangre derra-

mada, no tiene otro designio que el de transmitirnos los títulos de nuestra libertad y hacernos probar los frutos de la paz.

Observémoslo de paso, hermanos míos. Las apariencias sacramentales se rompen; pero vosotros no ignorais que Jesucristo permanece intacto; nada padece por tal ruptura, queda todo entero no solamente bajo una y otra especie, sino también bajo cada parte sensible del vino convertido en su sangre.

Es un artículo de fé claro como la luz del día.

Cuando el sacerdote ha hecho tres partes de la hostia santa, pone encima de la patena las dos mayores, y la más pequeña la sostiene sobre el cáliz para mezclarla con la sangre de Jesucristo. Haciendo tres veces con ella la señal de la cruz sobre el sagrado vaso, emite esta aspiración: *Pax Domini sibi semper vobiscum, la paz del Señor sea siempre con vosotros.* — *Y con tu espíritu,* contesta el ministro en nombre del pueblo.

Dios, parece que dice el sacrificador, nos obtuvo la paz al morir por nosotros, que estábamos rebelados contra el Todopoderoso; le hemos pedido ya que nos haga sentir los efectos de esta paz tan preciosa, mas, para ser atendidos, volvamos á la carga, redoblemos nuestro celo, rivalicemos en caridad, expresemos deseos; yo, sacerdote, empiezo diciendo: *que la paz del Señor sea con vosotros,* que ella os tenga continuamente unidos á Dios, que no os abandone al salir de este mundo, que os acompañe hasta al umbral del paraíso, que penetre con vosotros en la mansión eterna!

Y el pueblo contesta: Lo mismo acontezca contigo, ministro del altar santo, te devolvemos caridad por caridad, deseos por deseos; *la paz del Señor sea con tu espíritu, ahora y siempre!*

Y ved, hermanos míos, como el pastor de vuestras almas sabe escojer el momento favorable.. ¿Cuándo formula sus votos en favor vuestro? Cuando tiene en las manos el cuerpo del Hombre-Dios que es nuestra paz. Si en este intervalo hace varias cruces, es en cierto modo para decir á Jesucristo: Señor, dignaos prestarme oílo favorable; os lo suplico por esta cruz sobre la cual exhalasteis el último suspiro para alcanzarnos la paz con vuestro Padre.

PUNTO CUARTO. — Después de haber dicho *La paz del Señor sea*

*siempre con vosotros,* el sacerdote deja caer en el cáliz la partícula de la sagrada forma que sostenía sobre de él, y voy á explicaros la razón misteriosa de este rito. Es para señalar la reunión del cuerpo y de la sangre del Redentor y su gloriosa resurrección. Efectivamente, cristianos, hasta á este punto de la Misa, la Iglesia no ha expresado más que la pasión y la muerte de Jesucristo, por la consagración de su cuerpo y de su sangre hecha separadamente. Según el Concilio de Trento, es cierto que en virtud de las palabras sacramentales proferidas, primero sobre la hostia y luego sobre el cáliz, el cuerpo es consagrado solo, y la sangre lo es sola también. No obstante, es de fé que esta separación solamente es mística y que, á decir verdad, el cuerpo no está sin la sangre, ni ésta sin el cuerpo, puesto que este cuerpo está lleno de vida y de gloria. Ahora bien, debiendo el sacrificio representar la muerte y la vida gloriosa del Señor, en atención á que la Misa es la renovación y continuación del sacrificio que ofreció en la cruz, y que sigue ofreciendo en el cielo, el cuerpo y la sangre consagrados separadamente son signos muy naturales de la muerte que Cristo padeció en el Calvario, y el cuerpo y la sangre reunidos son igualmente signos perfectamente naturales de la vida que recobró por su resurrección. En efecto, la especie del vino, penetrando la especie del pan puesta en este momento en el cáliz, nos representa completamente á lo vivo que el cuerpo y la sangre residen juntos como en un cuerpo animado.

Es indispensable que este signo de un Dios vivo y resucitado preceda á la comunión, puesto que el sacerdote y los fieles reciben el cuerpo á la vez inmolido y glorioso del Hijo de Dios, que les comunica la gracia de morir para el pecado y vivir para la justicia. Así, hermanos míos, la resurrección del Salvador está perfectamente representada por la mezcla del pan y del vino consagrados; y al hacerlo, recita el sacrificador esta oración: *Esta mezcla y esta consagración* (es decir, esta mezcla) *del cuerpo y de la sangre* (consagrados) *de Nuestro Señor Jesucristo, sea hecha para la vida eterna de los que la recibimos;* que sea para nosotros y por una eternidad señal y prenda de unión con nuestro Dios, cual es el símbolo de la unión de su cuerpo y de su sangre y la muestra de su triunfante resurrección y de su vida gloriosa. *Así sea.*

Esta oración atañe principalmente á los que participan de la Mesa santa: primero al sacerdote, que comulga con las dos especies; luego á los fieles, que con una sola reciben tanto como él. Ellos son principalmente quienes obtienen seguridades de unión eterna con Nuestro Señor, porque se unen íntimamente con él ya en este suelo.

PUNTO QUINTO. — Inclinando algo el cuerpo, dice por tres veces consecutivas el celebrante: *Cordero de Dios, que borras los pecados del mundo, ten piedad de nosotros*. A estas últimas palabras, se golpea el pecho, en testimonio de arrepentimiento de sus faltas pasadas y presentes. Al fin del tercer *Agnus*, en lugar de decir *ten piedad de nosotros*, dice: *dáenos la paz*. El sacrificador las pronuncia golpeándose también el pecho, como queriendo hacer penetrar en su corazón esta paz que tan provechosa debe serle.

Los asistentes, sometidos á las mismas necesidades que él, hacen iguales movimientos con la misma intención.

En las misas de *Requiem*, el oficiante altera algo la petición, y no se golpea el pecho, porque no es para él, sino para los difuntos, para quien pide. Suplica por dos veces al Altísimo que les dé el reposo, es decir que ponga un término á sus penas del purgatorio; y la tercera vez conjura al Señor á que les conceda el reposo eterno, esto es, que les introduzca en el reino de los cielos.

Para que podamos un día subir á él, hermanos míos muy amados, prosternémosnos á los pies del Cordero inmaculado y dirijámosle con frecuencia nuestras más fervientes oraciones. Cordero de Dios, que, por vuestra dulzura é inocencia, encantais la mirada y tocáis el corazón del Dios de justicia y de misericordia; Cordero, cuyo suave nombre inspira una tan tierna confianza, y que salvasteis á todo el rebaño; Cordero, que nos librasteis de la tiranía del príncipe de las tinieblas y nos reconquistasteis la libertad de los hijos de Dios, solo vos sois digno de complacerle y de apaciguarle siempre y en todo lugar. Víctima por excelencia, ¡ay! seguid borrando los pecados del mundo y especialmente los nuestros; expiadlos por vuestro adorable sacrificio y ahogadlos en vuestra divina sangre. Vos conseguisteis, sobre la muerte de nuestras almas, la más brillante de las victorias, y rompisteis la tentación por cuyo medio esta bárbara nos impelía al infierno; no per-

mitais que abusemos de las gracias que nos adquiristeis, antes bien haced que nos aprovechemos de ellas para realizar nuestra salvación; *tened piedad de nosotros* en todo tiempo, *tened piedad de nosotros* en todo lugar, y dadnos, durante la vida, la paz de la conciencia, y después de la muerte, la paz del cielo.

PUNTO SEXTO. — Volvamos al sacrificador. Permaneciendo inclinado, como en el *Agnus*, y teniendo juntas las manos sobre el centro del altar, el sacerdote, en esta postura, que bien expresa su fervor y su humildad, recita las tres oraciones que preceden á la sagrada comunión.

En la primera, que empieza: *Domine Jesu-Christe, qui dixisti apostolis tuis: Pacem relinquo vobis... Oh Señor Jesucristo, que dijiste á tus apóstoles: La paz os dejo...* se ruega á Dios, declara san Alfonso, que se digne conceder la paz á la Iglesia, en consideración á su fe, y que la tenga unida según su voluntad, preservándola de las divisiones producidas por las falsas creencias, como de toda voluntad contraria á la suya. Antes de dar la paz, el sacerdote besa el altar, para significar que no puede dar la paz, si no la recibe él de Jesús que el altar representa. »

En la segunda oración: *Domine Jesu-Christe, Fili Dei vivi... Oh Señor Jesucristo, Hijo de Dios vivo...* « el sacerdote pide á Jesucristo que le libre de todos los males, y que le una á él, por los méritos de su cuerpo y sangre preciosísimos. »

En la tercera oración: *Precepto corporis tui, Domine Jesu-Christe... La recepción de tu cuerpo, oh Señor Jesucristo...* « el sacerdote le pide que esta comunión no se convierta en condenación, sino en salud de su alma y de su cuerpo. La Eucaristía preserva al alma de las tentaciones y de las pasiones; extingue el fuego de la concupiscencia que reina en nuestro cuerpo; es un remedio poderoso contra la muerte espiritual... Así nos lo asegura san Alfonso María de Ligorio (1) con todos los otros doctores de la Iglesia... »

PUNTO SÉPTIMO. — Llega por fin el feliz momento de la consumación del sacrificio. *Tomaré el pan celestial*, dice el sacerdote disponiendo en sus manos la hostia para comulgar; *tomaré el pan descendido de los cie-*

(1) *Explic. abbrev. miss.*, t. XIII, pág. 84.

los. Estas palabras expresan toda la grandeza del acto que va á realizar, y toda la excelencia del don de que va á participar, como también toda la vehemencia de sus deseos y todo el ardor de su alma; *é invocará el nombre del Señor.*

*Invocar*, es llamar á sí, nos hace notar san Agustín, *in se vocare*. El nombre del Señor, es la majestad del Altísimo, la persona del Todopoderoso. Dice pues el sacrificador: Llamaré hácia mi corazón con toda la fuerza de mi amor, al único Dios capaz de hacer mi felicidad en este mundo y en el otro. Pero, como la distancia entre el Criador y la criatura es infinita, el celebrante hace un acto de profunda humildad. Dobra la cabeza y se golpea el pecho, y suspira por tres veces consecutivas: *Señor, yo no soy digno de que entres en mi morada; di una sola palabra, y será sana mi alma.*

La campanilla advierte á los fieles que se humillen también para disponerse á comulgar, si no en realidad, á lo menos en espíritu.

Después de la pública confesión de su indignidad, el sacerdote toma con un pavor templado por la confianza el cuerpo adorable del Salvador: *El cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, dice, guarde mi alma para la vida eterna. Así sea.* Al mismo tiempo que pronuncia estas palabras, se santigua con la hostia para atestiguar que tiene en sus manos el mismo cuerpo del que fué inmolado en la cruz. ¡Dios mio, suspira, sed mi fuerza y mi salvación; reinad en esta alma de que vais á tomar posesión; preservadla de todo pecado, velad sobre ella hasta que esté entronizada en vuestro reino!

Entonces el sacerdote, para colmar sus deseos, se une íntimamente con el Dios de las misericordias, y pasa con él el más delicioso de los momentos.

No hay que decir que los fieles que comulgan deben estar animados de los mismos sentimientos de piedad que el pastor. « Cual para toma con provecho el alimento terrenal hay que tomarlo con apetito, observan Alfonso, asimismo, si queremos que la comunión nos sea provechosa, debemos hacerla con un gran deseo de recibir á Jesucristo dentro de nosotros, y de amarle con fervor (1)... »

(1) *Explic. abbrev. miss.*

Si el sacerdote dice á los comulgantes: *El cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo guarde vuestra alma para la vida eterna*, y contestan ellos: *Así sea*, es para significar que el cuerpo y la sangre de Jesucristo se nos dan como una prenda ó un gusto anticipado de la vida eterna, y como un viático para llegar desde el destierro á la patria, según nos asegura un santo obispo. Así, al comulgar, debemos estar dispuestos como si en aquel momento fuésemos á dejar la tierra y penetrar en la eternidad (1). »

Cuando no se hace la comunión sacramental, hágase á lo menos la comunión espiritual; es una práctica muy útil.

PERORACIÓN.— El ejemplo del fin. Uno de los hombres más grandes de Inglaterra, ceñido con la aureola del martirio, Tomás Morus, jamás dejaba de asistir á Misa, apesar de sus muchas ocupaciones. Un dia, mientras la estaba oyendo, un enviado del rey reclamaba su presencia para asuntos importantes. El canciller contestó: « ¡Un poco de paciencia! Antes debo ofrecer mis respetos á un Soberano más elevado; es menester que asista hasta el fin á la audiencia del cielo. »

No creía que rebajase su dignidad sirviendo la Misa; porque, á los que se lo censuraban, só pretextó de que desconocía las conveniencias de su posición, les contestaba: « Tengo á verdadero honor poder prestar este débil servicio al más grande de los monarcas. »

Carisimos hermanos, deseo que abundeis en idénticos sentimientos... Así sea.

(1) *Explic. abbrev. miss.*

## INSTRUCCION TRIGESIMOPRIMERA.

## EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA.

## INSTRUCCION SEXTA.

## ACCIÓN DE GRACIAS.

TEXTO. — *Quid retribuam Domino pro omnibus quæ retribuit mihi?... ¿Qué le daré al Señor por todos sus beneficios?*

(SALMO CV, VERS. 3.)

EXORDIO. — El glorioso san Francisco de Sales, sobre cuya frente depositó el gran Pio IX la aureola de los doctores, llama « sol de los ejercicios espirituales al santo, sagrado y muy soberano Sacrificio de la Misa, centro de la religión cristiana, corazón de la devoción, alma de la piedad, misterio inefable, que comprende el abismo de la caridad divina, y por el cual Dios, aplicándose enteramente á nosotros, nos comunica magníficamente sus gracias y favores (1). » Y por ello debemos demostrar á nuestro Padre celestial el más filial reconocimiento.

PROPOSICIÓN. — Ved ahí pues lo de que me propongo convenceros en la sexta y última parte del augusto Sacrificio de la Misa.

DIVISIÓN. — Hablaré de la recepción del cáliz, de las abluciones, de la comunión, de la postcomunión, del *Ite, Missa est*, de la oración *Placeat*, de la bendición final y del Evangelio de san Juan. Estos ocho puntos, amados hermanos míos, merecen ser meditados con religiosa y perseverante atención.

PUNTO PRIMERO. — Después de haberse dado á sí mismo la comunión con el mayor respeto posible, y de haber descansado un poco, como el discípulo muy amado, sobre el corazón de Jesús, el celebrante sale de una especie de éxtasis, y levanta la cabeza; separa las manos y descubre el cáliz; dobla la rodilla ante su bienhechor supremo, y le expre-

(1) Introducción á la vida devota, parte II, cap. XIV.

sa sus vivos sentimientos de gratitud : *¿Qué le daré yo al Señor, dice, por los bienes de que me ha colmado?*

Tan calurosa es la gratitud del sacerdote, que no sabe cómo expresarla al Eterno ; no encuentra ni en su corazón, ni en las criaturas, medio alguno de agradecer suficientemente á este Dios que acaba de permitirle subir al altar, ofrecer los dones del sacrificio, consagrar el cuerpo y la sangre del Salvador, tomar el alimento de los ángeles y beber en el tesoro de la gracia. ; Oh Dios mío, parece decir el sacrificador, detesto á aquellos judíos, á quienes curasteis de la lepra y no visteis volver á daros gracias ; no quiero hacer como aquellos ingratos, sino como el Samaritano, que, librado por vos de su horrible fealdad, se apresuró á glorificaros (1); como vuestros discípulos, que no salieron del cenáculo hasta después de haber cantado el himno del agradecimiento, y como los ángeles, cuyas acciones de gracias resuenan incesantemente al pié del trono de Dios y alrededor del altar del Cordero.

Por lo demás, si las gentes del mundo, por poca educación que tengan, no descuidan ofrecer á los interesados sus respetos y su agradecimiento, el católico, y sobre todo el sacerdote, que han de tener corazón y piedad, ¿ podrían descuidar este deber para con Dios? Indudablemente que nó (2).

Por esto, mientras con la patena recoge las partículas que pueden haberse desprendido de la hostia, para depositarlas en el cáliz, el celebrante, como si en aquel intervalo hubiese recibido una inspiración de lo alto, coje el sagrado vaso, lo lleva á sus labios y se dice á sí mismo: Ahora conozco un medio de desquitarme con el Señor del agradecimiento que le debo por todos sus beneficios, y es : *Tomaré el cáliz de salud*, este cáliz de bendiciones que ha sido ofrecido y derramado en acción de gracias ; es el modo verdadero de manifestar mi gratitud á mi Criador : lo he tomado, y lo volveré á tomar : la Eucaristía misma pagará mi deuda de reconocimiento, porque no hay más que un Dios que pueda dar dignamente las gracias á un Dios ; *invocaré* pues

(1) S. Lucas, cap. XVII.

(2) Apocalipsis, cap. VIII.

de nuevo *el nombre del Señor*, llamaré á mí á ese Padre de las misericordias, *cantando su alabanza*, proclamando sus beneficios, celebrando sus grandezas; invitaré á todo lo que hay de noble en mí ser á colmar de bendiciones al Soberano del cielo y de la tierra; mi alma glorificará al Señor, y mi espíritu se estremecerá en el Dios de mi salvación, porque ha tenido piedad de mi bajeza y ha hecho grandes cosas en favor mio. se ha entregado él mismo á mí, miserable pecador. ¡Oh, sí! *invocaré el nombre del Señor*, y este nombre, semejante á un escudo impenetrable, librará á mi pobre alma de los abrasadores dardos que podrían lanzarla los espíritus del mal esparrados por los aires; *et ab inimicis meis salvus ero*, y como la unión hace la fuerza, unido al Todopoderoso estoy seguro de alcanzar la victoria.

Animado de tales sentimientos, el sacerdote se santigua con el cáliz, emitiendo este voto: *La sangre de nuestro Señor Jesucristo guarde mi alma para la vida eterna. Así sea.* A estas palabras, el ministro del Altísimo prueba la sangre divina, para consumir el sacrificio bajo las dos especies, de conformidad con la orden del Redentor á sus apóstoles: *Bebed todos de este cáliz.*

PUNTO SEGUNDO. — Sólo después de haber vaciado el vaso sacramental es cuando el oficiante distribuye los panes eucarísticos á las personas arrodilladas á la santa Mesa; pero como la Iglesia, por razones de la más alta conveniencia, ha prohibido á los fieles la comunión bajo las dos especies, y por otra parte reciben tan bien á Jesucristo bajo una sola especie como bajo las dos, he creído deber colocar, en mi instrucción anterior, inmediatamente después de la comunión del sacerdote, las reflexiones que tenía que hacer con motivo de la comunión del pueblo. Paso ahora al segundo punto de mi discurso.

Cuando pues el sacrificador ha bebido la sangre del Salvador contenida en el cáliz, toma primero en él un poco de vino para purificarlo; es lo que se llama la *primera ablución*, porque nada debe quedar del cuerpo y de la sangre de Jesucristo ni en las paredes del cáliz ni en los labios y dedos del celebrante. Ese vino, que sirve para enjuagar el vaso eucarístico, lo bebe el sacerdote diciendo: *Haz, Señor, que recibamos con puro corazón lo que hemos tomado por la boca*; palabras que son una especie de comunión espiritual, que debe

tener unida el alma á Dios, por un profundo reconocimiento de su gracia; y que este don temporal se convierta para nosotros en remedio eterno.

Estas últimas palabras son muy instructivas para aquellos todos, pastores y fieles, que se han acercado á los sagrados misterios. La presencia real de Jesucristo en todo el que lo recibe, no dura más allá de cinco á diez minutos, pero no ocurre lo mismo con el resultado de su visita; la unión con la adorable persona del Salvador por medio de las sagradas especies es pasajera, pero la unión con su corazón, con su alma y con su espíritu, ha de tener una duración mucho más larga; qué digo! no ha de cesar jamás. Así como los alimentos habituales tienen por efecto el esparcirse por todas las partes de nuestro ser, de tal manera que se transforman en nuestra carne y en nuestra sangre y que llevan á todos los canales de la vida la fuerza y la salud, así el alimento angelico tiene por objeto no sólo hacer residir en nosotros por algunos instantes á Jesucristo, sino principalmente hacer circular su gracia y su vida por las más íntimas partes de nuestra alma; es menester que tan poderoso remedio obre hasta en la eternidad, según estas palabras que jamás se meditarán lo bastante después de la sagrada comunión: « El que me come ha de vivir para mí, » mi vida ha de ser su vida; ha de contraer conmigo una tan fuerte unión, que jamás se ha de romper: *Vir fidelis multum laudabitur* (1); si me es fiel, le colmaré de alabanzas; *et qui custos est Domini sui glorificabitur*, si no me echa de sí por el pecado mortal; pero si me conserva en su corazón, por su amor, yo, su Señor supremo, le coronaré de gloria en el reino de los cielos. Ved ahí cristianos, el sentido de las palabras que pronuncia el sacrificador al tomar la primera ablución.

¿ Qué hace después? Va á la parte de la Epístola con el cáliz, encima del cual apoya los dedos que han tocado el cuerpo de Jesucristo; el acólito vierte vino y agua en los dedos del sacerdote que vuelve al centro del altar, donde los seca; entonces bebe aquella mezcla de vino y agua, que se llama *segunda ablución*, después de haber dicho esta conmovedora oración: *Unanse, Señor, en mis entrañas el cuerpo*

(1) Proverb., cap. XXVII y XXVIII.

tuyo que he recibido y la sangre tuya que he bebido, y haz que no quede mancha alguna de pecado en mí, á quien han alimentado tan puros y santos sacramentos, tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Así sea.

Purificando luego sus labios y el vaso sagrado con un lienzo, llamado por esta razón *purificador*, el celebrante vuelve á ponerlo todo en el mismo orden que al principio de la Misa.

Cubierto de nuevo el cáliz, ¿ qué nos representa? La tumba de Jesucristo; está cerrado, para advertir á las personas que han comulgado, que han de tomar precauciones para conservar á Dios en su corazón, y que deben cerrar cuidadosamente su entrada á todo pecado mortal.

PUNTO TERCERO. — Mientras el sacrificador vuelve á poner el cáliz en el estado en que se hallaba antes de principiar la santa Misa, el ministro traslada el misal al lado de la Epístola y lo coloca como en el *Introito*. Dirigese el sacerdote al libro para leer en él la antifona llamada *comunión*, por cantarse mientras comulgan los fieles. Esta antifona está sacada de la Escritura, y, las más de las veces, de los salmos; lleva dicho nombre, porque se repetía sucesivamente al final de cada versículo del salmo de que estaba tomada. Este último, el coro lo seguía cantando mientras se iba distribuyendo el alimento sacramental, hasta que se hacía seña á los cantores de que dijeran *Gloria Patri*, para señalar el fin de la comunión del pueblo.

Esta costumbre se ha modificado con el tiempo; del salmo no se ha conservado más que la antifona. Para los que han tenido la dicha de saborear el pan de los ángeles, es un himno de acción de gracias, un acto de amor, y sostiene el fuego de la devoción que enciende, en los corazones bien dispuestos, la presencia de este Dios que trajo á la tierra el fuego sagrado, y desea verlo arder siempre. ¡ Ah! ¡ ojalá no se extinga jamás en nosotros!

PUNTO CUARTO. — Viene ahora la *postcomunión*. En esta oración, precedida y seguida del *Dominus vobiscum*, la Iglesia se propone celebrar el misterio de la redención del Salvador, recordarla á los fieles, pedir por ellos el fruto de esta nueva vida de que deben participar con Jesucristo y que ha de ser en ellos el principio de la vida eterna, cuya

garantía han recibido en la comunión. Cristo en efecto sólo muere para resucitar; en el altar no hay más que las apariencias de muerte; en realidad, está vivo y glorioso. Si desciende á nuestros corazones bajo los símbolos de la muerte, es para destruir en nosotros el pecado; pero si penetra en él con toda la vida que ha recobrado, y que no vuelve á dejar, es para que vivamos por la justicia y por la santidad durante nuestra peregrinación sobre la tierra, y que al fin de los siglos resucitemos para la gloria y la felicidad del paraíso. Tal es, hermanos míos, el consolador pensamiento que en este momento nos debe ocupar.

Besa pues el sacrificador, en el centro del altar, la piedra sagrada que se llama tumba; por este sepulcro cuya víctima ha salido gloriosa y triunfante, es por el que desea una nueva vida á sus hermanos. Vuélvese hácia ellos y exclama: *El Señor sea con vosotros*. — *Y con tu espíritu*, contesta por el pueblo el ministro.

Aquí todo se pronuncia en voz alta, porque es el misterio del triunfo. El celebrante vuelve al libro, y dice la *postcomunión* ú oración después de la comunión. Estas oraciones encierran una solemne acción de gracias por la recepción del cuerpo adorable y de la preciosa sangre de Nuestro Señor Jesucristo. Ordinariamente, en la *postcomunión*, después de haber dado gracias á Dios por la visita que se ha dignado hacer á sus hijos, le conjura á que haga morir el pecado en sus corazones y deje sólo vivir en ellos la virtud: que nos prevenga y acompañe con su gracia; que nos conceda el don de perseverar en el fin, y la fuerza de marchar hácia el cielo, de retirarnos del destierro y de introducirnos en la patria, de elevarnos al rango de los escogidos y de ponernos en posesión de la felicidad. Estas oraciones concluyen, naturalmente, con la invocación del soberano mediador, *Jesucristo que, siendo Dios, vive y reina con el Padre, en unidad del Espíritu Santo, en todos los siglos de los siglos*.

*Así sea*, añade el pueblo. ¡ Oh pastor de nuestras almas! ¡ El Dios de las bondades infinitas se digne atenderte!

Volviendo al centro del altar, el sacerdote lo besa de nuevo, vuélvese

al pueblo y le dice : *El Señor sea con vosotros*; ¡ Grábese su recuerdo en vuestra memoria! ¡ Incrústese su amor en vuestro corazón! ¡ Adhírase su gracia á vuestra alma! ¡ Persistid en su amistad hasta el último suspiro!

Los fieles, al responder : *Et cum spiritu tuo*, hacen idénticos votos por el celebrante.

Consumado su sacrificio, no le queda que hacer otra cosa que invitar á los asistentes á que se retiren : y es lo que hace al decir el *Ite Missa est*, de que voy á hablaros á continuación.

PUNTO QUINTO. — *Ite, Missa est*, : estas tres palabras significan : *Idos*, os despido, podeis marcharos.

— *Demos gracias á Dios; Deo gratias*, añade el acólito, en nombre del pueblo.

En los tiempos de penitencia, tales como el Adviento y la Cuaresma, y cuando no se recita el *Gloria in excelsis Deo*, se suprime el *Ite Missa est*, que es una señal de alegría, reemplazándose por el *Benedicamus Domino : Bendigamos al Señor*. También se suprime en las misas de difuntos. La Iglesia, muy deseosa de proporcionarles el descanso eterno, quiere que el sacerdote se vuelva hácia el altar, diciendo : *Requiescant in pace, Descansen en paz*, y que el acólito, siempre en nombre de la asamblea, conteste : *Amen*. Sí, Señor, nuestro deseo más ardiente es el de que nuestros amados difuntos gocen de una paz inalterable en el seno de nuestro reino.

Voy á hacer algunas reflexiones, amigos míos, sobre el *Ite Missa est* y el *Deo gratias*.

Salid, dice el sacerdote á los fieles, la Misa está dicha, ahora teneis luz suficiente para ver el camino del cielo, y valor suficiente para seguirlo hasta el fin. Regresad á vuestras casas y volved á vuestras ocupaciones; ahora teneis paciencia suficiente para sufrir las contrariedades de la familia, y resignación suficiente para sobrellevar las penas de vuestro estado. Volved á entrar en el mundo y no temais; actualmente teneis bastante perspicacia para descubrir sus ardidés, y bastante fuerza

para triunfar de sus ataques. Marchaos, el sacrificio está acabado, y se os ha aplicado su fruto. Partid, ha terminado la Misa, y se os ha obtenido la gracia.

Y contesta el pueblo : Damos gracia al Altísimo, como los discípulos, que, después de haber sido bendecidos por el Salvador al subir éste al cielo, se volvieron llenos de alegría y ardiendo en reconocimiento. ¡ Oh! gracias eternas á nuestro Dios por su inexplicable beneficio. No podemos cansarnos de celebrar las misericordias del Señor; jamás podremos agradecerle bastante la participación que nos ha dado en los misterios sagrados; regresamos á nuestras casas, bien decididos á conservar sus suaves frutos, á caminar, como dice el Apóstol, de una manera digna de Dios, á llevar una vida conforme con las reglas del santo Evangelio.

Tres puntos me quedan por desarrollar, amados hermanos míos; seguid oyéndome con benevolencia.

PUNTO SEXTO. — En otro tiempo, todo estaba terminado en llegando al *Ite Missa est*, fórmula empleada para despedir á los fieles que habían asistido al augusto Sacrificio. La oración que empieza con estas palabras *Placeat, tibi, sancta Trinitas : séate agradable, oh santa Trinidad*, es de fecha bastante reciente; en el siglo XV, tenía que decirlo todavía el oficiante después de la santa Misa, pero no formaba parte de ella. En los puntos mismos donde el sacerdote daba bendición antes de separarse, esta bendición precedía á la citada oración. Finalmente el misal romano prescribió que se rezase antes de bendecir á los fieles; mas para guardar algún vestigio de la práctica antigua, el celebrante la dice en voz baja, é inclinado en el centro del altar, cual corresponde á su indignidad.

El sacrificio, habiendo empezado por la invocación de la adorable Trinidad, debe terminar de igual manera; es preciso que el fin no sea menos venturoso que el principio; es justo, al terminar, dirigirse á las tres Personas divinas; al Padre, á quien se acaba de ofrecer; al Hijo, á quien se acaba de inmolar; y al Espíritu Santo, por quien son aplicados á nuestras almas los méritos de la Víctima. Además, esto se

hace, dice la Iglesia, para enseñarnos que todo acto, y especialmente el Acto por excelencia, debe empezar, continuar y terminar, en nombre y por la virtud del Dios tres veces santo.

La oración *Placeat* es como una recapitulación de todo lo que acaba de pasar, un redoblamiento de fervor, con objeto de enardecer el corazón del Eterno, un grito de insistencia para decidirle á que nos atienda. Vais á juzgar por vosotros mismos: *¡Oh Trinidad santa! dice el sacerdote con toda la piedad de que es susceptible, séate agradable el obsequio de mi servidumbre y haz que el sacrificio que yo, aunque indigno, he ofrecido en presencia de tu majestad, te sea acepto y que por tu misericordia sea propiciatorio para mí, y para todos aquellos por quienes lo he ofrecido. Por Jesucristo Señor nuestro. Así sea.*

PUNTO SEPTIMO.—Después de esta humilde súplica, el oficiante besa el altar, como para dirigir al Señor su más filial despedida, y tomar en el trono de la misericordia, el deseo de gracia que va á expresar á los asistentes. Eleva los ojos y los brazos hácia el cielo, para atraer las bendiciones de lo alto de ese altar, donde el Cordero inmaculado ha vuelto á subir; después, volviendo á unir las manos, cual si tuviese en ellas los favores que acaba de solicitar tanto para él como para sus hermanos, saluda la cruz, fuente de todas las gracias y de todos los méritos, vuélvese hácia el pueblo, y le cubre como de un invencible escudo contra las acechanzas del enemigo de las almas, haciendo sobre él una gran señal de la cruz y profiriendo estas dulces palabras: *Bendigaos el Dios omnipotente, Padre, Hijo, y Espíritu Santo. Así sea.*

En las misas de *Requiem*, el celebrante no besa el altar, ni dá la bendición, porque los difuntos, como no pertenecen ya á la jurisdicción de la Iglesia de este mundo, no pueden ser bendecidos por ella.

Si el sacerdote procura bendecir á los fieles antes de salir del templo, es para imitar al Salvador que se dignó bendecir á sus apóstoles antes de su partida para el cielo. Allí llegaremos, hermanos míos, si asisti-

mos al Sacrificio con las disposiciones que nos traza San Francisco de Sales y son las siguientes:

1. Desde el principio, dice, hasta que el sacerdote se halla puesto en el altar, haced con él la preparación, que consiste en ponerse en la presencia de Dios, reconoced vuestra indignidad, y pedid perdón de vuestras faltas.—2. Desde que el sacerdote llega al altar hasta el Evangelio, considerad la venida y la ida de Nuestro Señor en este mundo, por una consideración sencilla y general.—3. Desde el Evangelio hasta después del *Credo*, considerad la predicación de Nuestro Señor Jesucristo, protestad de querer vivir y morir en la fé y obediencia de su santa palabra, y en la unión de la Santa Iglesia católica.—4. Desde el *Credo* hasta el *Pater noster*, aplicad vuestro corazón á los misterios de la muerte y pasión de nuestro Redentor, que estan actual y esencialmente representadas en este santo sacrificio, el cual con el sacerdote y con el resto del pueblo ofrecereis al Dios Padre por su honor y por vuestra salvación.—5. Desde el *Pater noster* hasta la comunión, esforzáos en formular mil deseos de vuestro corazón, ansiando ardientemente estar para siempre unidos á nuestro Salvador por un amor eterno.—6. Desde la comunión hasta el fin, dad gracias á su divina Majestad por su encarnación, su vida, su muerte, su pasión, y el amor que nos demuestra en este santo Sacrificio, conjurándole por éste mismo á que os sea propicio para siempre, á vosotros, á vuestros parientes, á vuestros amigos, y á toda la Iglesia, y humillándoos de todo vuestro corazón, recibid devotamente la bendición divina que nos da el Señor por conducto de su ministro. »

PUNTO OCTAVO.— Después de esta bendición, el sacrificador procede á la lectura de ese Evangelio que entusiasmaba hasta á los filósofos paganos. Uno de ellos, afirma el santo obispo de Hipona, deseaba que se escribiese en letras de oro en todas las salas de reunión. En cuanto á los primeros fieles, lo llevaban escrito en su pecho, lo recitaban en todos los peligros, lo hacían leer sobre ellos cuan-

do estaban enfermos y querían que fuese colocado encima de su cuerpo en el ataúd.

Lo que en su origen no era más que una práctica de devoción, vino á ser, con el tiempo, objeto de un mandato. San Pio V ordenó que al final de la Misa se rezase el Evangelio de san Juan. Este último Evangelio se lee como el primero en el mismo lugar, con el mismo preámbulo y las mismas ceremonias. Al llegar á las palabras : *y el Verbo se hizo carne*, dóblase la rodilla en señal de adoración, y al fin, como testimonio de gratitud, se añade : *Deo gratias ; demus gracias á Dios*.

Os exhorto, hermanos míos, á decir siempre con un gran respeto este Evangelio, á ejemplo de los cristianos de la edad primera.

Por último, volviendo al centro del altar, el sacerdote coje el cáliz, saluda la cruz, desciende las gradas, hace una genuflexión, entra en la sacristía, se quita los ornamentos sagrados y vuelve á dar gracias al Señor.

PERORACIÓN. — Para terminar voy á citaros un hecho muy edificante :

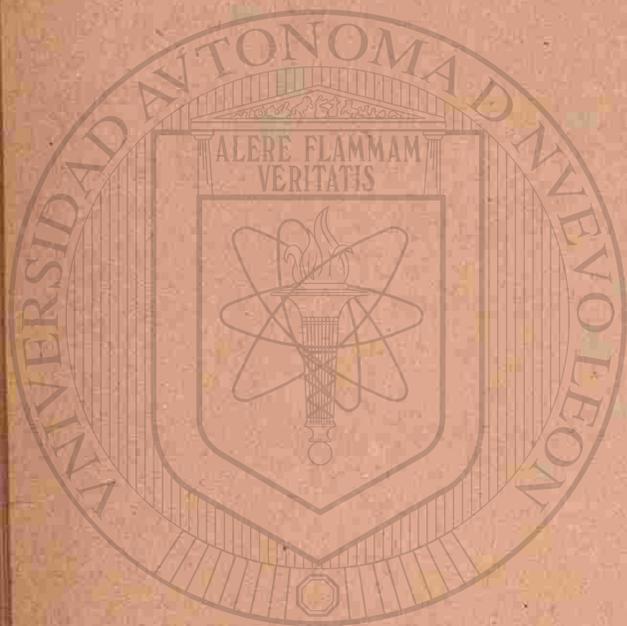
«El señor de Turena jamás comprendió más vivamente que había un Dios sobre su cabeza, como en aquellas relevantes ocasiones en que casi todos los demás lo olvidan. Entonces era cuando redoblaba sus oraciones; hasta se le vió retirarse al bosque, donde, con la lluvia encima y de rodillas en el lodo, adoraba en esta humilde postura á este Dios ante quien las legiones de los ángeles tiemblan y se humillan. Los Israelitas, para asegurarse de la victoria, hacían traer el Arca de la alianza á su campamento, y el señor de Turena creía que el suyo carecería de fuerza y de defensa, si no era cada día reforzado con la oblación de la Víctima divina que triunfó de todas las fuerzas del infierno. Asistía á ella con una devoción y una modestia capaces de inspirar respeto á esas almas duras á quienes no lo inspiraba la vista de los terribles misterios. En el mismo avance de la victoria, y en aquellos momentos de amor propio en que un general ve que ésta se

declara por su bando, estaba alerta su religión para privarle de irritar en lo más mínimo al celoso Dios por una sobrado rápida confianza de vencer. En vano resonaban por do quier en torno suyo los gritos de victoria, en vano los oficiales se elogiaban y le elogiaban á él mismo con la seguridad de un resultado feliz; él contenía todos esos arranques de alegría, en que tanta parte tiene el orgullo humano, con estas palabras tan dignas de su piedad : « Si Dios no nos sostiene, y no termina su obra, hay aún tiempo bastante para ser derrotados (1).. »

Cuando un héroe de tanta celebridad habla y obra de esta suerte, hermanos míos muy amados, no teneis por qué avergonzaros de seguir sus huellas tan nobles y cristianas. Así sea.

(1) Massillon, *Oraison funébre de Turenne*.

FIN DEL TOMO QUINTO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## INDICE

---

### INSTRUCCIONES POPULARES SOBRE LA ORACION

#### INSTRUCCIÓN PRIMERA

Excelencia de la oración ; su necesidad. . . . . 1

#### INSTRUCCIÓN SEGUNDA

Especies de oración : vocal y mental ; tiempos y lugares de la oración . . . . . 8

#### INSTRUCCIÓN TERCERA

Condiciones de la oración. . . . . 15

#### INSTRUCCIÓN CUARTA

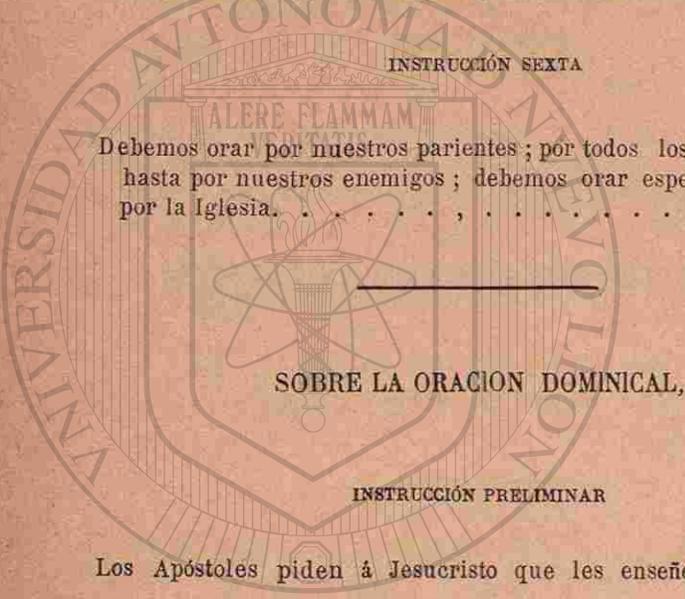
Motivo porque Dios no siempre atiende nuestras oraciones ; con frecuencia nuestras oraciones tampoco tienen objeto alguno. . . . . 22

## INSTRUCCIÓN QUINTA

¿ A quién hemos de orar ? Primeramente á Dios ; luego á la Virgen santísima, á los ángeles y á los santos. . . . . 30

## INSTRUCCIÓN SEXTA

Debemos orar por nuestros parientes ; por todos los hombres, hasta por nuestros enemigos ; debemos orar especialmente por la Iglesia. . . . . 38


 SOBRE LA ORACION DOMINICAL,

## INSTRUCCIÓN PRELIMINAR

Los Apóstoles piden á Jesucristo que les enseñe á orar. 46

## INSTRUCCIÓN PRIMERA

Sentimientos que han de inspirarnos respecto á Dios y respecto á nuestro prójimo estas dos palabras : *Padre nuestro*. . . . . 54

## INSTRUCCIÓN SEGUNDA

Es justo que se santifique el nombre de Dios : como podemos contribuir nosotros á esta santificación. . . . . 65

## INSTRUCCIÓN TERCERA

Venga á nos el tu reino. — 1. ¿Qué pedimos á Dios con estas palabras.— ¿Cómo podemos contribuir á extender este reino de Dios y á preparar su venida? . . . . . 71

## INSTRUCCIÓN CUARTA

Cumplir la voluntad de Dios sobre la tierra : cumplirla como los ángeles y los bienaventurados en el cielo. . . . . 80

## INSTRUCCIÓN QUINTA

¿Nos está permitido pedir bienes temporales ? cómo y bajo qué condiciones. . . . . 89

## INSTRUCCIÓN SEXTA

Todos tenemos necesidad de que Dios nos perdone ; todos debemos perdonar ; cualidades que debe tener este perdón. . . . . 96

## INSTRUCCIÓN SÉPTIMA

Pruebas y tentaciones ; varios géneros de tentaciones ; medios de resistirlas. . . . . 105

## INSTRUCCIÓN OCTAVA

Males del alma ó del cuerpo de que rogamos á Dios que nos cure ó preserve en este mundo y en el otro. . . . . 114

## INSTRUCCIÓN NONA

Excelencia de la frase : *asi sea* . . . . . 121

## SOBRE EL AVE MARIA.

## INSTRUCCIÓN PRIMERA

Salutación del arcángel á María. . . . . 127

## INSTRUCCIÓN SEGUNDA

Salutación del arcángel á María, . . . . . 134

## INSTRUCCIÓN TERCERA

Salutación del arcángel á María. . . . . 142

## INSTRUCCIÓN CUARTA

Eficacia del Ave-Maria. . . . . 149

## INSTRUCCIÓN QUINTA

Eva y María. . . . . 165

## INSTRUCCIÓN SEXTA

Plenitud de la gracia concedida á la santísima Virgen. . . . . 164

## INSTRUCCIÓN SÉPTIMA

Bendiciones de María. . . . . 171

## INSTRUCCIÓN OCTAVA

Bendición de Jesús . . . . . 179

## INSTRUCCIÓN NONA

Necesidad de implorar, durante la vida, pero sobre todo en la hora de la muerte, á la bienaventurada Virgen María, por su poder y por nuestra miseria. . . . . 185

## SOBRE EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA

## INSTRUCCIÓN PRIMERA

Preparación al Sacrificio. . . . . 195

## INSTRUCCIÓN SEGUNDA

Entrada en el altar. . . . . 205

## INSTRUCCIÓN TERCERA

Principio del Sacrificio. . . . . 216

## INSTRUCCIÓN CUARTA

Consagración de las santas Especies. . . . . 227

## INSTRUCCIÓN QUINTA

Consumación del Sacrificio. . . . . 240

## INSTRUCCIÓN SEXTA

Acción de gracias. . . . . 252

